

TODO POR JESUS

Ó

VIAS FACILES DEL DIVINO AMOR,

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR

FEDERICO GUILLERMO FÁBER,

PRESBITERO, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA

Y PREPÓSITO DEL ORATORIO DE S. FELIPE NERI, BROMPTON, LÓNDRES,

y traducida directamente
del original con arreglo a la séptima edición inglesa,

POR

GENARO ESPINO PUA,

PRESBITERO, LICENCIADO, CAPELLAN REAL Y CATEDRÁTICO DE SAGRADA TEOLOGÍA

EN EL SEMINARIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

TOMO II.

Tuos simplices
Pueros congrega,
Ad sancte laudandum
Sincere canendum
Ore innoxio
Christum puerorum ducem.

Clem. Alex., lib. III, Pedag.

Con licencia del Ordinario.

MADRID : 1866.

LIBRERÍA DE DON MIGUEL OLAMENDI,

Paz, 6.



Imprenta á cargo de R. Ludeña,
Calle de Silva, 47 y 49, bajo.

TODO POR JESÚS.

CAPÍTULO I.

ACCION DE GRACIAS.

Olvido de la accion de gracias.—Espíritu de la Eucaristía.—Faltas de las personas piadosas.—Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos.—Paternal providencia de Dios.—El Espíritu de accion de gracias, característico de los Santos.—Devocion al Verbo eterno.—Prácticas.—Tradicion judía de Filon.—Varios objetos de accion de gracias.—1.º Beneficios comunes.—2.º Beneficios personales.—3.º Aflicciones.—4.º Beneficios insignificantes.—5.º Beneficios varios.—6.º Criaturas irracionales.—7.º Beneficios de nuestros enemigos.—Apostolado de la Oracion.—8.º Ángeles y Santos.—9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe.—Santa Juana Francisca de Chantal.—10. La Santa Misa.—Materiales para la accion de gracias despues de la Misa y Comunión.—Nuestra correspondencia hasta el presente á los beneficios divinos.—Frutos espirituales de la accion de gracias.—Aplicacion de la accion de gracias á los tres instintos de los Santos.

SECCION I.

Olvido de la accion de gracias.

Todo cuanto llevamos dicho en el tomo primero de la presente obrita, se reduce evidentemente

á esto, es á saber, que como el Evangelio no sea más que una ley de puro amor, no debemos contentarnos simplemente con salvar nuestra alma; ó mejor dicho, que arriesgamos nuestra propia salvacion, si no tratamos de hacer algo, bien con obras, ó ya con oraciones, á favor del alma de nuestros hermanos. Además, siendo el Evangelio una ley de amor, preciso es que nuestra religion sea asimismo en lo posible un servicio de amor; y en su consecuencia, que corremos un grave peligro de condenarnos, si miramos la vida presente solo como una oportunidad de alcanzar el cielo por los medios más fáciles posibles, y con la mera observancia de los preceptos rigurosamente necesarios, poniendo á un lado, cual asuntos que no nos conciernen, la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas. Paréceme que no he sido demasiado exigente con vosotros: yo no os he propuesto, bien lo sabeis, austeridad alguna corporal, ni un extraño alejamiento del mundo en que vivís: tampoco os he ordenado que aspireis á la cumbre de la contemplacion, al amor del sufrimiento, ó á que váyais, en pos de algun penoso recogimiento interior, á una singular y difícil presencia sensible de Dios nuestro Señor. Me he contentado con poner delante de vuestros ojos aquellas prácticas y consejos de los

Santos, con cuyo auxilio podeis dulcemente ocuparos un poco más de Dios con alguna mayor facilidad y no menor amor. Ni siquiera he llegado á deciros: *Haced esto á lo ménos; es necesario que no omitais aquello*: todo lo he dejado á vuestra eleccion y á vuestro amor. Mi único objeto no es otro que persuadir á alguno de mis hermanos, uno solo que fuese me daria entónces por muy satisfecho, que ame un poquito más á Dios por ser quien es. El orden de mi plan me lleva naturalmente, y como por la mano, á ocuparme ahora de la accion de gracias. Ya hemos visto cómo nuestro Señor dulcísimo, en su amor inefable, nos hace primeramente donacion de todos sus tesoros, para que nuestra intercesion, unida al ofrecimiento de semejantes riquezas, sea más eficaz y provechosa; y en segundo lugar, cómo, ademas de tan incomparable fineza de su abrasada caridad, nos permite que engrandezcamos nuestras más triviales acciones, uniéndolas á sus divinos merecimientos y santas intenciones. Pero aquellos ricos tesoros, no ménos que el privilegio inestimable del engrandecimiento de nuestras mas pequeñas acciones, no son aplicables únicamente á la oracion de intercesion, sino que sirven tambien para la accion de gracias, y las alabanzas y deseos:

en el presente capítulo me ocuparé de la acción de gracias; y las alabanzas y deseos serán objeto exclusivo del inmediato.

No hay cosa que se halle más en abierta oposicion con la religion práctica de la mayor parte de los hombres, como el deber de la acción de gracias; así es que no es fácil llegar á encarecer debidamente el extraño olvido del agradecimiento. Poco es, en efecto, y bien escaso el tiempo que hoy se consagra á la práctica de la oracion; pero todavía es menor el que se dedica á la acción de gracias: por cada millon de Padre nuestros y Ave-Marías que elevan los hombres de la tierra al cielo, ya para preservarse de algun mal, ó bien para conseguir cualquier beneficio, ¿cuántos creéis que dirigen al trono del Altísimo en acción de gracias por los males evitados ó beneficios recibidos? Y no es difícil hallar la razon de conducta tan extraña. En efecto, nuestro propio interes nos lleva naturalmente á la oracion; y solo el amor nos conduce á la acción de gracias: quien solamente desea librarse de las penas del infierno, sabe á ciencia cierta que tiene que rogar; pero semejante sugeto vese privado de un estímulo parecido que le impulse fuertemente á la práctica de la acción de gracias. Y no se vaya á creer que esto es de ahora: nunca

oracion alguna salió más de corazon, que aquella fervorosa súplica y exclamacion piadosa de los diez leprosos del Evangelio, luego que vieron á Jesús entrando en una aldea: el deseo mismo de ser oídos, les hizo atentos y corteses: paráronse de léjos por miedo de disgustarle si se le acercaban con enfermedad tan asquerosa como la suya; proceder que nos descubre muy á las claras que no conocian á nuestro Señor amoroso, ni sabian asimismo que habia llegado su humillacion hasta el punto de ser contado por un leproso entre los hijos de los hombres:—«Alzaron su voz diciendo: *¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!* Luego que se obró el milagro, nueve, llenos de un gozo egoista, continuaron su camino para mostrarse al sacerdote; pero uno, ¡uno solamente! ¡y este, un infeliz y proscrito samaritano!, apenas vió que habia quedado limpio, volvióse glorificando á Dios á grandes voces, y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias por la merced que le habia otorgado! Hasta el Sagrado Corazon de Jesús quedó entonces como atónito y asombrado, y le dijo: *¿Por ventura no fueron diez los limpios? dónde, pues, están los nueve? ¡Ay! no hubo quien volviese á dar gracias á Dios sino este extranjero!* ¡Cuántas veces no hemos nosotros causado la

misma desagradable sorpresa al Sacratísimo Corazón de Jesús!

Cuando el olvido de un deber llega hasta el punto de espantarnos, cual nos sucede indudablemente con el olvido de la acción de gracias, natural es que se desee saber cuánta es la obligación que pesa sobre nosotros acerca del asunto; y para ello, ningún medio existe más á propósito como la autoridad de las Escrituras. Dice San Pablo, escribiendo á los de Efeso, que debemos ocuparnos en *dar siempre gracias por todas las cosas al Padre y Dios, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*; (1) *que abundemos en toda sencillez, la cual hace que demos gracias á Dios* (2). Amonesta igualmente á los Filipenses *á no ser solícitos de cosa alguna, sino con toda oración y ruegos, con hacimiento de gracias, sean manifestadas sus peticiones delante de Dios*; (3) y á los de Colosa les escribe el mismo Apóstol, *que así como recibieron al Señor Jesucristo, procuren andar en Él, arraigados y sobreedificados en su Persona, confirmados en la fe, según lo aprendieron, creciendo y abundando en Él mismo con acción de gracias*;

(1) Cap. V. v. 20.

(2) II Cor. cap. IX. v. 11.

(3) Cap. IV. v. 6.

(1) y añade en otro pasaje de la carta, que *perseveren en oracion, velando en ella con hacimiento de gracias* (2):—*Dicese*, prosigue San Pablo, hablando á Timoteo, *que Dios nuestro Señor crió las viandas para que fuesen recibidas con acciones de gracias por los fieles y aquellos que conocieron la verdad; porque es buena toda criatura de Dios, y no es de desechar nada de cuanto se recibe con accion de gracias* (3):—*El desagrado*, concluye el Apóstol, *era lo que caracterizaba á los gentiles; pues conociendo á Dios, no le glorificaron como á tal, ni le dieron gracias* (4).

¿Qué es nuestra vida en la tierra más que una preparacion para la vida real del cielo? Y en cuál otra ocupacion emplearemos allá nuestra vida sino en alabanzas y acciones de gracias?, ¿Qué lenguaje es el de los Ángeles, ancianos y criaturas vivientes del Apocalipsis más que *Bendicion; y gloria, y sabiduria, y accion de gracias, honra, y virtud, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos: Amen?* Ciertó es que estamos incesantemente invocando

(1) Cap. II. v. 7.

(2) Cap. IV. v. 2.

(3) I Tim. cap. IV. v. 3.

(4) Rom. cap. I. v. 21.

á la santísima Virgen, á los Ángeles y Santos de la Corte celestial; que sabemos y tenemos seguridad que se ocupan allí sin descanso en rogar por nosotros; pero con todo, ¿me faltan á mí acaso razones para sostener que al representarnos el cielo en nuestra mente, las más de las veces nos le imaginamos como mansion de alabanzas y acciones de gracias, y no como lugar de oracion? Más aun: algunos siervos de Dios, teniendo la muerte ante los ojos, luego que la vida del cielo comienza sobre ellos á proyectar rayos de vivísima luz, como si ya estuviesen oyendo los cantares angélicos, y gozando, embelesados, de su dulce melodía; gastan en acciones de gracias aquellas horas espantosas que, más que todas las de la vida, exigen humildes peticiones, y oraciones de compuncion y de lágrimas. Así es que cuando el Beato Pablo de la Cruz cayó gravemente enfermo, pasaba los dias ocupado en alabanzas y acciones de gracias, repitiendo á menudo, con singular devocion, aquellas palabras del Gloria: *Os damos gracias por vuestra grande gloria*: palabras que habian sido siempre su jaculatoria favorita; y exhortaba con frecuencia á sus religiosos á usarla todas las veces que tuviesen entre manos algun negocio particular, diciendo con encendido fervor de su

corazon: *A la mayor gloria de Dios*. Otras veces, postrándose el siervo de Dios en espíritu delante del trono de la Beatísima Trinidad, exclamaba, inflamado en la llama del divino amor: *¡Santo, Santo!; ó, ¡Bendicion, y claridad! etc.*; alabanza que solia llamar la cancion del paraíso.

Ahora bien; la Iglesia militante es un reflejo de la Iglesia triunfante, el culto de la una es el eco é irradiacion del culto de la otra; y como la vida del cielo es una vida de alabanzas y accion de gracias, así en su medida debe ser la vida de la tierra. El centro de todas nuestras adoraciones es la Eucaristía, esto es, segun expresa la palabra, el sacrificio de accion de gracia: todo toma su tono de la Eucaristía: todo en la Iglesia de Dios recibe su irradiacion del Santísimo Sacramento, y el espíritu de la Eucaristía debe hallarse por doquiera; así es que hasta los Judíos creían, segun testimonio de Wetstein, apoyado en el Talmud, que llegaria un dia en que cesase toda oracion, excepto la oracion de accion de gracias. Pero volvamos á nuestro asunto, el cual no es otro más que la accion de gracias considerada como parte de nuestro servicio de amor. Supongamos, pues, que la verdadera idea del culto fuese aquella

que envuelve la práctica común de la mayor parte de los hombres, es decir, una simple oración al Omnipotente; ¿qué relaciones serían entonces las nuestras para con nuestro Dios y Señor? Él es nuestro Rey, nuestro Superior, el Guardian de nuestros tesoros y la Riqueza misma por esencia: acudimos ante su divino acatamiento para pedirle algun favor, y es para nosotros lo que un rico para un mendigo; el propio interes, hé aquí cual seria entonces el objeto principal de todas nuestras adoraciones. Ó bien tememos su divina justicia, y deseamos vernos libres del castigo que merecemos, y que se nos perdonen nuestras culpas; es compasivo, y oirá nuestras plegarias, como seamos importunos. Si, pues, todo nuestro culto consistiese solamente en la oración, claro está que no podríamos en tal caso elevarnos á otras consideraciones más levantadas. Pero no se vaya por eso á creer que yo excluya la oración del culto católico: no desconozco que es uno de sus constitutivos esenciales, y en su consecuencia, enteramente necesaria para nuestro adelantamiento en la vida espiritual, porque la oración nos enseña á depender de Dios, y la oración despachada, á poner en Él toda nuestra confianza; mas no se contenta la infinita Bondad con esto solamente: quiere

que pasemos más adelante todavía, pues que tenemos que vivir en compañía suya por toda la eternidad: y Dios ha de ser nuestro gozo perdurable; y la verdadera felicidad del hombre consiste en conocerle y amarle, y el amor divino es la dulce y sempiterna alabanza que se rinde al Altísimo por los siglos de los siglos. Así como el espíritu de oblacion, esto es, la facultad de ofrecer al Señor presentes, nos pone en relaciones más afectuosas y familiares hácia su divina Persona; así igualmente sucede con el espíritu de accion de gracias. Mostrarnos agradecidos á un bienhechor, únicamente con el fin de conseguir de él mayores beneficios; semejante agradecimiento no es un acto de accion de gracias, sino una forma halagüeña de oracion, una peticion disfrazada. Menester es, pues, que demos rendidas acciones de gracias á Dios nuestro Señor, por que le amamos, por que el amor que tiene la dignacion de profesarnos, hiere, y eleva, y embelesa, y domina, y arrebatada nuestro ánimo, igualmente que nuestro corazon. En efecto, tan cierto es que la accion de gracias es asunto de amor, que allí en el cielo, el agradecimiento al Dios omnipotente será nuestra eterna ocupacion, luego que nos haya dado la corona de la Vision Beatífica, cuando nos haya otorgado todo

lo que seamos capaces de contener, y no pueda ya quedarnos cosa alguna de por recibir: la accion de gracias es, pues, la verdadera esencia del culto católico; y así como la práctica de tan piadoso ejercicio acrecienta nuestro amor, así su olvido nos descubre claramente el poco amor que atesora nuestro corazon.

Si tenemos fundado motivo para apiadarnos de Dios, permítasenos este lenguaje atrevido de San Alfonso de Ligorio, por los ultrajes con que los hombres ofenden á su Majestad soberana; con más sobrada razon deberemos compadecerle, viendo la ruindad y miseria de las acciones de gracias que se atreven á ofrecerle en agradecimiento á sus singulares mercedes y dádivas graciosas. Aun entre nosotros, no hay cosa tan odiosa como la ingratitud; y la ingratitud es, sin embargo, el alimento diario que osamos ofrecer al mismo Dios omnipotente! No existen palabras que puedan encarecer las infinitas larguezas con que el Señor se ha servido colmar á sus criaturas: son inagotables los riquísimos mineros de incomparable misericordia que encierran los títulos que tanto le enaltecen, á saber, de Criador, Rey, Redentor, Padre y Pastor: gusta sobremanera que sus hijos, los hombres, se muestren agradecidos á las singu-

lares mercedes que tiene la dignacion de otorgarles; porque todo cuanto exige de nosotros es amor, y semejante deseo de parte suya es en sí mismo un acto de infinita caridad hácia sus criaturas: fué, últimamente, voluntad de Dios hacer depender su gloria divina de nuestro agradecimiento; y ¿llegará á tal punto nuestra perfidia que nos atrevamos á negársela con la más negra ingratitud?

Pero lo peor de todo es que semejante ultraje no se le hacen aquellos que son enemigos suyos, y en cuya conversion puede su infinita misericordia ganar ricos tesoros de gloria entre los hijos de los hombres; le recibe de su propio pueblo predilecto, de aquellos que frecuentan los Sacramentos y hacen profesion de piedad, de aquellos, en fin, á quienes está Él diariamente enriqueciendo y colmando con singulares dones y especiales larguezas del Espíritu Santo! No pocos de nosotros llegamos á horrorizarnos á la vista del pecado y sacrilegio; afligennos y angustian nuestro corazon los dias del Carnaval; los escándalos punzan vivamente nuestra alma, y la herejía causa en nuestro espíritu un verdadero sufrimiento, un escozor desagradable, bastante parecido al que produce el humo en los ojos. Todo esto es muy bueno y soberanamente loable;

pero con nuestro culpable olvido de la accion^a de gracias continuamos rehusando á Dios la gloria que le es debida: á muy poca costa podríamos glorificar á nuestro Padre celestial, y difícilmente llega, no obstante, á ocurrirnos semejante pensamiento; y ¿nos atreveremos todavía á sostener que le amamos real y verdaderamente? Lo único que nosotros debemos hacer,—¿cuántas veces habrá que repetir lo mismo?—es amar á Dios, y promover su mayor gloria. ¡Librenos el Señor de que lleguemos á imaginar que tenemos alguna otra cosa más en que emplearnos! Corramos, pues, el mundo; demos vueltas por toda la redondez del globo, buscando estas olvidadas perlas de la corona de gloria de nuestro Padre celestial, y ofrezcámo-selas en rendida adoracion. ¿Cómo tenemos valor para desear ocuparnos en cualquier otro asunto, ménos en el importantísimo negocio de la gloria de Dios? Siervos suyos ha habido que hasta llegaron á desear no morir nunca, para que, viviendo siempre en la tierra, glorificasen á Dios con mayores sufrimientos. Claro está que no es fácil abriguemos nosotros semejantes deseos; mas pueden aprovecharnos grandemente, porque nos descubren el poco amor que profesamos á tan cariñoso Padre; y paré-

¿Ceme que semejante manifestacion es ya una gran cosa. Concíbese fácilmente que se engañen los hombres, llegando á persuadirse que aman á Dios, cuando ni siquiera mantienen viva una sola centella de este fuego celestial; ó bien, que abriguen deseos de amarle, y no sepan cómo hacerlo; pero ¿es posible que uno conozca lo poco que ama á Dios, y la facilidad que tiene para amarle más cada día, y, con todo, no desee hacerlo así? Jesús murió para impedir semejante posibilidad; y ¿habrá muerto en vano?

Perdóneseme si vuelvo á repetir que no encuentro cosa alguna reprehensible en el olvido de la accion de gracias por parte de los pecadores que viven separados de la gracia de Dios y alejados de los Sacramentos; porque semejantes sujetos tienen que ocuparse en otros negocios, es á saber, en hacer penitencia, reconciliarse con su Dios y Señor, y lavar de nuevo sus almas en la Preciosa Sangre de Jesucristo. El olvido de la accion de gracias es una ingratitud que nuestro Señor dulcísimo ha de echar en cara; solamente á aquellos hijos suyos á quienes ha perdonado sus culpas; á aquellos que viven en su amistad, y están gozando pacíficamente de todos sus privilegios y divinas mercedes; y hé aquí una ingratitud que merece ser notada con espe-

cial cuidado, y sobre la cual es menester que fijemos toda nuestra atencion. Efectivamente; tengo para mí, que las faltas de las personas piadosas,—no hablo de aquellos lijeros deslices y flaquezas propias de la mísera condicion humana, sino de las faltas de tibieza y frialdad;—encierran una especial odiosidad que las es propia; y acaso sea esta la razon por qué emplea Dios en el Apocalipsis un lenguaje tan inusitado, y lleno de viveza y energía, contra la flojedad y tibieza. Cuando los Ángeles preguntaron al Señor, despues de su Ascension gloriosa á los cielos, qué heridas eran aquellas que llevaba en sus manos, ¡oh cuán significativa es la contestacion que nuestro Señor adorable tuvo la dignacion de darles!—*Son, les dijo, las heridas que he recibido en la casa de mis amigos.*

Paréceme no estaria demas que se escribiese un tratado, cuyo título fuese el siguiente: *Pecados de las Personas Piadosas*; porque sor dichas culpas muy numerosas y variadas, y contienen una particular malicia y odiosidad, siendo la ingratitud uno de sus principales caracteres: tenedlo bien presente, siquiera miéntras nos ocupamos de la accion de gracias. Hé aquí, pues, un asunto que solo interesa á los buenos católicos, esto es, á los hombres y mujeres que oran

que frecuentan los Sacramentos, y forman la porcion escogida y devota de nuestras congregaciones; y cualquier reconvencion sobre el particular, se dirige únicamente contra dichos sugetos. Y no es por cierto pequeña consolacion, que pueda uno expresarse con semejante franqueza; porque las gentes tibias están por lo comun tan pagadas de sí mismas, que, como digo, es un verdadero consuelo poder llamarlas aparte, hablándolas allí al oido de la manera siguiente:—«Al presente nada tenemos que ver con los pecadores; no podeis hacerles responsables de cosa alguna, vosotros sois los únicos culpables, y la reprobacion, exclusivamente vuestra: trátase aquí de una obligacion que si no la practicais por amor de Dios, sois unos miserables y malvados: malvados, sí, bien lo sabeis que este es el término propio, el epíteto conocido que se da á los ingratos; y con todas vuestras oraciones y Sacramentos no cumplís, sin embargo, ¡oidlo bien! con el sagrado deber del agradecimiento á los beneficios divinos. Dura es ciertamente, ya lo veo, la consecuencia que de aquí teneis que inferir; mas ¿por qué no nos resolvemos, así yo como vosotros, á recitar un humilde *Confiteor*, rogando á Dios que nos otorgue un pequeño

aumento de gracia, para de esta suerte proporcionar á tan cariñoso Padre el singular contentamiento de ver cuán diferente es nuestra conducta en lo venidero? No sin razon debemos repetir con frecuencia: *De las faltas particulares de las personas piadosas, libranos, Señor.*» Existen Sacramentos, es yerdad, para borrar el pecado; mas para la tibieza no hay absolutamente ninguno. ¡Qué digo ninguno! si es peor todavía! pues ¿quién, que haya tenido á su cargo la direccion de las almas, no sabe cuánto no endurece la Comunion frecuente á los corazones tibios? ¿Por ventura habeis vosotros conocido diez personas contagiadas de la tibieza, que fuesen todas curadas de semejante enfermedad? Y las nueve, ¿á qué debieron su curacion más que á la vergüenza que causaran en su ánimo las caidas en culpas mortales? ¡Juego es ¡ay! ciertamente bien desesperado el aguardar que las cárceles del infierno hagan las veces de las medicinas del cielo, arriesgando en semejante experimento nada ménos que la eternidad!

La Biblia es una revelacion de amor, mas no la única: para cada uno de nosotros existe además una revelacion particular y personal del divino amor, la cual consiste en la consideracion de aquella providencia paternal que

Dios ha tenido la dignacion de velar por nosotros durante todo el curso de nuestra vida mortal; porque, ¿quién es capaz de contemplar la larga cadena de gracias de que se va componiendo su vida, desde la hora en que recibió el bautismo hasta el presente, sin un sentimiento de sorpresa á la vista del infatigable, esmero y cuidadosa sollicitud que el amor de Dios ha desplegado hácia su persona? La manera como se han dispuesto las cosas para su dicha y mayor felicidad; la desaparicion de obstáculos, mientras á ellos se acercaba, y puntualmente cuando le parecian insuperables; las tentaciones trocadas en mercedes, y aquello mismo que á primera vista creía un castigo, enteramente cambiado en prueba muy regalada del divino amor: toda tribulacion ha sido para él un singular beneficio del cielo, los conocimientos casuales tuvieron su significacion é hicieron su oficio á las mil maravillas; cualquiera diria que el mismo amor, con toda su prevision, no hubiera podido tejer diferentemente la tela de su vida, aun cuando los hilos hubiesen sido puro amor, y nada más que amor; al pronto, ni siquiera tenia conciencia de semejantes portentos, ni sabia que Dios se hallaba tan cerca de su persona, porque no hay cosa de ménos ostenta-

cion que el amor paternal. Cuando Jacob formó su cabecera de duras piedras, y se echó á dormir, aunque tuvo la vision de la escala, nada vió de extraordinario en aquel sitio; despertó del sueño y exclamó:—*Verdaderamente, el Señor se encuentra en este lugar, y yo no lo sabia.* Deseando Moises ver á Dios, colocóle el Señor en un agujero de la peña, le amparó con su diestra mientras pasaba su gloria inefable, y le dijo:—*Quitaré luego mi mano, y verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.* Tal es siempre la conducta de Dios: muéstrase con nosotros tierno, y amoroso, y benigno, y compasivo: arde nuestro corazon dentro del pecho, como ardia el de aquellos dos discípulos que iban hablando con Jesús por el camino de Emaus; pero hasta despues de haberse alejado de nuestra vista, no sabemos con entera certidumbre que fuese el mismo Dios, Señor nuestro.

Así es que solo por la meditacion podemos llegar á conocer á Dios: es menester que, á semejanza de la santísima Virgen María, pondemos las cosas que se van sucediendo; que qual otro Isaías, rumiemos y pensemos detenidamente las maravillas del Señor; que á ejemplo, en fin, de Jacob y David, guardemos en la memoria las divinas misericordias; que las pesemos, y conte-

mos, y hagamos de ellas una grande estimacion. Incesantemente estaba el primero ocupado en recordar su vida aventurera: Dios era para aquel Patriarca el Dios de Bethel, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac. ¿Cuál fué tambien la reprehension de David á su pueblo, sino que habia olvidado al Dios que hizo cosas grandes en Egipto, obras maravillosas en la tierra de Canaan, y terribles y espantosos portentos en el mar Rojo? Los beneficios que conocemos son más que suficientes para encendernos en la llama del divino amor, y eso que nunca llegaremos á conocer la mitad de ellos hasta el dia del juicio; porque, ¿quiénes somos nosotros para que Dios haya tenido la dignacion de legislar en favor nuestro, y hecho al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para complacernos? ¿No tenia ningun otro mundo que gobernar? ¿no existian otras criaturas más sabias, y más santas, y más bellas que nosotros? Sin embargo, lo que á nosotros más nos preocupa es la predestinacion y el castigo eterno del infierno, devanándonos los sesos, discurriendo sobre aquello que no podemos alterar ni aun comprender. Paréceme que semejante conducta es la cosa mas irracional del mundo; porque si bien poseemos bastantes nociones acerca de la Divinidad, pocas, ó acaso

ninguna tenemos fuera de aquellas que el mismo Señor ha tenido la dignacion de revelarnos; así es que, cuando argüimos contra Dios, apóyanse nuestros razonamientos, no sobre aquello que vemos, sino sobre lo que el Señor, en su infinita bondad, se ha servido enseñarnos de Si mismo. Ahora bien; es preciso observar aquí, y por lo comun pasa enteramente desapercibido, que el objeto principal de las enseñanzas de Dios es su misericordia infinita é inefable condescendencia: la severidad divina es el lado oscuro de la Majestad soberana y tremenda del Altísimo, no solo á causa del espanto que infunde en el ánimo; sino tambien por habernos dado el Eterno acerca de ella nociones muy escasas. Pero, tratándose del amor, ha sido copioso, explicito, minucioso: explica, repite, razona, arguye, persuade, se queja, invita, halaga, ensalza; de su inexorable indignacion, solamente una que otra vez deja caer alguna expresion de sus divinos labios: asústanos con la revelacion de sus terribles juicios; mas como espanta únicamente movido del amor hácia sus hijos los hombres, afánase luego por explicarla y suavizarla, y armonizarla.

Pero no esto solo: las expresiones mas espantosas sobre la alteza de sus juicios, son desaho-

gos más bien que revelaciones salidas de su boca divina, explosiones del asombro que embargaba el ánimo de sus criaturas, de Job, por ejemplo, de Isaías, de Pedro y de Pablo. Y aun cuando así no fuese, la terribilidad de semejantes frases es en sí misma una nueva prueba de su amor; porque, ¿podemos acaso nosotros adivinar lo que su sabiduría y misericordia infinitas quieren darnos á entender con semejante manera de conducirse? Así como no vemos sino un solo lado de la luna, así tampoco nos es concedido ver más que un lado de Dios; ¿cómo conocer, pues, aquello que no vemos? ¿Quién es capaz, en efecto, de contar las variadas manifestaciones de la infinita bondad, de Dios, los ingeniosos artificios de su misericordia, y las maravillas de su compasion hacia los hombres, criaturas suyas? Esfuérzase por llamar nuestra atencion acerca de semejantes finezas de su amor; pero nosotros, de todo nos cuidamos ménos de esto: afanámonos por aquello mismo que Él quisiera que apenas pensáramos, y desdeñamos ponderar todas aquellas inefables muestras de cariño paternal que se digna darnos, y que son personales entre Él y nosotros; toques reales y sensibles de su abrasada caridad. Mientras el Señor se está dando trázcas por ordenar y enderezar las cosas para ganar nuestro amor,

nosotros, con descaro inconcebible, trabajamos por contrariar y poner estorbos á su ternura, y excesiva longanimidad y paciencia. Considerad por un momento la incomparable grandeza de ser dichosos por Dios; poneos en la balanza y pesaos con Él, y entónces vereis qué cosa es ocupar su divino entendimiento, llamar su atencion, probar su paciencia y provocar su amor! El mismo pensar en Dios es un blando lecho donde podemos acostarnos y descansar tranquilamente cuando más nos agrade; el recuerdo de su Majestad soberana causa en nuestro ánimo un gozo mayor que la vision de un Ángel, y es más vistoso y regalado que el rostro bellissimo de María, que tan embelesador y hechicero le hará aquella su dulce y agraciada sonrisa, al saludar gozosa, en la gloria, á nuestras almas justificadas, y ricamente engalanadas con el precioso ropaje de la santificacion y los brillantes aderezos de todas las virtudes. Que sea un Dios tan rico en perfecciones y misericordia, es más, incomparablemente más, que un simple reposo y descanso apacible: es un gozo y dicha inefable; que se haya servido amarnos con eterno amor, y que sea nuestro Padre muy cariñoso, es un gozo sobre todo gozo, y el mismo cielo incoado en la tierra. ¿No, será, pues, una maravi-

lla del mundo, que se tributen al Altísimo tan escasas acciones de gracias; un prodigio más grande que el raro ejercicio de la oracion, y un portento, últimamente, casi tan asombroso, como el portento incomparable de que Dios tenga la dignacion de amarnos con tan encendido amor de su corazon?

SECCION II.

El espíritu de los Santos es un espíritu de accion de gracias.

El espíritu característico de los Santos ha sido en todas las épocas un espíritu de accion de gracias: la accion de gracias fué siempre su oracion favorita; y cuando la humana ingratitud angustiaba su amor divino, convidaban entónces á los animales y criaturas inanimadas á bendecir á la infinita bondad de su Hacedor y Padre misericordioso y compasivo. Traslademos aquí un bellissimo pasaje de San Lorenzo Justiniano, en su *Tratado de la Obediencia* (1).—«Quienquiera que, son palabras del Santo, intentare enumerar todos los beneficios divinos, se asemejaría á aquel que tratase de encerrar en un pequeño vaso el inmenso piélago de aguas del vasto

(1) Cap. XXVIII.

Océano; y todavía sería más fácil esta operación, que la de publicar con humana elocuencia las innumerables larguezas divinas. Pero si bien semejantes mercedes son inexplicables, no menos por su muchedumbre y grandeza, que por su incomprensibilidad, no deben, sin embargo, pasarse en silencio, abandonándolas á un olvido completo; porque, aunque nos sea imposible apreciarlas debidamente, preciso es, con todo, que sean confesadas con la boca, reverenciadas con el corazón y honradas con cristiana religiosidad, según es dado á nuestra mísera flaqueza humana. La lengua, ciertamente, es incapaz de explicarlas, pero fácil cosa es encarecerlas con los tiernos y piadosos afectos de nuestro corazón; y la misericordia infinita de nuestro eterno Criador y Señor se dignará aceptar benigna, no solo lo que podemos practicar, mas también aquello mismo que deseamos poner por obra; pues que cuenta como méritos del justo, así las obras buenas que ejecuta, como el deseo de su voluntad.»

Cuéntase que el Eterno Padre reveló á Santa Catalina de Sena, que el hacimiento de gracias hace á el alma deleitarse incesantemente en su soberana Majestad; que libra á los hombres de toda negligencia y tibieza en el servicio divino,

é inspira en su ánimo vivísimos deseos de complacerle más y más cada día en todas las cosas. El aumento de la acción de gracias es la razón que el Señor da á Santa Brígida para la institución del Sacrificio augusto de la Misa:—

Diariamente, la dice, se está inmolando mi Cuerpo sobre el ara del altar, para que el hombre se encienda en la llama del divino amor y recuerde con más frecuencia mis beneficios:—

Dichoso aquel, exclama San Bernardo, que, á cada gracia que recibe, se vuelve con el pensamiento á Aquel en quien se halla la plenitud de todas las gracias; porque si correspondemos agradecidos á los favores que nos ha otorgado, alcanzaremos ulteriores mercedes de sus divinas manos. Y en otro lugar añade el mismo Santo Doctor:—Hablad á Dios con hacimiento de gracias, y vereis cómo conseguís abundantes beneficios de su infinita liberalidad. Oigamos á este propósito á San Lorénzo Justiniano:—Como observe el Señor que correspondéis agradecidos á sus divinas larguezas, os colmará entónces de singulares dones, á cual más ricos y regalados. Últimamente, la fué revelado á Santa María Magdalena de Pazzis, que la acción de gracias disponía el alma á recibir las infinitas larguezas del Verbo eterno.

Detente ahora, lector amado, y medita unos cuantos minutos sobre el Verbo eterno: recuerda que es la segunda Persona de la Beatísima Trinidad, el Hijo unigénito del Padre, el Esplendor de su divina Majestad, la Sabiduría increada, la Persona misma que encarnó y murió por nosotros, Aquel que envió al Espíritu Santo, quien nos dió á María, y se da á Sí mismo en el Santísimo Sacramento; Aquel en cuya mente se revuelven en este momento los innumerables lustros de todas las criaturas posibles: pondera igualmente, que sus infinitas larguezas carecen de límites y medida, que nos es imposible contar su número, secar su frescura, penetrar su excelencia, abarcar su plenitud y dar inteligibles nombres humanos á sus especies, invenciones, variedades, portentos y singulares maravillas.

¡Oh siuviésemos una muy especial devoción á la Persona del Verbo eterno! ¡Si nos fuese dado leer todas las grandezas que la Iglesia puede de Él contarnos, y luego nos resolviésemos á meditar y hacer actos de amor sobre aquello mismo que estamos leyendo! ¡Oh qué medio este tan eficaz para aumentar nuestra devoción hácia la sacratísima Humanidad del Hijo unigénito del Padre, para velar en su pesebre, y gemir sobre

su Cruz, y adorarle en su tabernáculo, y ampararnos y guarecernos en el seno de su Sagrado Corazon! Pide, pues, á San Miguel, San Juan Evangelista y San Atanasio, que te alcance esta devocion, pues que sus ruegos tienen un especial valimiento ante el acatamiento divino para procurarnos tan singular beneficio; y verás cómo corres por los caminos de Dios, luego que el calor de dicha devocion haya convertido tu corazon en horno de fuego. Ten igualmente presente, que el mismo Señor nos ha dicho por boca de su sierva, Santa María Magdalena de Pazzis, que la accion de gracias prepara el alma á las divinas larguezas del Verbo eterno. Ya ves, pues, la necesidad en que estás de empezar desde hoy, ahora mismo, un nuevo género de gracias más digno del Rey de la majestad, que aquellas poco frecuentes formalidades, simples cortesias y meros respetos con que hasta aquí te has contentado para corresponder agradecido á los inestimables favores y señaladas larguezas con que el Señor se ha dignado colmarté á pesar de tu ruindad y bajeza. Hazle, sí, en este mismo momento semejante promesa, y en seguida, más encendido el corazon en la llama del divino amor, prosigue leyendo.

Cuenta San Buenaventura, ó mejor dicho, el

autor de las *Meditaciones sobre la vida de Cristo*, que la santísima Virgen daba gracias á Dios sin intermision; y á fin de que las saluciones ordinarias no la distrajesen en sus alabanzas al Altísimo, cuando alguno la saludaba, tenia la costumbre de contestarle: *Deo gratias*; adoptando no pocos Santos, á ejemplo suyo, la misma práctica piadosa. El P. Diego Martinez, de la Compañía de Jesús, llamado el apóstol del Perú por su celo por la salvacion de las almas, é infatigable laboriosidad en aquella provincia; solia diariamente decir cuatrocientos y hasta seiscientos *Deo gratias*, llevando consigo cierta especie de rosario, para ser puntual en el número de veces que se habia propuesto recitar semejantes palabras; y sin cesar estaba induciendo á los demas á practicar la misma devocion, asegurando que ignoraba hubiese ninguna breve jaculatoria más acepta á los divinos ojos, siempre, por de contado, que se dijese con devota intencion. Cuéntase igualmente de este religioso, en el sumario de su proceso, que los actos formales de amor de Dios que cada dia practicaba, llegaban, no raras veces, á varios miles.

Refiere Lancisio, tomándolo de Filon, que existia entre los judíos una tradicion bastante

original, la cual es como sigue:—Luego que Dios hubo criado el mundo, preguntó á los Ángeles, qué juicio habían formado sobre esta obra de sus divinas manos, y uno de ellos se atrevió á contestarle diciendo: que como era tan grandiosa y perfecta, le parecia que faltaba una cosa solamente, es á saber, una voz clara, sonora y armoniosa; que estuviese sin cesar llenando con su eco todos los ángulos del mundo, para de esta suerte ofrecer dia y noche á su Hacedor continuas acciones de gracias por los beneficios é incomparables mercedes con que la había enriquecido: ignoraban aquellos espíritus bienaventurados que había de llegar época en la cual tenia que llenar el Santísimo Sacramento la función sublime de alabar y glorificar al Creador del universo; y ved aquí la razón por qué nuestra acción de gracias no debía ser un ejercicio de devoción practicado de vez en cuando; pues la voz del amor que se mantiene siempre vivo y lleno de frescura y lozanía en el fondo de nuestros corazones, preciso es que se oiga sin cesar.

En varios de los pasajes de San Pablo arriba citados, habla el Apóstol de los ruegos con acción de gracias, como si no pudiese haber oración alguna de la cual no forme parte el hacimien-

to de gracias; cuyo lenguaje es asimismo una confirmacion de lo que llevo dicho, esto es, que el espíritu de la Eucaristía se encuentra en todo acto de devocion católica.—«Paréceme, afirma San Gregorio Niseno, que si durante toda nuestra vida estuviésemos conversando con Dios sin interrupcion ni distraccion alguna, y no haciendo otra cosa más que rendirle acciones de gracias por sus inefables larguezas; tan lejos estaríamos de corresponder agradecidos á nuestro celestial Bienhechor, como si nunca nos hubiese ocurrido semejante pensamiento. Efectivamente, el tiempo comprende tres partes: pasado, presente y futuro. Si examinamos el presente, veremos que Dios es por quien vivimos; si el futuro, Él es el objeto de todas nuestras esperanzas, y si consideramos, por fin, el pasado, veremos igualmente que jamás hubiéramos existido, si Dios no nos hubiese criado: beneficio suyo fué, pues, el que naciésemos, y aun despues de nacidos, nuestra vida y hasta nuestra misma muerte fueron, como asegura San Pablo, singulares mercedes de sus liberales manos, y cualesquiera que sean nuestras esperanzas futuras, están asimismo pendientes de los beneficios divinos. Solo, pues, somos dueños del presente, y en su consecuencia, aunque nunca jamas interrumpiésemos

las acciones de gracias durante todo el curso de nuestra vida, difícilmente haríamos todavía lo bastante para corresponder agradecidos al favor que es siempre presente; pero nuestra imaginación no puede concebir ningún método posible para mostrar nuestro reconocimiento por el pasado y el tiempo futuro.»

Como por vía de apéndice á estas autoridades, pareceme que no será inoportuno añadir que la Iglesia ha concedido indulgencias á varias fórmulas de acciones de gracias para aficionar más y más á sus hijos á que glorifiquen á Dios con tan santas devociones: ya se nos ofrecerá ocasión de recordar que no pocas de estas prácticas son acciones de gracias á la Beatísima Trinidad por los singulares dones y señaladas mercedes con que enriqueciera á la Virgen María, Reina y Señora nuestra.

Nos servirá ciertamente de poderoso auxiliar en nuestro agradecimiento la clasificación de los principales beneficios por los cuales estamos obligados á rendir á Dios continuas acciones de gracias, y yo aconsejaria que en esta materia, como en muchas otras, siguiésemos el orden y método que propone el Padre Lancisio.

SECCION III.

Varios objetos de accion de gracias.

1.º Debemos dar gracias á Dios, en primer lugar, por los beneficios comunes á todo el humano linaje: San Juan Crisóstomo es muy enérgico acerca de este punto; y nuestro Señor llegó á llamar á la práctica de accion de gracias por los beneficios comunes el collar de su esposa, cuando, habiéndose dignado desposarse con Santa Gertrúdis, é instruyéndola sobre los adornos espirituales con que debia vestir y engalanar su alma, la dijo:—*La esposa tiene que llevar sobre su cuello las señales del desposorio, esto es, la memoria de los favores que te he otorgado; la soberana generosidad con que te criara, dándote cuerpo y alma; la inefable largueza con que te he concedido salud y bienes temporales; la abrasada caridad con que te he separado de los devaneos del mundo, muriendo por ti y restituyéndote, si así es voluntad tuya, tu antigua herencia.* Cuenta Orlandini que el hacimiento de gracias por los beneficios comunes fué una de las devociones características del P. Pedro Fabre, de la Compañía de Jesús: Ocupába-

se sin cesar este siervo de Dios en traer á la memoria con singular agradecimiento, no solò los divinos beneficios particulares, sino tambien aquellos que son comunes á todo el género humano; y siempre tuvo presente la estrechísima obligacion de dar gracias á la infinita liberalidad de Dios por los beneficios comunes, no ménos que por los especiales, siendo para él motivo de grande afliccion ver el poco aprecio que de ellos hacía la generalidad de los cristianos, por conceptuarles asunto de escasa importancia. Lamentábase de que los hombres rara vez bendijesen aquella dulce voluntad y caridad inmensa de Dios, que movieron sus paternas entrañas á criar el mundo y redimirle despues á costa de su Sangre Preciosísima, abriéndonos así las puertas de la eterna bienaventuranza, y dignándose en todas estas finezas de su encendido amor, pensar particular y distintamente en cada uno de nosotros.

Bajo el nombre de beneficios comunes van comprendidas las gracias todas de la sagrada Humanidad de Jesús, los gloriosos dones y singulares prerogativas de la Madre de Dios, y todo el esplendor y hermosura de los Ángeles y Santos de la Jerusalem celestial. Entre otras promesas que hizo Dios á Santa Gertrúdis, fué una

la siguiente:—Todo aquel que alabe á Dios con devota intencion, y le dé gracias por los favores otorgados á Gertrúdis, será misericórdiosamente enriquecido por el Altísimo, sino al presente, á lo ménos en alguna ocasion propicia, con tantos dones espirituales, cuantas fueron las acciones de gracias que él ofreciera. Cuenta Orlandini que el P. Fabre solia estar continuamente congratulando á los Ángeles y bienaventurados del cielo por todos los dones que habian recibido de las manos de su Criador, ponderando con especial asiduidad las gracias particulares con que les enriqueciera; y luego, separadamente por cada una de ellas, nombrando las más que le eran posible, daba á Dios, en nombre de estos cortésanos del cielo, rendidas acciones de gracias por semejantes mercedes; porque, decia, que era una devocion provechosísima á nuestras almas y muy agradable á los habitantes de la Jerusalem celestial, quienes veian claramente la inconmensurabilidad de la deuda de gratitud que deben á Dios, así como la imposibilidad en que se hallan de satisfacerla cumplidamente. Y llegó Fabre á remontarse á regiones tan elevadas con el continuo ejercicio de esta devocion, que no habia una sola dádiva otorgada por la Bondad divina, á cualquier individuo,

que no considerase como deuda personal que debía pagar al Señor su Dios; así es que apenas llegaba á percibirse de algun próspero acontecimiento sobrevenido á un hermano suyo, cuando llenó de alborozo, entonaba al Rey de los siglos un cántico de alabanza y hacimiento de gracias. Más aun: contemplaba arrobado, y con los ojos rebosando júbilo, las lindas y hermosas ciudades, las fértiles campiñas, los hechiceros olivares, los deliciosos viñedos, los risueños prados, los alegres valles; y como semejantes objetos no podían hablar por sí mismos, suplía él esta falta suya, dando rendidas gracias al Señor, Dueño universal de todas las cosas, por la hermosura y encantos que sobre ellos había derramado á manos llenas, ofreciéndoselas igualmente á nombre de sus arrendatarios y poseedores, por el usufructo y dominio que Dios les otorgara.

¡Oh qué riquezas debía atesorar el interior del alma de este santo varon, adornada de dones tan excelentes y variados, embellecida y exornada con gracias tan exquisitas y singulares, y sobre todo, ataviada con aquel precioso é inestimable caudal *de disposiciones interiores* que constituían su peculiar carácter espiritual, y en lo cual difícilmente exista Santo alguno canoizado que llegara á sobrepujarle! No es, pues,

maravilla que San Francisco Javier añadiese su nombre á la letanía de los Santos, ni que San Francisco de Sales hablase del gozo incomparable é indecible consolacion que experimentó, al consagrar un altar en Saboya, cuna de varon tan insigne. Pero á semejanza de Baltasar Álvarez, á quien Santa Teresa vió en espíritu gozando en el cielo mayor gloria que todos sus contemporáneos, incluso no pocos Santos canonizados; así Pedro Fabre no está colocado sobre los altares de la Iglesia, sino que descansa en el seno de Dios como uno de sus Santos ocultos.

¡Loor, pues, y gloria á la Trinidad Beatísima por cada uno de los dones y prerogativas con que se dignó embellecer el alma angelical de este varon venerable! ¡Alabanza y bendicion á tan Augustas Personas por todos los tesoros de gracia con que enriquecieron á los Santos que actualmente viven ocultos en su divino seno, y por cuyo motivo nos es imposible glorificarlas en ellos con perpetuos loores!

2.º La segunda clase de misericordias divinas por las cuales tenemos obligacion de corresponder agradecidos, ofreciendo continuas acciones de gracias, comprende los innumerables beneficios personales que hemos recibido de la bondad y liberalidad de nuestro Dios y Señor.

Oigamos á este propósito á San Bernardo en su primer sermón sobre los Cantares:—«En las guerras y en los combates,» son sus palabras, «que deben reñir con el demonio, mundo y carne; todos aquellos que viven piadosamente en Cristo,—pues la vida del hombre como habreis experimentado en vosotros mismos es una milicia sobre la tierra;—en todos estos combates, repito, es menester que volvamos á cantar aquellas nuestras canciones de agradecimiento por las victorias alcanzadas anteriormente. Cuando la tentación es vencida, y el vicio dominado, y el inminente peligro precavido, y descubiertos en tiempo oportuno cualesquier lazo y asechanza del enemigo, y la vieja é inveterada pasión del alma amansada, y la virtud, tan codiciada y pedida con vivas ansias, alcanzada al fin por la misericordia divina, ¿qué otra cosa debemos hacer más que, á dicho del Profeta, entonar entónces un himno glorioso de alabanza y acción de gracias, y bendecir á Dios por todos los dones y regalos de su infinita liberalidad? Porque en el día del juicio será contado entre los ingratos aquel que no pueda decir al Señor: *Tus justicias fueron asunto de mis canciones de alabanza en el lugar de mi peregrinación.* ¡Qué más! por cada paso que demos en la senda de la

virtud, y por cada escalon que subamos en la vida espiritual, menester es que cantemos otras tantas canciones en alabanza y gloria de Aquel que así se ha dignado levantarnos.»— «Yo instaría con todas las fuerzas de mi alma, escribe Lancisio, á todos aquellos que sirven fielmente á Dios, que le ofrezcan rendidas gracias con particular agradecimiento y encendido afecto de su corazon, á lo ménos cuatro veces al dia: primera, por la mañana, durante la meditacion: segunda, al mediodía ó ántes de la comida: tercera, en el exámen de conciencia: cuarta, al tiempo de irse á la cama. Entre los beneficios personales ocupa el primer lugar aquella gracia con que nos ha llamado de la herejía á la fe católica, ó del olvido completo de los Sacramentos y continuas recaídas en la culpa, á una verdadera conversion y vida ejemplar.» Nuestro Señor habló así en cierta ocasion á Santa Brígida:—«La esposa, hija mia, debe estar ataviada con el blanco ropaje y los ricos adornos del desposorio al tiempo que va el Esposo á las bodas; y brillarán por su blancura esos tus vestidos y preciosas galas, cuando recuerdes con afecto de agradecimiento aquella dádiva graciosa que te he otorgado en el bautismo, purificándote del pecado de Adan, aquella infi-

nita paciencia con que te he sufrido, cuando caíste en la culpa, y aquella generosa largueza con que te he sostenido para que no volvieses á cometer nuevas y más enormes maldades.»

Otro de los beneficios personales que debemos agradecer á Dios es la conservacion de la vida y la salud, medio eficacísimo con el cual podemos acumular diariamente riquísimos tesoros de merecimientos y glorificar con numerosos y variados actos de amor divino á la Majestad soberana del Altísimo. Tenemos asimismo la obligacion de darle señaladas gracias por las humillaciones pasadas y presentes, por las calumnias y malévolas interpretaciones que han dado á nuestras palabras, obras, omisiones é intenciones; por las detracciones malignas que tanto nos han hecho sufrir, y últimamente por todo cuanto ha contribuido á mortificar nuestro amor propio. Porque si consideramos los verdaderos intereses de nuestra alma, no podremos ménos de convenir en que es un beneficio inestimable del cielo la humillacion ó abatimiento, no solo por el auxilio que nos ofrecen para adelantar en el camino de la perfeccion cristiana, sino tambien á causa de las innumerables ocasiones que nos proporcionan de glorificar á Dios, y adquirir un riquísimo caudal de

merecimientos, y llegar, én fin, un dia á ocupar un lugar muy alto y encumbrado en la patria del cielo; pues no es fácil concebir un medio tan poderoso para glorificar á Dios nuestro Señor, como el ejercicio devoto de las virtudes cristianas, mientras el alma se ve perseguida por la humillacion y el abatimiento. Si, pues, nuestro estado ó condicion de la vida no nos grangea el aprecio y las alabanzas de los hombres, demos por ello las más rendidas gracias á Dios nuestro Señor, que ha tenido la dignacion de librarnos del peligro que de otra suerte hubiéramos corrido en el mundo ocupando un puesto más elevado y honroso.

La paciencia infinita que Dios ha usado con nosotros es asimismo un beneficio inestimable que merece todo nuestro reconocimiento; porque, ¿no es un espectáculo digno de la mayor admiracion el contemplar por una parte la soberana mansedumbre con que el Señor nos ha sufrido, y por otra, la perversidad inconcebible de nuestro corazon á tan regalada muestra de su caridad paternal? ¿Cuántas absoluciones no hemos recibido? ¿cuántos méritos perdidos, nuevamente recobrados? ¿cuántas gracias alcanzadas de las misericordiosas entrañas del Rey soberano de la gloria? ¡Oh qué milagro

tan estupendo de paciencia ha sido Dios para con nosotros! Parece que no sin sobrado motivo podríamos penetrar en espíritu dentro del corazón inmaculado de aquella doncella española que solía decir, según afirma el P. Rho., que si tuviese que levantar un templo en honor de los atributos de Dios, le dedicaría á la divina Paciencia. ¡Cuán bella y agraciada no debía ser aquella alma angelical, y qué cosas tan íntimas y secretas no pasarían entre ella y su Esposo divino!

Además, ¿cuántas culpas no hubiéramos cometido, si la misericordia divina no hubiese salido luego al punto á nuestro encuentro, teniendo de su mano? ¿cuántas tentaciones, tan fatales á los demás, que ni siquiera han llegado á mortificarnos un solo momento de la vida? El emperador Antonino, aunque pagano, daba gracias á Dios por las ocasiones de pecado á que nunca se había visto expuesto; y he aquí otro de los beneficios personales, objeto especial de nuestro agradecimiento. Pero todavía existen tres beneficios personales que un católico no debería perder jamás de vista, y son los siguientes: 1.º, la elección divina por la cual es cristiano, y no judío, mahometano ó hereje: 2.º, la paternal providencia de Dios, que desde que vinimos

al mundo ha sido siempre nuestra defensa, y armadura, y escudo fortísimo: 3.º, la divina liberalidad con que nos ha colmado y enriquecido de innumerables dones y singulares dádivas graciosas para adornar nuestra alma y aumentar nuestro gozo en el Señor.

Aconsejamos San Juan Crisóstomo, que correspondamos también agradecidos á los inestimables beneficios ocultos que Dios, en su misericordia infinita, se ha servido derramar sobre nosotros á manos llenas:—*Dios, dice, es una fuente perenne de clemencia, que continuamente está inundándonos con las cristalinas aguas de su divina liberalidad, aun cuando no lo conozcamos.* Cuenta asimismo Orlandini, que el P. Pedro Fabre llegó á señalarse de un modo singularísimo en el agradecimiento á los beneficios ocultos. Solía decir este varón insigne que difícilmente habría ningún otro beneficio por el cual debiéramos ser más escrupulosos en dar gracias á Dios, como por aquel que nunca solicitamos, viniendo á nuestras manos sin que lleguemos á conocerlo.—Probablemente, no pocos de nosotros sabremos en el día de la cuenta, que semejantes dádivas, ocultas á nuestras miradas, fueron el verdadero eje sobre el cual girara toda nuestra vida mortal, y con cuyo

auxilio llegó á obrarse nuestra predestinacion y eterno descanso en la gloria del cielo.

3.º Ni vayamos tampoco á creer que se nos exige demasiado, al recomendarnos los escritores espirituales la obligacion de dar rendidas acciones de gracias á Dios nuestro Señor por las aflicciones y tribulaciones pasadas, igualmente que por aquellas otras que tengamos que sufrir en el tiempo presente; no es este, claro está, lugar oportuno para entrar en averiguaciones acerca de los riquísimos tesoros que la Providencia divina, en sus altos y secretos designios, pretende sacar de las aflicciones, pues fácilmente ocurrirán á cualquiera.—El venerable Juan de Ávila solia decir que un solo *Deo gracias* en la adversidad, tenia más valor ante los divinos ojos, que seis mil en tiempo de prosperidad. Pero volvamos otra vez á Orlandini, quien es inimitable en aquella magnífica descripcion, donde pinta á las mil maravillas el don especial de accion de gracias que adornaba el alma angelical de Pedro Fabre. Creia este siervo de Dios, y con fundado motivo, que no debian los hombres darse por satisfechos humillándose bajo la mano del Todopoderoso, cuando les probaba con públicas calamidades, sino que era menester que tributasen entónces al Señor las más rendidas gracias.

por semejantes adversidades, es decir, por el hambre y escasez, por las guerras, pestes, tempestades y por todos los otros azotes del cielo; y era para su corazon compasivo motivo de dolor *vehementísimo*, ver que los hombres no conocian claramente los amorosos intentos de Dios al afligirlos con semejantes trabajos: ceguera que causaba en su ánimo la mayor pesadumbre, cuando gemia compasivo sobre las desventuras con que Dios se dignaba visitarlos; porque no es ciertamente perfecto agradecimiento aquel que solo se alimenta de favores y regaladas mercedes:—*No!* exclama San Antioco, *no podemos nosotros afirmar que un sugeto es verdaderamente agradecido, hasta que no le veamos dar á Dios sinceras y cordiales acciones de gracias en medio de las calamidades.* Y San Juan Crisóstomo, en sus *Homilias sobre la Carta de San Pablo á los de Éfeso*, escribe que *debemos dar gracias á Dios hasta por la existencia del mismo infierno, y por todas las penas y tormentos que alli se padecen, pues son un freno eficaz para domar nuestras desordenadas pasiones.*

4.º Es tambien una devocion muy regalada el dar gracias á Dios, Padre amoroso, por aquellos beneficios que llamamos insignificantes y livianos, no porque exista jargueza alguna in-

significante para nosotros, criaturas harto indignas de semejantes favores, sino con relacion á las otras misericordias de Dios más soberanas y de más alta estimacion: San Bernardo no teme aplicar á este ejercicio piadoso de accion de gracias por los beneficios de escasa valía el encargo que hizo el Señor á sus discípulos de recoger con exquisito cuidado todos los fragmentos y sobras, para que no se desperdiciase absolutamente ninguna. Leemos en la *Vida de la Beata Battista Varani*, de la Orden de San Francisco, que en cierta ocasion la habló el Señor de esta manera: — «Si no volvieses nunca más á pecar; si tú sola hicieses más penitencias que cuantas han hecho todos los Santos del cielo, mientras vivieron sobre la tierra; si deramases tantas lágrimas como gotas de agua encierran todos los inmensos mares; si sufrieses, en fin, tantas penas y trabajos cuantos eres capaz de sufrir; todos estos sacrificios no serian suficientes para corresponder agradecida al más pequeño beneficio que liberalmente te he concedido.» Cuenta la misma Varani, que en otra ocasion la dió el Señor á entender cómo ni la Madre gloriosísima del Verbo eterno, María santísima, ni todos los Ángeles y bienaventurados de la Corte celestial, con cuantos encantos y perfec-

ciones engalanan su gentileza, podrán nunca rendirle las debidas gracias por la creacion de la más pequeña flor del campo que el Omnipotente criara para deleitar nuestra vista, y no por otra razon, sino á causa del abismo infinito que existe entre su divina excelencia y soberana grandeza, y nuestra ruindad é inconmensurable bajeza. Tambien en esta devocion, segun refiere Orlandini, llegó á sobresalir el P. Pedro Fabre, quien solia decir, que en toda dádiva divina, por liviana que fuese, debian ponderarse tres cosas, á saber: el Dador, el don y el afecto de caridad con que la concedia; y que si nosotros considerásemos devotamente estos tres objetos, veríamos entónces con toda claridad la grandeza que campea en las más pequeñas misericordias divinas:—«Indudablemente, continúa su biógrafo, fué esta la causa por la cual su alma bienaventurada se hallaba siempre nadando en la abundancia de las divinas larguezas; porque siendo Dios un océano inagotable de bondad, es imposible que llegue á secarse la fuente de la liberalidad infinita, allí donde da con un corazon sumamente devoto y agradecido, en cuyos senos pueda derramar las cristalinas aguas de sus inefables misericordias.» Así es que Tomás de Kémpis asegura, que si nos detuviésemos á con-

siderar la majestad y grandeza del Dador, ningún don tendríamos entónces por pequeño, mucho más sabiendo que el mismo Señor llegó á encargar á Santa Gertrúdis que le diese gracias hasta por los beneficios futuros no recibidos todavía: ¡tan acepta es á sus divinos ojos la práctica de accion de gracias!

5.º No raras veces se le oyó decir á San Ignacio, que eran muy pocas las personas, acaso ninguna, que penetrasen á fondo el enorme impedimento que oponemos á Dios, cuando desea en su inefable liberalidad obrar cosas grandes en nuestras almas, pues apenas son creíbles los portentos que obraría en ellas, solo con que nosotros se lo permitiésemos. Hé aquí por qué no pocas personas espirituales han hecho una devoción especial de accion de gracias á la divina Majestad de los beneficios que el Omnipotente las hubiera concedido, si ellas no se lo hubiesen estorbado, y de aquellas otras mercedes á que no correspondieron agradecidas al tiempo de recibirlas. Fabre solia celebrar misas, ó las mandaba decir, en expiacion de su desagradecimiento y el de sus prójimos al recibir los beneficios de las manos de Dios nuestro Señor; y siempre que veia algun rico ó poderoso de la tierra, acostumbraba á hacer actos de reparacion amo-

rosa por la negligencia posible de semejante sugeto en dar gracias á su divino Bienhechor. Otras personas devotas llegaron á formarse tan elevado concepto de aquellos beneficios divinos por los cuales dieron gracias al Altísimo al tiempo de recibirlos, que ahora, no satisfechas con semejante correspondencia, parécelas que aquel agradecimiento suyo no fué tan grande y afectuoso cual pudiera haberlo sido: devocion generosa y grandemente regalada que, segun afirma San Lorenzo Justiniano, entra en la accion de gracias que rinden al Rey de la majestad los bienaventurados de la gloria del cielo. Aquellos beneficios, pues, de que abusamos ó recibimos con desdenosa indiferencia, aconseja San Bernardo, que debemos considerarles como asunto de un especial hacimiento de gracias. Otras personas, últimamente, ejercitaron la devocion de dar gracias á Dios hasta por los beneficios á que se fuesen preparando sus prójimos, y por cuanto bueno les acaeciera miéntras se hallasen dormidos: práctica piadosa que nos demuestra á lo ménos el amor ingenioso de los corazones agradecidos. Pero todavía existe otra devocion en la cual solia ejercitarse Pedro Fabre, segun enseña Orlandini, y que bajo ningun concepto debemos pasar en silencio, la cual consiste en

dar á Dios gracias muy señaladas por haber impedido que no pocas de nuestras acciones y palabras causasen el escándalo que de suyo hubieran producido: ¿concíbese, pues, misericordia más dulce y regalada que la presente?

6.º Otra de las devociones de las personas piadosas consiste en dar gracias al Hacedor del mundo por todas las criaturas irracionales, cuya práctica es sumamente agradable á sus divinos ojos como Criador sapientísimo del universo, y tiene asimismo la ventaja de ser una de las devociones más excelentes de la presencia de Dios, pues que nos dispone en todo tiempo y lugar á elevarnos hasta Él por la contemplacion de las criaturas. Pero en semejante devocion, no debemos atender principalmente al uso y señorío que Dios en su liberalidad infinita se ha dignado concedernos sobre los seres de la naturaleza, sino más bien al amor que nos tuviera al criarlos, segun Él mismo aseguró á Santa Catalina de Sena:—«Cuando el alma, la dijo, ha llegado al estado de perfecto amor, recibiendo los dones y gracias de mis manos, no tanto considere la dádiva mia, como el afecto de caridad que moviera mis paternas entrañas á conferírsela.»

7.º Glorificaremos igualmente á Dios nues-

tro Señor dándole rendidas gracias por todos los beneficios otorgados á nuestros enemigos: semejante devocion es el ejercicio más excelente del amor fraternal, y altamente agradable á los divinos ojos; porque es imposible que llegue uno á practicarla por mucho tiempo, sin que la indiferencia y resentimiento que abriga en el corazon contra su prójimo, no cedan luego el paso á la dulzura y cariño hasta por aquellos hermanos nuestros que más nos ofendieron y mayor aversion llegaron á tenernos. Mas como mi principal objeto al escribir la presente obrita no es otro que el acumular una abundancia de medios, á cual más tiernos é ingeniosos, para procurar á nuestro Señor dulcísimo siquiera un pequeño grado más de gloria; como mi ánimo es mover suavemente á mis lectores á ejercitarse en actos de reparacion amorosa por las ofensas y ultrajes que reciben diariamente la honra de Dios y los sagrados intereses de Jesús; paréceme que no será inoportuno añadir aquí algunos otros métodos de accion de gracias que tanto hacen á mi propósito. Trasladémonos, pues, con la consideracion á las cavernas del infierno, y contemplemos allí aquéllas almas infelices que habitan esa region de tinieblas y sempiterno llanto: no existe ni una sola á quien Dios

no colmara de bendiciones, enriqueciera de dones muy señalados y exornara con las caricias divinas del Espíritu Santo; pero en aquellas cárceles tenebrosas no se canta ninguna cancion de gracias al Altísimo; allí, solo levanta su voz la justicia inexorable del Rey de la majestad, y el divino amor permanece silencioso; hé aquí por qué el Venerable P. Luis de la Puente, en el *Prefacio á sus Meditaciones*, nos recomienda encarecidamente la práctica devota de accion de gracias á Dios nuestro Señor por todos los beneficios de naturaleza y gracia que ha derramado sobre los mismos condenados. Otros han ido aun más léjos todavía: era tal su celo por la gloria de Dios, y tan grande su temor de que pudiese haber algun rincon del mundo donde no se tributasen al Criador omnipotente las gracias debidas á sus divinas misericordias y soberanas larguezas, que llegaron á ofrecerle alabanzas por haber tenido su bondad la dignacion de contentarse con castigar á los réprobos *citra condignum*, esto es, ménos de lo que merecen sus culpas: ¡cuán pródigo, pues, no ha sido Dios de su bondad infinita, y cuán cierto es asimismo que sobrepujan al cálculo los innumerables dones y mercedes que concediera liberal á los condenados! Añadamos

ahora la muchedumbre de judíos, infieles y herejes que existen en toda la redondez de la tierra, sin cuidarse de corresponder agradecidos á los divinos beneficios, y agreguemos igualmente tantos malos católicos que están viviendo en pecado mortal, hollando bajo sus piés los santos Sacramentos, crucificando de nuevo á nuestro Señor dulcísimo y exponiéndole descaradamente á la pública vergüenza. ¡Gloria, pues, á Dios por cada una de las larguezas que ha otorgado á estas infelices criaturas suyas! ¡Alábele ahora en su memoria el Santísimo Sacramento desde todos los tabernáculos del universo mundo; porque mil veces más dulce y melodiosa es la voz de Jesús sacramentado, que pudiera haberlo sido aquella otra voz clara, llena, sonora y armoniosa que segun la judáica tradicion solicitara el abrasado amor angélico.

Si quereis poner en práctica esta devocion del hacimiento de gracias por todos los beneficios que el Criador omnipotente ha derramado á manos llenas sobre sus criaturas, yo me atreveria á aconsejaros que adoptarais el plan de *Apostolado de la Oracion*; y no vayais á persuadiros que cambiando la oracion en acciones de gracias, deje por eso de ser verdadera oracion; al contrario, aumentará así su excelencia:—El

domingo, bajo la invocacion de la Santísima Trinidad, ofreced á Dios rendidas gracias por la Iglesia, el Papa, el clero y por todos los fieles que viven en estado de gracia: el lunes, en union con todos los Santos de la Córte celestial, dad al Señor Dios nuestro infinitas gracias por todo cuanto ha hecho, hace y hará graciosamente en lo sucesivo por las necesidades del catolicismo en Europa: el mártres, convidad á los Ángeles, que tengan la dignacion de unirse con vosotros para rendir gracias á la divina Majestad por todas las misericordias que ha otorgado á los treinta y seis millones de negros y salvajes que existen en el mundo: el miércoles, invocad á San José, y en union suya dad gracias á Dios nuestro Señor por todo el amor que pródigamente ha derramado sobre los trescientos cincuenta y cinco millones de gentiles que pueblan el Asia oriental: el juéves, unios con Jesús en el Santísimo Sacramento, y suplid el desagradecimiento de los doscientos veinte millones de infieles del Asia occidental: el viérnes, cobijaos dentro del Sagrado Corazon de Jesús, y enfervorizados allí con la memoria de su Pasion santísima, suplid la ingratitud de los ciento veinte millones de herejes y cismáticos que viven diseminados por toda la redondez

de la tierra; y últimamente, el sábado, ofreced á Dios el Inmaculado Corazon de nuestra Madre benditísima por todos los pecadores del mundo, en justo agradecimiento á los innumerables beneficios con que se ha servido enriquecerlos. ¡Oh Dios y Padre mio! ¡pluguiera al cielo que esta pequeña ofrenda que me atrevo á presentar á tus divinos piés pudiese procuraros un poquito de gloria, siquiera no fuese más que un solo grado, y sirviese asimismo para aumentar diariamente el número de corazones que anhelan con vivas ansias amar á tu hijo Jesús y Salvador nuestro, gimiendo inconsolables por ser tan poco amado de los hombres! ¿Qué me importa la vida ni la misma muerte, si á costa suya lograrse que Dios fuese más y más amado cada dia? ¡Oh dulcísimo Jesús mio! ¡cuándo se encenderá nuestro corazon en la llama del divino amor! ¡cuándo, Jesús mio, y Salvador mio! cuándo! ¿Dónde está, Dueño mio, aquel fuego que viniste á encender sobre la tierra? ¿dónde está, que no llega á consumirse mi corazon? ¡Señor amorosísimo! ya que tan poco os amamos, avergoncémonos siquiera y llenémonos de un santo rubor por no profesaros aquel amor que se merece vuestra grandeza soberana, y la hermosura y embeleso de vuestra di-

vina naturaleza que roba los ojos del Querubin!

8.º El objeto de la presente práctica consiste en dar gracias á Dios nuestro Señor, con el mayor regocijo posible y el más encendido fervor del corazon, por la inmensa muchedumbre de Ángeles y Santos que pueblan los cielos, adorándole como á su Cabeza y rindiéndole infinitas gracias como á Autor de toda gracia y Dador de todos los dones; porque si nosotros le profesáramos un verdadero amor, nuestra mayor pesadumbre seria considerar esta nuestra incapacidad para amarle dignamente y cual se merece, y en su consecuencia, tendríamos como un beneficio inestimable que en su liberalidad infinita se hubiese servido dispensarnos, la creacion de esa multitud innumerable de seres bienaventurados capaces de amarle, más, incomparablemente más que nosotros le amamos á pesar de todos nuestros esfuerzos. Algunas personas piadosas han añadido á esta práctica devota, la de la accion de gracias por todo el culto y adoracion que al presente está recibiendo el Altísimo en toda la redondez de la tierra y mansiones del purgatorio; por todos los sacrificios que ahora le ofrecen millares y millares de ministros suyos y almas puras; por todas las oraciones que desde innumerables Iglesias y

santuarios suben en olorosa espiral á los piés del excelso trono que ocupa en el empíreo cual Rey de la majestad; por los votos con que se están ligando los fervorosos fieles para ofrecerse en su servicio cual víctimas de expiacion; y finalmente, por todos los grados de aumento que recibe el amor divino en aquellos corazones que viven la vida regalada de la gracia santificante. Otras personas devotas se han sentido asimismo dulcemente atraídas á rendir á Jesús continuas acciones de gracias por los misterios gloriosos de su Vida santísima, alabándole con perpetuos loores por la gloria inefable que en ellos gozara, por la que procuraron á su eterno Padre y por los inestimables beneficios que de ellos hemos nosotros conseguido; de aquí es que todos los siervos de Dios, que profesaron una especial devocion á la Resurreccion triunfante y gloriosa de Jesucristo, Salvador nuestro, se les ha visto casi siempre aficionadísimos á la práctica amorosa de la accion de gracias.

SECCION IV.

Accion de gracias por el don inestimable de la fe.

9.º Otras personas llegaron á señalarse por un afecto profundo de agradecimiento hácia el

don inestimable de la fe, y á todas aquellas maravillas sobrenaturales de nuestra sacrosanta religion cristiana: dones que forman dos fuentes distintas y muy abundantes de tierna devocion. La primera, esto es, la fe induce á los hombres á regocijarse no ménos en la absoluta soberanía de Dios y supremacía ilimitada de su excelencia y adorable Majestad, como en su propia indignidad y vileza, que sobrepujan á todo humano encarecimiento. Á semejanza de Pedro Consolemi, se ven inclinados á favor de aquella opinion teológica relativa á la naturaleza y eficacia de la gracia, que favorece más á la eleccion divina, que al libre albedrío del hombre; y si adoptan con Lessio la opinion contraria, es solamente por qué, á juicio suyo, procura más gloria á Dios que la primera: imagínanse que nunca podrán ellos agradecer á Dios debidamente el singular beneficio, digno de perpetuos loores, que se les ha otorgado de hallarse tan completa y absolutamente abandonados en las manos de su Criador omnipotente; y por nada del mundo cambiarían de condicion: apénas pueden concebir que existan personas que no abriguen los mismos sentimientos; y si bien bendicen á Dios, rico en misericordias por sus inefables promesas, el instinto habitual suyo consiste principalmente

en poner toda su confianza en el amor divino: cuidanse muy poco ó nada del mérito, y su única solicitud es la gloria de Dios nuestro Señor: *No podemos sufrir este lenguaje acerca del mérito*, dicen con San Francisco de Sales; aunque de aquí no se sigue que todo el mundo esté obligado á sentir y hablar de la misma manera: el dulce pensamiento de la soberanía de Dios, más bien que el de su inquebrantable fidelidad, es para los espíritus melancólicos y abatidos el blando lecho de su reposo y descanso apacible; y semejantes sugetos gozan en la religion de una dicha inefable, excepto cuando Dios les retira por algun tiempo, para su mayor santificacion, aquella dulce confianza, y aun entónces, es su lenguaje el de Job: *Aunque me mate, en Él pondré todavía mi confianza.*

Dichas personas parece que poseen el don especial de la abnegacion propia y del desapego completo á las cosas del mundo: deléitanse en los planes y espirituales empresas que acometen los demas hombres y aquellas Órdenes religiosas rivales á la suya: complácense de que sea enteramente sobrenatural todo lo relativo al mérito, satisfacciones, absoluciones, hábitos infusos é indulgencias: profesan una reverencia profunda á todas las bendiciones de la Iglesia, á los sacra-

mentos, materias, formas, administracion de los mismos y á las rúbricas que se observan en sus ceremonias, que más bien que un ritual y directorio de las pompas de la tierra, parecen resplandores y centellas del cielo: gloríanse de que los principios del Evangelio y la vitalidad de la Iglesia sean opuestos á todos los cálculos y máximas del mundo: alégranse en la fuerza de la flaqueza, en la exaltacion de la santa pobreza, en el esplendor de la humillacion, en la omnipotencia del sufrimiento, en el triunfo de la derrota; todas estas cosas son para ellos como los suaves y olorosos perfumes de las Molucas, que lleva el viento al fatigado navegante, la fragancia del cielo y el exquisito aroma de la Divinidad: regocíjense de que los hombres se conviertan por la eficacia inefable del don invisible de la gracia, más bien que por los razonamientos de la controversia, y sienten su corazon inundado de indecible placer, cuando se persuaden que Dios no raras veces toma de su propia cuenta el negocio de nuestra salud, trabajando en él por Sí mismo, sin valerse para nada de nuestra cooperacion: no se agitan en su mente arcanos impenetrables sobre Dios y la naturaleza; porque no consideran al hombre, conforme enseñan los *Tratados Bridgewater* y otras publi-

caciones por el estilo, como el centro del sistema del universo, como la razon última de la creacion y el blanco principal de los designios divinos: imagínanse que semejante teoría disminuye el campo de sus vistas espirituales, como limita el de las vistas humanas de la naturaleza la hipótesis de que la tierra es el centro del sistema solar, ó bien que el sistema solar es el centro del universo; sino que contemplan á Jesús como centro de todas las cosas, como la razon última de la creacion, como el blanco de los designios divinos: figúranse que la predestinacion de Jesús todo lo explica, todo lo armoniza y todo lo gobierna; cuya predestinacion, juntamente con la de su Madre bendita, Reina y Señora nuestra, es la fuente de todo cuanto existe fuera de la unidad de la Trinidad: el fin exclusivo de todos sus desvelos en este valle de lágrimas es seguir las sendas de Jesús; y á excepcion de la excelsa dignidad de ser objeto predilecto de las caricias divinas, todo lo demas no tiene interes ni importancia alguna ante sus ojos: así como los luminosos rayos solares ocultan á nuestra vista las estrellas del firmamento; así el rico y alegre esplendor de la predestinacion de Jesús, apenas permite á estas almas bienaventuradas ver y distinguir los misterios impenetrables de

la fe, la permission del mal, la eternidad de las penas del infierno y otros dogmas por el estilo.

La accion de gracias por el don inestimable de la fe, es una práctica que nunca podrá ser bastante recomendada en el siglo en que vivimos. Semejante práctica fué la devocion favorita de Santa Juana Francisca de Chantal, una de las almas más bellas y angelicales que han existido sobre la tierra, y de cuya *Vida* voy á trasladar aquí, sin el menor escrúpulo, un extenso párrafo; porque entre todas las variedades de la vida espiritual y las manifestaciones del espíritu de santidad, paréceme que no existe ninguna más conveniente y provechosa á nuestras almas, como el dulce y suave espíritu de la Orden de la Visitacion, que tanta semejanza tiene con el Oratorio de San Felipe. Cuando San Francisco de Sales se hallaba en Roma durante su juventud, pasaba no pocas horas del dia en el Oratorio, cuya regla solia llamar, *manera admirable de vivir santamente*; y uno de sus amigos más íntimos era el Venerable Juvenal Ancina, en cuyo proceso de canonizacion figura como testigo el mismo San Francisco. Queriendo, pues, este varon insigne consolidar en el Chablais su obra de la conversion de las almas, creó en Thonon un Oratorio de San Felipe, compuesto de siete Padres, de

lós cuales fué el mismo su Preósito; así es que la Santa Sede ha autorizado á varias de nuestras Congregaciones, para que guarden la fiesta de San Francisco como si fuese la fiesta de un Santo de la Orden; y la regla de la Visitacion tiene no pocos puntos de semejanza con la de San Felipe Neri. No es, pues, extraño que la edicion de las obras del Obispo de Ginebra, impresa en Venecia, lleve por título:— *Obras espirituales de San Francisco de Sales, Preósito del Oratorio de Thonon y Fundador de la Orden de la Visitacion de Santa Maria*; ni que la traslacion de la *Vida de la Venerable M. Blonay*, de Carlos Augusto de Sales, publicada en Nápoles, año 1694, tenga en su portada las siguientes palabras:— *Por un humilde siervo, muy amante del espiritu de San Francisco de Sales y San Felipe Neri*. Pero volvamos á Santa Juana Francisca.

En la *Vida* (1) de esta sierva de Dios leemos lo que á continuacion vamos á copiar:—« Cuando despues de casada se fué á vivir al campo, é igualmente en su estado de viuda, mandó aprender el canto del Credo á aquellos de sus criados que mejor voz tenian, á fin de que

(1) *Vida*.—vol. II.—pág. 6.—edic. del Orat.

acompañasen, cantándole con gran solemnidad, en la Misa parroquial, el cual oía la Santa con indecible placer de su alma; y luego despues que se hizo religiosa, ella misma solia cantarle durante la recreacion. Profesaba una singular devoción á los santos mártires, por qué habian generosamente derramado su sangre por la fe, é igual reverencia tenia á aquellos grandes Santos de los primeros siglos que defendieron palmo á palmo tan rico tesoro asi de palabra como por escrito; de suerte que era ya proverbial entre sus religiosas decir en las festividades de los grandes Santos de la primitiva Iglesia: *Es uno de los Santos de nuestra Madre*. No se contentaba con oír leer sus Vidas en el refectorio, hablando de ellas luego despues mientras la recreacion; sino que se llevaba no raras veces el libro á su celda para volverla á leer privadamente; y en los últimos años de su peregrinacion en este valle de lágrimas, compró las *Vidas de los Santos*, en dos volúmenes, anotando las de aquellos grandes siervos de Dios y primeros hijos de la Iglesia, que leia con mayor devocion: profesaba una especial reverencia á San Espiridion, por haber este varon insigne, cautivado en obsequio del Credo católico su razon de filósofo sutil: sabia de memoria el himno

de Santo Tomas, *Adoro te devote*, que recitaba con bastante frecuencia; cuyo himno hizo aprender á varias de sus religiosas, declarándolas al propio tiempo que ella siempre repetia dos ó tres veces el verso siguiente:

Credo quidquid dixit Dei Filius.

Al principio de su viudedad, entregóse tan de lleno á esta su devocion favorita, que la mayor complacencia suya consistia en convencer á su entendimiento de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia con las siguientes palabras:— *Veo vino, y creo que es la Sangre del Cordero de Dios: gusto el sabor de pan, y creo que es la verdadera Carne de mi Salvador.* Mas luego que se puso bajo la direccion de San Francisco, aprendió del Santo á simplificar su símbolo y recitar cortos y fervorosos actos de fe, demostrándola aquel prelado ilustre, que la fe más sencilla y humilde, era tambien la más sólida y agradable á los divinos ojos. Diariamente repetia la sierva de Dios, al fin del Evangelio de la Misa, el Credo y el Confiteor; y un dia, exhortando á sus religiosas á practicar la misma devocion, exclamó: —*¡Pero Dios mio de mi alma! ¿qué necesidad*

tenemos nosotras de humillarnos, cuando ni por sueños siquiera se nos juzga dignas de confesar la fe delante de todos los tiranos de la tierra?—

Un espíritu parecido fué el que movió á San Felipe á levantarse una noche en el Oratorio lleno todo de agitacion y de espanto, recelando que lo que habia dicho á sus oyentes el predicador de la tarde de aquel dia, podria acaso haberles dado una idea favorable del Instituto, y prorrumpió con estas sentidas expresiones:—*¡No hay motivo para vanagloriarse! Nada somos nosotros: ningun individuo de la Congregacion ha derramado todavia su sangre en defensa de la fe.*

Santa Juana Francisca habia asimismo escrito ciertas sentencias sobre las paredes de su celda, habitacion que despues fué destinada para noviciado; y en la pared, debajo del Crucifijo, puso el versículo siguiente del libro de los Cantares:—*Sentéme debajo de la sombra de mi Amado, y su fruto fué dulce á mi paladar.* Rogándola una hermana suya de comunidad, que tuviese la dignacion de decirla por qué ponía esta sentencia en aquel lugar:—*Para estar frecuentemente, la replicó, haciendo actos breves y sencillos de fe; porque si bien la fe es en sí misma una clara luz para la razon humana, es, no obstante, una sombra, y quiero que*

mi razon se siente á descansar bajo la sombra de la fe, la cual me manda creer que. Aquel que con tanta ignominia está clavado sobre la Cruz es el verdadero Hijo de Dios. Declaró igualmente en otra ocasion, que siempre que contemplaba el Crucifijo, tenia la intencion de que la simple mirada suya fuese un acto de fe, semejante al del Centurion, quien dándose golpes de pecho, decía: — *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

La misma Santa reveló un dia en confianza á cierta persona, que aun viviendo en el mundo, se habia Dios servido comunicarla luces inefables acerca de la pureza de la fe, manifestándola al propio tiempo que la perfeccion de nuestra inteligencia; acá en la tierra, consiste en su cautiverio y sumision á las verdades oscuras de la fe; que seria iluminada dicha potencia con esplendorosas claridades de vivisima luz, á medida que fuese más humildemente rendida á las oscuridades de los dogmas divinos; que siempre habia ella *detestado aquellos sermones* en los cuales se intentaba probar por la razon natural el misterio de la Augusta y Adorable Trinidad y los otros artículos de nuestra fe; que no debia el fiel cristiano buscar en los dogmas ninguna otra razon, sino aquella única, sobera-

na y universal razon, es á saber, que Dios los ha revelado á su Iglesia. Así es que nunca se cuidaba de oír hablar de milagros, revelaciones, etc., en confirmacion de la fe; y no raras veces ordenó que pasasen por alto semejantes motivos de credibilidad, cuando leían en el refectorio las *Vidas de los Santos*, ó los *Sermones* sobre las festividades y misterios de nuestro Señor y de la santísima Virgen Maria: —parecíase en esto al gran Rey San Luis de Francia, quien llamado en una ocasion á su capilla privada para que viese cierta especie de milagro que habia tenido lugar durante la Misa, rehusó el ir, diciendo, que él, gracias á Dios, creia en el Santísimo Sacramento del Altar; que no aumentarían su fe en tan soberano misterio todos los milagros del mundo; y que no queria ver á Jesús con los ojos de la carne, no fuese caso que perdiese la especial bendicion que el Salvador prometiera á aquellos que no vieron y, no obstante, creyeron. Tenia igualmente Chantal la costumbre de repetir á sus religiosas las siguientes palabras: — *¿Qué tenemos nosotras que ver, hijas mías, con pruebas, milagros y revelaciones, á no ser para bendecir y glorificar á Dios nuestro Señor, que en su infinita misericordia se ha dignado proveer de semejantes auxilios á aquellos que los*

necesitan? Bástanos saber que Dios nos ha revelado, por mediación de su Iglesia, todo cuanto es necesario para nuestra felicidad temporal y salvación eterna.

Cuando escribió las meditaciones para los ejercicios espirituales, extractadas de los escritos de San Francisco, compuso una sobre el beneficio inestimable que Dios nos ha otorgado, haciéndonos hijos de la santa Iglesia católica, cuya meditacion había escrito en pliego separado; y declaró á sus religiosas, que no había apartado su mente de dicha meditacion durante los dos primeros dias de su retiro espiritual: leía las Santas Escrituras con licencia de sus Superiores; pero entre todos los libros divinos, el más favorito de este Código sagrado era el de los *Hechos de los Apóstoles*: imposible es decir las veces que le leyó y releyó, relatando su contenido á la comunidad cada dia con nuevo fervor, y no parecía sino que siempre que las hablaba de la primitiva Iglesia, anunciábalas cosas que nunca antes habían oído. Cuando supo que su hijo había muerto en la Isla de Rhe combatiendo contra los ingleses, postróse en tierra, cruzadas las manos, los ojos levantados al cielo, y exclamó:— *Concédeme, Señor mio y Dios mio, concédeme licencia para hablar y dar rienda suelta á mi*

dolor; y ¿qué diré, Dios mío de mi alma, sino rendiros gracias por la honra singular que me habeis hecho, llevándoos á mi único hijo, mientras estaba combatiendo en defensa de la Iglesia romana? Y tomando luego un Crucifijo en sus manos, le besaba y decia:— Acepto este caliz amargo, Redentor mío, con la más profunda sumision posible, y ruegoos que recibais á ese hijo de mis entrañas en los brazos de vuestra divina misericordia. Apenas acabó esta plegaria, apostrofó á su hijo con estas sentidas palabras.— ¡O hijo mío querido! ¡qué dicha la tuya haber sellado con tu sangre la fidelidad nunca desmentida que tus abuelos profesaron siempre á la santa Iglesia romana; y créome en esto muy feliz, y doy gracias á Dios, por qué me ha cabido la suerte incomparable de ser tu madre.

SECCION V.

Accion de gracias despues de la Misa y Comunión.

10. Pero todavía existe una práctica de gracias que debe entrar con todas las otras devociones de agradecimiento, juntándose á ellas: devocion, digámoslo así, de lágrimas, más bien que de

palabras, la cual consiste en dar rendidas gracias á Dios nuestro Señor por el Adorable Sacrificio de la Misa y real Presencia de Jesús sacramentado en su Iglesia. Pero no solamente el beneficio inestimable del Sacrificio Augusto del Altar es quien reclama continuas acciones de gracias, ni tampoco el inefable amor é indecible condescendencia que envuelve semejante Misterio; sino más bien el gozo celestial y divino que se experimenta viendo que ahora al ménos se ofrecen á Dios gracias infinitas, dignas de su grandeza soberana. En efecto, ya no tenemos necesidad de sentarnos á las orillas de los caminos del mundo, gimiendo y llorando por qué la divina Majestad no es reverenciada, alabada y glorificada cual se merece; pues que una sola Misa es una alabanza infinita al Rey de la gloria, y apenas se pasa un momento del día y de la noche, en que no se celebre tan Augusto Sacrificio, así en nuestro hemisferio como en el de nuestros antípodas: el Santísimo Sacramento se halla en todas las Iglesias del orbe católico, ora en las que concurre una inmensa muchedumbre de fieles, ora en aquellas que se ven enteramente desiertas y abandonadas; y doquiera se encuentre Jesús sacramentado, allí se rinden al Eterno infinitas alabanzas, dulces adoraciones é in-

decibles acciones de gracias. La función especial de la Santa Misa, consiste en la Eucaristía, esto es, en el culto de acción de gracias; así es que la simple criatura, por medio del Santísimo Sacramento, puede ofrecer al Altísimo un acto de adoración más excelso y sublime, que aquel que pudiera haberse allá imaginado jamás, porque es imposible que la criatura tribute y pague á su Criador un homenaje más soberano, como recibiendo real y verdaderamente en el Augusto Misterio del Altar. ¡Oh qué dulce reposo no siente el alma al ocuparse en tan tiernos pensamientos! ¡Cuántas querellas secretas no podemos apaciguar con tan suaves recuerdos! ¡cuántas inquietudes altaneras contra nuestra propia pequeñez y ruindad, contra nuestros bajos deseos y contra nuestra imposibilidad para amar á Dios cual debe ser amado, no podemos sosegar y calmar con el dulce embeleso de semejantes maravillas y grandezas del divino amor! ¡Loor eterno á Jesús, que es todo para nosotros! ¡Gloria y alabanzas á nuestro Salvador adorable, de quien nos viene todo cuanto apetecemos, por muy extraños medios y sendas las más inconcebibles! ¿No tenemos, pues, sobrada razón para afirmar que amamos á Dios dignamente, y que le adoramos con adoraciones propias de su grandeza

soberana, siendo Jesús nuestro amor y nuestra adoracion? ¡Oh cuán dichosos somos, inmensamente dichosos, con las inefables larguezas y divinas misericordias de nuestro Jesús dulcísimo! No parece sino que es mayor consolacion el deberlo todo á Jesús, que el adquirirlo, á ser posible, á costa de nuestra propia cosecha; y hé aquí por qué no hay placer en la vida presente que se iguale al sentimiento de la multiplicacion y reduplicacion de nuestros deberes para con nuestro Señor adorable: cuanto mayores sean nuestras deudas tanto mayor será nuestro gozo; cuanto más complicadas y enmarañadas nuestras obligaciones, más alegre y risueña será nuestra libertad: el conocimiento de que por toda la eternidad no satisfaremos la deuda del amor que Jesús nos profesa, y la seguridad de que siempre existirá en nosotros la misma imposibilidad de pagarle cuanto le debemos, es el mayor gozo de los gozos. Miéntas tanto, ¡gracias, un millon de gracias y loores sean dados á Jesús, Salvador nuestro, por su dignacion en ofrecer por nosotros al Dios omnipotente alabanzas, adoraciones y acciones de gracias, inefables, soberanas, infinitas como el mismo Rey de la majestad!

Quizá estas finezas de Jesús contribuyan grandemente á que nos formemos una idea cabal

de cuan léjos estamos de corresponder agradecidos á nuestro Señor dulcísimo, y cuan grande ha sido la distancia para llenar la obligacion del hacimiento de gracias. Cualquiera que sea el juicio que uno pueda haberse formado sobre los métodos particulares para ejercitar la devocion del agradecimiento, practicados por los Santos ó sugeridos por los escritores espirituales; la Iglesia toda entera conviene, sin embargo, en la utilidad y necesidad de una devocion especial de gracias para despues de la Comunión. Si hay algun momento en la vida del hombre para el agradecimiento á las divinas larguezas en el cual tenga la lengua que enmudecer, es ciertamente aquel en que el Criador se digna abrumar á su criatura con el don estupendo de darse á Sí mismo en mantenimiento y de hallarse realmente morando dentro de nuestro pecho; así es que aconsejan los escritores espirituales, que no abramos libro alguno en los primeros instantes despues de haber comulgado, empleando un tiempo tan precioso en dulces coloquios con Jesús Señor nuestro, que no poco seguramente tendremos que contarle; y aunque así no fuese, no por eso dejará Él de hablarnos alguna cosa en el silencio profundo de nuestro corazon, siempre que nosotros quera-

mos escucharle. Pero ¿qué es lo que pasa en realidad, cuando el Señor se digna sentarnos á su divina Mesa? Si el fervor y regularidad de nuestro hacimiento de gracias despues de la Comunión fuese el termómetro del amor que profesamos á Jesús, ni una sola centella de ese fuego sagrado se mantendría entónces viva en el fondo de nuestro endurecido corazon. En efecto, para no pocos de nosotros, dificilmente exista un cuarto de hora de la vida que nos sea más enojoso y de todo punto inútil, como aquel que consagramos á dar, segun decimos, infinitas gracias á Dios nuestro Señor despues de haber comulgado: ¡nada tenemos que contar á nuestro Jesús adorable! ¡nuestro corazon permanece insensible á tan regaladas caricias, á pesar de ser, el don recibido, el más excelente que pueda otorgárenos durante toda nuestra vida mortal! Cada vez que uno comulga, desenvuélvese semejante prodigio ante nuestros ojos en lóbrega oscuridad tomando dicho favor gigantescas proporciones, al propio tiempo que nuestra tibieza y desagradecimiento trasforman la continuacion de la entrañable caridad divina en una maravilla grandemente singular y extraña. Hospedádose há dentro de nuestro pecho Aquel que ha de ser nuestro gozo sempiterno en la gloria del cielo, y

¡nada tenemos que decirle! ¡y nos produce cansancio su dulce compañía! ¡y es una consolacion no pequeña para nuestro espíritu, cuando creemos que se ha ido! Fuimos, para con Él ciertamente, urbanos y cortesés, y le pedimos su benediction como á nuestro Superior; es decir, que todas nuestras consideraciones y tratamientos hácia tan cariñoso Huésped redujéronse á meras atenciones de buena crianza, ó cuando más, á simples respetos de un vasallo para con su Rey y Señor. Inútil es, pues, el exhortar á los hombres que adopten diferentes prácticas de acciones de gracias, supuesto que la visita que el mismo Señor se digna hacerles en persona, apenas consigue de ellos que ejerciten una solamente: no parece sino que la acción de gracias no tiene más que una sola mansion sobre la tierra, y que hasta este dominio suyo va siendo cada dia más precario; y ménos mal si semejantes acciones de gracias, llenas de tibieza y frialdad, nos hicieran comprender siquiera el escaso interés que tomamos por Jesús, así como el apreciar de que seria la religion de nuestro gusto recibir la gracia sin tomarnos molestia de recibir á su Autor en el Augusto Sacramento. ¡Ó adorable Señor sacramentado! y conociendo Tú esta nuestra mala correspondencia al beneficio inestimable que tienes.

la dignacion de otorgarnos, dándote en manjar y bebida de nuestras almas, ¡qué todavía hagas asiento en el tabernáculo! ¡qué todavía quieras servirnos el dulce y regalado plato de tu Sagrado Cuerpo y Sangre Preciosísima!

Pero direis vosotros:—«Dura cosa es, ciertamente, el abandonarnos así en situacion tan angustiosa cual parece ser la nuestra, segun auguran esas vuestras expresiones de desenfado y más ó ménos amargas que habeis tenido la amabilidad de dirigirnos. Pues si nuestras acciones de gracias son tan defectuosas, propóngansenos los medios para mejorarlas, que acaso tratemos de ponerlos en ejecucion para el logro de semejante fin.»—Bien: veamos, pues, qué nos enseñan los libros espirituales acerca del particular.

Paréceme que existen pocas dificultades más universalmente sentidas como la de una buena devocion de gracias despues de la Comunión. Ya dije arriba que los escritores espirituales recomiendan, que al ménos en los primeros minutos despues de haber comulgado, no se abra libro alguno, por más devoto que sea; asegurándonos, que si la gracia tiene ciertos momentos solemnes, críticos y decisivos en la vida del hombre, son: á no dudarlo, aquellos que van, sucediéndose mientras Jesús permanece

sacramentalmente presente en nuestro corazon.

La gran maestra y doctora de la accion de gracias despues de la Comunión es la insigne española Santa Teresa de Jesús: el ahinco con que insiste en hacer resaltar maravillosamente las grandezas y excelencias de tan piadosa devocion; la frecuencia con que vuelve una y otra vez á ocuparse en el mismo asunto; los consejos prácticos, llenos de sabiduría, que da acerca de la manera cómo hemos de ejercitarnos en ella para que sea grandemente provechosa á nuestras almas; vienen á constituir uno de los rasgos más notables de su enseñanza celestial y divina. Santa Teresa fué, en efecto, *MADRE de la Iglesia*, como la llama un escritor frances; y toda la materia relativa á la accion de gracias despues de la Comunión forma una de sus más características y sábias lecciones de ciencia espiritual; creyéndose igualmente, así al ménos lo aprendió por experiencia uno de los panegiristas más entusiastas de la sierva de Dios, que esta española ilustre goza de un especial favor del cielo, para hacer aprovechar á los hombres en la dulce práctica de accion de gracias despues de la sagrada Comunión, cuyo aprovechamiento es de importancia incalculable para toda la vida espiritual. Una buena y metódica accion de gracias despues

de la Misa y Comunión, obraría ciertamente la más completa, rápida y eficaz reforma del clero, al propio tiempo que movería á los seglares á comulgar más á menudo, aparejándoles para que aprovecharan más y más cada día en la virtud, con la frecuencia en recibir la sagrada Comunión. Si, pues, nuestros hacimientos de gracias son ruines y despreciables, rogad encarecidamente á Santa Teresa, que os alcance del Señor la gracia de hacerlos bien; cuyos efectos de don tan singular, que ella os procure, los sentireis sensiblemente dentro de vuestra alma: toda la eternidad no es bastante larga para alabar debidamente á Dios por una sola de sus más livianas mercedes que haya tenido la dignacion de concedernos, y serian necesarias innumerables eternidades, para pagarle el beneficio inestimable que nos dispensara, dándonos, así á nosotros como á su santa Iglesia, la *Seráfica Madre* Santa Teresa de Jesús. (1)

(1) El traductor frances de esta obra, en todas las ediciones, que son la friolera de catorce!!!, aunque *corregidas*; se deja, sin embargo, en el tintero el párrafo que acabamos de trasladar, párrafo en el cual, como se ve, habla el autor con tanto elogio de Santa Teresa de Jesús, gloria de nuestra España: sin duda alguna, le habrá omitido por..... *elegancia*. Pero es el caso, que, si bien tiene la costumbre de usar en su traduccion de

San Alfonso y otros escritores de ciencia espiritual, no han temido asegurar, que una sola Comunión bien hecha, es suficiente para disponer al hombre á la canonización, y á que se le coloque sobre los altares; que la acción de gracias es el tiempo precioso en que el alma se apropia la abundancia de las divinas larguezas, y se embriaga en las fuentes de la luz y de la vida. El consejo de San Felipe, acerca del particular, está respirando aquella exquisita sabiduría que tanto resplandece en los documentos espirituales de este varón insigne: recomiéndonos, pues, que si hemos tenido la meditación ántes de la Misa, no derramemos el espíritu después de haber comulgado, discurriendo otras nuevas consideraciones; sino que continuemos aquel pensamiento que inspirara en nuestra alma una suave unción celestial y divina durante nuestra meditación, y así es como evitaremos malgastar malamente no poco tiempo en nuestra acción de gracias, ora deva-

semejante *figura retórica*, casi siempre, ¡qué casualidad! la emplea en los períodos donde Fábér alaba á la Santa, según se merece. ¡Qué pecado has cometido, Doctora ilustre, para que así te castigue, nada ménos que un simple traductor!

N. del T.

nándonos los sesos en busca de un asunto particular, ó bien afanándonos por no saber, entre tantas cosas como tenemos que decir al Señor, cuál sea lo primero por dónde debemos comenzar: aviso excelentísimo que está enteramente conforme con todos los otros documentos fáciles y gustosos del Santo en cosas espirituales. Quisiera este siervo de Dios que fuese tal nuestra familiaridad con el Señor nuestro Criador y Padre amorosísimo, que en cualquier visitacion suya inusitada é imprevista, que tuviese la dignacion de hacernos, pospusiésemos la actividad ménos perfecta de Marta, al reposo y union de María su hermana; y hé aquí el espíritu que animaba á varon tan insigne al aconsejar á los Padres de su Congregacion, que no tuviesen hora fija para decir la Misa, sino que fuesen á celebrarla cuando el sacristan les llamase.

Pero muchas personas que viven en medio del mundo, no pueden tener una meditacion formal y metódica ántes de la sagrada Comunión, y no pocas otras practican la oracion mental de diferente manera, ejercitando la oracion llamada afectiva, en la cual obra más bien la voluntad que el entendimiento; y semejantes sugetos, no raras veces, se encuentran embarazados, no sabiendo cómo volver á seguir el hilo de su ora-

cion, despues que han recibido el Pan de los Angeles. Otras personas igualmente, en particular aquellas que, si bien profesan una especialísima devocion al Santísimo Sacramento, no pueden, sin embargo, lisonjearse de una habitual union con Dios, ven por experiencia, que la recomendacion de San Felipe no es acomodada al espiritual aprovechamiento de sus almas, y en su consecuencia, tienen que consagrar aquellos momentos á la meditacion sobre el Santísimo Sacramento y real Presencia de Jesús dentro de su corazon. Atendidas, pues, todas estas circunstancias, y considerando al propio tiempo, así la dificultad como la importancia de una buena accion de gracias despues de la Comunión, no me parece inoportuno proveer á mis lectores de abundantes materiales para el hacimiento de gracias despues de haber comulgado, presentándoles á este objeto un análisis del método recomendado por Lancisio, y copiado por este mismo escritor en dos diferentes tratados suyos espirituales. Pero no se vaya por eso á creer que mi ánimo sea aconsejar á nadie semejante método, tal como se halla en el autor citado: es demasiado largo y bastante minucioso, y pareceme que raro habia de ser el caso en que no entibiase la devocion con la multiplicidad de actos que

envuelve: el corazon debe jugar holgada y libremente, y todas sus funciones y ejercicios han de ser asimismo lo más simplificados que sea posible. Mi intencion, pues, como llevo indicado, al trasladarle á la presente obrita, no es otra que proveer de materiales; ya que dicho método es una especie de rica mina en la cual pueden abastecerse las personas de diferentes gustos, y hasta unos mismos sugetos, segun las ocasiones y circunstancias, de pasto espiritual para la reflexion, como para el ejercicio de las aspiraciones, pues que abunda en pensamientos profundos y sublimes.

1.º Los actos que segun el P. Lancisio deben seguir inmediatamente despues de haber comulgado, son de humillacion:—Humillémonos profundamente delante de Dios, Rey de reyes, por su dignacion en venirnos á visitar, siendo un Señor tan lleno de majestad y grandeza; ponderando: 1.º, los pecados de nuestra vida pasada: 2.º, nuestras actuales imperfecciones, y criminal flojedad y tibieza: 3.º, la ruindad de nuestra naturaleza, comparada con la Divinidad excelsa de Cristo: 4.º, las perfecciones de la Naturaleza divina y humana de nuestro Señor sacramentado.

2.º Ahora vienen los actos de adoracion.—Adoremos:—1.º, á la Trinidad Beatísima en el

Misterio Augusto del Altar: 2.º, adoremos á la sacratísima Humanidad de Jesús realmente presente en nuestro corazon y en las innumerables Iglesias donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, regocijándonos en el culto y adoraciones que le están los fieles actualmente ofreciendo en oloroso holocáusto, gimiendo y llorando los ultrajes y quizá hasta blasfemias, con que los hombres le ofenden en su propia Casa: 3.º, adoremos, con rendida y especial adoracion, el Alma inmaculada de Jesús sacramentado, ricamente engalanada con los vistosos ornatos de la santidad, y hermosamente ataviada con los brillantes aderezos de todos los merecimientos y aquel antiguo, constante, copioso y abrasado amor que nos profesa: 4.º, adoremos igualmente, con el corazon hincado en la tierra, el sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, por haberse dignado sufrir los mas amargos y crueles tormentos para nuestra salvacion, hasta el punto de ser enclavado en una Cruz; y abrazándole dulcemente dentro de nuestro corazon, imprimámosle mil besos espirituales en aquellos de sus miembros castísimos que padecieron mayores dolores con los golpes y las heridas.

3.º De lo mas íntimo de nuestro corazon demos tambien al Señor rendidas gracias:—1.º, por

su caridad en venirnos á visitar en la presente Comunion: 2.º, por su advenimiento á la tierra en Carne pasible: 3.º, por todos los merecimientos y ejemplos de virtud que nos legó, durante su vida mortal, para espiritual aprovechamiento nuestro: 4.º, por la institucion del Santísimo Sacramento del Altar y todos los otros Sacramentos de la nueva Ley: 5.º, por su Muerte benditísima y por la redencion que obró en los hombres, sacándolos de la esclavitud del pecado: 6.º, si somos sacerdotes, démosle infinitas gracias por habernos elevado en su inefable misericordia á la excelsa dignidad sacerdotal: 7.º, por el beneficio de la creacion: 8.º, por el de la conservacion: 9.º, por el don inestimable de la fe: 10, por nuestra justificacion: 11, si somos religiosos, por nuestra vocacion á tan nobilísimo estado: 12, por nuestra perseverancia en la vida de la gracia, y fiel correspondencia al llamamiento divino: 13, por su indecible paciencia en sufrir nuestras culpas é imperfecciones, y las de nuestros hermanos: 14, por la santidad que ha otorgado á innumerables Santos: 15, por los sinsabores y tribulaciones que en cualquier tiempo hayamos tenido que padecer: 16, por la cuidadosa solicitud y paternal providencia divina en conducirnos por las sendas de la perfeccion cristiana: 17, por todos

los beneficios particulares que hemos recibido de sus liberales manos, los cuales merecen un singular agradecimiento: 18, por todos los favores que por mediacion de los demas se ha servido otorgarnos: 19, por todas las mercedes, así generales como particulares, que haya concedido ó pueda conceder en lo sucesivo á cualquier criatura, y señaladamente por aquellas gracias que otorgara á su sagrada Humanidad, á su Madre santísima y á todos los elegidos y Santos de la Jerusalem celestial: 20, por la institucion de la Orden, Congregacion ó Hermandad á que pertenecemos: 21, por la propagacion de la misma: 22, por las persecuciones que ha de sufrir para ser fortalecida y purificada: 23, por todos los Santos y varones insignes en letras que ha producido: 24, por todos aquellos miembros que la componen por especial llamamiento del cielo: 25, por los frutos que ha dado en toda la redondez de la tierra: 26, por todos los buenos amigos y bienhechores que la profesan un singular cariño: 27, por todos sus adversarios y perseguidores, que tantas ocasiones la ofrecen de merecer.

4.º Siguen ahora los actos de oblacion:— Ofrezcamos á la Trinidad Beatísima el Santísimo Sacramento que acabamos de recibir, por

el gozo, honra y complacencia que procuran á la divina Majestad los beneficios que confiere tan Augusto Sacramento, así á nosotros como á nuestros hermanos: ofrezcámosla tan rica ofrenda por los pecados y demas necesidades propias y ajenas, y las de nuestros amigos y enemigos, vivos ó difuntos. Ofrezcamos asimismo al Señor, Salvador nuestro, á quien hemos recibido dentro de nuestro pecho, en union con sus divinos merecimientos y miembros inmaculados de su Cuerpo sacratísimo: 1.º, nuestra alma y cuerpo, juntamente con todas sus potencias, sentidos, movimientos, acciones y reposo; deseando solamente la santificacion de toda nuestra persona, á fin de ser un linaje de holocáusto perpetuo, encendido á la mayor honra y gloria de la divina Majestad; consumiéndonos y reduciéndonos á la nada, únicamente por amor de Dios nuestro Señor, Padre el más tierno y cariñoso: 2.º, ofrezcámosle, en segundo lugar, nuestra firme voluntad de sufrir cualquier trabajo y hasta la misma muerte, ántes que volverle á ofender con culpas deliberadas, sean mortales ó veniales: 3.º ofrezcámosle tambien nuestra decidida resolucion de elegir siempre lo más perfecto, y entre ello, lo que más repugne á nuestros sentidos, propio juicio, voluntad, honra, etc.,

para de esta suerte procurar á Dios un riquísimo tesoro de gloria, y llegar á semejarnos más y más cada dia á Jesucristo crucificado: 4.º, ofrezcámosle igualmente nuestro eficaz propósito de perseverar hasta el fin de nuestra peregrinacion en la observancia de los divinos mandamientos y consejos evangélicos, en la obediencia á nuestras reglas, y en una vida ejemplar y perfecta, por muy llena que esté de tribulaciones: 5.º, ofrezcámosle de la misma manera el sacrificio heroico de sufrir por amor suyo el que aquellos que nos rodean nos tengan por lijeros é inconstantes, para que así no gocemos de reputacion delante de sus ojos: 6.º, ofrezcámosle ademas, nuestra determinacion de no proponernos otro fin en todas nuestras acciones, sino únicamente la gloria de Dios nuestro Señor: 7.º, ofrezcámosle, por último, nuestros vehementes y encendidos deseos de inspirar á todo el humano linaje el más puro y abrasado amor divino.

5.º Inmediatamente despues de la oblacion, viene la peticion.—Pidamos, pues, á Jesucristo sacramentado, con el más encendido fervor de nuestro corazon:—1.º, la remision de nuestros pecados en cuanto á la culpa y la pena: 2.º, la perseverancia en la divina gracia: 3.º, si el Espíritu Santo así nos lo sugiere, y tenemos licen-

cia de nuestro director, pidamos sufrimientos agudos, frecuentes, variados, personales y ocultos, que no merezcan las simpatías y estimacion de los demas, sin que por nuestra parte hayamos sido causa para ello, y sin culpa alguna, así nuestra como tampoco de aquellos que nos afligen: 4.º, pidámosle aumento continuo en las virtudes de humildad, pobreza, castidad, obediencia, fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, paciencia, devocion, oracion, discreccion de espíritus, mortificacion de las pasiones, pureza de corazon y de intencion, etc.: 4.º, imploremos asimismo de su misericordia la gracia de mantener siempre limpio el corazon de toda accion formal y materialmente mala, tibia é infructuosa; de todo hábito vicioso; de todo movimiento desordenado de las pasiones, y de toda especie de reato de pena temporal que debamos pagar ahora ó en la hora de nuestra muerte: 5.º, pidámosle tambien con las mayores instancias el don singular de buscar en todas nuestras acciones aquello que exige la naturaleza, la perfeccion y mortificacion; y de ejecutarlas ademas con aquella pureza que reclaman los hábitos, así infusos como adquiridos, que existen dentro de nosotros, para que de esta suerte puedan todas nuestras acciones

corresponder fielmente á nuestros conocimientos religiosos y llenar con perfeccion suma, bajo todos respectos, los designios de la divina providencia: 7.º, pidámosle de la misma manera, que se nos conceda vivir largos años en grande santidad y con inmenso aprovechamiento de las almas: 8.º, pidámosle igualmente la gracia singular para tratar á nuestro cuerpo con rigor, pero sin detrimento de algun otro mayor bien, como la salud, etc.; para predicar y confesar con fruto de nuestros prójimos, y para sufrir con resignacion cualquier adversidad que nos sobrevenga en ocasion en que debiéramos pagar alguna deuda, ó padecer algun castigo temporal, en justa satisfaccion de nuestras culpas: 9.º, pidamos, en fin, á nuestro Señor dulcísimo, que se sirva tener la dignacion de dirigir, en cuanto sea posible, todas nuestras facultades, sentidos, miembros y acciones, como dirigió las suyas, viviendo en carne mortal.

Peticion al Padre eterno:—1.º, pidámosle vigilancia y vida ejemplar, para los pastores de la Santa Iglesia; la conversion de los infieles, herejes, cismáticos, pecadores, almas tibias, y la multiplicación constante y perpetua de los Santos, juntamente con su aprovechamiento en las sendas del divino Espíritu: 2.º, pidámosle re-

ligion y amor á la justicia, para los reyes, príncipes y gobernadores de la tierra; paz y mutua concordia entre sí; éxito en sus legítimas empresas, y sumision profundísima á la Santa Sede: 3.º, pidámosle consolacion y socorro eficaz para los afligidos por la enfermedad ó pobreza; mansedumbre para los perseguidos, y remedio para librarse de la persecucion, siempre que redunde en mayor gloria de Dios nuestro Señor: 4.º, pidámosle abundancia de dones, así de gracia como de gloria, para nuestros adversarios: 5.º, pidámosle para nuestra Órden, ó Congregacion, la mortificacion de todas las pasiones, tierna devocion, vida ejemplar, celo por la salvacion de las almas, frutos continuos de virtud, rápido adelanto en las ciencias eclesiásticas, proteccion en las tribulaciones, suficiencia de recursos y abundancia de operarios para trabajar en la Viña del Señor: 6.º, pidamos á la Majestad compasiva del eterno Padre, por todos los miembros difuntos de nuestra Congregacion, señaladamente por aquellos que poco há murieron y se encomendaron á los sufragios de la Comunidad; por nuestros enemigos difuntos; por nuestros parientes, amigos, conocidos y otros hermanos nuestros, en particular por aquellos en cuyo sufragio se aplican pocas oraciones ó acaso ninguna,

para que así se vean libres, lo más pronto posible, de las penas del purgatorio, y puedan un día llegar á ser nuestros peculiares patronos en la gloria del cielo: 7.º, pidamos; últimamente, al Rey de los siglos, por todos los negocios que nuestros Superiores hayan encomendado á nuestras oraciones; y si fuesen personas aquellas por quienes se nos pidieran semejantes plegarias, roguémosle se sirva socorrerlas en la necesidad particular por lo cual suplicaron ó imploraron nuestros ruegos.

6.º Ejercitemos ahora varios actos de diferentes virtudes relativas al Santísimo Sacramento:—1.º, de adoracion:—Adoremos con la más profunda reverencia á Jesucristo realmente presente, así dentro de nuestras entrañas, como en las innumerables Iglesias que existen en toda la redondez de la tierra, cuya adoracion, dulce y amorosa, aumentará en intensidad, ponderando todos aquellos templos de la cristiandad en que apenas es honrado el Esposo divino de las almas, ya por hallarse cual prisionero en las manos de los griegos cismáticos, ó bien por que reside en aquellos otros países donde se están cometiendo continuamente gravísimas culpas contra el culto ó adoracion que le es debida de justicia como á soberano Rey de cielos y tierra:

2.º, hagamos actos de fe, considerando con la
lumbre de esta virtud celestial á Jesucristo,
hospedado dentro de nuestro pecho, cual Dios
y Hombre verdadero, en cuya Divinidad y
Humanidad resplandecen con vivísima luz todas
aquellas verdades que nos manda creer la San-
ta Madre Iglesia, y que han sido negadas por
los herejes con descaro inconcebible: 3.º, de
esperanza, esperando de Cristo, Dios verdade-
ro y Causa primera de todas las cosas, innu-
merables beneficios naturales y sobrenaturales
de gracia y de gloria, confiando al propio tiem-
po que nos serán otorgadas semejantes mercedes
por sus merecimientos en cuanto Hombre: 4.º,
de caridad, abrazándole, en primer lugar, muy
dulcemente contra nuestro corazon, cual á Dios
y Hombre verdadero: segundo, regocijándonos
de que su Divinidad santísima sea en sí misma
y respecto á nosotros tan soberanamente exce-
lente y perfecta, que nos es imposible com-
prender todas las excelencias y grandezas que
encierra: tercero, alegrándonos y deleitándonos
grandemente de que su Persona divina sea en
el cielo tan alabada, reverenciada y amada por
los Ángeles, Santos y justos todos de la tierra;
que su Cuerpo purísimo y Alma inmaculada
sean asimismo inesfablemente glorificados, ben-

decidos y ensalzados en la Jerusalem celestial; que se hallen adornados y enriquecidos con aquellos riquísimos tesoros de dones y gracias sobrenaturales que causan el más indecible embeleso á los cortesanos de la gloria y roban el corazon del venturoso Querube: cuarto, condoliéndonos vivamente de las innumerables ofensas, así propias como ajenas, que se han cometido, se cometen y seguirán desgraciadamente cometiéndose en lo sucesivo contra su divina Majestad; llorando con lágrimas amargas la condenacion que se han acarreado, con su perverso libre albedrío, tantos y tantos por quienes el Señor, Salvador nuestro, padeció una muchedumbre de aflicciones, é innumerables y atroces tormentos; deseando, finalmente, con el afecto más entrañable del corazon y la más abrasada caridad, que cesen en todo el mundo, cuanto ántes sea posible, todas las maldades é imperfecciones; que se multiplique más y más cada dia el número de justos que viven diseminados por toda la redondez de la tierra; que los Santos adelanten maravillosamente en las sendas de la perfeccion cristiana y final perseverancia; que los infieles y aquellos que se encuentran fuera del gremio de la verdadera Iglesia reciban, lo más pronto que sea posible, el don inestimable

de la santa fe, y que Dios y Jesucristo en cuanto Hombre, sean honrados, amados y glorificados con aquella adoracion, y amor, y gloria, y bendicion con que desean ser reverenciados, amados y glorificados por los siglos de los siglos.

7.º Ponderemos igualmente en nuestro Señor adorable, aposentado dentro de nuestro corazon, los atributos que resplandecen en su Divinidad, juntamente con todas las otras perfecciones que posee en grado eminentísimo, formando con la consideracion en cada una de semejantes excelencias divinas, diferentes actos de religion y virtud. Consideremos:—1.º, la independencian soberana de su Naturaleza divina, ó la *Aseidad*, como la llaman los teólogos, pidiéndole se digné concedernos la gracia de no depender más que de Él solamente y de nuestros superiores, cual representantes suyos en la tierra: 2.º, ponderemos, en segundo lugar, la eternidad del Verbo increado, suplicándole nos otorgue una larga vida para amarle y sufrir, por amor suyo, grandes tribulaciones y adversidades: 3.º, contemplemos su inmensidad, deseando entrañablemente que sea conocido y amado en todo el universo mundo; y haciendo fervorosos actos de caridad y adoracion, recompensémosle por

todas las ofensas y ultrajes que están cometiéndose en este instante en el templo infinito de su purísima, y augusta, y terrible inmensidad divina: 4.º, pensemos en la virtud ilimitada de nuestro Señor adorable para producir innumerables efectos, así naturales como sobrenaturales, rogándole encarecidamente que nos dispense toda suerte de favores de naturaleza y gracia, á fin de que lleguemos á ser cebo y red para coger á los hombres y cautivarles en las mallas del divino amor: 5.º, fijemos los ojos de nuestra consideracion en su sabiduría infinita, suplicándole nos alcance don tan nobilísimo para todo aquello que concierne á nuestra instruccion propia y la de nuestros prójimos; que derrame sobre nuestra alma, á manos llenas, los dones de consejo, prudencia y discreccion de espíritu; que haga á nuestra Congregacion crecer grandemente en todo género de virtudes, y que aproveche de un modo prodigioso en los estudios teológicos, sin los cuales, bien poco podremos trabajar en favor de la salvacion de las almas: 6.º, meditemos en su divina bondad, pidiéndole que jamas llegue á ver en ninguna de nuestras acciones cosa alguna que no sea buena: gracia que solamente se alcanza practicando todas nuestras acciones libres sin la más lijera imperfeccion y por un fin sobrenatu-

ral, que es el mismo Dios: 7.º, pongamos los ojos de la fe en la eterna Generacion y Persona del Verbo, en cuya virtud es constituido Hijo unigénito del Padre, y roguémosle, en nombre de esta su filiacion divina, que, en cuanto sea posible, nos conceda liberal y abundantemente, conforme á la medida de su poder ordinario, todas las perfecciones naturales y sobrenaturales de gracia y gloria, que son comunicables á sus hijos adoptivos, segun que le fueron á Él comunicadas, cuando unió en sí mismo la Persona del eterno Verbo y la Naturaleza humana: 8.º, subamos con la vista de la consideracion al concurso actual del Hacedor omnipotente á todas las acciones de las criaturas, implorando de su divina misericordia la gracia singular, para que así como Él endereza el concurso suyo á cada uno de nuestros actos, á sí mismo y á su mayor honra y gloria, fin y último blanco de todos los designios divinos; igualmente nos propon-gamos en todas las acciones que ejecutemos, sin excepcion alguna, semejante objeto, y con tal perfeccion, que no haya nada en nosotros en que no resplandezca y campee, de un modo ó de otro, la mayor gloria de Dios nuestro Señor.

Así podríamos ir ponderando todas las otras perfecciones divinas, haciendo actos análogos á

las mismas, como por ejemplo: de gozo, regocijándonos de que Dios posea en sí mismo semejantes perfecciones; de agradecimiento, dándole gracias muy especiales por haberse servido manifestárnoslas, comunicándonos al propio tiempo los afectos proporcionados á las mismas. Con igual motivo encareceremos, si así nos place, las perfecciones de la sagrada Humanidad de Jesucristo, Salvador nuestro, y aquellas que se refieren á la integridad de su Naturaleza humana, tales como el Cuerpo, con todos sus miembros y sentidos, el Alma, juntamente con sus facultades, tanto racionales como sensitivas; ó bien exagerando aquellas otras excelencias y perfecciones sobreañadidas á su Naturaleza humana, á saber: los actos y hábitos, ora permanentes, como la Vision beatífica, ora transitorios, como el hablar, rogar, obrar milagros y otras perfecciones por el estilo. Cuando pondremos los hábitos y facultades de su Alma inmaculada, pidámosle que nuestras potencias sean, en lo posible, semejantes á las suyas, adornándolas con el riquísimo ropaje de los hábitos de todas las virtudes, y excitándolas á ejercitarse en actos tiernos de amor de Dios y del prójimo, como excitaba mientras vivió en la tierra las que embellecen su Alma celestial y gloriosa. Al

ocuparnos en contemplar con la lumbré de la fe el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo enclavado en la Cruz, consideremos asimismo, con devota atencion, cada uno de los miembros castísimos que le componen, suplicándole encarecidamente, que así como el Verbo encarnado movia y dirigia semejante miembro de un modo perfectísimo; así ahora, el mismo Verbo divino que ha tenido la dignacion de hospedarse dentro de nuestro pecho, mueva y dirija no solo nuestras potencias interiores, sino tambien todos nuestros miembros y acciones externas, para que seamos, en lo posible, viva imágen de la sagrada Humanidad del Salvador, exhibiendo, así unas como otras, aquella manera maravillosísima con que el Señor, nuestro Redentor adorable, las ejecutara durante su vida mortal; y ved aquí, pues, aquella transformacion que los Santos y doctores espirituales cuentan en el número de los frutos especiales de la Comunión.

8.º Concluiremos nuestra accion de gracias presentando á todos los coros de espíritus bienaventurados aquel Señor dulcísimo que hemos recibido en la sagrada Eucaristía. Al presentársele á los santos Ángeles podremos decirles:— *Ved aquí, ministros esclarecidos del Rey de la majestad, que tan fielmente cumplís sus órde-*

nes soberanas, aquí teneis al Primogénito del eterno Padre, á quien, segun mandato suyo, adorasteis con rendida adoracion y profunda humildad, cuando por primera vez entró en el mundo; os suplico, Espiritus bienaventurados, por las entrañas de vuestra encendidísima caridad, que me alcanceis la gracia de servirle con el mismo espíritu y verdad con que le serviais durante vuestro estado de viadores, y conforme al presente le estais sirviendo en vuestra vida celestial y bienaventurada. A los patriarcas y profetas digámosles estas ó semejantes palabras:—Hé aquí, embajadores del cielo y concedores de los maravillosos secretos celestiales, al Redentor prometido desde el principio del mundo, Aquel que tanto deseabais y por cuya venida esperasteis tanto tiempo; haced que yo, con todo el afecto de mi corazón, salte por Él de júbilo, y suspire día y noche por mi Amado y Gloria del alma mia. A los bienaventurados apóstoles les diremos:—Ved aquí, ilustres predicadores del Evangelio, á vuestro amado Maestro, á quien profesabais el más entrañable amor; alcanzadme la gracia de que le ame tiernamente sobre todas las cosas y con el más entrañable afecto de mi corazón. A los santos mártires:—Contemplad, valerosos campeones de la fe, á Jesu-

cristo crucificado, por cuyo amor derramasteis generosamente vuestra sangre; suplicoos, por las entrañas de mi Salvador, que me alcanceis la gracia de estar continuamente sufriendo por amor suyo cualesquier adversidades y trabajos; de pasar toda la vida sobre la Cruz; que sea pesado madero aquel donde me claven con agudísimos clavos, ora la naturaleza armada con robusto brazo, ora la mano cruel de los hombres malvados; y sea, en fin, llevado, desde la cruz, derechamente á los brazos de nuestro Señor. A los confesores pontífices:—Mirád, pastores del rebaño del Señor, al Cordero inmaculado que durante vuestra vida mortal ibais á sacrificar al Todopoderoso, en olor de suavidad, sobre el ara santa del Altar; haced que me ocupe dignamente en celebrar tan Augusto Sacrificio, que le ofrezca á Dios con pureza de alma, y asociándome á tan Sagrada Oblacion, me ofrezca á Él, por medio de buenas obras, en olor de suavidad. A los confesores no pontífices:—Siervos fieles de mi Señor, ved aquí á vuestro dulce y amado Padre, por quien, así de deseo como de obra, renunciasteis todas las pompas, vanidades y placeres del mundo; alcanzadme la honra singular de que por amor suyo perseverare hasta la muerte en mi estado, por bajo y humilde que

sea, y suba á la cumbre de una gran santidad, solamente por amor de Dios. A los Santos de nuestra Congregación:—Mirád, queridísimos hermanos míos, á vuestro ilustre Caudillo con quien os conformasteis maravillosamente, durante vuestra vida, no ménos de palabra que de obra; suplicoos que nos concedais, á mí y á todos los otros hermanos míos que todavía están combatiendo en la Iglesia militante por su honra divina, una presa abundante de almas sin detrimento de nuestra santificación interior; la multiplicación de los miembros de nuestra Hermandad, con muchedumbre de excelentes operarios llamados á trabajar en el mismo oficio; y que todos sin excepcion pasemos cargados de merecimientos á gozar de su dulce compañía y de la vuestra en la patria celestial. A las santas vírgenes:—Ved aquí, esposas del Cordero inmaculado, á Aquel por cuyo amor guardasteis sin mancilla, y con tanta gloria y alegría de vuestras almas, la pureza virginal; haced que yo aparezca delante de los ojos de vuestro esposo y Señor mío, puro en pensamientos, palabras y obras; y que limpio, finalmente, de toda mancha de pecado y reato de pena, sea en derecho trasladado de esta vida mortal á la gloria perdurable de la venidera. A todos los Santos, por

último, de la Côte celestial apostrofémosles de esta manera:—*Mirád aquí, amigos mios muy amados, que sois la consolacion del alma mia, al Autor, la Causa y Galardon de nuestra santidad; alcanzadme la gracia de caminar por las sendas de la perfeccion, segun el espiritu de mi Instituto, con aquella misma velocidad con que vos caminabais, á fin de que el adelantamiento en la virtud cristiana vaya en proporcion con el aumento progresivo de mis años.*

Luego despues podemos decir á nuestro Señor amorosísimo:—«Voy ahora, Señor mio y Dios mio, á separarme de Vos por un breve rato, pero sin abandonar vuestra dulce compañía, ¡no! porque sois Vos la dicha, la consolacion y la felicidad de mi alma. Encomiéndome, pues, con toda la vehemencia de que soy capaz, juntamente con todos mis hermanos, amigos y enemigos, á vuestra inmensa caridad. ¡Amadnos, Dios mio y Gloria mia, amadnos y embriagadnos en el amor que atesora vuestro Corazon Sacratísimo! ¡Trasformadnos en vuestra semejanza, Gozo y Alegría de mi alma; y concedednos que vivamos enteramente en Vos; que nos ocupemos solo en Vos, y que no nos propongamos, en todas nuestras palabras y obras, ningun otro objeto más que á Vos, Vida mia y Misericordia mia, que

vivís y reináis, etc.» Últimamente, daremos fin á nuestro hacimiento de gracias con la oracion siguiente:—*Suplicoos, Padre eterno, que dirijais una mirada de compasion sobre esta vuestra familia por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó ser entregado en manos de crueles verdugos y sufrir el tormento de la cruz; que vive y reina con Vos y el Espiritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos: Amen.*

Repito, pues, que al trasladar aquí semejante método de accion de gracias del P. Lancisio, no es ciertamente mi ánimo aconsejar á nadie que le adopte tal como va expuesto; porque, segun llevo ya indicado, solo me propongo ofrecer en él, conforme lo exijan las circunstancias, copiosos torrentes de aguas vivas, de que podemos aprovecharnos para refrescar nuestro seco corazon y adornarle con abundancia de devociones: método de gracias que merece indudablemente estudiarse con particular detenimiento, pues que es en realidad un tratado completo de santa vida, de los más sólidos y acabados, y el más vivo retrato de cierto carácter espiritual bien marcado y determinado, que el método susodicho llegaria ciertamente á formar en nosotros, si le practicásemos. Comprende dicho método de gracias, es verdad, deseos y peticiones que ofrece

como cosa corriente, y acaso nos asusten y espanten; pero aun así, semejantes súplicas y afectos son grandemente provechosos á nuestras almas: Lancisio los propone sin ocurrírsele siquiera que pueda haber alguna persona devota que carezca de ellos. Estos afectos y plegarias no debemos nosotros forjarles á nuestro capricho, pero bueno es que uno sea humillado; é imposible parece que no llegue á sucedernos así, viendo cuán léjos estamos de poseer la virtud que debiéramos tener, y quizá,—y esto es lo que nos interesa y hace más al caso,—aun de ser cual nos imaginamos que somos. Humillémosnos, pues, mas sin desmayar; porque si así fuese, es decir, si diésemos cabida en nuestro corazon á semejante desfallecimiento, mostraríamos que carecemos hasta de la más leve sombra de virtud, y que nos encontrábamos todavía al pié de la barrera, cuando debíamos ya, por lo ménos, alcanzar con la vista el feliz término de la gloriosa carrera de la vida espiritual.

Otra ventaja más envuelve semejante método de accion de gracias, la cual merece ciertamente tenerse muy en cuenta, y es la tierna devocion que inspira hácia la Persona del Verbo eterno, en el ánimo de aquel que llega á practicarle: devocion excelentísima cuya ausencia es

la causa de la pobreza y aridez que caracterizan nuestras oraciones; y señaladamente, la raíz de aquella falta de un espíritu profundo de adoracion, que deberia resplandecer en la devocion al Santísimo Sacramento, no ménos que el origen de aquella tibieza y flojedad del alma, que parece llega, no raras veces, á aumentarla la Comunión frecuente, cuando deberia hacerla desaparecer por completo. Prediquemos, pues, y enseñemos solamente la Divinidad de Jesucristo, sin inquietarnos por el escaso atractivo que puedan tener nuestros sermones teológicos; y muy luego veremos cómo á pesar de no haber exornado nuestros discursos con las galas de la elocuencia humana, llegan á deshacerse los corazones en dulces lágrimas, y cómo Belén y el Calvario abren sus ricos tesoros de ternura, derramándolos á manos llenas sobre los más humildes y sencillos de los pobres de Cristo. ¡Cuán diferente no ha llegado á ser la meditacion para no pocas personas, despues que se resolvieron á llevar consigo, á la Cueva ó al pié de la Cruz, la antorcha de la Divinidad de nuestro Señor adorable! Porque dichos sugetos, aunque ántes no habituados á remontarse á las elevadas regiones de la oracion, ni ejercitados en la práctica de una austera y heroica abne-

gacion de sí mismos; ahora, esa su oracion, exornada con los resplandores de este solo dogma de la Divinidad de Jesucristo, no raras veces ha venido á acabar, cual si fuese la oracion sublime de personas muy contemplativas, por perderse en el seno mismo de la Beatísima Trinidad, donde han gustado dulzuras tan inefables, que su lengua es incapaz de explicar; y á cuyos sugetos, no sin razon, puede aplicárseles, siquiera por el momento, las siguientes palabras del Dante:—

*Al Padre, al Figlio, allo Spirito Santo
Cominciò gloria tutto 'l Paradiso;
Si che m' inebriava il dolce canto.*

*Ciò ch' io vedeva mi sembrava un riso
Dell' universo; perchè mia ebbrezza
Entrava per l' udire e per lo viso.*

*¡ O gioia! ¡ O ineffabile allegrezza!
¡ O vita intera d' amore e di pace!
¡ O senza brama sicura ricchezza! (1)*

(1) La Divina Commedia. — Il Paradiso. — Canto XXVII.

SECCION VI.

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto.

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes:—¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la accion de gracias en general? ¿cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros días de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor ha tenido la dignacion de concedernos á manos llenas? Aconséjanos sabiamente San Ignacio, que comencemos todos los días nuestro exámen de conciencia, contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias: ¿hemos guardado fielmente, siquiera esta pequeña práctica de devocion y agradecimiento? No pocas personas llegan á consagrar ciertas horas del dia al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algun breve rato á la accion de gracias? Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita

de aquellas cosas y personas por quienes tienen intencion de rogar: ¿guardamos nosotros una minuta parecida de los beneficios por los cuales deseamos rendir diariamente las debidas gracias á nuestro Padre celestial? ¡Cuántas veces, para alcanzar algun especial favor del cielo, no hemos estado asediando el trono de la gracia, durante semanas enteras, con Padrenuestros, Ave-Marías, Misereres, Memorares, rosarios, Comuniones y hasta penitencias! ¿Cuál fué, pues, y en qué proporcion ha estado nuestro hacimiento de gracias con las súplicas que elevamos á los piés del Rey de la majestad, luego que el Señor tuvo al fin la dignacion de condescender benigno á nuestros ruegos importunos? ¿Cuánto tiempo gastamos entónces en la práctica del agradecimiento por el beneficio recibido? ¿en qué consistió semejante ejercicio? ¿con qué nuevo fervor y aumento de amor divino iba acompañado? ¿Redújose acaso á un solo *Te Deum*, á un simple y atropellado *Deo gracias*, lanzándonos en seguida precipitada y descortesmente á tomar afanosos el don que Dios nos ofrecia, arrancándosele, digámoslo así, de sus benditas manos, cual si fuese un salario, para no volvernos despues á acordar jamas de semejante dádiva graciosa, contentándonos con aquel

general y vago afecto de agradecimiento que tuvimos al tiempo de recibirla? Sobrados motivos ¡ay! existen ciertamente para avergonzarnos de esta nuestra mala correspondencia á los beneficios divinos; porque, lejos de abrigar en nuestro corazón un espíritu constante de gratitud; un vivo y perpetuo recuerdo de las misericordias divinas, una regularidad amorosa y no interrumpida en nuestras adoraciones y sacrificios de acción de gracias; continuamos esperando que el Espíritu Santo toque por sí mismo nuestra voluntad con el sentimiento íntimo de nuestras obligaciones para con Dios, y con la conciencia de nuestra dependencia hacia su divina Majestad, cruzándonos, digámoslo así, de brazos, hasta despues que aquel Espíritu Consolador ha desempeñado semejante ministerio; y aun así correspondemos friamente á su divino llamamiento, por manera que dejamos á cargo suyo que Él supla nuestro agradecimiento, cuando debiéramos nosotros ofrecérsele de muy buena voluntad y con generoso y abundante amor divino. Verdad es que nunca podremos anticiparnos á sus divinos auxilios, ni siquiera para concebir un solo pensamiento bueno; y así nuestra falta está únicamente en no corresponder á su primer toque ó llama-

miento, aguardando á que nos obligue por una fuerte presion interior: si un hermano nuestro se portase con nosotros segun nos conducimos con nuestro Dios y Señor, de seguro que no hallaríamos expresiones con que encarecer la bajeza de semejante conducta, indigna de un alma verdaderamente agradecida. Responded, pues, con la mano puesta en el corazon á vuestro Ángel de Guarda, y decidme luego si todavía creéis que exageraba, al aseguraros que la desproporcion entre el hacimiento de gracias y la oracion es uno de los fenómenos más espantosos de la naturaleza.

Y bien; ¿cuál es la causa de semejantes anomalías?—impórtame muy poco repetirlo una y mil veces, hasta el punto de que llegue á causaros fastidio el leerlo, si yo consigo grabarlo profundamente en vuestra memoria;—la causa, digo, de conducta tan extraña, no es otra más que nuestra perversa obstinacion en rehusar mirar á Dios como á nuestro Padre. Prescindiendo de la culpa manifiesta, dificilmente existe una sola miseria de la vida, que no proceda de esas severas, tétricas y ruines nociones que nos forjamos en nuestra mente acerca de Dios nuestro Señor: hé aquí, pues, la raiz del mal. Así es que si deseais de todas véras ser

muy otros de lo que soís, menester es que la apliqueis luego la segur: cualquiera otro medio, no curará vuestras dolencias espirituales, á pesar de vuestra meditacion, exámen de conciencia, rosario, etc., segun ya tantas veces lo habeis experimentado. En efecto, ¿cuántos sujetos no estamos viendo ejercitarse diariamente con admirable constancia en la práctica de la meditacion, sin que hayan logrado adelantar un solo paso en el camino de la virtud, ni enfrenado sus malas pasiones, ni suavizado su carácter agreste y desabrido? tienen el hábito, no el don de la oracion. En su consecuencia, bien podeis hacer cuantas penitencias os agraden, que léjos de inflamaros en el fuego de un puro y sincero amor de Dios, endurecerán vuestro corazon con el engaño de una humildad llena de vanagloria, y los mismos Sacramentos funcionarán en vuestras almas, únicamente cual máquinas descompuestas. Ora os lamentéis de vuestro escaso aprovechamiento en la vida espiritual; ora deploreis con lágrimas amargas la ausencia de toda devocion sensible; bien os angustie vuestra incapacidad para formar y cumplir resoluciones generosas; que os apesadumbren aquellas molestas reincidencias en imperfecciones indignas de un verdadero cristiano; ya os desconsuele

la falta de reverencia en la oracion, ó la dureza y desabrimiento con que os atreveis á tratar á vuestros prójimos; semejantes defectos, tenedlo bien entendido, casi siempre nacen de aquellas severas nociones que os habeis formado de Dios nuestro Señor; y por lo tanto, si deseais de todas véras cambiar de vida, menester es que arranqueis de cuajo dichas ideas acerca de la Divinidad; que cultiveis un afecto filial hácia tan cariñoso Dueño; que pidais con vivas ansias al Espíritu Santo el don de *piEDAD*, cuyo oficio especial consiste en producir en el alma de los cristianos semejante afecto devoto; que vuestro culminante y primordial concepto sobre Dios, sea de aquel Señor *de quien procede toda la paternidad que existe en el cielo y en la tierra*; que recordéis que el Espíritu de Jesús es el único Espíritu verdadero, y el Espíritu de adopcion por el cual clamamos Abba, Padre. Jamas, repito, lograreis llevar una vida verdaderamente cristiana, mientras vuestras nociones de Dios como Padre amoroso, no desvanezcan todas las otras nociones que de Él os habeis formado; ó á lo ménos, hasta que estas últimas no se encuentren colocadas en subordinacion armoniosa con las primeras, que es lo que constituye la esencia, el alma del

Evangelio y la vida misma de las enseñanzas de nuestro Salvador adorable: no podía un hombre hacer obra más excelente, que consagrar toda su vida al apostolado de esta única idea, la Paternidad compasiva de Dios.

En materia de progreso espiritual, nuestros intereses se identifican con la gloria divina; y ved aquí otra nueva invencion de la caridad ingeniosa del Criador hacia los hombres, que inspirará en nuestro ánimo mayor afición á la práctica de la accion de gracias, considerando los beneficios que, bajo el punto de vista espiritual, nos resultan de semejante ejercicio piadoso: el adelantamiento en la santidad, no es más que el descenso continuo, sobre nuestras almas, de aquellas gracias que coronan todo acto de correspondencia por nuestra parte á las gracias anteriormente recibidas; y nada hay, á juicio nuestro, que tanto multiplique en nosotros las gracias, ni que con más eficacia mueva á Dios á abrirnos de par en par las puertas de sus riquísimos tesoros, como la práctica devota de la accion de gracias. Pero no es esta la única ventaja que nos ofrece el hacimiento de gracias para alcanzar la santidad; es menester que tomemos asimismo en cuenta los efectos maravillosos que semejante devocion pro-

duce sobre nuestras almas: no pocas personas se afanan por adelantar en el camino de la virtud, mas no parece sino que una especie de mano oculta las estorba el paso; porque el hecho es, y ni lo conocen siquiera, que jamas han llegado á convertirse enteramente á Dios: permanecieron muy poco tiempo en la via purgativa de la virtud cristiana; regatearon con Dios los servicios que de justicia le son debidos; se reservaron ciertos alejamientos poco agradables á los divinos ojos, ó desearon despojarse de los hábitos viciosos floja y gradualmente, para de esta suerte evitarse la molestia de una pronta y eficaz conversion. Ahora bien; la accion de gracias, suave, pero imperceptiblemente, cambia nuestra religion en un servicio de amor: indúcenos á mirar todas las cosas bajo el punto de vista divino; á ponernos del lado de Dios, aun contra nosotros mismos; á identificarnos con sus intereses, hasta cuando parece que se hallan en abierta oposicion con los nuestros; á romper, en su consecuencia, más eficazmente con el mundo, renunciando de lleno á todas sus pompas y vanidades; á profundizar hasta el origen y raiz del conocimiento de nuestra propia vileza, la cual es peor todavía que la misma nada en la presencia de

Dios: y ¿qué es todo esto sino hacer nuestra conversion más total y completa?

Ni es menor el efecto de la accion de gracias sobre nuestro adelantamiento en la santidad: todo progreso en la vida espiritual nace del amor, y el amor es, al mismo tiempo, causa y efecto de la accion de gracias: lo que el aire y la luz son á las plantas, eso es á las virtudes la presencia de Dios; y la práctica de la accion de gracias es la que hace casi habitual en nuestras almas semejante presencia sensible de Dios, porque continuamente está excitándonos á contemplar las misericordias divinas que de otro modo no hubiéramos notado, y colocándonos en disposicion más conveniente para apreciar su valor, sondeando algunos grados el abismo inconmensurable de la condescendencia de Dios, fuente inagotable de dichas bondades para con los hombres: muévenos, además, el ejercicio de la accion de gracias á lamentar, con lágrimas amargas, la ausencia de semejante devocion en nuestros hermanos, cuya afliccion y tierno llanto mantienen nuestro amor de Dios en toda su delicadeza y sensibilidad, y engendran en nuestra alma aquel dulce espíritu de reparacion, especial prerogativa del adelantamiento en la santidad: se dilatan los

seños de nuestro corazón, mientras estamos engrandeciéndolo á Dios, dilatación que nos solicita á correr con ligereza por el camino de los divinos mandamientos, que antes andábamos solamente á paso lento y como á remolque: sentimos asimismo dentro de nosotros una fuerza secreta para vencer los obstáculos que se nos ponen delante, y desvanecer y menospreciar toda suerte de temor; una completa libertad de espíritu en el bien obrar, que anteriormente no solíamos sentir; y todo esto es porque la acción de gracias nos ha hecho medir la altura incommensurable de la bondad infinita de Dios y la profundidad de nuestra vileza; y así nada nos parece demasiado, nada difícil y grandemente penoso, cuando en ello está interesada la gloria del Altísimo: como Azeusa, en el tiempo de la pestilencia, ofrecemos al Rey de la majestad ricos presentes, cual suelen hacerlo con nosotros los monarcas de la tierra; esto es, con profusión y á manos llenas; pues nuestros corazones ciñen la brillante corona de la acción de gracias.

Y erran, pues, gravemente todos aquellos que menosprecian las consolaciones y felicidad que se experimentan en la religión, el gozo en los divinos servicios, la dulzura en la oración, la suavidad y alegría en la mortificación y los re-

galos en la devocion. Verdad es, que cuando Dios rehusa á los fieles semejantes recreaciones espirituales, ciertamente que no siempre lo hace por estar airado con ellos, ó en castigo de alguna maldad; y cualquiera que sea la causa que mueva al Señor á privarnos de dichas consolaciones, nuestra principal obligacion es resignarnos humildemente á su dulce, aunque inexcusable voluntad divina; pero esto no impide que todas las consolaciones susodichas sean instrumentos muy eficaces para la santidad y la perfeccion, y en su consecuencia, que no puedan desearse y codiciarse ardientemente, si bien con espíritu humilde y rendido. ¡Cuántas veces no sucede, que personas que no gozan de ninguna dicha en la religion, que están continuamente viviendo en sequedad de corazon, privadas de las dulzuras y consolaciones espirituales; llegan á caer en un desmayo y desfallecimiento tal, que no parece sino que todo lo van abandonando, hasta descuidar el mismo cumplimiento de sus más sagradas obligaciones! Aun durante la Misa y las grandes solemnidades de la Iglesia, un tupido velo cubre tan fuertemente el corazon de semejantes sujetos, que ni la música, ni la magnificencia y esplendor del culto, ni la real Presencia de Dios, son capaces de penetrar ni causar en él

la más lijera conmocion: los beneficios divinos les son tan enojosos, como los castigos para la generalidad de los mortales; la oracion es una penitencia, la confesion un tormento, la Comun-ion un verdadero suplicio: aquello que Dios bendice por amor suyo, les desazona como una úlcera; lo que Él llena de dulce paz, les incomoda: no apetecen ninguna otra luz más que la lobrete de su perversa extravagancia, ni gustan oír otra cancion que la de su mal humor y propia ridiculez. Indagad, pues, si han poseído alguna vez semejantes personas un espíritu de accion de gracias, y habreis entónce exactamente dado con el hilo de la dificultad: acaso sean convertidos á la santa fe católica, quienes obedecieron á la gracia de la vocacion con cierta repugnancia; que cuando entraron en el gremio de la Iglesia, verian dificultades por todas partes, desde el Papa y cardenales, hasta el último fiel de la cristiandad; que doquiera les rodearian males imaginarios sin cuento; que de todo criticaban, que nada les parecia bueno, que todo en la Iglesia era, en fin, para ellos desabrido, vulgar, monótono, prosáico. Así es que, sea por lo que quiera, estos infelices convertidos han sido verdaderamente unos desgraciados desde el principio de su conversion, ¿y por qué? En-

cerrados en sí mismos, llenos de amor propio, no buscando más que consolaciones y hambrientos de simpatías, difícilmente han caído alguna vez de hinojos, cual niños inocentes y candorosos, á los piés del trono de Dios, para darle gracias por el milagro de amor que Él obrara en favor suyo, introduciéndoles dentro del seno de la verdadera Iglesia, donde al presente se encuentran viviendo: un corazon agradecido hubiera recibido gozosa y alegremente todas esas dificultades, propias de principiantes, esto es, de su nueva situacion y género de vida, como una penitencia merecida de justicia por la dureza de su corazon, que tanto dió que hacer á la gracia, y tan heróicos esfuerzos la ha costado, para ver de ablandarle durante todo el proceso de la conversion; pero semejantes personas fueron desagradecidas, y así es cómo no son felices y dichosas en la religion: demos rendidas gracias á Dios, por ser tan escaso el número de tales sugetos. Ved aquí, pues, en todo cuanto acabamos de exponer, otro punto que debe tenerse muy en cuenta: la felicidad en la religion nace del espíritu de accion de gracias.

Expliquemos ahora en dos palabras, cómo por medio de la devocion de accion de gracias podemos ejercitar los tres instintos ó caracteres de

los Santos, es decir, promover la gloria de Dios, fomentar los intereses de Jesús y procurar la salvacion de las almas. Primeramente, la gloria de Dios:—Nuestro Dios y Señor, en sus entrañas de misericordia, ha querido que su gloria inefable dependa en gran parte de las alabanzas y acciones de gracias de sus criaturas: la accion de gracias fué uno de los fines que le movieron á crearnos; así es que no hay cosa alguna que más contribuya á defraudar la gloria del Altísimo, como la negligencia y olvido de la accion de gracias; y consiguientemente, nada hay asimismo, que Él anhele con tan vivas ansias de sus fieles siervos, como la reparacion de semejante ultraje con que le están ofendiendo no pocos hijos ingratos en todos instantes del día y de la noche; porque es imposible tributarle con devota atencion las debidas acciones de gracias, sin que al propio tiempo estemos promoviendo su mayor honra y gloria. Ya llevo dicho que el gozo resulta de la accion de gracias; y el espíritu de gracias, no solo parece que acompaña al gozo, fruto especial de Espíritu Santo; sino que se manifiesta claramente en todas aquellas devociones que tienen alguna relacion con el gozo. En efecto, aquellos que han profesado una singular devocion á San Rafael, el Ángel

del gozo, generalmente han atesorado en su corazón un don más que ordinario de acción de gracias; y prescindiendo ahora de los ejemplos de los Santos que más llegaron á señalarse en la devoción de la acción de gracias, como San Juan de la Cruz, la Beata Benvenuta, Santa Jacinta Mariscotti y otros; lo vemos hasta en el libro mismo de Tobias:—*Padre! causomè gozo;*—he aquí el carácter que el joven Tobias atribuye á San Rafael. Estando ya este Espíritu bienaventurado á punto de darse á conocer, les dijo:—«Benedicid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, por haberos mostrado su misericordia; porque bueno es ocultar el secreto de un rey, pero es honroso el descubrir y confesar las obras de Dios... Cuando me hallaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios: bendecidle, pues, y cantadle alabanzas... Tiempo es ya de que vuelva á Aquel que me envió; mas vosotros bendecid á Dios y publicad todas sus maravillas.»—Probablemente, al separarse de ellos, les permitió ver un vislumbre ó destello de la hermosura angelical que le engalana; pues inmediatamente entraron en un éxtasis de tres horas, y lo que dejó tras sí, fué el espíritu de acción de gracias:—«Postrándose entónces por tres horas sobre su rostro, bendi-

jeron á Dios, y levantándose, contaron todas las maravillas del Altísimo, y abriendo luego su boca el viejo Tobías, dijo:—*Glorificad al Señor, hijos de Israel: ved lo que ha hecho por nosotros, y alabadle con temor y temblor, y ensalzado al Rey de los siglos. Bendecid al Señor, todos sus escogidos, celebrad dias de alegría y glorificadle. Jerusalem, ciudad de Dios, glorifica al Señor en tus bienes.*» Y ¡cuán dulces y regalados no fueron los últimos dias del santo anciano, desde que el Ángel le adornó con el rico ropaje del gozo, y las vistosas galas de la accion de gracias!—«Pasó en gozo el resto de su vida; y con grande aprovechamiento en el santo temor de Dios, descansó y partió de este mundo en paz.» ¡Qué más! si aun llegó el gozo á sobrevivirle, supliendo en su muerte el oficio del llanto; pues dicese *que habiendo cumplido noventa y nueve años en el temor del Señor, le sepultaron con gozo*: puntualmente como sucede, con demasiada frecuencia, en las casas religiosas, luego que Dios llama para sí á alguno de la comunidad: gozo que, no raras veces, es motivo de escándalo para aquellos que no comprenden el rendido y celestial espíritu del claústro.

En segundo lugar, ofrécenos igualmente la práctica devota de la accion de gracias medios

eficaces para fomentar los intereses de Jesús. ¿Qué habia sobre la tierra, que el Salvador anhelase con más vehemencia como la gloria de su Padre? Aunque de Él se dice que penetraba el interior de los hombres, y que no queria fiarse de ellos; con todo eso, tuvo la dignacion de aparecer sorprendido, viendo que solo uno de los diez leprosos volvia á dar gracias á Dios por el beneficio recibido. Y ¡cuán lleno de misterio no está asimismo aquel exabrupto suyo de accion de gracias, cuando agradeció á su Padre y le confesó, porque habia escondido sus misterios á los sabios y prudentes, y reveládoselos á los párvulos! Ahora bien; existe un método especialísimo para promover los intereses de Jesús de una manera fácil y gustosa, que yo me atreveria á aconsejaros, el cual consiste en asumir un pequeño apostolado para extender la práctica de la accion de gracias; porque, ciertamente, apenas habrá uno solo de entre nosotros que no ejerza alguna influencia sobre sus prójimos, ora sean hijos, criados; ó bien conocidos y amigos. Enseñémosles, pues, á practicar frecuentes, metódicas y fervorosas acciones de gracias por los beneficios recibidos: dejemos discretamente caer de nuestros labios, siempre que se nos ofrezca la ocasion, alguna palabra en favor de semejante

ejercicio. Si cada uno de los cuarenta mil miembros de la Confraternidad de la Preciosa Sangre tuviese la dicha incomparable de persuadir á cinco personas, en honra de las Cinco Llagas de nuestro Señor Jesucristo, el ejercicio diario de la accion de gracias; si estos cinco, á su vez, lograsen asimismo extender semejante devocion piadosa entre otros tantos hermanos suyos, como se extienden las ondas sobre la superficie de un lago; y estos últimos á otros, y así sucesivamente, ¿cuánto no se regocijaria entonces Jesús en este riquísimo tesoro de gloria divina, que cual oloroso perfume ofrecian á los pies del trono del Altísimo, aunque no fuesen más que las primeras doscientas mil personas, practicando cada dia un solo acto de agradecimiento, un simple *Deo gracias*, nada más, pronunciado, si no con los labios, con la lengua del corazon? Ponderad la gracia, y el mérito, y la gloria, y la adoracion, y la honra, y el júbilo, y la alabanza que envuelve un solo *Deo gracias* dicho con devota intencion; y esto, no obstante, la Confraternidad, con tan brevísima jaculatoria, podria presentar anualmente á la Majestad ultrajada del Rey de la gloria, setenta y tres millones de actos sobrenaturales de accion de gracias. ¿Por qué, pues, no ensayamos siquiera este medio, que

procuraria á Dios un riquísimo tesoro de gloria? ¡Oh qué homenaje de amor á Jesús, no seria este fácil apostolado de accion de gracias! ¡Á la obra, pues, hermanos míos! ¡Comencemos luego á trabajar¹ en tan santa empresa! ¡hoy! ahora mismo!, que el tiempo vuela, y harto hemos hecho estar esperando á la gloria de Dios nuestro Señor!

En las escuelas, en los seminarios y en el seno de las familias, especialmente en aquellas donde hay muchos jovencitos, de cuyas bocas puras ha Dios ordenado su alabanza, podrian tambien establecerse pequeñas asociaciones, para que cada uno de sus miembros dijese en particular, todos los dias, alguna breve jaculatoria de accion de gracias; y donde se creyese oportuno, no seria inútil mandar que hiciesen en comun algun pequeño acto de agradecimiento, para de esta suerte animar y esforzar á los tiernos niños y demas jovencitos á poner mayor atencion en las oraciones que suelen decirse ántes y despues de la comida. Semejantes asociaciones podrian tener por objeto el dar gracias á Dios por todas las misericordias que ha otorgado á sus criaturas, señaladamente por el beneficio inestimable de la Encarnacion y por aquella singular largueza que movió sus entrañas de bondad á re-

galarnos á María para que fuese nuestra Madre, igualmente que suya. Supongamos, pues, por un momento, que los niños de una escuela cristiana se reuniesen mañana y tarde para practicar un breve acto de accion de gracias por el don singularísimo de la santa fe católica, apostólica, romana; los jovencitos entónces, á la vez que obrando así, bendecirian á Dios por la fe nacional de su pais y repararian las apostasías, adquiririan tambien para sí un hábito que les serviria de eficaz preservativo contra las tentaciones que experimentarán en lo porvenir. Dichas asociaciones, si se juzgase conveniente, podrian asimismo tener por objeto la devocion á los Santos Ángeles, cuya incesante ocupacion en el cielo es una cancion no interrumpida de melodiosas alabanzas y acciones de gracias; y de esta suerte, la virtud de la santa pureza, don especial de la devocion á los espíritus bienaventurados, creceria y echaria hondas raices en las almas inocentes de los jóvenes asociados. Si profesamos una grande estimacion á la gloria de Dios;—en una palabra, si amamos entrañablemente á nuestro Padre celestial, no nos parecerán livianas todas estas cosas ni insignificantes sus resultados, y trataremos de recobrar en lo posible, con tan ingenioso artificio de accion de

gracias, aquel tiempo precioso que hemos malamente perdido.

¡Oh qué rico tesoro de gloria, no podría un hombre solo ganar para nuestro Señor dulcísimo, consagrándose de todas véras á tan santa ocupacion! Cuando San Gerónimo vivia en el Oriente, oyó con frecuencia entonar á los monjes la doxología, *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo*, y quedó tan prendado de semejante doxología, que se resolvió á pedir al Papa San Dámaso que se dignase establecerla en la Iglesia Occidental, donde humanamente hablando, á no ser por los ruegos del santo Doctor, difícilmente hubiera llegado á usarse jamas. Ahora bien; ¿quién es capaz de contar los millones y millones de veces que los fieles de Occidente han rezado ó cantado, con amorosa y devota intencion, semejante doxología? Cada vez que Santa María Magdalena de Pazzis recitaba ó entonaba tan regalada cancion, acompañábala con la ofrenda mental de sí misma en olor de la Beatísima Trinidad, doblando al propio tiempo el cuello al golpe del hacha, cual si estuviese ya á punto de ser martirizada en defensa de la fe católica: dícese de San Alfonso de Ligorio, que en su vejez, apenas llegaba á sus oidos alguna noticia ó buena nueva favorable á la gloria de

Dios ó prosperidad de la Iglesia, exclamaba, inundado de alegría: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*: se cuentan igualmente maravillas de la devocion del Beato Pablo de la Cruz hácia esta doxología, devocion que el siervo de Dios estaba sin cesar inculcando á todos sus religiosos; y las Vidas de los Santos, ¿cuántos ejemplos no podrian asimismo ofrecernos de muchas otras devociones de amor heróico, estrechamente ligadas con semejante cancion gloriosa? Pues bien; si San Gerónimo no hubiese rogado un dia al Papa San Dámaso que la introdujese en la Iglesia Occidental, claro está que se hubieran entónces perdido para Dios todos estos riquísimos tesoros de gloria: cuando los hombres ejecutan alguna buena obra, por liviana que sea, á la mayor gloria de Dios, jamas llegan á conocer hasta dónde alcanzará su eficacia ni qué número de maravillas podrá obrar, en honra y alabanza del Altísimo, en el transcurso de los siglos; el secreto del amor, por lo tanto, consiste en estar constantemente ejecutando obras á la mayor gloria de Dios, sin cuidarnos para nada de su grandeza ó pequeñez:— «Echa tu pan, dice el Sabio, sobre las aguas que corren, pues al cabo de mucho tiempo lo hallarás. Por la mañana siembra tu simiente,

y no permitas que por la tarde cese tu mano, porque no sabes si nacerá ántes esto ó aquello; y si ambos á la vez, ignoras cuál será lo mejor.» (1)

Últimamente, el ejercicio devoto de la accion de gracias es un poderoso auxiliar para la salvacion de las almas. En efecto, nosotros mismos, practicando semejante devocion, gozaríamos de un valimiento tan señalado para con Dios nuestro Señor, que nos habilitaria para impetrar gracias que sobrepujasen á nuestros deseos y al alcance de la pobreza de nuestras actuales oraciones; veríamos abrirse delante de nuestros ojos los riquísimos tesoros de las misericordias divinas; correrian por doquiera rios caudalosos de gracias; se ablandarian los corazones más empedernidos; lloverian raudales de bendiciones sobre toda la Iglesia; desagraviaríamos á Dios por las ofensas con que los pecadores le están ultrajando con su ingratitude y negligencia; aplacaríamos la cólera del justo Juez y detendríamos el brazo del Rey airado, levantado ya para descargar contra ellos rayos de castigos espirituales y temporales. ¡Con cuánta muchedumbre, pues, de medios indirectos no nos permite

(1) Ecclesiastes—cap. XI.—v. 1.^o y 6.^o

Dios, en su infinita misericordia, cooperar á la salvacion de las almas, solicitándonos incesantemente, con entrañas de caridad, á ser más ingeniosos que hasta aquí en buscarlos, y muy solícitos, una vez adquiridos, en ponerlos luego al punto en ejecucion! ¡Oh pobrecitas almas desgraciadas, que con tanta frecuencia os hemos escandalizado con nuestras maldades! ¡Pluguiera al cielo, que nuestros ruegos actuales y acciones de gracias llegasen siquiera á igualar al número de escándalos que os hemos dado con descaro inconcebible; porque nos parece imposible que sea enteramente nuestra la preciosa Sangre de Jesucristo, hasta tanto que no os hagamos á vosotras igualmente participantes de ese riquísimo tesoro! ¡No olvidemos, pues, nunca hermanos míos, que acaso existan sobre la tierra algunas almas, cuya salvacion perdurable habrá Dios vinculado á nuestro celo y oraciones! ¡No perdamos jamás de vista, que quizá haya en el mundo un alma querida, á quien el Altísimo amó desde toda la eternidad, decretando sacarla de la nada con preferencia á millones de almas que pudo haber criado en lugar suyo! ¡un alma querida, cuyo nombre tuvo Jesús grabado en su mente soberana, aun estando pendiente en la Cruz! ¡un alma querida, por cuya

compañía esté suspirando María en la gloria del cielo! ¡un alma querida, cuya felicidad sempiterna, esto es, el ver á Dios cara á cara, y ser por toda una eternidad feliz y dichosa, y hallarse adornada con una belleza incomparable, y coronada con riquísimos dones y esclarecidas gracias sobrenaturales, y hermosamente engalanada con los preciosos atavíos de la Jerusalen celestial, y anegada en un mar inmenso y perdurable de dulzuras, y de gozo, y de deleites, que sobrepujan á todo humano encarecimiento; —acaso se halle todo esto, repito, por un especial arrojo, permítasenos la expresion, y un adorable atrevimiento del amor divino, pendiente y como colgado, sin que lo conozcamos, de cualquiera de nuestras oraciones! ¡Oh qué posibilidad esta tan espantosa á la vez que arrebatadora!—¡Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, y no os alimentamos; sediento, y no os dimos de beber? ¡Ojalá que no cese nunca de resonar en nuestro oído el eco espantoso de aquella su contestacion:—Cuando no lo hicisteis con el más pequeñuelo de estos mis hermanos, ni á mí lo hicisteis.

CAPÍTULO II.

ALABANZA Y DESEO.

La ciencia y la gracia.—*Viajero Doméstico Universal.*—

Qué es la Alabanza y el Deseo.—Amor de complacencia y benevolencia.—Valor de los actos internos.

—Descripcion de Dios.—Consideracion sobre los atributos divinos.—Aplicacion de la Alabanza y el Deseo

á los tres instintos de los Santos.—Cómo alcanzaremos el amor de complacencia. —Seis cualidades

que constituyen un Santo.—DEVOTA CLASE MEDIA de la Iglesia.—Ejemplos.—1.º De la *Raccolta*.—2.º De-

vociones de Lancisio á Jesucristo resucitado.—3.º Preparacion de Santa María Magdalena de Pazzi para

la festividad de Pentecostes.—4.º Renovacion de votos y deseos heroicos.—Santidad metódica.—Liber-

tad de espíritu.—Santa Gertrúdis y la antigua escuela ascética benedictina.—Maravilloso portento, que

Dios tenga la dignacion de amar á los hombres.—Prodigio más maravilloso todavía, el permitirnos que

le amemos.—El colmo del pasmo y del asombro, que nos atrevamos á negarle semejante servicio.—Espíri-

tu de reparacion.—María es el Benedicite de los cristianos.—Alabanza del Sagrado Corazon de Jesús.—

Alabanza del mismo Dios.

SECCION I.

La ciencia y la gracia.

Los hombres de ciencia, enamorados de las grandezas y riquezas que Dios ha derramado

á manos llenas sobre toda la naturaleza, llévanos á todo rincon y ángulo del mundo, para mostrarnos allí, hasta en los más viles insectos y en el maravilloso concierto de sus hábitos é inclinaciones con las necesidades y flaquezas que les distinguen, cuán llena está la creacion, no ménos de la sabiduría y omnipotencia del Eterno, que de su amorosa solicitud y tierna compasion hácia todas las criaturas, hechura de su brazo: hé aquí, pues, exactamente las mismas excelencias que hemos visto resplandecer en el mundo espiritual, y en los ingeniosos artificios y suaves armonías que le enaltecen y coronan de gloria. Todo es por amor, y en una escala tan prodigiosa, que semejantes finezas de la paternal providencia divina, no parece sino que aun llegan á probar nuestra fe: Dios nos ama con un exceso de amor, que sobrepuja á todo encarecimiento, y suspira con vivas ansias ser amado de los hombres, y derrama sobre nuestras cabezas, con profusion increíble, innumerables auxilios y medios, á cual más eficaces, para que nosotros le amemos y promovamos su mayor honra y gloria. La teología es el traslado y viva imágen de las ciencias físicas: la teología nos enseña acerca de los Ángeles á quienes no hemos visto con los ojos

corporales, cosas tan asombrosas, como aquellas que la astronomía nos enseña de las estrellas que nunca hemos alcanzado á distinguir más que con el auxilio de algun instrumento óptico: la ciencia teológica arroja más luz sobre el mundo invisible espiritual, que aquella que el microscopio envia sobre el mundo invisible animal: la ciencia de las leyes de la gracia es un paralelo de la ciencia de las leyes de la vida: la historia y constitucion de la Iglesia es tan admirable en sus grandiosos portentos, como los anales de la prodigiosa ciencia geológica: los teólogos católicos, auxiliados de la revelacion, de la Iglesia, de la razon y las luces del Espíritu Santo, han explorado el espíritu, por lo ménos con la misma certidumbre y felices resultados, con que la ciencia moderna ha explorado la materia. Quienes se sonrien al oirnos hablar con tan profunda conviccion y facilidad increíble de los diferentes coros de Ángeles, asemejanse á aquellos que sueltan la carcajada, cuando alguno les habla del volúmen de un planeta, ó les asegura que la materia del mismo es tan lijera como el corcho: la incredulidad de la ignorancia, así en los unos como en los otros, es la que excita semejante sonrisa burlona. Antiguamente, la sublime inteligencia humana consagraba todas

sus fuerzas y asombrosa capacidad, á estudiar la vida de Dios, las perfecciones y grandezas que en Él resplandecen, la Encarnacion, la naturaleza y eficacia de la gracia, etc.: la revelacion ofrecia al entendimiento innumerables axiomas infalibles que resolver, y el resultado de sus investigaciones acerca de semejantes datos sobre-naturales fué la teología católica, monumento glorioso é inmortal que levantara el espíritu humano. Hoy esa nobilísima facultad lleva un rumbo enteramente diferente: despliega en la actualidad todas sus fuerzas y dedícase, con ahinco indecible, á estudiar las corrientes del Océano, las direcciones de los vientos, los fenómenos eléctricos y la naturaleza química de las estrellas; y el resultado de sus heroicos desvelos, aunque bastante maravilloso en el sistema de la ciencia moderna, difícilmente iguala á las *Sumas de teología escolástica*, aun considerados estos trabajos como meras ó simples producciones intelectuales.

La ignorancia de nuestra religion, más bien que otra cosa, es la que nos impide ver y discernir claramente el entrañable amor y cariño paternal que Dios tiene la dignacion de profesarnos. Para el salvaje, cuya distraida mente no se impresiona por otros fenómenos sino por aque-

llos que, por la grandeza y fuerzas asombrosas que suponen, causan un profundo estupor en el ánimo, como la tempestad, el espantoso estallido del trueno, la soberana majestad del sol, la inmensidad de los mares, el rugido de los vientos, las erupciones de los volcanes,—el Criador es simplemente el Dios de la omnipotencia y de la fuerza; pero que él contemplase los instintos y afecciones de los animales con aquella claridad con que la ciencia puede presentárselos delante de sus ojos, y entónces muy luego cambiaria las nociones que abriga en su entendimiento acerca del Criador. Así pues, cuando los cristianos tienen absorbidas todas sus potencias y sentidos en los negocios del mundo, sin ocuparse para nada de las cosas de Dios, únicamente aquellos fenómenos de la religion que infunden pavor en el ánimo, son los que llaman su atencion, la muerte, por ejemplo, el pecado mortal, el infierno, la predestinacion; pero que lleguen á tomarse la molestia de bajar la mano ó de descender á examinar atentamente las minuciosas é ingeniosas leyes de la gracia, los secretos inefables de la oracion, las relaciones y armonías del mérito y la gloria, las hechiceras dulzuras de las indulgencias, los suaves misterios de Jesús y María,—y ya se formarán entónces, á no du-

darlo, un concepto algo más exacto de la grandeza é incommensurabilidad del encantador amor divino: solo el estallido del rayo, en noche tempestuosa, conmueve el ánimo del hombre distraído; mas un oído delicado y atento percibe el tenue susurro de las hojas de los árboles blandamente movidas por el aura suave que suele levantarse á la caída de la tarde del caloroso verano.

Ya hemos visto cómo Dios nos provee de medios eficaces para que le amemos, dándonos no solamente todas sus divinas perfecciones y los misterios de su Hijo querido, para que ofrezcamos á su divina majestad semejantes riquezas, cual si fuesen de nuestro propio caudal; sino enseñándonos á unir nuestros pobres y ruines servicios á las obras é intenciones de nuestro Señor dulcísimo; y cómo, todos estos ricos tesoros podemos aprovechar en la intercesion, accion de gracias y alabanzas al Rey soberano de la gloria. Avancemos, pues, ahora un paso más adelante diciendo, que en su anhelo por ser amado de los hombres, y en su vivo deseo de enriquecernos de medios con que poder presentarle semejante ofrenda en rendida adoracion; llega á levantar nuestros simples afectos á la excelsa dignidad de actos reales y eficaces, ha-

bilitándonos al propio tiempo para que le honremos, trasformando en culto gloriosísimo y muy celestial los simples y fugaces afectos ó deseos de nuestro corazon amoroso. Porque el Criador omnipotente, no solo acepta benigno el derramamiento de nuestra sangre, las asperezas de la carne y los sacrificios dolorosos; sino que le agrada asimismo y complácese grandemente en apacentar su gloria divina con alguna corta y liviana abnegacion heroica de nuestra propia voluntad; así es que el espíritu más pusilánime de la creacion puede amar al Hacedor, y amarle con amor muy abundante.

Quizá ninguno de nosotros habrá todavía echado en olvido aquel libro que leíamos en nuestra juventud, titulado, *Viajero Doméstico Universal*, y aquellas escenas del panorama encantador que ponía delante de nuestros ojos; libro que hacía las delicias de nuestros juveniles años, llenos de virginal candor: acaso recordemos asimismo, cómo retirados en nuestro lindo y alegre gabinetito, meciéndonos blandamente en nuestra sillita, diseminadas á nuestro alrededor, acá y acullá, las chucherías y enredos de aquellos juguetes que nos tuvieron distraídos é inoportunamente ocupados durante el espacio de una hora larga; cómo, repito, después de ya fatiga-

dos con semejantes entretenimientos propios de aquella edad, recorriamos, leyendo el libro, los desiertos arenales del África, y atravesábamos los risueños y floridos bosques del Brasil, y nos recreábamos con las erupciones fangosas de los volcanes de la Islandia, y acechábamos, en fin, á los Tártaros desde la gran muralla de la China. Pues bien; el amor de Dios ha realizado en nuestras devociones una cosa muy parecida al *Viajero Doméstico Universal*: caminamos asimismo, de uno á otro pais de la tierra, suspirando en todas partes por la mayor gloria de Dios y adorando á Jesús sacramentado en los Tabernáculos desiertos y abandonados; recorreremos las regiones sombrías del purgatorio, gimiendo y anhelando por la gloria de Dios é intereses de Jesús; subimos luego en espíritu á la Corte celestial, para que una vez allí, sin que llegue á deslumbrarnos la hermosura encantadora de esa patria dichosa, postrados ante el trono del Rey de la majestad, ofrezcamos á sus piés, en rendida adoracion, el oloroso perfume de nuestros deseos interiores y oraciones mentales; pasamos, en fin, de un atributo á otro atributo del Altísimo, honrando á cada uno de ellos con alabanzas, bendiciones, congratulaciones, gozos, parabienes, y aun deseándoles

cosas imposibles, esto es, que sean incomparablemente más excelentes y perfectos de lo que son.

Y no se vaya á creer que semejantes ejercicios sean un mero entretenimiento, una simple ocupacion inocente con que recrear el ánimo contemplando las grandezas y maravillas de Dios nuestro Señor; sino que envuelven en sí mismos una verdadera adoracion muy agradable á los ojos de la majestad eterna del Monarca de la gloria, adoracion que tiene por blanco impetrar gracias actuales y asegurarnos los correspondientes grados de gloria en la patria del cielo. En efecto, nada hay en el mundo más real, como este culto que se rinde al Rey soberano de la creacion: las montañas roquizas son ménos reales que la verdadera adoracion; el mismo sufrimiento no es más que una ilusion, comparado con la realidad de aquel culto que tiene la virtud de complacer al Dios incomprensible; la gracia, siendo una maravillosa participacion de la naturaleza divina, es mil veces más sólida que todas las naturalezas de los hombres y de los animales, y la ley de la gravedad es ménos cierta que la gloria inefable de los bienaventurados del cielo: verdaderamente, los caminos de Dios son inexcruables y diferentes de nuestros

caminos, y muy luego nos perdemos y abismamos en los juicios amorosos é incomprensibles del Altísimo. Si, pues, á pesar de nuestros escasos conocimientos sobre las cosas espirituales, todavía llegamos á tocar y palpar con las manos la espantosa realidad de cuanto tiene relacion con Dios nuestro Señor, ¿extrañará ya alguno, que los Santos hablasen de las cosas de la tierra con tal indiferencia y menosprecio, como si el dolor y el placer, la vida y la muerte se diferenciases tan poco entre sí, que importase lo mismo que pudiera al hombre sobrevenirle así lo uno como lo otro? No existe, pues, en efecto, ninguna ciencia que se iguale, ni á cien leguas, con la ciencia del amor de Dios.

SECCION II.

Qué es la Alabanza y el Deseo.

El asunto que al presente voy á ofrecer á vuestra consideracion es la Alabanza y el Deseo, juntamente con aquellas prácticas devotas que las personas espirituales nos legaron acerca de la misma materia. Es, pues, la Alabanza un afecto piadoso mucho más excelente que la accion de gracias: es una bendicion á Dios por

su infinita bondad, omnipotencia, pureza, hermosura: es una congratulacion al Rey de la majestad por ser quien es, y no existir otro alguno que le iguale: es un llamamiento que hacemos á todos los Ángeles y Santos, convidándoles á honrar y glorificar con todas sus fuerzas al Hacedor del mundo: es una fervorosa peticion á María, para que se sirva ayudarnos á ensalzar á la soberana grandeza del Altísimo: es una tierna invocacion que dirigimos al Sagrado Corazon de Jesús despues de haber agotado los riquísimos tesoros de las prerogativas casi divinas de su Madre inmaculada: Corazon Sacratísimo, Océano inconmensurable, cuyas ondas cristalinas trasparentan y reflejan los inefables resplandores de la alabanza que continuamente está rindiendo al Monarca supremo de la gloria. Mas como todavía tiene limites este piélago inmenso,—si bien el lindo cuadro frances, en el cual se ve pintado un Ángel que se esfuerza por sondearle y no alcanza á penetrar más que hasta la mitad del fondo, expresa con bastante exactitud la capacidad de que se encuentran dotados los hombres y los Ángeles para sondear la inmensidad de los mares encerrados en ese Corazon Inmaculado;—como hallamos en él, repito, límites y orillas, en una especie de exceso y ar-

rebato de amor, nos arrojamós atrevidamente en el seno del Altísimo, para escuchar allí, extáticos, aquellos himnos melodiosos y suaves canciones de alabanza y bendición que sin cesar está Él entonando á su mayor honra y gloria. Semejante espíritu de Alabanza es diferente de aquel otro espíritu que mide las obligaciones y las consecuencias de la obediencia; que investiga los derechos que tiene sobre Dios nuestro Señor; que determina los límites á que el Omnipotente se ha ligado con una alianza ó pacto solemne; que sigue, en fin, la opinion probable que favorece la práctica más laxa. Yo no digo, y entiéndase bien, que este último espíritu no sea bueno y laudable: aquí no estoy criticando ni descubriendo faltas en cosa alguna; solamente afirmo, lo cual es á todas luces innegable, que es un espíritu muy diferente del espíritu de Alabanza. Porque además de cuanto acabamos de exponer, el espíritu de Alabanza es igualmente más fácil y suave que el primero: no exige sufrimiento alguno corporal, no implica género alguno de asperezas y austeridades que mortifiquen la carne, no envuelve altura alguna penosa y elevada de oracion; así es que en ninguna de las devociones existe un espíritu más infantil que el espíritu de Alabanza. Pero no

solo es diferente este espíritu de Alabanza de aquel otro espíritu de que venimos ocupándonos; sino que crea asimismo un carácter enteramente diferente, una especie diversa de vida espiritual, estimulándonos é inspirando en nuestro ánimo una singular afición á servir á Dios por amor; y hé aquí por qué el espíritu de Alabanza ocupa en el presente tratado el lugar que de justicia le corresponde, pues de lo contrario, no seria ciertamente un tratado completo.

Explicado, pues, lo que se entiende por Alabanza, réstanos ahora exponer qué es el Deseo. Por la palabra Deseo no entendemos aquel afecto que los teólogos llaman amor de concupiscencia, el cual tiene por blanco apetecer ardientemente el poseer á Dios cual fin último nuestro y Autor soberano de nuestras almas, porque semejante amor no entra para nada en el asunto que me propongo en la presente obrita. Es, pues el Deseo aquel afecto de la voluntad, nacido del amor de complacencia y benevolencia de que pienso ocuparme más adelante: es aquel afecto entrañable del corazón, que anhela por que Dios sea más conocido, amado, servido y glorificado de los hombres: es aquel afecto derivado del amor divino que atesora la voluntad, que apetece la multiplicación de todo cuanto

pueda contribuir á apacentar y hacer crecer la gloria de Dios accidental en el cielo, tierra, purgatorio é infierno: es aquel afecto fervoroso del corazon, que envuelve aun deseos imposibles, como por ejemplo, de que sea más perfecto y más hermoso Aquel que es la misma perfeccion y hermosura por esencia: es aquel afecto muy abrasado que suspira por que nos quepa la suerte dichosa de sufrir el martirio en defensa de la fe, de convertir, si posible fuese, á todos los condenados del infierno y rescatar á todas las almas del purgatorio: es aquel afecto compasivo que induce á nuestra voluntad á desear broten de sus senos raudales de afliccion y dolor que borren los pecados, desvanezcan los escándalos, evaporen la tibieza de la haz de la tierra, y sobre todo, que nos ayuden á servir á la excelsa y soberana Majestad del Altísimo con mayor fervor y reverencia que hasta el presente, y recibamos otro nuevo corazon ménos duro é insensible á las inspiraciones divinas, que este de piedra que ahora llevamos dentro del pecho: es el Deseo, últimamente, aquel afecto ardentísimo que suspira por que todo grano de arena del mar y todas las hojas de los árboles que hermosean las selvas, sean otros tantos Serafines que aumenten el coro de las alabanzas

divinas. También este espíritu de Deseo es diferente de aquel otro espíritu que desea sus- traerse al fuego del infierno, que suspira por gozar una vida sosegada y tranquila, que codicia una muerte dulce, libre y exenta de las terribles congojas de la agonía, que busca el remedio de sus dolencias en las reliquias de los Santos, que anhela aquella paz, y alegría, y estabilidad de la gloria del cielo, mera y exclusivamente para eximirse del cansancio y fastidio de la tierra. Y no será tampoco inoportuno advertir aquí lo mismo que hicimos al hablar del espíritu de Alabanza, esto es, que nadie se atreva á interpretar torcidamente mis expresiones, creyendo que yo repruebo semejante espíritu de deseo—¡libreme Dios de tan siniestra intencion, y ojalá que todos los mortales estuviesen en él bien empapados—! pero á no dudarlo, este último espíritu es diferente del espíritu de Deseo: no envuelve la misma facilidad y dulzura, ni procura á Dios tan rico tesoro de gloria como el espíritu de Deseo que, á imitacion del espíritu de Alabanza, engendra en nuestra alma diferente carácter espiritual, é inclina con suavidad nuestra voluntad al servicio del amor de Dios.

Hé aquí, pues, en los afectos de Alabanza y

Deseo, el doble asunto de que voy á ocuparme; y sépase de paso, que en lo sucesivo no pienso hablar de cada uno de ellos en particular, porque semejantes afectos se mantienen siempre tan unidos y mezclados entre sí, que creo conveniente y muy puesto en razon considerarlos cual si fuesen una misma cosa. Por lo que acabo de exponer, ya habreis comprendido que vuelvo otra vez más á mi tema favorito, es decir, á exigir de vosotros que tengais más confianza en Dios nuestro Señor. Efectivamente, no existe culto alguno, que merezca el nombre de tal, si no es la expresion fiel de la confianza, ni es amor verdadero, aquel donde la confianza no entra para nada; y como no puede haber confianza sin afecto filial, síguese, pues, repito, que vuelvo á lo mismo de siempre: Dios es nuestro Padre. Examinad sino las perfecciones divinas, así la omnipotencia como la caridad, lo mismo la justicia que la misericordia; considerad atentamente, no ménos las unas que las otras; ponderadlas, y tanteadlas, y pesadlas, tanto estas como aquellas, en la balanza fiel de la imparcialidad y del ánimo sereno; y segun es dado á la flaqueza y ceguedad de nuestro entendimiento hacer estimacion y justo aprecio del carácter de Dios, menester es que re-

conozcais que no puede haber culto alguno agradable á los divinos ojos, si no está basado en la confianza, pues que este es el homenaje propio de la criatura hácia su Criador. Desde el espantoso miedo que mueve al salvaje á honrar y aplacar á la Divinidad inexorable que él allá se ha forjado en su extragada mente, hasta la extravagancia y supersticion del fetiquismo, la ausencia de semejante afecto filial de confianza es el carácter distintivo de toda modificacion del falso culto; miéntras que, por el contrario, la hermosura, y la magnificencia, y la grandeza del verdadero culto que la criatura rinde á Dios, como á Padre suyo muy amado, se distinguen puntualmente en que el principal ejercicio de dicha adoracion amorosa consiste en poner toda su confianza en aquellas mismas perfecciones divinas que causarian espanto á un alma privada del fuego sagrado del amor: es un acto excelente de amor divino, confiar cual hijo en el tremendo poderío del Rey soberano de la majestad; es un acto todavía mas excelente de amor de Dios, si contemplando nuestra ruindad y bajeza, colocamos, no obstante, toda nuestra confianza en su inexorable justicia y reposamos, cual si fuese el regazo de una madre tierna, en aquel mismo atributo que semejante

á un espectro horrible está siempre acosando y llenando de espanto al corazón privado del amor, mientras conserve la fe y la vida. Todo POR AMOR, y el amor, todo por nosotros: Todo POR JESÚS, y Jesús por todos; hé aquí los dos lados de la religión, todo va envuelto en esas dos frases: la teología toda entera, la tierra, el purgatorio, el cielo. Hasta los mismos judíos llegaron á conocer cómo todo cambiaba para el hombre que se acuerda de que Dios es su Padre:—«Nada, dice un libro rabino, prueba tanto el cielo del adorador como el uso de las palabras, *Padre nuestro*.»—«Quien hace el bien por amor de Dios, añade otro, es tres veces más santo y dichoso que aquel que le sirve por temor:» Tales eran las tradiciones hasta de los judíos respecto al particular; pero Jesús, sin embargo, ha tenido la dignación de venir al mundo, suavizando y atrayéndolo todo á sí mismo, ocultando su gloria eterna é inefable con las dulces miradas de sus ojos humanos muy parecidos á aquellos dos soles agraciados de la Virgen María, Madre suya muy amada, que roban los corazones complaciéndose asimismo en derramar amor con profusión increíble y á manos llenas, sobre esta tierra que habitamos, para renovarla enteramente; y á

pesar de semejantes ingeniosas invenciones de su abrasada caridad hácia los hombres—¡oh interes del amor divino del Padre celestial! ¡oh Corazon Sacratísimo de Jesus!—¡cuántos católicos no se obstinan en cambiar esta fe santa y servicio glorioso y regalado en una adoracion tan seca, fria, de puras formas, ruin y abominable, que hasta las mismas ridículas postraciones y abluciones de un mahometano llegan á afrentarla y exponerla á la pública vergüenza!

SECCION III.

Actos interiores.

Ya dije en el tomo primero, que acaso no haya práctica piadosa en el sistema de devociones de la Iglesia, que más choque á los convertidos, como el valor é importancia atribuidós á los actos interiores: semejantes personas llegan á sorprenderse de la obligacion que bajo pena de pecado, segun enseñanza de aquella divina sociedad, tienen que cumplir, ejercitando actos de fe, esperanza, caridad y contricion en ciertos períodos de la vida y circunstancias dadas: espántanse de los comentarios sobre la doctri-

na evangélica relativa á la culpa cometida en la voluntad: háceseles cuesta arriba el llegar á convencerse de la influencia atribuida á la intencion. Y no obstante, semejante doctrina acerca de los susodichos actos internos, igualmente que todo el resto del sistema católico, es una viva representacion de Dios nuestro Señor: Dios es un Acto puro; cualquier cosa que se ejecute, guarda con Él cierta relacion de la que recibe toda su significacion y realidad, y en su consecuencia, las palabras no son sino simples accidentes ¡y digo más! los actos externos apenas añaden nada comparativamente á la malicia del acto interno de la voluntad: asiéntase al pensamiento, fórmese la intencion, admítase deliberadamente la tentacion, y el acto es irrevocable; tocó á Dios, y se ha estereotipado: no necesita ya para su consumacion del signo de la voz ni de la ejecucion de las manos: es un acto real, y como tal, bueno ó malo, merecedor á los ojos del Altísimo de galardón ó de castigo. Los pecados de pensamiento, dice el Concilio tridentino, tienen los espantosos caracteres siguientes: primero, que no raras veces causan en el alma más grave herida que los pecados de obra: segundo, que en algunos casos son más peligrosos: — *Nonnunquam animam gravius*

sanciant, et periculosiora sunt iis quæ manifeste admittuntur.—Y téngase asimismo presente, que tambien son más numerosos, que se cometen con más facilidad y causan ménos espanto que los pecados de obra.

Ahora bien; cuanto acabamos de afirmar acerca de los actos internos culpables, puede aplicarse igualmente á la realidad del mérito de los deseos piadosos, á la oracion mental y á todos los otros actos, así de pensamiento como de palabra, que constituyen la devocion: no necesitan ser otra cosa más que actos internos, nada más se requiere para su formacion: tocaron á Dios, como tales actos, pues ya recibieron con semejante contacto todo su mérito y todo su valor. Volviendo, pues, la hoja, diremos, que estos actos internos de devocion producen á veces en el alma mayor impresion que los actos externos, que tienen asimismo la ventaja de ser más numerosos, que pueden ejecutarse, en fin, con mayor facilidad que las acciones exteriores. En vista, pues, de semejantes excelencias y grandezas de los actos internos de devocion, ¿no es un motivo bastante poderoso para afligir nuestro amor, cuando acercándonos á la orilla de los inmensos mares que encierran los senos profundos del corazon humano, y contemplan-

do ese piélago insondable, y observando las innumerables ondas cristalinas que á cada momento se levantan sobre sus superficies, llenas todas de indecible hermosura y gallardía, y ponderando cómo cada una de estas olas llegan á rivalizar delante de los ojos de la excelsa Majestad de Dios con la cancion más melodiosa que puedan entonar los Ángeles en la Jerusalem celestial;—vemos, sin embargo, el poco uso que se hace de semejante tesoro, no cuidándose apenas los mortales de aprovecharse de tan inestimables riquezas, defraudando así á Dios su gloria inmortal? Profésanos el Eterno un cariño tan entrañable, y anhela con tan vivas ansias ganar nuestro amor, que no contento con habernos colmado de innumerables mercedes naturales, se ha dado trázas para que nuestro corazon, por los merecimientos de Jesucristo, pueda rendirle gloriosas alabanzas y tiernas adoraciones, casi con aquella misma facilidad con que el incensario deja salir el humo en olorosa espiral, á traves de su cubierta perforada, para dirigirse al trono del Altísimo; y ¡todavía nos obstinamos en rehusarle hasta esta pequeña ofrenda de amorosa adoracion!

Es difícil apreciar en su verdadero valor semejantes actos internos de piedad y devocion.

Cuéntase que en el convento de Santa María Magdalena de Pazzis habia una religiosa, llamada Sor María Benita Vettori, á quien la Santa vió, cinco horas despues de su muerte, gozando de una gloria que excedia á la de muchas otras vírgenes del monasterio y contemplando con ojos serenos la Humanidad y Divinidad del Verbo encarnado:—« Despues de haber permanecido Magdalena, continúa el confesor de esta sierva de Dios, un largo rato maravillosamente arrobada por el gozo inefable que infundia en su espiritu tan delicioso espectáculo, comenzó á intervalos á exclamar:—*¡Dichosa tú, que así sabias llevar el tesoro escondido! ¡Oh qué cosa tan grande es el singularizarse entre las singulares, y ser, no obstante, tenuta como otra cualquier persona ordinaria! Si el Verbo eterno hubiese solamente contado las obras que practicaste, poco, en efecto, habria tenido entónces que premiarte, porque bastante escaso ha sido el tiempo de que dispusiste para ejercitarte en obras exteriores; mas ¡oh Bondad infinita que premia toda palabra, pensamiento y deseo!,—excelentes y continuas fueron, hija mia, tus obras, y practicadas por pocos, como quiera que eran interiores! ¡Oh grandeza de las obras internas, apenas comprendida de los mortales, que*

una sola merece mil años de ejercicios exteriores!» (1)

No olvideis, pues, que este es puntualmente el asunto de que estamos ocupándonos. Nada hay en el mundo tan real y sustancial como el amor de Dios: un solo acto de amor divino es una obra mas acabada que una estatua de Fídias ó de Praxíteles; es mas sólido que las bases sobre que descansan las cordilleras de los Alpes; más estable que el universo mundo, dotado por el Criador de una consistencia incomparable: todos los seres juntos de la creacion no son más que burbujas, comparados con un solo acto de amor de Dios, meras ilusiones, leves aristas que lleva el viento, pura nada: un solo acto de amor divino es una obra completa, que sobrepuja en eficacia y trascendentales consecuencias á todo otro acto cualquiera: el acto mismo de exhalar el postrer suspiro, no llega á igualarle; y sin embargo, para ejecutar semejante acto de amor de Dios, basta una simple mirada mental, tan veloz como el rayo, la cual llega á penetrar hasta lo más alto de los cielos; y estos actos de amor divino podemos multiplicarles á nuestro antojo y más allá de lo que alcanza el cálculo, aun en mediõ

(1) Vida.—Edicion del Oratorio,—pág. 119.

de aquellas ocupaciones que aparentemente ocasionan mayor distraccion á nuestro espíritu; y léjos de desvirtuarse con la repeticion, van, por el contrario, creciendo en intensidad y eficacia; y para ejecutarlos, no se requiere hacer ningun esfuerzo: hasta es un placer para nuestro ánimo el emplearnos en tan santa ocupacion.

Así es que, cuando comparamos semejantes verdades con nuestra conducta relativa á la ejecucion de los susodichos actos de amor divino, no parece sino que estamos viendo visiones extrañas; porque apénas es creible, que siendo evidentemente cierto cuanto acabamos de exponer acerca de las excelencias y grandezas de dichos actos internos de amor de Dios, permanezcamos, con todo eso, en el mismo estado de siempre. ¡Cuán increíble no es la dureza de nuestro corazon, la cual llega, permítasenos la expresion, á competir, á rivalizar con el exceso del amor de Dios nuestro Señor! ¡Venga, pues, luego á enseñorearse de nuestra alma aquel hermoso y regalado espíritu de reparacion, que innumerables Santos tuvieron la dicha inefable de gozar cual herencia propia, y desagraviemos á la Majestad soberana del Altísimo, extrayendo así, de flores amargas, miel muy dulce y exquisita; y de esta suerte, el escaso amor que

profesamos á Dios, por medio de semejante privilegio inefable de reparacion, nos ofrecerá muchos otros recursos para amarle cada dia con más fervor! ¿Quién, pues, se atreverá á decir que todas estas cosas no están ordenadas en beneficio del amor?

SECCION IV.

Conocimiento y amor de las perfecciones divinas.

A fin de adquirir una idea clara y distinta acerca de los afectos de Alabanza y Deseo, paréceme necesario entrar de lleno en la cuestion relativa á la naturaleza del amor de Dios y de sus diferentes especies y manifestaciones: semejante exámen, léjos de apartarnos de nuestro asunto, arrojará, por el contrario, no poca luz sobre varios de los capítulos que llevamos escritos en la presente obrita. En efecto, si Todo por Jesús es lo mismo que Todo por Amor, entónces, claro está, que el amor divino ha de ser el verdadero objeto de este nuestro tratado. Ya llevo indicado arriba, que el amor que los teólogos llaman de concupiscencia, no es otra cosa más que un santo anhelo por gozar de Dios nuestro último fin,

nuestro bien soberano y nuestro galardón inefable y eterno; cuyo afecto es semejante á aquel encendido deseo que movió á San Pablo á exclamar:—*Deseo verme libre de las ligaduras de la carne y vivir en compañía de Jesucristo*:—amor que debemos trabajar por mantenerle vivo en el fondo del corazón durante toda nuestra vida mortal, aunque algunas veces no nos conceda el Señor el don singular de sentirle sensiblemente.

Leemos en las *Revelaciones de Santa Gertrudis* un pasaje bastante notable, el cual, al propio tiempo que nos muestra cuán agradable es á Dios semejante deseo de verle y poseerle en la gloria del cielo, sirve asimismo para ilustrar aquella fuerte inclinación que sienten la mayor parte de las personas devotas por visitar y contemplar, con la lumbre de la fe y los ojos de la carne, el Santísimo Sacramento del Altar:—La fué, pues revelado, que cuantas veces mira una persona con vivo deseo y devoción la Hostia consagrada donde se halla oculto el Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales, otras tantas aumenta su mérito en la patria del cielo; que en lo futuro, la Visión Beatífica de Dios le procurará por toda la eternidad otros tantos especiales gozos accidentales, cual brillantes

aureolas de su corona inmortal, como veces, viviendo en la tierra, contemplara y mirara con encendido afecto y devocion el Sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor, realmente presente en la Hostia consagrada, ó al ménos *deseára* practicarlo así—lo cual hace grandemente á nuestro propósito,—y no la fuese racionalmente posible ponerlo en ejecucion. (1) Así es que Lancisio cuenta entre sus devociones especiales para la Octava del Corpus Christi el oír la Misa donde podais ver la Hostia colocada sobre los corporales; ó si esto no fuese asequible, fijar en ella, siquiera mentalmente y con profundo respeto, los ojos del alma: ¡tan necesaria es en la religion cristiana la familiaridad para alcanzar la reverencia! Observad asimismo, que se dice en el referido pasaje, que Dios concede igual galardón, no ménos al deseo de mirar con ojos devotos la Hostia consagrada, que á la accion misma de estarlo así actualmente ejecutando; lo cual explica cómo las notables palabras de San Lorenzo Justiniano no fueron ninguna exageracion devota, cuando decia:—«Perseveremos constantes en nuestras oraciones, para que se nos otorguen diariamente nuevos y más

(1) Lib. IV.—cap. 25.

regalados dones y dádivas graciosas; porque no raras veces suele acontecer, que aquello que los méritos no pueden conseguir, lo alcance la intencion de los deseos. Efectivamente, es tanto el regocijo que Dios recibe en las oraciones de aquellos que le ruegan con encendido fervor, que oye benigno aun sus mismos deseos, siempre que nazcan de un corazon sencillo, de mente humilde y devocion piadosa: que reuna, pues, la oracion estas tres condiciones, y entónces, no lo dudeis, cualquier cosa que el hombre pida segun Dios, lo alcanzará ciertamente del Padre de las luces y de su Hijo Jesucristo.»

« Aquello que no es conocido, dice San Agustin, es imposible que sea amado:—*Non enim diligitur nisi cognitum*: no se ama sino aquello que se conoce;»—y Santo Tomas desenvuelve dicho axioma de un modo muy admirable en la *Secunda Secundæ*. El conocimiento de Dios nos lleva á aquellas ulteriores especies de amor divino, que son indispensables para ilustrar nuestro asunto relativo á la Alabanza y el Deseo; así es que me veo en la precision de daros una descripcion de Dios, lo cual parece, ciertamente una enorme extravagancia:

Dios es una sustancia simplicísima, sin cuer-

po ni composicion de partes, y no poseyendo cosa alguna prestada: es bueno sin cualidad, grande sin cantidad, Criador sin necesitar de nadie, inmenso sin ocupar lugar, eterno y sin término, inmutable y mudándolo todo: es bueno con una bondad infinita, bueno para todas las criaturas y señaladamente para los hombres: es infinito en la muchedumbre de perfecciones, é infinito en la intensidad y magnificencia de las mismas: es inmenso, y está presente en todas las cosas de diferentes maneras, sin contraer mancha ni imperfeccion alguna: es inmutable, y su eternidad le defiende del tiempo, su inmensidad del cambio del lugar y su sabiduría de la mudanza de designio: es eterno sin principio ni fin, y eterno con una vida que existe total y simultáneamente, y con una perfecta posesion de sí misma: es uno con la unidad incomparable de su divina Naturaleza, y el más grande interes del hombre sobre la tierra consiste en que no sea sino un solo y único Dios: es la soberana pureza, la santidad inefable y la más esclarecida belleza: está siempre en un continuo y adorable reposo, nada puede acercársele que sea capaz de alterar su calma apacible: es conocido por la razon, por la fe y por la gloria,

y con todo, es incomprensible á la razon, y á la fe, y á la gloria: su nombre es el Dios inefable: su ciencia sobrepuja á todo humano encarecimiento, y es el origen de su gozo indescriptible: su Sér es la misma verdad por esencia: su vida es la fuente inagotable de la vida: su voluntad es adorable, inmaculada, soberana: su libertad, sin paralelo é inexplicable: su amor á las criaturas es eterno, constante, gratuito y singular: su misericordia es un piélago insondable, así de las más dulces y hermosas compasiones y condescendencias, como de los más delicados juicios y las más tiernas recompensas: su justicia es irreprehensible como su santidad, y tan benévola como su misericordia: su poder es ilimitado y lleno de amor, y su gloria, inaccesible á las miradas del mísero mortal. Pero todas estas perfecciones no son atributos realmente distintos, sino que Él mismo es todas las excelencias juntas y el único Sér omnipotente, Tres Personas iguales, coeternas, consustanciales y un solo Dios verdadero. Tal es, pues, en el árido lenguaje de las escuelas, pero más sublime que la poesía, la descripcion de Aquel que es nuestro Padre amoroso y compasivo, Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos: Amen.

¿Quién es capaz de leer una descripción semejante, sin que al punto no comprenda la estrechísima obligación que tiene de tributar á tan gran Señor un eterno y rendido vasallaje? El soberano Monarca de la majestad y de la gloria imposible es que reine en un corazón dividido; porque ¿quién es el hombre, para que se atreva á compartir con Él el trono? ¿qué otra cosa más que amor puede ser nuestra religión? ¿con qué otro culto podemos honrarle? Así es que cuando nos hemos atrevido á poner en Él toda nuestra confianza, entónces ya le tributamos las debidas adoraciones. ¿Son, pues acaso, los divinos atributos, sino los círculos del remolino de ese insondable Océano, que nos arrastran tras sí, prendándonos con el dulce encanto y la fascinación embelesadora de su hermosura, tan hechicera é inefable, que roba los corazones? ¿Qué podemos hacer, pues, al contemplar semejantes excelencias y grandezas, sino exclamar con San Francisco de Sales:—«Oh Bondad soberanamente infinita! ¡Oh Dios infinito soberanamente bueno!» Sépase, con todo eso, que semejantes áridas definiciones de los atributos divinos, inflaman nuestros corazones con el fuego del tierno amor de Dios, únicamente en proporcion al calor y la luz que en ellas comunica y enciende el

Espíritu Santo; pero una vez así inflamada nuestra voluntad, como tiempo hace lo ha estado la vuestra, solícitanos entónces no solo á suspirar por Dios, como nuestro propio Bien soberano; sino tambien á desear alguna otra cosa más que la simple posesion de tan rico tesoro. Mas veamos primeramente qué ventajas resultan de este suave y delicioso conocimiento de Dios, en donde gusta la voluntad lo que percibe el entendimiento.

Si Dios no puede ser amado á ménos que ántes no sea conocido; si ha dado asimismo la existencia á todas las criaturas racionales, con el fin expreso de comunicarse á ellas y que ellas le amen, infiérese, pues, que importa grandemente á la gloria de Dios, que sean conocidas sus divinas perfecciones y atributos, señaladamente su infinita bondad y hermosura. Así como dijo nuestro Señor, que luego que fuese levantado en alto atraeria todas las cosas á sí; de la misma manera, cuando la divina Majestad va apareciendo y desenvolviéndose delante de los ojos de los hombres, los corazones de la generalidad son dulcemente atraidos hácia ella rebosando afectos de adoracion y reverencial amor; y como la gloria de Dios es uno de los tres objetos que al presente estoy proponien-

do á vuestra consideracion , paréceme necesario que veamos cuánto podemos promoverla , cualquiera que sea nuestro rango , estado ó condicion de la vida , aumentando en aquellos hermanos nuestros , que se nos presenten al paso , las nociones que poseen acerca de la Divinidad.

Es verdaderamente extraño que sea tan escaso el número de personas que meditan sobre los atributos divinos : imagínase la generalidad de los fieles , que apenas se puede conocer , decir ni pensar cosa alguna acerca de dichas perfecciones ; y que , de todos modos , son más bien , semejantes excelencias divinas , asunto de alta contemplacion , que no materia de la meditacion humilde , propia de aquellos que empiezan la carrera de la vida espiritual . Si en la consideracion de los divinos atributos fuese menester echar en olvido los misterios de Jesús y las acciones de su sagrada Humanidad , dicho ejercicio devoto no sería entónces , ciertamente , más que una mera ilusion , y como enseña Santa Teresa , ilusion muy peligrosa ; pero si realmente parece hasta necesario que la meditacion sobre la sagrada Humanidad de nuestro Señor dulcísimo , si ha de ser fructuosa , vaya siempre acompañada de la consideracion acerca de los divinos atributos : no es extraño , pues , que el Beato Pablo de

la Cruz al fundar la Orden de Religiosas Pasionistas, estableciera que los dos asuntos de su meditacion fuesen la Pasion del Salvador y los atributos divinos. Sin embargo, es desgraciadamente cierto, como indicamos arriba, que en todas las clases de la sociedad rara vez las perfecciones de Dios son materia de sus meditaciones; la generalidad de los cristianos se asombra al oir hablar de las excelencias y grandezas del Criador, y no parece sino que está viendo visiones, escuchando una narracion maravillosa de algunas acciones no reveladas de la vida oculta de Jesús y de su Madre santísima, ó bien oyendo contar algun extraño y prodigioso descubrimiento de la ciencia moderna, que llegase á hacer medio zozobrar nuestros anteriores conocimientos, é introduciendo al pronto en todos ellos una confusion horrible; y hé aquí seguramente la razon por qué Dios es tan poco amado; por qué somos todos nosotros tan flojos, y tan tibios, y tan frios en su divino servicio; por qué, en fin, es tan universal la queja de que entre todas las prácticas devotas, ninguna llega á cansar y fastidiar tanto el ánimo como el dulce y piadoso ejercicio de la presencia de Dios. Pues bien; continuamente se nos están ofreciendo á todos sin excepcion alguna, oca-

siones de decir una palabra acerca de Dios; de hacer que los demas reconozcan su sabiduría infinita, que consideren las excelencias y riquezas de su eterna bondad, que sigan en todo el partido del Omnipotente y comparen el extraño contraste que existe entre lo que su divina Majestad desea, y aquello que la mayor parte de los hombres está actualmente ejecutando. En efecto, á cada paso nos encontramos con personas piadosas y devotas que están dando una falsa direccion á sus instintos; nos lamentamos de la volubilidad y contradicciones extrañas de aquellos sugetos, cuya abnegacion heroica de sí mismos admiramos con indecible alegría de nuestro corazon: semejantes anomalías, entiéndase bien, nacen de no conocer tales gentes á Dios ni discernir la verdadera gloria divina.

Pero aun cuando no se nos ofreciesen semejantes oportunidades de glorificar á Dios, enseñando á nuestros hermanos las excelencias y grandezas del Criador omnipotente y Padre amoroso; constantemente podemos glorificarle, aprendiendo é instruyéndonos nosotros mismos en sus divinos atributos, leyendo y meditando acerca de ellos y ofreciendo sin cesar á su Majestad santísima actos reverenciales y afectuosos de Alabanza y de Deseo; y para ejercitarnos en

tan santa ocupacion, no precisamos á nadie ni siquiera tenemos necesidad de desplegar nuestros labios: le glorificamos asimismo continuamente, mientras estamos practicando actos de admiracion y asombro á vista de las grandezas que resplandecen en su divina Naturaleza, congratulándole por las infinitas excelencias de sus perfecciones, regocijándonos en su hermosura y felicidad soberana, y ofreciéndole, en rendida reparacion, las alabanzas que le deben todas aquellas criaturas que al presente le están rehusando semejantes homenajes: ¡cuánto no podríamos hacer en favor de la gloria de Dios con las ingeniosas invenciones de un amor sufrido, discreto, solícito y asiduo!

No es ménos favorable á los intereses de Jesús la dilatacion del reinado del conocimiento de Dios por toda la redondez de la tierra. En efecto, nuestro divino Redentor vino al mundo para salvar á los pecadores, no solo muriendo por ellos en afrentoso patíbulo, sino tambien haciéndoles conocer á su Padre que está en los cielos:—*Esta es la vida eterna, que conozcamos á Dios y á Jesucristo, á quien Él ha enviado.* Nuestro Señor adorable es el Esplendor de la gloria del Padre y la Figura de su sustancia, y como segunda Persona de la Beatísima Trinidad, el Ver-

bo eterno, el Conocimiento mismo del Padre, por quien fueron criadas todas las cosas y el que fué constituido heredero de todas ellas. Así es que, el publicar á los hombres las perfecciones divinas, ó bien el ponderarlas nosotros mismos, es la obra más agradable á los ojos de nuestro Señor dulcísimo, toda vez que es la imagen de su propia obra, ó mejor dicho, su misma obra, para cuya ejecucion nos permite benigno que seamos cooperadores suyos; constituyen su propia grandeza, son perfecciones del eterno Verbo las perfecciones que estamos publicando ó ponderando: no es, pues, extraño que no haya ninguna devocion más gloriosa á la Persona del Unigénito del Padre, como la de alabar, glorificar y ensalzar las grandezas y esplendores de la Santísima Trinidad.

En el conocimiento de los divinos atributos está igualmente interesada la salvacion de las almas: diganlo sino los convertidos á la Iglesia católica. No es ciertamente el conocimiento y amor á María el principal favor del cielo que se les ha dispensado en el gremio de esa divina sociedad, como falsamente se imaginan aquellos de sus antiguos correligionarios que todavía continúan viviendo en el error: no son tampoco la eficacia de la gracia ni la realidad

de los Sacramentos las más señaladas nociones que han llegado á adquirir en la religion católica, si bien no dejan de ser, en especial las relativas á la doctrina de la gracia, bastante asombrosas y grandemente útiles á su aprovechamiento espiritual. El cambio más singular, el cambio más maravilloso que en ellos se ha obrado desde que tuvieron la dicha incomparable de abrazar el catolicismo, cambio digno de perpetuos loores, es, á no dudarlo, el relativo á los conocimientos de Dios y sus atributos: desde que les cupo la suerte feliz de entrar en el gremio de la santa Iglesia romana, el conocimiento divino, continuamente ha estado aumentando y dilatándose en ellos hasta el punto de que su entendimiento ha llegado, digámoslo así, á anegarse en la inmensidad de semejante piélago de aguas vivas; y el principal fruto de su devocion fervorosa y entusiasta á la Reina de los Ángeles ha sido enseñarles á conocer más y más cada dia á Dios nuestro Señor, y á glorificarle y engrandecerle con los tiernos afectos de su corazon: cuando vuelven la vista atras y contemplan aquellos antiguos dias de error, párecesles que su ignorancia, no consistia tanto en la falta de estimacion á Maria y al Santísimo Sacramento, ó en el menosprecio á las peniten-

cias y purgatorio, sino principalmente al bajo concepto que tenían formado acerca de Dios; y considerando esta su vida pasada, se ven involuntariamente movidos á exclamar: *¡Ay! ¡yo no creía en Dios!* y semejante grito, arrancado del fondo del alma, difícilmente sea una exageración devota.

Entónces descubren por primera vez,—pues que á no dudarlo es un verdadero descubrimiento—cuán sólida es la religion, y cuán dulce, cuán precioso y regalado el conocimiento de Dios: semejantes nociones sobre la Divinidad hacen que ante sus ojos cambien enteramente de aspecto la vida, las aflicciones, las adversidades, los sufrimientos, los dolores y los trabajos: son una fuente perenne, que constantemente está mandando dentro de su espíritu aguas frescas y cristalinas que refrigeran su ánimo; ó como dice el Profeta, *La sombra de una gran roca en medio de un desierto solitario*; y no solo derraman sobre todas sus potencias una indecible suavidad y dulzura, sino que también les infunde brios y fuerzas para hacer y sufrir.

Apénas, sí, tiene el hombre una lijera idea de la excelencia y grandeza de la obra que está ejecutando, cuando aumenta en los prójimos, por poco que sea, el conocimiento que

poseen acerca de Dios: no ha impedido únicamente, con semejante obra de caridad hacia sus hermanos, una sola culpa, sino centenares de culpas; no ha sido los canales de una sola gracia, sino de millares de gracias; no ha enseñado una sola devocion, sino todas las devociones juntas, porque todas se derivan de la devocion de conocer alguna cosa más de Dios, que ántes ignorábamos: el conocimiento de Dios es, pues, el establecimiento del reinado de Cristo en el alma. ¡Cuántos no se convertirían, solamente con que leyesen y meditasen en la Divinidad! ¡cuántos que ahora se hallan como estancados por no predicárseles las grandezas de las perfecciones divinas ni formar parte de su lectura espiritual, no adelantarian en el camino de la santidad! ¡cuántos más católicos no veríamos servir á Dios por puro amor, si los atributos divinos fuesen objeto de su estudio! Creo que la simple lectura de un tratado *De Deo*, á pesar de la aridez y dureza de su lenguaje técnico y didáctico, contribuiría más á la conversion de las almas, que media docena de libros espirituales de los más tiernos y afectuosos que se hayan escrito hasta el presente.

¡Loor, pues, y gloria al Señor, siquiera no sea

más que por el señalado beneficio que ha otorgado á no pocos, haciéndoles pasar de la herejía al gremio de la verdadera Iglesia; quienes, reposando en el regazo de tan cariñosa Madre, han tenido la suerte dichosa de sentir todo cuanto ha obrado en favor suyo, para honra y gloria del Altísimo, el conocimiento de Dios alcanzado especialmente por la devoción á la santísima Virgen María. De las almas de semejantes sujetos puede decirse con toda verdad, *que se ha alegrado la region que estaba desierta é intransitable; que la soledad ha saltado de contento y florecido como el lirio; que ha brotado y producido hermosas flores; que se ha regocijado y cantado alabanzas; que se le ha dado la gloria del Libano, y la hermosura del Carmelo y de Saron; que ha visto la gloria del Señor y la hermosura de nuestro Dios; que las manos flojas han sido robustecidas, y las rodillas débiles, fortalecidas. Y se ha dicho á los pusilánimes de corazón: Animo, alentaos y no temais. Y se han abierto los ojos de los ciegos, y dádose oído á las orejas de los sordos; el cojo ha brincado como el ciervo, y se ha soltado la lengua del mudo, porque han brotado aguas en el desierto, y torrentes en la soledad; y lo que era terreno seco, se ha muda-*

do en estanque, y el pais sediento, en fuentes de aguas cristalinas; y en las guaridas donde ántes habitaban dragones, ahora nace la verde caña y el junco; y allí hay una senda y camino, que se llama Camino Santo; y ningun leon puede haber en ella, ni bestia feroz transita por allí; y caminarán libremente los que se encuentran libertados, y los rescatados por el Señor han vuelto y entrado en Sion cantando alabanzas y coronadas sus sienes con guirnal-das de alegría eterna, porque han alcanzado gozo y contentamiento, y el dolor y el llanto han huido de su lado. (1).

SECCIÓN V.

Amor de complacencia.

Veamos ahora qué resulta de este conocimiento de Dios adquirido por la fe: sabemos que Él es la plenitud inefable de todas las perfecciones posibles é incomprensibles á toda inteligencia criada; siendo, pues, Dios un objeto infinitamente hermoso, debe ser, en su consecuencia, infinitamente amable, y así es cómo se presenta

(1) Isaías.—cap. XXXV.

al entendimiento ilustrado con la lumbre de la fe. Ahora bien; siempre que el entendimiento contempla cualquier objeto amable, despiértase inmediatamente en la voluntad un afecto, que no es un acto libre, sino el resultado necesario de la ley de nuestra naturaleza, y cuyo afecto se llama, complacencia, el cual; aunque no sea, como acabamos de indicar, en sí mismo un acto libre, luego al punto empieza, sin embargo, á obrar la voluntad, á menos que la razón no se lo estorbe; empieza, digo, en seguida á ejercitarse libremente en expresiones ó afectos de gozo, de placer, de alabanza y de deseo; y hé aquí cómo venimos á la segunda clase ó grado de amor divino, esto es, al amor de complacencia, regocijándonos en Dios, por ser tan bueno, por existir en virtud de su esencia, por ser Dios, y congratulándole por todas estas sus excelencias y grandezas. Y digo más: aun entónces deseamos un imposible, que sobrepuya los límites de la complacencia, á saber; que sea Dios más bueno y perfecto de lo que es, cuyo deseo es un modo real de manifestarle el amor que le profesamos: deseamos asimismo, que ya que no está en nuestra mano el hacer cosa alguna para aumentar su gloria esencial, aumentemos á lo ménos su gloria divina accidental, la cual resulta de la

obediencia y amor de sus criaturas, á quienes Él, para este fin, las diera la existencia. Semejante complacencia, repito, nace del mismo conocimiento de Dios, que nos enseña la fe, complacencia que está continuamente creciendo en nosotros, á ménos que la culpa y la tibieza no la amortigüen ó la maten. La situacion, pues, entre el alma y Dios, si me es lícito usar el lenguaje de la Escritura para explicar estos actos recíprocos de amor, es la siguiente:—El alma, contemplando asombrada, y holgándose en todo el piélago inmenso de bellisimos atributos y perfecciones divinas, que roban el corazon, cree oir una Voz, que se levanta de la superficie de muchas aguas, y que la dice al oido:—Con caridad perpetua te amé, por cuyo motivo te atraje, apiadándome de tu situacion; y volveré de nuevo á edificarte, y serás ciertamente edificada, ¡oh virgen de Israel!—(1) Sabed, murmura entónces el alma, replicando, ora interiormente, ora de palabra, sabed que el Señor es el verdadero Dios; que he dicho al Señor, Vos sois mi Dios, Vois sois el Dios de mi corazon y el Dios que es la única posesion mia por toda la eternidad. (2)—Si alguno, repite la Voz de muchas aguas, oyere mi voz, y

(1) Jerem.—cap. XXXI.—v. 3. 4.

(2) Salm. XCIX.—XV.—LXXII.

me abre la puerta, entraré en él, y con él cenaré y él Conmigo.—(1) Venga mi Amado, contesta al punto el alma enagenada y como fuera de sí, venga á su huerto y coma el fruto de sus manzanos. (2)—Hé aquí, exclama la Voz, dirigiéndose á los Ángeles y los hombres, hé aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido. (3) Y oye el alma esta alabanza, pero conoce que nada de su propio caudal es bueno; y así, vuélvese tambien ella á los Ángeles y los hombres, apostrofándoles del modo siguiente:—Ved cómo el Rey me ha introducido en sus cámaras reales; y sus pechos son mejores que el vino:—Líbreme Dios de que yo me glorie, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo:—Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí:—Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí. (4).

¡Cuán deliciosa no es, pues, esta complacencia en Dios! Y no se crea que sea ilícito dar rienda suelta á semejante afecto de la voluntad: desenvuélvase y hágase, si es posible, inmensa

(1) Apoc.—cap. III.—v. 20.

(2) Cant.—cap. V.—v. 1.^o

(3) Génesis.—cap. XXVII.—v. 27.

(4) Cant.—cap. I.—v. 3. Gal.—cap. VI.—v. 14.
Gal.—cap. II.—v. 20. Cant.—cap. I.—v. 13.

como el mismo Dios; porque en la complacencia divina, no há siquiera lugar á que se hable de límites ni moderacion: tratándose de Dios, la moderacion es bajeza, fraude, infidelidad. Préséntase Dios delante de nuestros ojos en toda su grandeza, infinitamente perfecto, infinitamente amable, para que nos regocijemos en Él. ¿Qué es la tierra? ¿qué son las cosas de la tierra? ¿Cuándo, pues, seremos levantados sobre nosotros mismos, sobre nuestra propia ruindad y miseria, sobre nuestros mezquinos intereses y bajos deseos? Crece Dios ante nuestros ojos como el resplandor de la aurora: llegamos á semejarnos á aquel varon venerable de quien se hace mencion en la Vida de San Felipe, que, en cierta ocasion, se le vió retirarse del altar paso á paso, llevando pintados en su rostro el asombro y el arrobamiento que embargaban las potencias de su alma; quien, á dicho suyo, estaba entonces ocupado en meditar acerca de la grandeza de Dios, la cual iba creciendo, y adelantándose hácia él, y obligándole á retroceder. Cuanto más conocemos á Dios, tanto mayor es nuestra complacencia en sus excelencias y grandezas; pues que para llenar los senos de nuestras potencias, menester es, que el simple pensamiento en Dios se multi-

plique y reproduzca en millares de objetos. Aseméjase al sol, mientras está iluminando una cordillera de montañas: no se multiplica en sí mismo este gran monarca del día; mas como sus refulgentes rayos de dorada luz alumbran una cima tras otra cima, nos encontramos cada vez más envueltos en sus resplandores. Pues bien; así sucede con Dios: cada atributo divino á que damos un nombre determinado—aunque, hablando en propiedad, semejantes perfecciones no son realmente más que la misma esencia divina,—es, conforme á nuestro modo de entender, como una altura distinta, iluminada y coronada con la gloria de Dios, la cual refleja sobre nuestras almas la imagen del Rey soberano de la gloria; al propio tiempo que la muchedumbre de perfecciones divinas sin nombre, de las cuales no tenemos ideas, palabras ni signos que nos las representen, son para nosotros lo que los picos de una inmensa cordillera de montañas, que si bien están fuera del alcance de nuestra vista, conocemos, á pesar de eso, que se encuentran rodeados y envueltos en aquella hoguera de dorada luz, aumentando el resplandor derramado sobre la tierra, sobre el mar y el firmamento.

¿Quién es, pues, capaz de pensar en sí mis-

mo, hallándose tan dulcemente ocupado con su Dios y Señor? ¿quién puede todavía abrigar en su mente nociones severas acerca del imperio absoluto é incontrastable soberanía del Rey de los siglos, encontrándose de esta suerte embebecido con semejante complacencia divina; holgándose dulcemente de que Dios sea Dios; regocijándose de que sea quien es, y deleitándose en que nada le falte de cuanto bueno y perfecto pueda concebirse? Y pues Él es el Señor y Dueño soberano de todas las cosas, permítasele obrar lo que es bueno, conforme á su mente divina; y aquello mismo que dijo Heli en la afliccion, podemos nosotros repetir, con mayor motivo todavía, en medio del gozo que inunda nuestro corazon. ¡Oh Jesús mio dulcísimo! ¿cómo no cultivamos esta santa y gloriosa complacencia en vuestras perfecciones divinas, tan llena de alegría, y de dulzura, y de paz, y de olvido de sí mismo, y de cándido y tierno amor filial? ¡Enseñadnos á estar contemplando constantemente el piélago de vuestra interminable magnificencia y grandeza; regocijándonos de que seais Vos quien sois; alegrándonos de que hayais sido desde toda la eternidad adorablemente inmutable; y holgándonos por que lo sereis, de la misma manera,

por los siglos de los siglos!—«El alma, dice San Francisco de Sales, que ejercita el amor de complacencia, continuamente está clamando en el silencio sagrado de su corazón:—

Bástame que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa; que yo muera ó viva, poco me importa, pues mi Amado querido vive eternamente con una vida toda triunfante y gloriosa. En efecto, la

muerte no puede angustiar á un corazón que sabe está viviendo su Amor soberano: el alma amante se da por satisfecha con que Aquel á quien ama más que á sí misma, esté colmado de bienes sempiternos, porque vive más en su Amado, que en el cuerpo que anima, supuesto que realmente ella misma ya no vive, sino su Amado es quien vive en ella.» (1)

El amor de complacencia, rigurosamente hablando, es el gozo que experimentamos contemplando las perfecciones infinitas de Dios, considerando que sea él quien es. Pero así como el conocimiento de Dios adquirido por la fe, no puede mantenerse en simple conocimiento, sino que se transforma en complacencia necesaria, y esta á su vez en actos libres de Alabanza y de

(1) Amour de Dieu.—lib., V.—cap. 3.

Deseo; así igualmente, este amor libre de complacencia no termina en sí mismo, sino que se convierte y pasa á ser otro amor ulterior, que se llama amor de benevolencia. Nuestro amor de Dios és todo lo opuesto al que su divina Majestad nos profesa: amamos Dios, primeramente, con amor de benevolencia, obrando en nosotros todo el bien que poseemos; y luego que ya le ha obrado, nos ama con amor de complacencia, deleitándose en la propia obra que produjera en nosotros. Pero nuestro amor de benevolencia para con Dios nuestro Señor, es, como declara San Francisco de Sales, meramente la consecuencia natural de nuestra complacencia en las perfecciones divinas: nos regocijamos nosotros, primeramente, de que Dios sea tan bueno y perfecto, y luego le deseamos, si fuese posible, más bondad y perfeccion; y este último acto es el que llamamos amor de benevolencia. Para mayor aclaracion del presente asunto, me valdré de las palabras del mismo San Francisco:

«No siendo fácil entender, dice el ilustre Obispo de Ginebra, cómo pueda el hombre desear á Dios ningun aumento de dicha y perfeccion, parécenos oportuno examinar cuán léjos está, el amor de benevolencia que le profesamos, de ser un amor sólido y real. Efectivamente,

como Dios es la fuente de todo bien; como sus perfecciones son infinitas y, en su consecuencia, fuera del alcance de nuestros pensamientos y deseos, es evidente, que no está en nuestra mano el desearle, á lo ménos con deseo eficaz, perfeccion alguna, que pudiera añadirse á aquellas que posee en virtud de su misma esencia. Además, el objeto del deseo es un bien futuro, siendo así que en Dios todas sus perfecciones son presentes, y de tal manera presentes, que constituyen una misma cosa con la esencia divina, la cual existe desde toda la eternidad, y sin adquirir aumento alguno. Viendo, pues, que nos es imposible formar, con relacion á Dios, ningun deseo real y absoluto, concebimos deseos imaginarios y condicionales, como, por ejemplo, los siguientes:— Vos sois mi Dios, Vos sois tan rico en virtud de vuestra esencia, que ninguna necesidad teneis de mis bienes; mas si posible fuese, que actualmente careciéseis de alguna cosa, yo os la desearia, Dios mio y Padre mio; yo anhelaria con vivas ansias procurárosla á expensas de mi vida. Si Vos siendo quien sois, y lo que no podeis ménos de ser, fuese posible añadir alguna nueva perfeccion á aquellas que ya poseeis, ¡con qué ardor desearia que fuese vuestra! Desearia que mi corazon se trasformase en deseos, y que

mi vida se consumiese en suspiros; pero estoy muy léjos, sí, Dios mio y Señor mio, de desear que me sea posible desearos aumento alguno en vuestras perfecciones divinas: mi mayor felicidad consiste en considerar, que ni aun de deseo podemos añadir perfeccion alguna á vuestra soberana bondad; mas si pudieseis adquirir alguna nueva ventaja ó provecho; si el deseo de veros más perfecto y dichoso de lo que sois, quimérico como es; fuese posible realizarle, protesto que desearia entónces, con toda la vehemencia de que soy capaz, que se trasformase totalmente mi alma en semejante deseo, y que mi ardor entrañable por desearos alguna nueva perfeccion, que todavía no poseyeseis, fuese tan vivo y eficaz, como el placer que ahora siento por no poder desearos ninguna cosa buena, que no tengais en sumo grado. ¡Cuán dulce y regalada no llega á ser para mí, Dios mio y Señor mio, semejante impotencia; cuando reflexiono que está fundada en vuestras riquezas soberanas, inmensas, incomprensibles: riquezas que serian capaces, no ménos de saciar un deseo infinito, si pudiese existir, como de trasformarle, de deseo, en gozo infinito!»

«Los susodichos deseos, aunque fundados en suposiciones imaginarias é imposibles, son,

sin embargo, muy agradables á los divinos ojos: deseos que ordinariamente llega el alma á concebir en medio de los éxtasis y dulces trasportes de la caridad. No raras veces abrigó San Agustín semejantes afectos en su corazón; y las palabras de que se valió para expresarlos, eran como otras tantas saetas encendidas, arrojadas por la mano del amor:—*Si, Dios mío, decía, yo soy Agustino, y Vos sois Dios; pero si pudiese ser posible que yo fuese Dios, y Vos Agustino, desearia cambiar con Vos de condicion, para que llegaseis á ser Dios.* (1) Testificamos asimismo nuestro amor de complacencia hácia el Omnipotente, cuando reflexionando acerca de nuestra imposibilidad de añadir grado alguno á sus perfecciones, que son la misma inmensidad infinita y esencial del Altísimo, nos esforzamos por aumentar en nosotros mismos su grandeza accidental, la cual consiste en la complacencia nacida del conocimiento que tenemos de sus infinitas perfecciones, y cuya grandeza aumenta á medida que dicha compla-

(1) Algunos escritores, Schram entre otros, no solo niegan que San Agustín emplease alguna vez semejantes palabras, sino que las censuran como mal sonantes, y corriendo parejas con ciertas proposiciones condenadas.—Schram.—Myst. Theol.

cencia llega á ser más ardiente: no ejercitamos entónces el amor de complacencia, por el placer que de él nos resulta, sino por ser una fuente de delicia para Dios: no buscamos nuestra felicidad por interés propio, sino por que es conforme á la de Dios, y muy á propósito para unirnos á Él y procurarnos el gozo en sus infinitas perfecciones; y á fin de que esta union y gozo sean más excelentes, deseamos comunicar á la complacencia, si posible fuese, una fuerza infinita y una extension ilimitada. La soberana Reina y Madre del santo amor de Dios, ofrécenos un ejemplo de esta, cuando dice:—*Mi alma engrandece al Señor*; y para no dejar duda alguna, de que el ardor de su gratitud recibia su aumento del amor de complacencia que atesoraba en el corazon, en seguida añade:—*Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.*» (1)

Bastan estas explicaciones para mi propósito: lo que yo deseo persuadiros es, que así como os he estimulado á promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas, ora por el amor llamado de compasion ó dolor de las culpas ajenas, igualmente que por el uso de

(1) , Amour de Dieu.—lib. V.—cap. 6.

las oraciones de intercesion y hacimientos de gracias, por el ofrecimiento hecho á Dios de vuestras propias acciones en union con las de nuestro Señor dulcísimo, no ménos que por la oblacion, presentada al Rey de la gloria, de sus propias perfecciones y divinos atributos, juntamente con los misterios de Jesús y María, Ángeles y Santos; así ahora, mi ánimo es induciros á que glorifiquéis á Dios, de la misma manera, con aquellos actos de Alabanza y Deseo, que se derivan de los dos amores de complacencia y benevolencia, tales como, por ejemplo, los siguientes: — 1.º, de gozo, holgándonos de que Dios sea quien es: 2.º, de congratulacion, dándole mil parabienes por las perfecciones, obras y misterios de su sagrada Humanidad: 3.º, de deseo, deseándole cosas imposibles; pues, segun acaba de decirnos San Francisco de Sales, son actos de amor real y muy aceptos á los divinos ojos: 4.º, tambien de deseo, anhelando que hubiese recibido más gloria, en los años ya transcurridos, del mundo, de las almas condenadas, etc.: 5.º, de deseo asimismo—actos que la intercesion puede hacer eficaces,—deseándole que sea más glorificado que hasta aquí, en la perfeccion de los Santos, conversion de los pecadores y rápido rescate de almas del purgatorio: 6.º,

de alabanza, deseando que todo grano de arena del mar, y toda hoja de los árboles que pueblan los bosques, sean otros tantos Ángeles que le alaben; ofreciéndole una y mil veces, con el más encendido fervor del corazón, las alabanzas que esos Espíritus bienaventurados le están actualmente cantando en la gloria del cielo: 7.º, suspiros de amorosa aflicción, de compasión y reparación de las ofensas con que su amor es injuriado, su majestad ultrajada, su bondad menospreciada, y defraudada su gloria divina, digna ciertamente de perpetuos loores. Es verdad, ya lo veo, que semejantes afectos son, digámoslo así, aspiraciones y manifestaciones de la misma santidad; pero no exigen las austeridades que nos espantan, ni aquellas operaciones y dones sobrenaturales de los cuales huimos, ora por desfallecimiento, ó bien por humildad. ¡Cuánto no podríamos, pues, hacer, y á qué poca costa, en favor de la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas, aprovechándonos de todos los riquísimos tesoros é ingeniosas invenciones del amor divino hasta aquí recomendadas en la presente obrita!

SECCION VI.

Santos y DEVOTA CLASE MEDIA de fieles cristianos.

Si examináis cualesquiera Santos de la Iglesia, vereis que todos ellos están adornados de seis cualidades, que son las que constituyen su santidad:—1.^a, obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia: 2.^a, celo encendido por la gloria de Dios: 3.^a, susceptibilidad exquisita por los intereses de Jesús: 4.^a, vehemente solicitud por la salvacion de las almas: 5.^a, amor intenso y abrasado de sufrimientos, de penitencias ó asperezas voluntarias, acompañadas de terribles pruebas interiores y purgaciones pasivas del espíritu, como llaman los místicos: 6.^a, favores y regalos sobrenaturales de oracion, dones extraordinarios y obras milagrosas. Ahora bien; por lo que hace á la primera de estas cualidades, es decir, la obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia, inútil es que nos ocupemos de ella, y así, pongámosla á un lado, pues que todos tenemos la obligacion de poseerla; de lo contrario, no alcanzaríamos

nuestra salvacion eterna. Respecto á la quinta, esto es, al amor intenso de sufrimientos y austeridades voluntarias, juntamente con las susodichas pruebas interiores y las purgaciones pasivas del espíritu, menester es confesar ingenuamente, que no la sentimos, y que, ora por humildad, ó bien por cobardía, hasta huimos de ella; y como una consecuencia de semejante alejamiento, paréceme que no ha de habernos cegado el amor propio de tal manera, que nos sea imposible ver cómo la sexta cualidad se encuentra léjos de nosotros, y muy por encima de nuestras aspiraciones actuales. Restan, pues, solamente las cualidades segunda, tercera y cuarta, que son, digámoslo así, un término medio entre las prácticas que un fiel cristiano tiene obligacion de cumplir, si ha de alcanzar su salvacion eterna y las sublimes alturas donde moran los Santos; cuyas cualidades parece que está en nuestra mano el apropiárnoslas, puesto caso que no se requieren para hacerse uno con ellas, aquellas asperezas voluntarias que nos espantan, ni las alturas sobrenaturales de la oracion, las cuales se encuentran fuera del alcance de nuestra vista; y digo más, que ciertamente es una singular consolacion: el embeleso de los Santos, la hermosura, la

esencia de su santidad, permítasenos la expresión, consiste más bien en estas três cualidades, que se hallan á nuestro alcance, y no en las dos alturas susodichas, á que no nos atrevemos á aspirar.

Pues bien; las personas devotas, adornadas con esas tres cualidades, es decir, celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvacion de las almas, abundan en los países católicos durante las épocas de paz, y son en la Iglesia lo que las clases medias para la prosperidad del Estado,—no sus héroes, mas, sí, su vida, su fuerza, su grandeza, su poderío y su independencia. Semejante clase media de fieles cristianos, celosos de la gloria de Dios, susceptibles por los intereses de Jesús y solícitos de la salvacion de las almas, son, como llevo dicho, frutos de los tiempos de paz y de reposo; y en épocas de persecucion, cuando la tempestad arrecia, no dejarán de salir de su seno millares de mártires: los Santos, esas creaciones espirituales de una vida interior, pertenecen á otro orden de cosas. Es, pues, evidente, que en tiempos de calma y de paz, nuestra principal obligacion consiste en aumentar esta clase media de fieles; de lo contrario, seríamos unos miembros tan secos é inútiles, é inspira-

ríamos tan poco interes á nuestros hermanos, que jamás nos cabría la suerte de convertir á aquellos que viven en pecado mortal ó fuera del gremio de la Iglesia, ni moveríamos, lo cual es todavía de más importancia, á un solo cristiano á amar á la muchedumbre de nuestros pobres queridos, ni á tomarse por esos infelices un interes generoso y perseverante. Es asimismo evidente, que el demonio está grandemente interesado en disminuir el número de dicha clase media devota de fieles cristianos, para cuyo intento se vale en particular de dos astucias: primera, ridiculizando la devocion por medio de nombres denigrativos, induciendo á los hombres á llamarla mera extravagancia, ilusion, fanatismo, simple niñería, exaltacion propia de convertidos, mojigateria, neo-misticismo y otros nombres por el estilo: la segunda astucia que pone en juego para disminuir la devota clase media de fieles cristianos, consiste en inducirles á aspirar demasiado alto en la vida espiritual, á emprender ejercicios devotos que sobrepujen el alcance de sus débiles fuerzas, á que se aficionen á libros místicos, á que corran y vayan en pos de milagros y portentos, á hacer votos indiscretos, á tentar á Dios, cargándose con una multitud de oraciones; y luego que llegan á derre-

tirse sus alas de cera con el cansancio y el disgusto que él ha inspirado en sus ánimos por medio de semejantes extratagemas, caen en la más simple y mera observancia de los preceptos, y no raras veces, aun más bajo todavía.

El objeto de la presente obrita no es sino trazar á grandes rasgos un cuadro de esta devota clase media de fieles cristianos; exponer como en perspectiva el género de vida que observan, y exhibir modelos de su devocion. A la multiplicacion de dicha clase media fué á lo que especialmente se dedicó en Roma San Felipe Neri, y, en realidad, esta es la obra principal que el siervo de Dios encargó á sus hijos, llevasen á cabo; sin embargo, yo no digo que sea la obra exclusiva de los oratorianos, porque, en tal caso, perderíamos nuestro derecho á la muchedumbre de queridos pecadores que sin cesar se están agolpando en derredor nuestro, dulcemente atraídos al olor del nombre del Santo y al cebo de su pequeño apostolado. Si, pues, deseais ser unos Santos como otro cualquiera de los canonizados que veneramos en nuestros altares, este libro mio no es entonces para vosotros: os podrá acompañar, ciertamente, un largo trecho en la carrera de la santificacion; pero es menester que vosotros le

dejeis atras, y que paseis adelante, continuando el viaje que habeis emprendido; más aun: nunca me habria ocurrido el pensamiento de escribir la presente obrita, si exclusivamente hubiese tenido que destinarla para vosotros. En efecto, vosotros debeis conocer cosas secretas que ella no contiene; y solamente quien ha subido á la cumbre de la perfeccion cristiana, trepando por escarpadas sendas y ásperas laderas, es el único que puede descubriros los secretos escabrosos de la cuesta. Mi libro es un mapa de los caminos fáciles del amor divino, los cuales están más elevados que los llanos, y libres del polvo que en estos reina; pero no tan altos, que lleguen á elevarse sobre la region de las odoríferas flores, de los árboles frondosos, de los bosques sombríos, y de la frescura de las cristalinas aguas de fuentes y arroyos que alegres murmuran en el florido Abril. Si alguna vez habeis leído la Vida de San Felipe, quizá tengais todavía presente lo que en ella se cuenta de aquel sugeto, que, deseando llegar á ser un Santo, se imaginó que nuestro glorioso Patriarca le estaba arrastrando por entre abrojos y espinas. Yo bien quisiera, que todos nosotros tuviésemos valor bastante para arrostrar y hacer frente á los espinosos matorrales que se ofrecen en cier-

tas vias de la santificacion; mas no sucede así, y en su consecuencia, inútil es ensayar el ser buenos en teoría. El amar á Dios, sin embargo, es una gran cosa; amarle más y más cada día, es una obra que envuelve mayor excelencia; inducir á los demas á qué le profesen semejante amor, es una accion de tanta grandeza, que excede todo humano encarecimiento; causando en nuestro ánimo un asombro indecible de alegría, siempre lleno de frescura y novedad, ver que Dios tiene la dignacion de permitirnos ejecutar una maravilla tan estupenda, á pesar de ser quienes somos.

No vayais por eso á suponer que yo desdeñe las prácticas de mortificacion, así internas como externas; que una vez adquirido el amor afectivo, conceptúe ya innecesario el amor efectivo; que crea que la mortificacion interior puede dispensar de la obligacion de las penitencias corporales y demas asperezas de la carne, á aquellos que aspiran á la perfeccion: mi obrita no es ciertamente una *Suma de teología ascética*; mas no veo, en verdad, que haya ninguna necesidad de arrastrarnos, digámoslo así, por los suelos, por no poder levantarnos alto. Algunos escritores espirituales rigoristas consideran el amor afectivo, como si fuese poco

ménos que una ilusion, ó á lo sumo, un mero servicio de afectos fervorosos de la voluntad; pero semejante lenguaje es, cierto, témerrario, atrevido, excesivamente duro y desagradable á Dios y á la Iglesia. Convengo en que no debemos contentarnos con el simple amor afectivo; que es menester nos adelantemos á mortificar nuestras desordenadas pasiones, y á trabajar y sufrir; mas de aquí no se sigue que el mero amor afectivo no sea bueno en sí mismo; y digo más: entre católicos es imposible que semejante amor no sea otra cosa más que un culto de afectos. Ya llevo demostrado á la larga, y la teología nos lo hace ver muy por extenso, que llegan á ser muy sólidas las prácticas del amor afectivo, y aun casi pudiera decirse que lo son inevitablemente; así es que no sin razon puede uno dudar si existe algun amor meramente afectivo, el cual es tambien el camino que nos conduce al efectivo; y téngase asimismo en cuenta, que aspirando á poseer exclusivamente uno solo de los dos amores, raro es el caso que no perdamos entrambos. Sé que existen muchas personas que han resuelto el no llegar á ser Santos: si Dios estuviese enojado contra semejantes sugetos y les imputase á culpa su pusilanimidad; si Jesucristo les volviese la

cara y no les contase en el número de los suyos, ninguna necesidad tendríamos entónces de tomarnos un vivo interes ni molestarnos para nada en beneficio suyo; pero Dios y Jesucristo no se conducen con ellos de esta manera, y en su consecuencia, no sin razon podemos afectuosamente suplicarles que consideren, que si no quieren ser Santos, no amarán en tal caso hasta el Calvario á nuestro Señor dulcísimo, á ménos que no se entreguen á la crucifixion. Hé aquí, pues, un sentimiento que llegará bien presto á ser nuestro, tocándonos muy al vivo, luego que nuestro pobre corazon, avergonzado de sus debilidades y flaquezas, nos descubra que tambien nosotros somos del número de esa muchedumbre de almas pusilánimes, pero de recta y sana intencion, que componen la grey de nuestro generoso y bondadoso Señor y Salvador del mundo.

Aunque es mi tema favorito estar constantemente abogando por la gloria de Dios y el servicio del amor, no es ninguna doblez mia el atacaros ahora con argumentos sacados de vuestros propios intereses: tengo la seguridad de que muchos no estais contentos con vosotros mismos; que deseais amar á Dios con mayor fervor, y hacer más por Jesús; que suspirais por salir de

ese estado de tibieza, de frialdad, de sequedad é indignidad, con que hasta hoy habeis correspondido á los favores divinos; que anhelaís tener mayor libertad de espíritu; que sentís más vivos afectos en la religion, y que sois más sencillos y familiares con los intereses del cielo: nó ignoró estais convencidos de que el servicio del amor tiene en favor suyo al sentido comun; que ahora comprendéis que el andar á medias medidas con Dios, no os hace dichosos ni santos, y que existe ademas, en el fondo de vuestro corazon, cierta mano oculta que os va atrayendo hácia Dios y solicitándoos á ejecutar cosas mejores. Pues bien; ved ahora lo que los susodichos actos de Alabanza y Deseo obrarán en vuestro favor: desterrarán al mundo de vuestro corazon, y os inducirán á mirar sus placeres como objetos vanos y despreciables: inspirarán en vuestra alma una serie de ideas y de conceptos, de afecciones y de simpatías enteramente diferentes de aquellas que ántes abrigabais: os harán tan fácil la práctica de la presencia de Dios, que será altamente deliciosa para vuestro espíritu: os resolverán un sinnúmero de casos de conciencia elevándoos repentinamente á una atmósfera más pura y serena, donde las dudas y dificultades en cuestion llegarán á desvane-

cerse como por encanto: obrarán en vuestros gustos un cambio completo, haciéndoos intolerables la tibieza, frivolidad y disipacion. Los Ángeles, en la mañana de Resurreccion, fueron objetos indiferentes para Santa María Magdalena, pues lo que ella estaba entonces buscando, era á Jesús, Esposo amado de su alma; y sino, ¿qué sensacion causaron en el ánimo de esta sierva de Dios la hermosura, y los rostros bellísimos y celestiales, y el vistoso y hechicero ropaje de esos Espíritus bienaventurados?—habian llevado á su Señor, y no sabia dónde le habian puesto. El hortelano asimismo, segun la frase galana de San Francisco de Sales, solamente la recordaba imágenes de flores, siendo así que tenia ella su cabeza llena de clavos, espinas y cruces; y apenas salió él á su encuentro, al punto expresa Magdalena el pensamiento que embargaba las potencias de su alma:—«*Señor, si tú le has llevado de aquí, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré.* Los tres reyes magos atravesaron precipitadamente la ciudad de Jerusalem: la Corte, solo causó en sus ánimos tedio y disgusto; no podian hallar reposo y descanso más que en la estrella detenida sobre el establo de Belen, donde se encontraba el Niño recién nacido. La esposa dió con los guardas que ron-

daban la ciudad, y tambien tenia el corazón en sus labios:—*¿Habeis visto por ventura al que ama mi alma?*

Así es que semejantes actos de Alabanza y Deseo nos trasforman en hombres enteramente nuevos: somos todo para el cielo; aun la muerte cambia de aspecto: todas las cosas parecen fáciles, cuando son por Jesús, todas agradables, siendo escalones que nos acerquen á Él; y á pesar de eso, ¡cuán pocos sienten de la misma manera! Declarando cierta persona al P. Domingo, religioso pasionista, cuya memoria es tan cara para no pocos de nosotros, que temia el juicio particular, arrasáronse en lágrimas los ojos del siervo de Dios, y exclamó, segun lo tenia de costumbre:—*¡Oh! pero cuán dulce y regalado ha, de ser el ver por primera vez la sagrada Humanidad de Jesús!* Hé aquí los frutos de la Alabanza y el Deseo. No podremos ser nosotros ciertamente, bajo este concepto, todo lo candorosos que deseáramos; pero en mano nuestra está acercarnos á tan delicioso modelo, por medio de las ingeniosas invenciones del amor divino; podemos llegar á esta agradable simplicidad de la Esposa:—*Mi amado para mí, y yo para Él, quien apacienta el ganado entre las azucenas; hasta que llegue á romper el día, y*

las sombras huyan. ¡Sí! efectivamente, ¡hasta que rompa el día, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el día, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el día, y las sombras huyan!

SECCION VII.

Prácticas de Alabanza y Deseo.

1.º Mi primer ejemplo, relativo á las prácticas de Alabanza y Deseo, está tomado nada ménos que de un libro tan autorizado como la *Raccolta de Indulgencias*. Contiene esta *Coleccion* una especie de guirnalda ó ramillete de actos de amor divino, á los cuales concedió el Papa Pio VII, en 1818, cierto número de indulgencias: extractaré unos cuantos de aquellos que ilustran el presente asunto de que me estoy ocupando, y son los siguientes:—Deseo, Dios mio, veros amado por todo el mundo. ¡Oh qué dicha la mia si, derramando mi sangre, lograra que todos los hombres os amasen! ¡Venid, criaturas todas, y amad á mi Dios! ¡Oh Dios mio, pluguiera al cielo que yo tuviese mil corazonas con que amaros, ó que poseyese los corazones de todos los hombres para que con ellos os pagase este rico tributo del amor! ¡Di-

choso aquel, Esposo del alma mia, que pudiera amaros con los corazones de todas las criaturas posibles! ¡Regocijome, Dios mio, de que os amen los Ángeles y bienaventurados en la gloria del cielo; deseo amaros, Dueño mio, con todo el amor con que os amaron los Santos más enamorados de Vos: como os amó San José; la Virgen María, Reina y Señora nuestra, en todos sus misterios; cómo Jesucristo, vuestro Hijo querido, en todos los misterios de su vida benditísima; como os ama al presente en los Tabernáculos donde está viviendo oculto bajo las especies sacramentales; con aquel mismo amor que en este momento os profesa en el cielo, y continuará profesándoos por toda la eternidad; y últimamente, deseo amaros con todo aquel amor con que os amais Vos mismo, Dios mio y Esposo del alma mia!

2.º Lancisio, en sus Devociones á Jesucristo resucitado, nos recomienda las congratulaciones siguientes:—1.ª Congratulemos á Jesucristo resucitado, por todos los dones que engalanan su cuerpo glorioso, y por todo cuanto mereció con su muerte; como por ejemplo: su Ascension triunfante á los cielos, su dignidad real, el dominio que ejerce sobre todo el mundo, la plenitud de poder que tiene en el cielo y la tierra, el

título de Cabeza suprema de la Iglesia, el oficio de Juez soberano, y todas las otras excelencias y dignidades que nosotros ignoramos, y de las cuales no hacen los teólogos mencion alguna.

2.^a Congratulémosle por los frutos abundantes de su Vida, Pasión y Muerte con que ha enriquecido, así á los Ángeles, como á los hombres, y especialmente, por el don singular con el cual fueron confirmados en gracia los Ángeles buenos: por todos los innumerables auxilios, tan ricos y variados, que han recibido graciosamente los hombres para evitar el pecado, arrepentirse de las culpas cometidas, ó adelantar en el camino de la perfeccion: por todos los Sacramentos é indulgencias, y finalmente, por la resurreccion gloriosa de nuestros cuerpos.—

No estará fuera de propósito el mencionar aquí la devoción particular de Sor Marie Denise de la Visitacion á su Ángel de Guarda: tenia esta sierva de Dios la piadosa costumbre de darle el parabien por el único hecho de su historia pasada que ella conocia con toda seguridad, es decir, por el don singular que recibió, para perseverar en la gracia y amistad de Dios mientras los Ángeles rebeldes estaban al rededor suyo cayendo en la maldad. 3.^a Congratulemos á Jesucristo, por los innumerables coros de An-

geles y almas bienaventuradas del cielo, quienes le están adorando como á su Cabeza supremo, como á Dador y Causa de todas sus gracias, honores y privilegios: por el culto divino que se le tributa en el cielo, tierra y purgatorio, con las Misas, Iglesias, imágenes, votos y todas las buenas obras que constantemente estarán practicándose hasta el fin de los siglos. 4.^a Congratulemos á Jesucristo y alabémosle, por aquella su inmensa caridad en virtud de la cual, segun refiere San Dionisio, reveló á San Carpo, que estaba pronto á volver á morir por la salvacion del linaje humano; y por la cual tambien, conforme Él mismo lo declaró á Santa Brígida, estaba aparejado á dar de nuevo su vida hasta por la salvacion de un solo hombre:—«Oh amigas mias muy queridas, son sus palabras, amo tan tiernamente á mi grey, que ántes que verme privado de ninguna de estas mis ovejitas, quisiera, si posible fuese, volver á dar mi vida por cada una de ellas en particular, muriendo en suplicio tan afrentoso y cruel, que se igualase al de la Cruz.» Y en otra ocasion, la habló asimismo de esta manera:—¡Oh si fuese posible! Yo desearia, con el amor más entrañable, volver á morir tanto número de veces, como almas condenadas existen en el infierno! Este amor extrava-

gante de nuestro Señor dulcísimo, permítasenos semejante expresion; aunque sean ¡ay! de piedra nuestros corazones, contribuirá, repito, á hacernos comprender y sondear el abismo de la miseria del amor que pretendemos profesarle.

3.º Como los actos de que al presente me estoy ocupando, son principalmente interiores, no estará demas que traslademos aquí la Preparacion de Santa Maria Magdalena de Pazzis para la fiesta de Pentecostes. Estando esta sierva de Dios el dia de la Ascension dulcemente arrobada, habló de esta manera:—«Apóstoles gloriosos, cuando subió el Señor á los cielos, os dió instrucciones acerca de lo que debiais hacer ántes de recibir al Espíritu Santo; enseñadme, pues, á mí ahora las santas ocupaciones en que debo emplearme; y vos, apóstol San Juan, modelo de pureza, vos, San Felipe amable, espero que no me rehusareis semejante beneficio, os lo suplico por las entrañas de Jesucristo; enseñadme cómo tiene que ser mi habitacion superior, y cuáles las obras interiores y exteriores en que debo ejercitarme durante estos pocos dias. Convendrá que edifique mi habitacion en lo alto: será, pues, el Costado del Verbo dónde haré mi mansion en vínculo de amor. ¿Cuál debe ser asimismo mi alimento y bebida espirituales? Masticaré menuda-

mente mi manjar, como si lo hiciera con todos los dientes, cuyo manjar será la consideracion de todas las operaciones, grandes y livianas, que ejecutó el Verbo encarnado mientras vivió en la tierra: mi bebida será la Sangre que brotara de aquellas cuatro fuentes de sus sagradas Manos y Piés; y no me descuidaré en acudir algunas veces á apagar mi sed á la fuente de muchos arroyuelos de su Cabeza adorable. ¡Oh Verbo enamorado! treinta y tres años habitasteis en nuestra compañía: razon es, pues, que yo me imponga la obligacion de hacer, durante el dia y la noche, treinta y tres actos de anonadamiento de mi misma cuyo ejercicio será una de mis operaciones interiores. Ocho dias despues de vuestro Nacimiento derramasteis vuestra Preciosa Sangre para salvacion del género humano: justo es, en su consecuencia, que yo haga ocho veces cada dia el examen de mi conciencia; porque si el alma no está bien examinada y limpia de todas sus imperfecciones, no se halla entónces en disposicion de deramar su sangre por Vos con el afecto de la voluntad, esto es, no está en aptitud de ofrecerse á Vos cual víctima agradable; y cuantas veces practique semejante examen de mi conciencia, añadiré la renovacion de mis votos religiosos. Cuarenta dias permanecisteis en la tierra despues

de resucitado, conversando con los hombres: cuarenta veces, entre dia y noche, elevaré á Vos mi mente y corazon. Siete años vivisteis en Egipto: yo debo pues, siete veces al dia, ofreceros aquellos que viven en las tinieblas de la culpa. Cuarenta dias trascurrieron desde vuestro Nacimiento hasta que fuisteis ofrecido en el templo, y cuarenta veces por dia me obligo yo á ofrecerme á Vos, con el fin de cumplir vuestra santa voluntad. Mi alimento espiritual será la meditacion cotidiana de vuestra Pasion santísima, juntamente con la consideracion devota acerca de aquel abrasado amor que consumia vuestras entrañas al vestir nuestra naturaleza, y aquella humildad con que conversasteis con los hombres, y aquella dulzura con que predicasteis, y aquella benignidad y alegría con que escuchasteis á la Cananea y la Samaritana: nada os pedia esta mujer, pero Vos la invitasteis á que lo hiciese. Meditaré asimismo aquellas palabras:—*Este es mi Hijo amado, con quien estoy grandemente complacido.—Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre.—Aprended de mí, que soy manso y humilde corazon.* Doce años pasasteis, ántes de que mostraseis vuestra sabiduría: me resuelvo, pues, á practicar doce actos interiores de amor hácia mis prójimos, y doce más, tambien inte-

riores, de humildad. ¡Oh cuántas ocasiones se nos ofrecen para ejecutar semejantes actos interiores! ¡cuántas oportunidades para cautivar nuestro propio juicio y voluntad! Siete veces adoraré al Santísimo Sacramento, para suplir la omisión de aquellos que no tributan semejante homenaje al Esposo divino de nuestras almas; y otras siete veces adoraré á mi Señor Jesucristo llevando la Cruz é inclinada su sagrada Cabeza por los elegidos. Tres veces rendiré particulares alabanzas á la santísima Virgen María, cual Madre y especial Protectora de todas las personas religiosas, para que se sirva concurrir con su especial asistencia á la fiel observancia de nuestros votos religiosos. Cuantas ocasiones se me ofrezcan, ejercitaré actos de caridad hácia mis prójimos con todo el amor posible y con grande alegría de mi alma, guardaré una vigilancia inquebrantable sobre mis sentidos; y á fin de que no sea tachada con la nota de singular, trataré de hacerlo en tiempo oportuno, y de una manera conveniente y discreta; porque si nunca mirase á persona alguna, podrian creer que estaba enojada con ellas; y si no las respondiese jamás, acaso llegarían á entrar en alguna sospecha. Tres veces al dia recordaré á mis hermanas de comunidad la alteza de nuestra vocacion, di-

ciéndolas algo en elogio de tan sublime estado; y yo á mi vez estaré siempre acordándome de semejante beneficio del cielo. Siempre que se me ofrezca ocasion oportuna, consolaré á los afligidos, ora sean sus penas interiores, ora exteriores; y al fin de cada obra que ejecute, me esforzaré por permanecer en un continuado y no interrumpido acto de caridad y de vigilancia del corazon.»

Si á todos no es conveniente el ejercicio de esta devocion, sirve á lo ménos á todo el mundo, sin excepcion alguna, de edificacion é instruccion. Efectivamente, ¡qué favor no es tan señalado el llegar á conocer lo poco que amamos á Dios, y cuán ruines sean los servicios que le ofrecemos! Hé aquí uno de los inestimables beneficios que nos procura la lectura de las Vidas de los Santos. Porque un Santo no sea imitable, no se sigue que su vida no sea útil para la práctica; y digo más: las vidas admirables de los Santos, con raras excepciones, son las que nos enseñan á ser humildes, y las que encienden en nuestro corazon un fuego muy abrasado de amor de Dios: lo mismo sostiene Santa Teresa en su *Castillo del Alma*.

4.º El objeto de este cuarto ejemplo de Alabanza y Deseo, es la costumbre que se observa

en algunas Órdenes religiosas, de renovar en ciertas épocas los votos de regla; lo cual se aplicará igualmente á la renovacion de cualquier voto ó promesa solemne, especie de voto, con que la persona piadosa pueda ligarse con Dios nuestro Señor: costumbre devota que nos ofrece otro ejemplo más de los ingeniosos artificios del amor divino. Así como el Criador nos permite, segun llevamos ya declarado, que ofrezcamos los misterios de Jesús cual si fuesen propiamente nuestros; así tambien nos faculta benigno, para que le ofrezcamos nuestros votos cuántas veces nos agrade, y de esta suerte multipliquemos, en no pocas ocasiones y con una misma accion, su gloria divina y nuestros merecimientos. Y cuán agradable sea á Dios esta renovacion de votos, nos lo declara Santa María Magdalena de Paz-zis:—«Siempre que se renuevan las promesas hechas á Dios, tiene lugar una renovacion de union con el Señor, y el alma devota llega á estrecharse más ó ménos, conforme al estado de perfeccion en que á la sazón se encuentra, y segun el grado de caridad que está gozando; y semejante renovacion, que hace el alma interiormente, procura un nuevo consuelo á la Santísima Trinidad, pues que es una renovacion

de aquella complacencia interior que el alma experimentara al ofrecer á Dios por primera vez dicha oblacion, renovacion que sin cesar está recordándola, con nuevo gozo y complacencia, aquel primer placer de la oblacion. Semejante ejercicio es tan agradable á María, como si Ella misma renovase su voto de castidad: es la gloria de los Ángeles, pues que la susodicha renovacion es el fruto de las santas inspiraciones que nos fueron otorgadas por ministerio suyo: es la exaltacion de los Santos, viendo á otros de sus prójimos seguir al Criador por aquellas mismas sendas que ellos siguieron mientras vivieron en la tierra: es una consolacion para el coro de vírgenes, quienes repiten su cántico nuevo de alabanzas y accion de gracias, al ver que se va aumentando aquella virtud que ellas practicaron con tan singular afecto de su corazon; y semejante renovacion acrecienta de la misma manera la gloria que estas esposas de Jesucristo están gozando en la patria del cielo, porque siempre que se verifica dicha renovacion, celébrase cierta especie de fiesta de santas vírgenes: es, últimamente, aquel ejercicio devoto muy provechoso para el alma que le practica, pues que aumenta todas las gracias que embellecen á dicho sugeto, se robustece

tecn todas sus promesas, y empieze en él una nueva era de paz y union, cuyos frutos se manifiestan en las conversaciones que entabla y en las obras que ejecuta. ¡Oh cuán grande y esclarecida no debe ser la excelencia de estos votos y promesas que hacemos á Dios en nuestra solemne profesion religiosa, viendo que la simple renovacion encierra tantas riquezas y produce en el alma un fruto tan señalado! No es, pues, maravilla, Verbo divino, que aquellos que conocen las grandezas de semejante devocion piadosa; que la Órden que lleva vuestro Nombre dulcísimo, es decir, los religiosos de la Compañía (los jesuitas) celebren la renovacion de sus votos con fiesta solemne, especialmente considerando y teniendo en cuenta los festejos con que los seculares celebran el dia de su nacimiento y el aniversario de algun fausto acontecimiento. ¡Ah! con cuánto mayor motivo no debemos, pues, nosotras, las religiosas, celebrar con fiestas y jubileos espirituales el dia venturoso en que fuimos unidas á Dios con tan estrechísima lazada, con cadena tan fuerte, que jamás llegará á romperse!»—Cuéntase igualmente de la misma Santa, que tenia la costumbre de renovar cada dia sus votos religiosos, pues los consideraba como objetos divinos y cual beneficios singulares que

Dios otorgaba á el alma que, por especial llamamiento suyo, abraza el estado religioso: semejantes votos eran, en su concepto, como *el precio y tesoros del paraiso*, y los estimaba como *cadenas del amor divino*.

San Francisco Javier solia renovar sus votos con bastante frecuencia, asegurando que cuando lo practicaba, sentia renovarse su juventud como la del águila; y no raras veces declaró á sus hermanos de comunidad que la renovacion diaria de sus votos era la mejor defensa contra los ataques y asechanzas de Satanás. Cuenta Lancisio, que el P. Cerruto, jesuita italiano, acostumbraba á renovar mentalmente sus votos tres mil veces al dia, y que en una Octava de la Epifanía llegó hasta completar fielmente la suma de veinte mil renovaciones. Leemos tambien á este propósito, en la Vida del Beato Alfonso Rodriguez, religioso lego de la Compañía, que solia renovar diariamente sus votos, renovacion que le conservó siempre en estado de fervor; y que nuestro Señor le dió á entender cómo esta devocion era muy acepta á sus divinos ojos, mostrándole al propio tiempo, así el provecho que habia de resultar en beneficio de su alma, como los dones singulares con que Él pensaba enriquecerla. Un dia, mién-

tras - estaba oyendo Misa, renovando sus votos y dando á Dios fervorosas acciones de gracias por la señalada merced que se habia servido otorgarle llamándole á la Compañía, fué visitado con una luz extraordinaria que le parecia exceder, en claridad y hermosura, á toda otra luz criada, con cuya ilustracion llegó á comprender, así la grandeza de los beneficios divinos que hasta ese instante habia recibido, como su propia indignidad y miseria, y la imposibilidad en que se hallaba de agradecer á Dios debidamente semejantes larguezas é inestimables favores de sus liberales manos; y sintiendo su corazon lleno de una santa vergüenza, no se atrevia á levantar sus ojos hácia el divino Bienhechor ni siquiera á desplegar sus labios, para ofrecerle un oloroso perfume de gracias, sino que permanecia en silencio, confundido y humillado; pero Dios que continuamente está deleitándose en la oracion del humilde, tuvo la dignacion de mostrarse muy complacido de esta nueva y regalada especie de accion de gracias tributada á su divina Majestad con el silencio de la lengua, diciéndole con una voz que Rodriguez llegó á oir con los oidos corporales:—«Alfonso, camina siempre delante de mí por la senda del piadoso ejercicio

de la renovacion de tus votos, y todas las cosas te saldrán á las mil maravillas.» Semejante lenguaje, lleno de ternura, inspiró en el ánimo de Alfonso una confusion asombrosa de sí mismo, y ponderando su propia indignidad y bajeza, creyó que era una ilusion del demonio; mas Dios volvió segunda vez á dirigirle la palabra, diciéndole que no temiera; que no habia ningun motivo para que entónces abrigase recelo alguno; que no era, como él se imaginaba, una ilusion ó engaño del enemigo, y en fin, que hiciese cuanto le decia, inspirando al propio tiempo en su ánimo una conviccion interior de que era Él y no otro quien le hablaba.

Refiere Lancisio una anécdota de cierto sugeto de gran prudencia y juicio exquisito, quien por especial llamamiento del cielo habia entrado á vestir la sotana de la Compañía: todo en esta Religion le agradaba grandemente ménos la renovacion de votos, cuyo ejercicio le parecia una frivolidad é impertinencia. Al acercarse el dia señalado para la renovacion de los votos, sintió en su ánimo una repugnancia invencible, que excedia á todo encarecimiento; pero mortificando su juicio y amor propio, la practicó no obstante, si bien con una confusion tal, que apenas sabia dónde se hallaba; recompensándole

Dios, con todo eso, su obediencia: al tiempo que el sacerdote ante el cual habia hecho la renovacion de sus votos, se llegó á él con el Santísimo Sacramento, para darle la Comunión, vió al Señor en la Hostia consagrada, y fué inundado su espíritu con una consolacion indecible, recibiendo al mismo tiempo una luz especial que le descubrió lo muy agradable que era á Dios la renovacion de votos; y deshaciéndose entónces en abundantes lágrimas, comprendió su error, y la abundancia de la divina gracia continuó derramándose á raudales sobre su alma durante un largo rato; así es que se encontraba como embebecido sin poder articular palabra.

Cuanto acabamos de decir acerca de la renovacion de los votos, puede igualmente aplicarse, en la debida proporcion, á la renovacion de los buenos propósitos y deseos heróicos: Tomás de Kémpis, en la *Imitacion de Cristo*, nos enseña á renovar cada dia nuestros buenos propósitos, y á excitarnos al fervor, como si hoy nos hubiésemos convertido á Dios; y Lancisio recomienda asimismo varias clases de actos y deseos heróicos, cuya renovacion seria en verdad grandemente provechosa á nuestras almas, y son las siguientes:—1.^a Actos de humillacion y anonadamiento. En cierta ocasion dijo nuestro Señor dulcísimo

á Santa María Magdalena lo que á continuacion vamos á copiar:—*«Cada vez que ejecutes un acto de humillacion de ti misma en reconocimiento de tu propia nada, considera que así como una criatura no puede vivir sin corazon, de la misma manera es imposible que tú vivas un solo instante sin mí. Mientras conserves en el alma el conocimiento de tu indignidad y miseria, ten por cierto que permaneceré unido contigo, y que mi paz reinará en tu compañía aun durante las batallas que constantemente te parecerá estar riñendo contra las tentaciones que, por permision mia, te atacarán, mas no te vencerán; y en proporcion al mayor encarnizamiento con que te asalten y persigan, así será la sobreabundancia de mi especial asistencia para que no sucumbas en la pelea.»* Otro dia habló el Señor á la misma Santa de esta manera:—*Aquellos que me sirven, deberian ejercitarse en esta honrosa ocupacion con humildad tan profunda, que hiciese descender el alma hasta el centro de la tierra; pues así como la saeta arrojada al espacio, continúa su movimiento, y no permanece en reposo hasta que toca al suelo; así mi Espiritu, solamente reposa en aquella alma que encuentra abismada en el centro de su indignidad y propia nada. Oigamos, por último,*

cuál fué el lenguaje que el Padre eterno usó un día con la misma Magdalena:—*La escala de las palabras de mi Verbo es más alta que la de Jacob, porque su pié descansa en el alma que, por humildad y propio conocimiento, se halla todavía más baja que el abismo en que se encuentra sumergida por la humilde opinion de si misma; y con el verdadero conocimiento de su propia indignidad, se eleva hasta el seno mismo de mi naturaleza. La diferencia, pues, entre las dos escalas es esta: la de Jacob, no subia mas allá del cielo ni descendia más abajo de la superficie de la tierra; pero la presente, se va elevando más allá de las estrellas, en proporcion á la humildad del alma; aun más todavía: es ensalzada hasta el seno mismo de mi Naturaleza, pues que la humildad del alma es su ensalzamiento.* 2.^a Deseos y propósitos de evitar toda culpa deliberada y aun toda imperfeccion; de suerte que quisiéramos con San Agustin morir ántes que pecar; ó con San Juan Crisóstomo, primero ver la horrible faz del infierno, que ofender á Dios; ó bien, segun la heroica paradoja del Beato Alfonso Rodriguez, preferir el ser arrojado en los profundos abismos del infierno sin culpa alguna, ántes que injuriar á Dios con el más liviano pecado venial que pueda uno imagi-

narse. 3.^a Deseos y propósitos de sufrir todo género de aflicciones y penalidades por amor de nuestro Señor dulcísimo, conforme lo declara San Ignacio en la Meditacion del Reino de Cristo de la Segunda Semana de sus Ejercicios:—*Rey eterno y soberano Señor de todas las cosas*, son sus palabras, *yo aunque el más indigno de tus siervos, con vuestro favor y ayuda, me ofrezco enteramente á Vos, y pongo á disposicion de vuestra voluntad todo cuanto poseo, declarando y protestando ante vuestra infinita bondad, delante de la Virgen vuestra Madre gloriosa, y delante de todos los Santos y Santas de la Côte celestial, que quiero, y deseo, y es mi determinacion deliberada de seguiros, en cuanto me sea posible, y de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y todas adversidades, así interiores como exteriores, con verdadera paciencia.* 4.^a Deseos y propósitos de amor á nuestros enemigos. 5.^a Deseos y propósitos de resignar enteramente nuestra voluntad y libre albedrío en las manos de Dios nuestro Señor, sin que lleguemos jamás á retractarlos, y no substraendo cosa alguna de semejante sacrificio.

Que estos simples deseos, como sacrificios de amor, sean muy aceptos al Dios omnipotente, puede asimismo deducirse con toda evidencia de

la conducta que no raras veces ha observado su divina Majestad con varios de sus siervos, inspirándoles designios piadosos que Él no intenta jamas los pongan por obra; como en el caso de Abrahan, al ordenarle el sacrificio de su hijo Isaac, y con el deseo de San Felipe, de ir á las Indias á predicar el Evangelio y derramar su sangre; y las vidas de los Santos podrian ofrecernos repetidos ejemplos parecidos á los que acabamos de mencionar: no sin razon, pues, asegura San Francisco de Sales, que hasta el concebir deseos imposibles acerca de Dios y de sus perfecciones, es un culto real, un amor verdadero y una oblacion agradable á los ojos divinos. Semejantes artificiosas invenciones de la bondad infinita del Altísimo nos sugieren un sinnúmero de consideraciones; y si nuestros corazones fuesen lo que deben ser, harian asimismo brotar en nosotros muchas fuentes de lágrimas llenas de dulzura y de amor.

Cuando por interes de nuestra alma, no ménos que por la gloria de Dios, tratemos de cultivar en nosotros mismos, con encendido fervor, el espíritu de Alabanza, menester es no echar en olvido que semejante espíritu no es tanto una virtud ó cualidad inherente debida á nuestra propia naturaleza, como un don

de Dios, que tenemos la obligacion de implorar de su divina clemencia por medio de oraciones especiales. Tampoco deberíamos descuidarnos en reclamar á este propósito el patrocinio de Santa Gertrúdis, la cual llegó á sobresalir aun entre los mismos Santos por su admirable espíritu de Alabanza continua al Rey soberano de los siglos: si llegásemos á imitarla en semejante espíritu de Alabanza, vendríamos al fin á participar igualmente de aquella admirable libertad de espíritu que tanto enalteciera á la sierva de Dios. ¡Oh cuán necesaria es esta libertad de espíritu y cuán intimamente enlazada se encuentra con el delicioso espíritu de Alabanza! ¡Pluguiera al cielo que todos los hombres se resolviesen á estudiar á Santa Gertrúdis con más ahinco que hasta el presente! Porque, ciertamente, nuestro gran defecto en la vida espiritual consiste en la falta de libertad de espíritu: hé aquí la razon principal de que entre los cristianos sea comparativamente tan raro el servicio del amor. En efecto, si las personas que viven en medio del mundo y de la sociedad desean llevar una vida devota, que no vayan á imaginarse que acaso una vida conventual, descuidada y disipada sea á propósito para la consecucion de seme-

jante objeto: su posicion y el desempeño de sus deberes respectivos no las permiten disponer libremente del tiempo, ni pueden distribuir el dia en medias horas ó cuartos de hora, como si estuviesen encerradas en un cláustro pacífico, sin tener otra cosa más en que ocuparse que obedecer al toque de la campana de un convento ó monasterio. Así es que el ordenar á semejantes sugetos que se tracen una regla escrita, á la cual tengan que obedecer con extricta puntualidad; que la sujecion escrupulosa á tiempos señalados, para consagrarse á los ejercicios de las prácticas espirituales, es la única esperanza que les queda, si quieren aprovechar en la vida devota, con raras excepciones, equivale á decirles que las personas que componen la sociedad moderna, no deben intentar siquiera vivir una vida devota. ¡Cuántos sugetos no han abandonado enteramente la devocion, porque, habiendo ensayado seguir una regla dada, vieron por experiencia, que les era de todo punto imposible el guardarla! ¡Cuántos, por haber trabajado en levantar todo el edificio de su vida devota únicamente sobre los cimientos de horas fijas, de determinados medios, de divisiones y subdivisiones de tiempos marcados para trabajar en la construccion de semejante

obra espiritual, no se han arruinado, luego que una salud delicada, un cambio de estado y obligaciones, ó bien la intervencion en los negocios domésticos, llegaron á impedirles prosiguiesen sus prácticas devotas en las horas señaladas de antemano y con aquellos medios ya estereotipados! Pues téngase entendido, que como la vida espiritual llegue á secarse, no esperemos entónces que se gaste, sino que se romperá en doce pedazos por semana, como el poncho de cuero de un Patagon. Las gentes que viven en medio del mundo están resueltas á ponerla luego al punto desdeñosamente á un lado, familiarizándose con un estado de bajas y humildes aspiraciones: han ensayado semejante método de vida espiritual, y no ha correspondido al fin que se habian propuesto, no ha dado los resultados que esperaban; y así es que, viéndolas fallidas las esperanzas que fundaran en ese género suyo de vida espiritual, llegan ya á desconfiar enteramente de cualquier otro método que se les aconseje: increíble y espantosa cosa es, ver cuán pronto se acomodan los cristianos á vivir una vida tibia y disipada. Si no fuese por esta fatal facilidad de incurrir en semejante *desfallecimiento* espiritual, el sentido comun, una vergüenza honesta y cierta discrecion

racional, podrian al fin prevalecer y triunfar en el ánimo de semejantes sugetos; mas dicho *abatimiento ó desmayo* en su vida espiritual, parécese al erizo: la aspereza no le ofende ni lastima, la suavidad no le vence y la persuasión le deja en el mismo estado en que le halla, espinoso y esquivo.

SECCION VIII.

Espíritu benedictino.

Pues bien; los defectos de semejante clase de santidad regular y metódica, así como la persuasión de que no existe ningun otro género de vida espiritual más seguro ni sólido, no reconocen otro origen sino la falta de libertad de espíritu:—Allí donde existe la ley del Señor; allí donde se encuentra el Espíritu de Cristo, allí está la libertad. No hay ninguno, que estando plenamente informado de los escritores espirituales de la antigua escuela benedictina, no perciba y admire aquella hermosa libertad de espíritu que penetra y domina en los ánimos de los que componen esa Orden esclarecida: no podia prometerse otra cosa de una Religión

que atesora tan maduras tradiciones como la de San Benito. Así es que nos reportaría grandes ventajas, si poseyésemos más escritos y traslaciones de semejantes recuerdos gloriosos, que aquellos que al presente encierran nuestras bibliotecas: la esclarecida Santa Gertrúdis es su más vivo dechado; la sierva de Dios es enteramente benedictina. Existen tratados enteros acerca de la vida espiritual, que las personas que viven en el mundo, aprenden de memoria, adquiriendo en ellos el convencimiento de que el método que se las propone es un cautiverio, que el intentar simplemente adoptarle, sería una indiscreción. Según tales escritos, todo jóven es preciso que sea un medio seminarista; de lo contrario, tiene que abandonar la devoción: toda doncella es menester que sea una especie de semi-monja ó religiosa sin hábito; de otra suerte, debe irremisiblemente desistir de aspirar á ser algo más que aquellas señoritas ó doncellas que la rodean. ¿Quién, pues, no comprende que semejantes doctrinas y documentos espirituales están en oposicion, y no pueden avenirse con el amor divino, con el sabio y discreto amor que espera Jesús de todos y de cada uno de sus hijos los hombres? El convertir el mundo en un vasto convento relajado, no es ciertamente el

camino seguro para defender los derechos y la causa de nuestro Señor dulcísimo. Los métodos de vida espiritual crean el egoismo y no son otra cosa más que unos mezquinos auxiliares para la piedad real, generosa y duradera. El espíritu de holgura y espansion, el espíritu de libertad, es el espíritu católico, y tal fué el carácter peculiar de los antiguos ascetas benedictinos; la mayor parte de los escritores modernos, por el contrario, han estrechado las sendas de la santidad, y lo que han logrado con semejante conducta, ha sido perder en vez de ganar: por espantar á las gentes con un rigorismo extremado, han hecho que la devocion disminuya sus dominios; y por apretar demasiado, no han conseguido otra cosa más que rebajarla y empobrecerla.

Difícil es hablar convenientemente de la libertad de espíritu, sin que á primera vista no aparezca que al expresarnos de esa suerte, recomendamos la negligencia, patrocinamos la falta de puntualidad y fomentamos la dejadez y el capricho; mas lo que sí podemos hacer sin peligro alguno, es ilustrar el asunto de que al presente estamos ocupándonos, tomando por guia á la misma Santa Gertrúdis. Ofrécenos la Vida de la Santa varios ejemplos acerca del

particular, que pueden considerarse cómo otras tantas muestras ó dechados de su deliciosa libertad de espíritu:—Cuéntase, que jamas llegó Gertrúdis á abstenerse de la sagrada Comunión, por miedo á los peligros en que incurren, segun afirmaban sus libros espirituales, aquellos que comulgan indignamente; por el contrario: cuanto más vivamente sentia la sierva de Dios sus imperfecciones, tanto mayor era el ansia con que acudia á alimentarse con el Manjar de los Ángeles, sostenida con una viva esperanza y encendido amor de Dios, que consumian sus entrañas. Era asimismo excitada á sentarse á la divina Mesa, por un sentimiento de humildad, que la inducia á mirar como inútiles y que apenas merecian ninguna consideracion, todas las buenas obras que hubiera podido ejecutar, y todas las prácticas devotas con que suelen ordinariamente prepararse los hombres, ántes de recibir la Comunión; así es que nunca se abstuvo Gertrúdis de comulgar, como acostumbraban á hacerlo no pocas personas, si por cualquier accidente no habia practicado sus ejercicios ordinarios, reputando todos los esfuerzos de la devocion, comparados con la dádiva graciosa que se nos otorga en la Sagrada Eucaristía, cuál si fuesen una sola

gota de agua junto á la inmensidad de los mares. No es, pues, extraño que tampoco tuviese demasiado apego á ninguna de sus preparaciones particulares, con que se disponia á recibir el delicioso Bocado de los Ángeles; y que resignada enteramente en los brazos de la condescendencia infinita de Dios, solo se cuidase de participar del Augusto Sacramento del Altar con un corazon abrasado en las llamas del amor divino.

Viajando en cierta ocasion la sierva de Dios, cayó por casualidad desde una altura peligrosa, y llena de gozo, exclamó:—*Oh dulce Salvador mio, qué beneficio tan señalado no hubiera sido para mí, si esta caída me hubiese abreviado el camino que me conduce á Vos, Dueño del alma mia!* Semejante lenguaje causó un pequeño escándalo á algunas de sus compañeras, quienes la dijeron, si no temia morir sin recibir los últimos Sacramentos:—*Desearia ardientemente*, las contestó, *hermanas mias, antes de que muera ser fortalecida con los santos Sacramentos; no obstante, abrigo en mi ánimo suficiente valor para preferir la providencia de mi Dios y Señor á todos los Sacramentos de la Iglesia, y creo que semejante socorro es la mejor preparacion para la*

muerte; así es que me es indiferente que mi muerte sea lenta, ó repentina, siempre que sea agradable en la presencia de Aquel en cuyo seno confío que me ha de conducir; pues espero, como quiera que muera, hallar aparejada á la misericordia divina para recibirme en sus brazos, sin cuyo auxilio me perderia eternamente, por larga que fuese la preparacion que hubiera hecho para disponerme á morir en olor de santidad.

Refiérese igualmente, que cierta persona piadosa habia estado pidiendo á Dios, durante mucho tiempo y con las más vivas instancias, una gracia particular, que al Señor no le plugo otorgársela, accediendo benigno á sus ruegos, por cuyo motivo cayó semejante persona en un estado de peligroso abatimiento; hasta que al fin tuvo Dios la dignacion de hablarla de esta manera:—*He dilatado el acceder á tu demanda, por que no tienes bastante confianza en los efectos que mi misericordia produce en tu persona: debías haber imitado la conducta de mi querida virgen Gertrúdis, quien confía tan firmemente en mi providencia, que no hay cosa alguna que no espere de la plenitud de mi gracia, y así es que nunca puedo negarla nada de cuanto me pide.*

Otra prueba característica del espíritu de Gertrúdis, nos la ofrece la siguiente costumbre que observaba la sierva de Dios:—Jamás llegó la Santa á elegir el hábito que habia de vestir ni cosa alguna que dependiese de su elección; sino que cerraba los ojos, tendia la mano y tomaba lo primero que tropezaba. Una vez ya en su poder, considerábalo cómo un rico presente que la habia venido de las manos del mismo Dios, llegando á cobrarlo una afición tal, que en lo sucesivo, dejaba ya de ser para ella asunto de indiferencia, como ántes lo habia sido: pensad, siquiera un breve rato, acerca de semejante conducta, que puede grandemente aprovecharnos para corregir nuestra obstinación y rectificar nuestras ideas relativas á la santa indiferencia.

Traslademos aquí una breve pintura de la vida de Santa Gertrúdis:—Estando un día Santa Mectilde cantando en el coro, vió á Jesucristo sentado sobre un trono elevado, y á Gertrúdis paseando arriba y abajo delante de Él sin apartar sus ojos del rostro glorioso del Redentor, pareciéndola que iba la sierva de Dios, al propio tiempo y en cada paseo que daba, afanosamente ocupada en un sinnúmero de deberes exteriores. Hallándose Mectilde como

enagenada, contemplando semejante vision, oyó al Señor que decia:—«Hé aquí el vivo retrato de la vida que mi querida Gertrúdis lleva delante de mis ojos: continuamente está caminando delante de mi presencia soberana: no otorga ningun descanso á sus deseos ni treguas á sus anhelos, para ver de descubrir aquello que es más agradable á mi voluntad; y tan luego como ha dado con ello, ejecútalo en seguida con exquisito cuidado y fidelidad. Pero lo más admirable es, que no se contenta con eso solamente: luego pasa á otro ejercicio, buscando siempre alguna cosa nueva, agradable á mi voluntad, para de esta suerte redoblar su celo con nuevas acciones y nuevas prácticas de virtud; así es que toda su vida no es más que una cadena no interrumpida de alabanzas consagradas á mi mayor honra y gloria.» Ocurrióla al punto á Santa Mectilde las flaquezas propias de una piedad activa y celosa, que ella creia haber notado en su querida hermana Gertrúdis; y se aventuró á dirigirle las siguientes palabras: —«Pero, Señor, si tan perfecta es la vida de Gertrúdis, ¿cómo es que no puede sufrir los defectos de los demas, y por qué los exagera con tanto encarecimiento?» Nuestro Salvador dulcísimo, con una benignidad admi-

nable, tuvo entonces la dignacion de responderla de esta manera:—«Como Gertrúdis, hija mia, no puede sufrir en su corazon la más lijera mancha, hé ahí por qué siente tan vivamente las faltas é imperfecciones de sus prójimos.» Un volumen casi entero de comentarios espirituales podria escribirse acerca de estas últimas y breves palabras que brotaron de los labios de nuestro divino Redentor.

Aun hay más todavía: oigamos cómo se expresa el mismo Dios:—Cierta persona piadosa obligó al Señor con oraciones á que la declarase, cuál era aquello en que su divina Majestad recibia mayor placer en su amada Gertrúdis; y nuestro Dios y Señor se sirvió replicarla, que su mayor complacencia la tenia en la libertad de espíritu de su esposa querida. El santo varon, que habia tenido en ménos estimacion de lo que se merecia la excelencia de semejante dádiva graciosa, contestó sorprendido:—«Yo creia, Señor, que lo que más os agradaba en el alma de Gertrúdis era el perfecto conocimiento de sí misma, y aquel abrasado amor que con vuestros auxilios llega á profesaros.»—«Ciertamente, respondióle nuestro Señor, que el propio conocimiento y amor que me tiene, son dos grandes perfecciones;

pero la libertad de espíritu implica una y otra, y es un don tan precioso, un bien tan excelente y perfecto, que es bastante para elevar un alma á la cumbre de la santidad. Semejante libertad de espíritu dispone el corazón de Gertrúdis á recibir en cada momento de su vida algun nuevo beneficio de mis liberales manos, y la que impide que su voluntad llegue á cobrar afición á cosa alguna que pueda desagradarme ó disputar conmigo el imperio del amor de mi hija querida.

Tal fué Santa Gertrúdis, la Santa por excelencia de las Alabanzas y Deseos piadosos. ¡Ojalá, pues, que volviese á ser en la Iglesia de Dios lo que fué en los siglos pasados, la doctora y profetisa de la vida interior, á semejanza de Débora, que sentada bajo la palma, en el monte Efrain, estaba cantando sus canciones y juzgando á Israel!

Habiendo ya dicho lo bastante acerca del escaso fruto que alcanzan las personas que viven en el mundo y aspiran á la devoción; aunque no esté necesariamente enlazado con mi asunto, no puedo abstenerme de añadir unas cuantas palabras más:—Dícese, que despues que Dios cerró el jardín del Eden y le ocultó á nuestras curiosas miradas, no ha habido nada que

se parezca tanto á un paraíso terrenal como un noviciado de jesuitas; mas el mundo ¡ay! no puede trocarse en un lugar semejante. En el mundo, ciertamente, deben tratar los hombres de llevar una vida angelical, pero no en el retiro apacible y delicioso de Sant Andrea, donde se respira el aire puro de la santidad; sino en medio de las distracciones de la vida bulliciosa que les rodea: hacer del mundo un cláustro, en que podamos pasar la vida, *seria lo mismo que encerrarnos con el mundo en nuestras celdas, sin apercibirnos de la sospechosa compañía que nos habíamos echado; y así es que el intentar llevar vida de religioso en medio del mundo, por una especie de falsa aplicación del monasticismo á la vida secular, es una de las razones de que sean tantas las personas virtuosas que desfallecen en las resoluciones que tomaron para llegar á ser mejores de lo que son.

Pero hay todavía otra razon: la vida contemplativa es una cosa, y otra la vida activa; y cada una de ellas lleva consigo su propio séquito y respectivos cortejos, consistiendo el secreto del suceso en el verdadero deslinde de ambas, no ménos que en la consecuencia que uno debe observar consigo mismo, segun la vo-

cacion que ha recibido de Dios. Ahora bien; á excepcion de unas cuantas vocaciones singulares, muy pocas ciertamente, las personas devotas que viven en medio del mundo, están llamadas á vivir una vida activa. Pero hay en esto un error en que semejantes sugetos suelen constantemente caer: desvivense por hacer su vida espiritual toda interior, al propio tiempo que están consagrando al mundo toda su vida activa; trocándola, en su consecuencia, en una vida esencialmente mundana, á semejanza de los Metodistas, quienes guardan el Sábado por religion, ofreciendo al servicio del mundo todos los otros dias de la semana. Semejantes personas piadosas no llevan por lo mismo ninguna vida activa cristiana, y así no es extraño que exista un completo desacuerdo entre sus oraciones y asistencias á la Iglesia, y las diversiones y placeres á que suelen entregarse; llegando al fin la devocion á ocupar la peor parte, abdicando sus derechos por medio de un convenio ménos honroso. Ó en otros términos, lector amado, sospecho,—entiéndase bien que digo solamente *sospecho*; porque sé perfectamente que en la ciencia espiritual no tengo otro derecho más que para la sospecha;—sospecho, repito, que no es posible llevemos una vida devota en

el mundo, sin alguna vigilancia activa en favor del pobre: el visitar á los enfermos, mirar por las escuelas, asistir á los hospitales, consolar á los encarcelados, interesarse por los niños expósitos, socorrer á los emigrados y desvalidos, procurar el alimento conveniente á los hambrientos; hé aquí, según yo sospecho, en lo que consiste el secreto de la perfeccion y de la perseverancia de la devocion en el mundo. El vivir tres horas al dia en el mundo una vida interior contemplativa, es, en efecto, una cosa grandemente gloriosa; pero ya comprendéis que semejante género de vida, por desgracia, no es de fácil duracion. Pues bien; siendo esto así, ¿no tendré yo razon para sostener, que el consagrar á Dios toda vuestra vida interior, ofreciendo al mundo toda la exterior, es una distribucion ilegítima y muy perjudicial á vuestras almas; y que si los ricos han de aspirar á la santidad, tienen, ora que despojarse de todas sus riquezas y encerrarse en un cláustro ó entrar en el sacerdocio; ora trabajar con sus propias manos en favor de sus prójimos y convertirse en compañeros de los pobres?

No ignorais que vuestra vida cristiana se compone de Misa, Comunión, meditacion, examen de conciencia, ciertas lijeras austeridades

y otras prácticas por el estilo; y todo esto es en sí mismo, más ó ménos, asunto propio de la vida contemplativa. Es ciertamente un ejercicio excelentísimo; pero vosotros, bien lo sabeis, estais llamados á ejercitaros en alguna otra cosa más, en una vida activa cristiana, en el apostolado de los ricos, que consiste en obras asiduas y afectuosas de misericordia para con el pobre. Tended sino vuestra vista por todos los paises católicos donde tanto abunda la CLASE MÉDIA de personas virtuosas, tan fecundas en buenas obras y tan graciosas en la hermosura espiritual que las engalana, y vereis cómo el secreto de los encantos y embelesos que exornan su santidad consiste en esta esclarecida y gloriosa actividad en favor del pobre. Cuando salís de la oracion ó abandonais la Iglesia, no podeis sin incurrir en la nota de singulares llevar con vosotros á la sociedad vuestro recogimiento interior; y además de eso, no ignorais que la oracion es cómo una flor delicada prendida en el alma, que el aire cálido que reina en los parajes del mundo llega luego á marchitar; pero si salís de la bohardilla ó del hospital, de las cárceles ó de los sótanos, entonces os hallais rodeados de una atmósfera encantadora, especie de armadura celestial que embo-

ta y despunta las flechas ponzoñosas que el mundo arroje contra vosotros. Y no haya miedo que semejante atmósfera llegue luego á desvanecerse: las risas no la disipan, la palabrería no la quita la frescura, ni la chismografía puede deshacerla, como sucede con la flor exótica de la oración. Allí donde se encuentre el mundo, allí hay un peligro para el alma; mientras que, por el contrario, difícilmente exista alegría, fausto, deleite, pompa ó moda mundana, que una misericordia activa en favor del pobre no pueda despojar de todos los peligros que envuelven semejantes objetos, y aun santificarlos. No abrigueis, pues, vosotros quienes vivís en medio del mundo, ningún género de duda de que la misericordia se confunde en vuestra persona con la perseverancia, y que el contacto con el pobre es la real presencia de vuestro Dios y Señor.

Es, ciertamente, un prodigio no pequeño, el que Dios haya tenido la dignación de amar á los hombres, pues que ninguna cualidad natural existe en ellos que pueda ser objeto del amor divino. ¡Cuán miserables, en efecto, no aparecemos al comparar nuestros dones de naturaleza con aquellos que engalanan al último de los Ángeles, y cuán confundidos no debemos quedar, viendo que los animales llenan

el fin de su creacion con más fidelidad que nosotros! Ademas, repetidas veces Dios ha probado la fidelidad de los hombres, y siempre ¡ay! le han faltado, y faltado, concurriendo todas las circunstancias del más abominable egoismo que pueda concebirse. Ofrécesenos, primeramente, el paraíso y la caída original: ninguno ignora lo que acaeció en aquel lugar de delicias; allí llegó Dios á ser puesto en competencia con una manzana, llevándose esta la preferencia. El diluvio fué, sí, un castigo espantoso, mas acompañado de la divina misericordia; con todo, pronto llegamos á encontrar el conocimiento de Dios casi reducido á una sola familia y á una línea única de los patriarcas. Vinieron luego despues los judios, y la paciencia de Job apenas es una pintura de los largos sufrimientos que Dios tuvo que padecer con su pueblo: les colmó de beneficios, y ellos le despreciaron; les castigó, y ellos endurecieron su corazon; les envió á su Hijo, y le crucificaron; y los Romanos llegaron á apoderarse de su suelo y nacion, incendiando y arrasando la ciudad y el templo.

Contemplemos ahora la tierra, despues que ha tenido lugar la crucifixion del Señor: Si examinaís atentamente el mundo, direis que

la Pasion de nuestro Redentor dulcísimo no parece sino que ha sido una simple locura: ¡tan poco ha cambiado la faz del mundo! ¡tan imperceptible es el nuevo aspecto que ha tomado! ¡tan escasa es la trasformacion que ha obrado en las costumbres! Los resultados del Evangelio en el mundo parece que vienen á reducirse: primeramente, á un episodio de un romance extraordinario en la historia de la humanidad; y en segundo lugar, á un número considerable de palabras nuevas, traducidas á las diferentes lenguas que se hablan en la tierra, para expresar con ellas los fenómenos y la índole de la Encarnacion; ¿y todavía se atreverá alguno á sostener, examinando atentamente el mundo, que han sido otros los resultados del Evangelio? En la actualidad somos nosotros quienes aparecemos en la escena, y ¡qué espectáculo tan desgarrador no estamos ofreciendo con nuestras ingratitudes y horribles abominaciones! ¿Con qué respeto tratamos los Sacramentos instituidos para nuestra santificacion? ¿cuántos de entre nosotros sirven á nuestro Señor crucificado con generosidad y purò amor? Verdaderamente es un prodigio estupendo el que ame Dios á los hombres; y ¡qué amor no debe profesarles, viendo que no se hizo Ángel por

amor á los Ángeles, sino hombre por amor á los hombres! La explicacion de semejante fenómeno no la busquemos más que en los Libros Santos: es uno de los misterios del carácter de Dios, segun lo afirma de sí misma la eterna Sabiduría:—«Desde la eternidad fui ordenada, y desde antiguo, ántes de que la tierra fuese hecha. Aun no existian los abismos, y ya era yo concebida; ni todavía habían brotado las fuentes de las aguas: los montes en su pesada masa aun no se habían sentado, y ántes que los collados era yo dada á luz; aun no había hecho Él la tierra, ni los rios, ni los polos del mundo: cuando preparaba los cielos, con Él estaba yo presente; cuando con ley cierta y compás cercaba los abismos; cuando afirmaba la region etérea y equilibraba las fuentes de las aguas; cuando pesaba y tenía colgados los cimientos de la tierra,—con Él me hallaba yo concertando y obrándolo todo; y era deleitada cada dia, jugando en su presencia á todas horas y recreándome en el mundo, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres.» (1).

Pero todavía es más grande maravilla, el que

(1) Prov.—cap. VIII.

permita Dios á los hombres que le amen. Efectivamente, ¿dónde se encuentran palabras para encarecer el privilegio singularísimo de amar al Dios incomprensiblemente hermoso, infinitamente bueno é inmensamente santo? Cualquiera hubiera creído que un amor semejante de parte nuestra no era más que una insolente profanacion, y que el permitirnos estar delante de Dios con el amor instintivo del animal que padece y del ave que bebe, hubiera ya sido para nosotros una honra incomparable; y si por permission de la inagotable misericordia de Dios se nos hubiera otorgado la facultad de amarle, seguramente se habria creído que tenia que ser con la sangre, el dolor, el sufrimiento, la vergüenza, la penitencia, los sacrificios costosos de terribles austeridades y con una espantosa abnegacion de sí mismo. ¡Ah dulcísimo Dios y Señor mio, y así es efectivamente; solo que la sangre, y el dolor, y la confusion, y la penitencia, y los costosos sacrificios, no son nuestros sino tuyos! ¡Tú lloras, para que nosotros sonríamos! ¡Tú padeces, para que nosotros sanemos! ¡Tú eres expuesto á la vergüenza, para que nosotros gocemos y nos alegremos! ¡Tú eres atormentado con terribles aflicciones de temor, turbacion, congoja, agonía y sudor de sangre,

para que no nos angustien demasiado nuestras culpas pasadas, y vivamos tranquilos en la tierra, gozando de la amistad de Dios y atesorando en nuestro corazon una dulce confianza acerca de la eternidad que nos espera! Pero aun va Dios más léjos todavía, pues no solo quiere que le amemos con el afecto más encendido de la voluntad, sino que ha ordenado todas las cosas para ganar nuestro amor: cambia nuestros simples deseos en un culto agradable á sus divinos ojos; permítenos que le amemos, que le glorifiquemos y ganemos gloria para nosotros mismos por medio de una invencion que llegaria á excitar la sonrisa de un incrédulo: no parece sino un cuento agradable, una estratagemas de un padre tierno, un juego divertido, propio de niños. Y si así se conduce con nosotros aquí en la tierra, ¿qué será Él y qué no obrará en la patria del cielo? Isaías y San Pablo han declarado que es inútil toda tentativa en averiguacion de semejantes arcanos: seria preciso que tuviésemos otros ojos para verlo, otros oidos para oirlo y otro entendimiento para comprenderlo. ¿Y llegarán todas estas riquezas á ser un dia nuestras? La Sangre de nuestro Jesús dulcísimo es la prenda que inspira en nuestro ánimo una confianza inquebrantable de que

nos serán otorgadas. Ahora bien; ¿qué hemos nosotros hecho hasta aquí para conseguir un galardón semejante, que ha de hacer nuestra felicidad eterna? ¿qué proporcion existe entre ese premio y nuestros merecimientos? ¡Ninguna, ninguna, ninguna! Todo nos viene de Jesús: Jesús es el secreto de todas las cosas; Jesús la interpretación de todos los arcanos de Dios. ¡Oh qué religion es esta! ¡oh qué Dios tan inefable! Anúnciese, pues, á todo habitante de la tierra, que no sucede cómo él se imaginaba que debía ser: todos podemos amar á Dios cuanto nos plazca, y valiéndonos de tantos medios como podamos concebir. ¡Ojalá que los Ángeles estuviesen proclamando semejante verdad á cada hora del día y de la noche, con el sonido de la trompeta, á todos los moradores que pueblan las cuatro partes del mundo! Si al oírlo, abandonasen los hombres sus intereses terrenos y se convirtiesen, como los pescadores de Galilea, en contempladores del cielo, es lo único que podríamos prometernos. ¡Oh permission infinita de amar á Dios! ¡Oh permission infinita de amar á Dios! hé aquí el privilegio incomparable de la criatura, adquirido á costa de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh qué religion, repito, es esta! ¡qué Dios tan inefable!

¿Acaban aquí por ventura las maravillas? No! que existe otra más estupenda! Gran maravilla es, en efecto, que Dios haya tenido la dignacion de amar á los hombres: una maravilla todavía mayor, el que permitiera le amasen; pero aun puede el hombre exceder á Dios en los portentos, pues en mano suya está el ejecutar uno que sobrepuje á todos en grandeza, el cual consiste en no amar á Dios siempre que así le plazca: semejante fenómeno, aunque á cada paso le estamos viendo, parece sin embargo una cosa increíble; y si no estuviésemos á él ya habituados, infundiría en nuestro ánimo un horror tan cruel y espantoso, como el que nos causa un parricidio alevoso y salvaje: nos quitaría el aliento, no sabríamos que hacer con él, y la consideracion acerca de su espantosa deformidad, la cual iria aumentando en nosotros gradualmente, inspiraria en nuestra alma un asombro y sobrecogimiento indecibles. ¡Y el olvido de Dios, con todo eso, está á la orden del dia, y apenas paramos la atencion en semejante fenómeno! ¡Oh si pudiésemos verle en todas sus formas horribles, segun quisiera la fe que le viésemos, seguramente que anhelaríamos entónces tener lágrimas de sangre para borrar nuestra infamia!

¿Pero qué puede decirse para mover á los hombres á amar á Dios, que tenga la mitad de la eficacia que resplandece en aquello que Él actualmente está haciendo por ellos? La misericordia de Dios es tan elocuente, su bondad tan tierna y su indulgencia tan persuasiva, que si Él ya no ha acabado por triunfar logrando su intento, pareceme que ninguna necesidad tienen los hombres de esforzarse en proclamar su amor divino: acaso sea esto mismo lo que San Pablo quiso darnos á entender, cuando hablaba de la necesidad de la predicacion: Jesucristo crucificado era el sermón y el predicador, ¿y qué otra cosa más necesitaba? Dios tambien, en su amor, nos permite á nosotros que solo prediquemos lo mismo: á todas horas estamos encontrándonos con el amor, á cada paso tropezamos y nos chocamos con él: consiéntenos el Señor que pongamos en nuestros labios las palabras de su alianza, y declaremos el escaso amor que le profesamos, enseñando á los demas su entrañable amor hácia nuestras personas. Hános Dios mostrado ademas el grande amor que nos tiene, permitiendo que la conversion del mundo dependa de la necesidad de la predicacion. ¡Pero, así yo como vosotros, amamos á nuestro Dios y Señor! y hé aquí en esto otro prodigio; por-

que ¿cómo nosotros llegamos á hacerlo así, cuando son tantos los que nos rodean que no le pagan el tributo del amor? Es solo un beneficio de sus liberales manos, una pura gracia que se digna otorgarnos. Aquí tambien nos encontramos con Jesús: nuestro divino Salvador nos ha enseñado la manera cómo debíamos amar; y viendo que éramos unos discípulos torpes, tomó de su Sagrado Corazon cierta cantidad de su propio amor, é introdújolo en nuestros corazones, para que con el amásemos á Dios; de suerte que, toda nuestra participacion en el asunto, no se reduce á otra cosa más que á habernos descuidado en despabilar la lámpara, dando así lugar á que la llama arda con ménos claridad que ántes: no parece sino que ha elegido de propósito aquellos que fuesen los ménos capaces de amarle; y preciso es, ciertamente, que, así yo como vosotros, abriguemos semejante sentimiento, pues que podríamos señalar con el dedo á centenares de sugetos que no aman á Dios, y son, sin embargo, mil veces más nobles y generosos de corazon que nosotros.

¡ Oh cuán miserables somos ! ¿ Por qué, pues, no sacaria Dios de la nada otras almas, que le hubieran amado más fervorosamente y sido ménos abominables que la nuestra ? Dios nos amó

á nosotros, á nuestras almas, á nuestras personas; nos escogió con una eleccion eterna, y nos dió una preferencia eterna, y nos amó con un amor eterno; y ¿por qué así? No hay ninguna contestacion á semejante pregunta: únicamente, que nos amó y por eso nos eligió. ¿Qué tenemos, pues, que hacer con este mundo que no quiere amar á Dios? Tal es la pregunta: bien podemos tener la cabeza y el corazon llenos de proyectos raros y heróicos con que procurar la mayor honra y gloria de Dios; mas esto produce cierta exaltacion en nuestros ánimos, devanándonos los sesos. ¿Qué *podemos* nosotros hacer? ¿cuál es lo que más se acerca á lo infinito, que podamos intentar llevar á cabo? ¿cómo podremos estar en todo el mundo á la vez? Hé aquí la respuesta, no adecuada, lo confieso, á la necesidad; sin embargo, es una respuesta: por el amor y el espíritu de reparacion.

¡ Haced algo, hermanos míos, por el amor de Jesús! ¿Es posible que veais mendigando de corazon en corazon al Amor divino sin ser tocados de un afecto de compasion hácia su pobreza? No hay ningun mendigo tan despreciado sobre la tierra, como Aquel que crió la tierra de la nada y actualmente la está conservando. ¡ Mo-

ved á un corazon á que le dé una limosna en honor del Padre! ¡haced un acto de reparacion en honor del Hijo, por el atrevimiento de aquel otro en negársela! ¡acrecentad en vosotros mismos el amor en honor del Espíritu Santo! ¿No estamos viendo todos los dias, que es rara la persona que no lleve á cabo el negocio que emprende? ¿qué son pocos los sugetos que no logren su empeño, cuando se han comprometido con todas sus fuerzas á salir con él á la orilla? Yo quedo grandemente maravillado al contemplar lo que sucederia si unos cuantos de nosotros hiciésemos lo mismo, si dijésemos resueltamente:—«Yo estoy determinado á trabajar con ahinco para que Dios sea más amado en el mundo: no quiero que pueda decírseme que he venido al mundo para nada: ya que he sido criado, yo haré que alguno de mis hermanos ame más á Dios que hasta el presente: por poco que sea, aumentaré el amor divino en el mundo.» Si por ventura no hemos tomado todavía semejante determinacion, tomémosla ahora, yo tengo en ello una gran confianza. ¿Cuándo, pues, damos principio? ¡Hoy mismo! ¿no es así? ¡Bien, muy bien!! Una obra determinada tenemos delante de nuestra vista, que nos hemos comprometido á ejecutar, obra que llevaremos á cabo.

¡Oh Majestad amorosa de Dios! Por el Corazon de Jesús os prometemos hacer algo grande y glorioso delante de vuestros ojos soberanos.

SECCION IX.

Maria, Jesús, Dios.

Seria tiempo perdido el demostrar aquí, cómo la práctica de Alabanza y Deseo nos serviria de poderoso auxiliar, así en el acrecentamiento de nuestro amor de Dios, como en la reparacion hecha á su divina Majestad por la falta de semejante amor en nuestros hermanos. Pero despues de haber ya llenado todo nuestro cometido, parécennos tan ruines estos nuestros servicios, que no sin razon volvemos á acudir á nuestra doctrina y ejercicio de la oblacion, con el fin de suplir nuestra pobreza. ¿Y á dónde volvemos naturalmente nuestros ojos? A María, á la Madre inmaculada de Dios, á Aquella que no solo fué concebida sin mancha de pecado, sino que ni siquiera estuvo incluida en el decreto relativo á la culpa. Jamas hubiéramos conocido á Dios tan bien como le conocemos, si no fuese por María: María refleja sobre nosotros la magnificencia de Dios, y su dignidad, segun enseña

Santo Tomas, es la más excelsa que pueda concebirse, frizando en los límites de la omnipotencia: María es un trofeo del amor divino, sobre el que han colgado las Tres Divinas Personas todos los dones y prerogativas que una simple criatura es capaz de recibir: María está adornada de piés á cabeza con la inefable hermosura de Dios, y se ha comunicado á Ella el Eterno, de una manera que no nos atrevemos á expresar con palabras: María es apellidada por la Iglesia con nombres que llegan á espantarnos; no parece sino que ha pedido prestados los títulos del Altísimo y reclamado una mancomunidad de derecho de propiedad sobre los divinos atributos: María es para nosotros, cuando hablamos de Ella—y somos invitados á hacerlo así,—objeto de expresiones que solamente parecen convenir á la Sabiduría increada y eterna del Padre: María posee, por donacion de su Hijo, los tesoros que son la herencia del Verbo encarnado: María vale más que toda la creacion, pues es la criatura más digna, y más bella, y más poderosa, y más amada de Dios; y así que, delante de los ojos del Eterno, es el *himno que á Él le conviene en Sion*: María es toda alabanza y accion de gracias: María es el reposo de la misericordiosa complacencia

del Criador, la plenitud de su bendicion deliciosa, y con Ella se encuentra sumamente complacido; y hé aquí por qué la alabanza de María es un culto casi infinito, que podemos ofrecer al Rey de los siglos en rendida adoracion. Antiguamente los siervos de Dios componian su *Benedicite*, eligiendo para tema de semejante cancion los montes y los mares, las aves y los peces, el frio y el calor, las fuentes y los prados, los hombres y los animales; á todas estas criaturas convidaban á bendecir, alabar y ensalzar la gloria del Criador. Pero el *Benedicite* de los cristianos es María: enséñanos la Iglesia y nos convida á dar gracias á la Santísima é Individua Trinidad, con el entusiasmo de un abrasado amor y en rendida adoracion, por los dones y gracias con que enriqueciera á María; concediendo indulgencias á varias de las devociones encaminadas á este objeto. Ved, pues, qué implica semejante invitacion; penetrad en el espíritu de la Iglesia; acordaos, en fin, que María es el *Benedicite* de los cristianos.

¡Oh dulce alabanza de María! ¿Puede haber cancion alguna que la lleve ventaja? ¡Madre querida, qué gozo no es para nosotros saber que sois una alabanza tan agradable á los ojos del Altísimo! ¡Oh cuán dulce y hermosa no es,

pues, la alabanza de la inmaculada Virgen María! ¿Puede por ventura, repito, existir otra alabanza que la exceda en suavidad y melodía? ¡Si, Madre mía, y ninguno conoce esto mejor que Vos! :—«Hubo un cedro en el Líbano, hermoso en ramas y frondoso en hojas, de grande altura, y cuya copa se elevaba entre sus densos brazos. Las aguas le criaron, el abismo le encumbró, y envió sus arroyos á todos los árboles de la region; por eso se encumbró su altura sobre todos los árboles de la region, y se multiplicaron sus ramas y se alzaron sus brazos por las muchas aguas; y habiendo extendido su sombra, anidaron en sus ramas todas las aves del aire, y todas las bestias de los bosques criaron debajo de su espesura y la congregacion de muchas gentes habitó á su sombra; y era muy hermoso por su grandeza y la extension de sus ramas, porque su raiz estaba cerca de muchas aguas; no hubo cedros más elevados que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron á su copa ni plátanos que fuesen comparados con él por los ramos: ningun árbol del paraíso se asemejó á su hermosura.» (1) ¡Ved, pues, con qué dulzura habla el profeta de la Sagrada

(1) Ezequiel.—cap. XXXI.

Humanidad de Jesús! A Jesucristo, incomparablemente más que á nuestra Madre muy amada refiérense las expresiones del Padre eterno, cuando dice:—«Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.» Pero aun esto mismo es grandemente glorioso para María: la voz de Jesús es dulce como la suya, y el rostro del Hijo lleva los lineamentos de la fisonomía de la Madre. Y bien; ¿quién es capaz de encarecer la suavísima melodía de la Alabanza que la voz de Jesús entona en honra de la Majestad divina? Cantando un Ángel, solo un momento, al oído de San Francisco, creyó el siervo de Dios que habría muerto de gozo si tan deliciosa música se hubiese prolongado un instante más: ¡cuánto más melodiosa no debe, pues, ser la voz de la Humanidad de nuestro Señor dulcísimo! ¡Oh qué gozo el doblar la rodilla en silenciosa alabanza, reposando en el dulce pensamiento de aquella inefable y divina alabanza que los labios de Jesús están entonando á la mayor gloria de Dios! ¡Oh qué consolacion la nuestra al contemplar que ahora al ménos está el Altísimo recibiendo una alabanza de infinito valor por la union del Verbo con esta Sagrada Humanidad!

Pero solo los Santos son quienes pueden ha-

blar dignamente de semejantes asuntos. Oigamos, pues, á San Francisco de Sales:—«Cuando despues de haber oido todas las alabanzas que tanta variedad de criaturas rinden á porfía á su Criador, escuchamos el homenaje y la bendicion del Hijo eterno y descubrimos en semejantes alabanzas un valor y mérito infinitos, como si despertáramos de un profundo sueño, encantados con los sonidos mágicos de esta música celestial, exclamamos:—*Es la voz* del objeto soberano de mi amor la que hiere mis oidos, voz melodiosa en cuya comparacion la armonía de todas las otras no es más que un silencio melancólico. *Vedle que viene atravesando por los montes y saltando por los collados*, esto es, elevando sobre las bendiciones de todas las criaturas el homenaje que rinde á su eterno Padre; sus ojos, á los cuales nada se oculta, penetran más profundamente que los de otro cualquiera la hermosura increada é infinita del Objeto amado que desea glorificar. Oid cómo describe el libro de los Cantares las cualidades que resplandecen en el amor inmenso de Jesús:—*Vedle que está tras nuestra pared* y se viste con su Sagrada Humanidad; descúbrese por entre sus Llagas y herido Costado, *mirando y acechando* por semejantes aberturas *como por las*

ventanas y las celosías. No sin motivo podemos considerar el amor divino residiendo en el Corazon de nuestro Redentor, cual si fuese un soberano sentado en su trono: por la abertura del Costado ve los corazones de los hijos de los hombres, no perdiéndoles jamas de vista. Así como aquellos que miran por entre celosías, ven sin ser vistos; así el amor de este Sagrado Corazon, que bien puede llamarse el Corazon del amor divino, pues en realidad es su centro, sin cesar está observando todo cuanto pasa en el nuestro. Por lo que hace á nosotros, no vemos á Jesucristo distintamente, solo le vislumbramos; porque si le viésemos acá en la tierra como es en sí mismo, moriríamos de amor segun Él murió por el amor que nos profesara, cuyo amor le haria morir otra vez volviendo á ofrecer su vida por nosotros, si estuviese hoy todavía expuesto á la mortalidad. Si nos fuese dado oir la cancion que este Corazon Divino canta en honra del Padre, nos esforzaríamos por romper las ligaduras de la carne y remontarnos á la patria del cielo para oirla allí por toda la eternidad. Este Dios de caridad no nos priva absolutamente de semejante consolacion, pues que nos convida á unirnos á Él diciendo:—*Levántate, apresúrate á venir á mí,*

amiga mia, paloma mia, hermosa mia: ven á esta morada celestial donde todo respira gloria y alegría inefable, donde no se oyen más que canciones de bendicion y música deliciosa; aquí la tortolilla cambia sus ayes lastimeros en suaves cantares de júbilo: ven, pues, amiga mia, hermosa mia; contéplame á traves de mis heridas, que son las celosías por donde Yo te veo: paloma mia, en los agujeros de la peña, ven y mira mi Corazon á traves de la abertura de mi Costado, hecha cuando mi Casa fué tan barbaramente derribada en la Cruz: ven, y muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, únase á la mia, y así tu voz será dulce y tu rostro hermoso. ¡Qué trasportes de delicia no experimentaremos, cuando nuestras voces, juntándose y mezclándose con la de nuestro Salvador, participen de la infinita suavidad de aquellas alabanzas que el Hijo muy amado rinde á su eterno Padre!» (1)

¿Puede, pues, la Majestad de Dios necesitar más que esto? ¿no quedarán aquí contentas y saciadas las más fogosas aspiraciones de los arrebatos de nuestro amor? ¡No! que aun no es bastante la alabanza de la Humanidad de nuestro Señor dulcísimo, pues que todavía puede el amor hacer

(1) Amour de Dieu.—lib. V.—cap. XI.

una distincion: las acciones humanas de Jesús, como, por ejemplo, esta dulce alabanza, tienen ciertamente infinito valor por razon de la Persona divina, pero no son infinitas en sí mismas, y en su consecuencia, existe en la alabanza de Jesús alguna cosa inferior á la Majestad que alaba; preciso es que nos remontemos más alto todavía, hasta que lleguemos á reposar en aquella alabanza infinita, eterna y soberana que la Divinidad se tributa á sí misma. ¡Oh, Dios mio, glorifícoos porque sois un Señor de tanta grandeza, que ni María, ni la misma Sagrada Humanidad de Jesús pueden alabaros como mereceis serlo, y bendígoos por aquella alabanza infinita, suficiente y continua que os tributais á Vos mismo, cuya consideracion, por vuestra divina gracia, es mi mayor contentamiento en la tierra!

Preciso es que aquí tambien llamemos á un Santo para que hable por nosotros, y será el mismo San Francisco de Sales quien resumirá todo cuanto intentamos decir acerca de la Alabanza y el Deseo, de la complacencia y benevolencia:—«¿Quién es capaz de comprender los afectos de gozo y complacencia que atesora un alma cuando ve que Dios es infinitamente glorificado con aquella alabanza que Él se da á sí mismo? Pero semejante compla-

cencia engendra un nuevo deseo: anhelamos glorificar á Dios por la facultad que posee de honrarse dignamente á sí mismo; deseamos que sea aniquilada toda nuestra existencia para agradecerle semejante honra; convidamos á todas las criaturas para que nos ayuden á bendecirle, por darse una gloria infinita que únicamente puede recibir de sí mismo. De esta suerte, la complacencia que el corazon experimenta viendo á Dios dignamente alabado, y el deseo incesante y siempre creciente de glorificarle, le mantiene, digámoslo así, como perplejo ó embarazado entre la complacencia y la benevolencia: continuamente está el corazon fluctuando entre estos dos afectos, penetrando sin cesar, más profundamente, en las dulzuras inagotables del amor; y reuniendo entónces todas sus fuerzas, alaba á Dios y le da gracias por ser Él solo quien puede adecuadamente glorificarse á sí mismo. Pues si bien el alma devota, en las primeras efusiones ó arrebatos ardientes de su amor aspiraba nada ménos que á ofrecer á Dios un homenaje digno de su grandeza soberana, conociendo despues que se habia engañado, declara que rehusaria el poseer la facultad de alabarle dignamente; prefiere á todos sus deseos el afecto humilde de compla-

cencia que ella adquiere al ver que Dios á quien únicamente ama, siendo digno de un homenaje infinito, debe ser infinitamente ensalzado para que reciba aquella alabanza que se merece y que Él solo, en su consecuencia, puede tributársela. Despues de semejante protestacion, el corazon, inhábil para pasar adelante, solo puede admirar, y dice con el profeta: « A Vos solo se os debe el himno en Sion. »—

*A votre divine Excellence
On dédie dans Sion
L' hymne d' admiration,
Qui ne se chante qu' en silence.*

Isaías representa á los Serafines, cantando una y otra vez la misma cancion; teniendo velados con alas sus rostros y piés para significar que no pueden conocer á Dios con perfeccion ni servirle dignamente: los piés, que son los que sustentan al hombre, simbolizan las acciones y servicios; con todo, á pesar de la impotencia, que claramente conocen los hombres, siempre están moviéndose con el auxilio de dos alas, esto es, los afectos de complacencia y benevolencia les mantienen en un movimiento continuo. Pero semejante movi-

miento no va acompañado de ninguna agitacion é inquietud y compadécese admirablemente con aquella calma y amor apacible que disfrutan en Dios.

Siempre el corazon humano se encuentra agitado cuando por cualquier accidente es reprimido el movimiento que tiene y en cuya virtud está sin cesar dilatándose y contrayéndose; y nunca se halla más tranquilo, sino cuando semejante movimiento no tropieza con obstáculo ni resistencia alguna; ó en otros términos: la holgura y calma del corazon consiste en su movimiento, y hé aquí lo que acaece con el Serafin y todas aquellas criaturas que aman á Dios: su amor encuentra el descanso en el doble y continuo movimiento de la complacencia y benevolencia: por el primero, atraen y, permítasenos la expresion, contraen al Omnipotente dentro del seno limitado de su corazon: por el segundo, dilatan el corazon en su Dios; y en semejante estado, un corazon inflamado de amor, aunque perfectamente tranquilo, experimenta, sin embargo, dos clases de movimiento: desea ver y contemplar las obras maravillosas de la bondad infinita de Dios, y luego anhela rendirle un homenaje digno de su grandeza soberana, cuyo doble deseo son las dos alas que los Se-

rafines no pueden poner en juego; con una cubren su rostro, para dar así á entender que Dios es infinito y superior al alcance de su comprension; con la otra cubren sus piés como si quisieran expresar que no pueden hacer nada digno de la grandeza y majestad del Altísimo. El amor, en su consecuencia, solamente conserva las dos alas de la complacencia y benevolencia, las cuales emplea para remontarse hasta el seno de Dios, para anegarse y engolfarse más y más profundamente en el abismo insondable de las infinitas perfecciones divinas». (1)

¡Oh Señor dulcísimo! ¿Por qué pensamos en cualquier cosa ménos en esto? ¿por qué el mundo no nos parece siempre miserable como ahora, y la vida una carga pesada y la muerte una ganancia? ¿por qué nuestro corazon corre tras otros objetos que no son el pensamiento en Dios? ¿por qué no sois nuestra única dulzura, Vos que, como ya hemos experimentado, sois la misma dulzura por excelencia? ¿por qué no sois nuestro único descanso, nuestra recreacion más querida, siendo nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Dios? ¿por qué no os apiadais de nuestro desamparo? ¿por qué no nos

(1) *Amour de Dieu.*—lib. V.—cap. XII.

tocais con vuestro fuego y nos haceis serviros por puro amor? ¡Ah, Jesús mio, razon tendriamos para quejarnos de Vos, si siendo tan amiable, no nos dierais amor !

CAPÍTULO III.

PURGATORIO.

Consideraciones sobre el infierno.—Rosignoli.—El mundo visible y el mundo espiritual.—Comunion de los Santos.—Dos vistas del purgatorio.—Sinopsis del Tratado de Santa Catalina de Génova.—Union de las dos vistas.—Lecciones instructivas sobre nuestro propio aprovechamiento espiritual y bien de las ánimas del purgatorio.—Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.—1.^a Es el centro de todas las devociones.—2.^a Implica todas las obras de misericordia.—3.^a Es un ejercicio de las tres virtudes teologales.—4.^a Obra efectos maravillosos sobre la vida espiritual.—Medios de practicarla.—Historia de María Denise de Martignat.—Angustias de los corazones generosos y compasivos.—Descripcion que Dios hace de sí mismo como de un pobre inválido.—Carácter doctrinal y grandezas de semejante devocion.—Cancion melodiosa del Sagrado Corazon de Jesús.

SECCION I.

Consideraciones sobre el infierno.

Es increíble cuán querida no llega á ser la gloria de Dios á aquellos que están continuamente afanándose por andar en busca suya;

y las mismas indagaciones que practican para ver de dar con ella, proveenles de nuevos sentidos con que pueden hallar semejante perla preciosa, al propio tiempo que el amor, el cual diariamente está aumentando en su corazon, aguza cada vez más su discernimiento. «La tierra está llena de vuestra gloria:»—¡qué gozo para un corazon amante! Pero no basta que el cielo esté anegado y la tierra inundada de la gloria divina, sino que deberíamos suspirar por que no hubiese rincon alguno de la creacion que no esté lleno de tan rico tesoro. Sin embargo, existe un lugar dónde parece que se ve defraudada la gloria divina; un lugar desde el cual no se eleva al trono del cielo ningun lamento de oracion, ni gozo de alabanza, ni bendicion de gracias, ni aspiracion de deseo; cuyo lugar es la mansion de aquellos que, habiendo comparecido en juicio, perdieron su causa y con ella á Dios por toda la eternidad: allí se encuentran gracias que no produjeron fruto, ó cuyos frutos llegaron á podrirse en el árbol: allí existen Sacramentos que no han obrado bien alguno: allí la Cruz ha sido una locura: allí se ha opuesto una eficaz resistencia y conculcado barbaramente los amorosos desig-nios de la Providencia divina. Con todo eso, es

de fé que es inmensa la mies de gloria que Dios recoge en aquella mansion de tinieblas; porque el alma condenada es un homenaje necesario á la justicia del Altísimo, como el alma convertida un homenaje libre á su amor. Ni Jesús se ve allí defraudado en sus intereses, pues aunque las penas son espantosas y aun intolerable el simple pensamiento en semejantes tormentos, todavía no igualan al suplicio que se merece la culpa, ni alcanzan á llenar la justa medida del castigo; y esta desproporcion es un beneficio de la misericordia del Redentor; en alguna manera puede decirse que aun hasta allí se ha extendido la eficacia de la Preciosa Sangre. Tampoco deja de producir aquella horrible morada resultados muy gloriosos en la salvacion de muchas almas, por el temor santo y saludable que infunde en ellas, y las vagas y ruines nociones de Dios que rectifica en el ánimo de las personas irreflexivas. Habiendo nuestro Señor hecho ver á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita descalza, la condenacion de un alma, y obligándola repetidas veces por medio de una vision á estudiar particularmente cada uno de los tormentos del infierno, la reconvinó por sus sollozos, diciéndola:—«Francisca, ¿por qué lloras?» Postróse de hinojos la

sierva de Dios á sus sagrados piés, y le contestó:—«Señor, lloro por la condenacion de aquella alma, y por la manera cómo se ha acarreado semejante desventura.»—«Hija mia, la replicó entónces su divina Majestad, así se lo ha querido; Yo la enriquecí con innumerables auxilios de gracia para que alcanzase su salvacion, mas no ha querido aprovecharse de ellos. Estoy complacido de tu compasion, pero preferiria que adorases mi justicia.» En otra ocasion, viéndose obligada á fijar los ojos de la consideracion en los tormentos de los condenados, dijéronla los Ángeles:—«Francisca, procura con ahinco alcanzar el santo temor de Dios.» ¿Quién no sabe que en la hora presente se hallan en la gloria del cielo millares y millares de almas que jamas se habrian encontrado allí si no hubiese existido el infierno? ¡Oh qué reconvencion no es esta para los corazones privados del amor! Mas, al fin, como quiera que sea, la Cruz de Jesucristo no ha tenido sobre la tierra ningun otro auxiliar más poderoso que el fuego espantoso del infierno.

En efecto, aprovéchanos grandemente el pensar algunas veces en aquella horrible mansion de llanto sempiterno. Así como es innegable que la hermosa Francia se extiende á lo largo del

Canal de la Mancha; así como es una verdad evidente que el sol baña con sus luminosos rayos las blancas murallas, los magníficos puentes, los deliciosos jardines y los varios palacios llenos de recuerdos históricos de su hermosa capital; así como es cierto que se hallan millares y millares de hombres y mujeres en aquella populosa ciudad viviendo realmente y llenando cada cual los respectivos deberes que su estado les impone,—así es igualmente verdadero que existe un lugar llamado infierno, todo animado en la hora presente de seres desgraciados que están viviendo una vida agobiada con una muchedumbre de agonías y con las innumerables gradaciones de la desesperacion: á excepcion de los bienaventurados del cielo, ninguno tiene una conciencia tan viva de su vida como esos millones de almas condenadas. ¡Y no es imposible que nosotros vayamos tambien al infierno! ¡y no es imposible que hayamos ya enviado allá alguno de nuestros prójimos! Cuando recorremos las calles, no raras veces veremos á aquellos sujetos que habitarán un dia esa mansion de llanto sempiterno; algunos se encuentran ahora allí, que no estaban hace una hora; otros, que en este momento están en el campo, en populosas ciudades, en muelles y blandos lechos ó sobre las

claras aguas de los mares, acaso una hora despues habrán sido trasladados á aquellas mazmorras tenebrosas: esta es una verdad espantosa é incontrastable.

¡Pero si aun hay más! ¡Si ha habido un dia en que, á haber muerto, hubiésemos ido al infierno! ¡si en este momento se encuentran en él jovencitos y tiernas doncellas quienes pecaron ménos que nosotros y aun quizá una sola vez, miéntras que nosotros hemos cometido millares de culpas mortales! ¡Ay! ¡que todavía existen otros motivos más para confundirnos! ¿Cuánto tiempo hubiéramos perseverado en el servicio de Dios, si nos hubiesen asegurado que no existia el infierno? ¿habríamos abandonado nuestras culpas á no haber sido por miedo á esa morada de tormento perdurable? ¿Cómo se explica sino el extraño fenómeno de vivir alegres y llenos de ilusiones, al propio tiempo que, con todas las facultades de nuestra alma y todos los miembros y sentidos del cuerpo, estamos trabajando y desvelándonos noche y dia por adquirir un título y derecho á todas las penas que padecen los infelices condenados? A la manera que los vapores, elevándose de la superficie del mar estéril, donde el grano no puede crecer ni la vid producir fruto alguno, forman

las nubes que, resolviéndose despues en benéficas lluvias, caen y fertilizan los valles y collados; así tambien, de aquellos inmensos mares de fuego y maldicion, levántase la Compasion divina como una niebla, y formando una especie de nube, se resuelve despues en lluvia espiritual que derrama torrentes de gracia sobre las almas de los vivos. Ninguno aparte jamas la vista del infierno, no sea caso que, poco á poco y muy insensiblemente, brote y crezca dentro de su corazon una buena opinion de sí mismo, la cual acabe al fin por precipitarle en aquella horrible morada. Útil es, pues, grandemente útil el pensar en el infierno y en aquel misericordioso prodigio de no encontrarnos en él á la hora presente. ¡No! no os asusteis: lo que estais viendo es, en efecto, la blanca luz que el sol envia á la tierra; no temais: ese ruido es el viento que azóta las ramas del bosque vecino; estad seguros: vuestros ojos no os engañan, que realmente aquellos objetos son las torres de la villa que están durmiendo al sereno de la noche; calmaos: pues todo al presente se halla en perfecto reposo, todo es paz; nosotros nos encontramos aquí, y vivimos libres; ¡mas tuvimos bien merecido el haber sido trasladados allí, y hechos esclavos!

Pero si nos consagramos á buscar y procurar la gloria de Dios, haciendo de ella nuestra única ocupacion en la tierra, ¿será preciso que bajemos al infierno, y que aprendamos allí á regocijarnos en aquellos pavorosos atributos divinos que se aplacan con tan espantoso sacrificio? ¡No! gracias á Dios, semejante ejercicio no forma parte de nuestra devocion: nosotros somos criaturas de esperanza y de amor; nosotros tenemos que acudir allí donde la gloria de Dios nos sea posible hallarla, allí donde podamos servirla y fomentar sus intereses; ó si nos remontamos á la esfera de lo imposible, es únicamente porque nos ha llevado el amor en alas del silencio elocuente de un deseo pueril y extravagante: nada en su consecuencia tenemos que ver con el infierno. Hemos visto, ciertamente, que de nuestros tres objetos: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvacion de las almas, los dos primeros pueden hallarse tambien en aquella mansion de llanto sempiterno, pero no en las circunstancias que nos conciernen; y por lo mismo, las consideraciones sobre semejante morada no son necesarias para el plan que estoy desenvolviendo: bástanos á nosotros saber que existe el infierno; que en la hora presente se encuentra lleno de almas; que continuamente están

descendiendo muchas otras mas; que son horribles las espantosas ocupaciones en que se emplean; que no hay ninguno de entre nosotros que no esté corriendo riesgo de habitar aquella mansion de tormentos, ó al ménos que no se vea en la posibilidad de que semejante morada sea su herencia y posesion perdurables. Quienes sirven á Jesús por amor, no olvidan por eso estas verdades; al contrario, precisamente la grandeza de su amor es la que más contribuye á recordárselas.

SECCION II.

Devocion por los pecadores y almas benditas del purgatorio.

Mas si bien por la misericordia divina nos vemos libres de la obligacion de bajar al infierno, para buscar y promover allí los intereses de Jesús, está muy léjos de sucedernos lo mismo respecto al purgatorio. Si el cielo y la tierra están llenos de la gloria de Dios, de la misma manera acontece con aquella region trisísima, pero grandemente interesante del purgatorio, donde los prisioneros de la esperanza, por la amorosa justicia de su Salvador, se ven

privados de la bienaventuranza eterna; y si en mano nuestra está el promover los intereses de Jesús en la tierra y en el cielo, casi me atreveria á decir que podemos fomentarlos aun con mayor fruto en el purgatorio. Lo que yo en la presente obrita estoy esforzándome por demostraros es que podeis servir á Dios con las oraciones y prácticas de devocion, cualesquiera que sean vuestra ocupacion y empleo, cuyos ejercicios todos tienen una especial aplicacion al purgatorio; pues si bien algunos teólogos sostienen que no es infalible el efecto de la oracion en sufragio de las ánimas benditas á pesar de no oponer ningun obstáculo, sin embargo, es mucho más seguro que el efecto de la oracion ofrecida por la conversion de los pecadores que viven en la tierra, donde con tanta frecuencia queda defraudada por su perversidad y malas disposiciones. De cualquier modo que sea, el objeto que me he propuesto hasta aquí en la presente obrita, no ha sido otro más que el demostrar cómo cada uno de nosotros sin pretender ejercitarse en obras que excedan la eficacia de nuestra gracia, sin aquellas mortificaciones para las cuales no tenemos valor bastante, sin aquellos dones sobrenaturales sobre los que no poseemos ningun

derecho, solamente con el afecto del amor y las prácticas de una sólida y verdadera devoción católica,—podemos hacer cosas grandes por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; tan grandes, que parecerán increíbles. En su consecuencia, dejaría mi asunto muy incompleto, si no consagrara algunas páginas á la devoción por las almas del purgatorio; y trataré, no tanto de las prácticas especiales de semejante devoción, las cuales podrá cualquiera encontrar en los manuales ordinarios, como del espíritu que en ella resplandece.

Rosignoli, en las *Grandezas de Dios en el Purgatorio*, obra que escribió á instancias del Beato Sebastian Valfré, del Oratorio de Turin, refiere, tomándolo de los *Anales de la Orden de Santo Domingo*, una interesante disputa habida entre dos religiosos virtuosos, relativa á los méritos respectivos de la devoción por la conversión de los pecadores y la de las almas benditas. Fray Beltran era el abogado por excelencia de los pobres pecadores: constantemente estaba aplicando Misas y ofreciendo por ellos todas sus oraciones y penitencias, con el fin de alcanzarles la gracia de la conversión:—«Los pecadores, decía, privados de la gracia santifi-

cante, se encuentran en un estado de perdicion eterna: los espíritus malignos continuamente les están poniendo asechanzas para privarles de la Vision Beatífica y conducirles á los tormentos eternos: nuestro Señor dulcísimo bajó del cielo y sufrió por su salvacion una muerte cruel é ignominiosísima. ¿Qué obra puede haber tan excelente como el imitar á Jesús y cooperar con Él á la salvacion de las almas? Cuando se condena un alma piérdese tambien el precio de su rescate. Ahora bien; las almas del purgatorio no corren semejante peligro, tienen asegurada su salvacion eterna; y si bien es verdad que al presente se ven anegadas en un mar de aflicciones, están seguras de salir al fin de ese estado; son amigas de Dios, mientras que los pecadores son sus enemigos, y el ser enemigo de Dios es la mayor calamidad que puede sobrevenir á una criatura.»

Fray Benito era igualmente un abogado entusiasta de las almas del purgatorio; ofrecia por ellas todas las Misas que estaba en su mano el aplicar, así como todas sus oraciones y penitencias:—«Los pecadores, decia, se han atado con las cadenas de su propia voluntad; podrian si quisieran abandonar la culpa; el yugo que llevan es obra de su eleccion, mientras que las

ánimas benditas tienen atadas sus manos y piés, contra su voluntad, con los más atroces tormentos. Pues bien; óyeme, querido Beltran, dime:— supongamos dos mendigos: uno, sano y robusto, el cual pudiese valerse de sus manos, y trabajar, si así le agradase, pero que prefiere sufrir la pobreza ántes que renunciar á las dulzuras de la holgazanería; y el otro, enfermo, tullido y enteramente abandonado, quien en su condicion lastimosa no pudiese hacer más que pedir socorro con lágrimas y sollozos;— ¿quién de los dos seria más digno de compasion, especialmente si el enfermo sufriese las más terribles congojas? He aquí, pues, cabalmente el caso entre los pecadores y las almas benditas: estas se encuentran padeciendo un martirio cruel; y si bien es cierto que se han merecido semejantes tormentos por sus culpas, hoy se ven ya libres de ellas, porque preciso es que hayan vuelto á la gracia y amistad de Dios ántes de que muriesen, de otra suerte, no habrían sido justificadas: ahora son muy queridas, grandemente queridas de Dios; y seguramente es menester que la caridad bien ordenada imite las sábias afecciones de la voluntad de Dios, amando con encendidísimo amor lo que Él ama muy entrañablemente.»

Fray Beltran, sin embargo, no queria ceder, confesándose vencido, á pesar de que no hallaba respuesta satisfactoria á la objecion de su compañero; pero la noche siguiente tuvo una aparicion que parece inspiró en su ánimo tal convencimiento, que en lo sucesivo cambió enteramente de conducta, ofreciendo todas sus Misas, oraciones y penitencias en sufragio de las almas benditas del purgatorio. Parece que la autoridad de Santo Tomas podia citarse en apoyo de la opinion de Fray Benito, cuando dice el Santo Doctor:—«La oracion por los difuntos es más agradable á los ojos de Dios, que la que se ofrece por los vivos, porque los difuntos tienen de ella una grandísima necesidad y no pueden socorrerse á sí mismos como los vivos.»

Cuán acepta sea á los ojos del Omnipotente semejante devocion, y cómo se digna su divina Majestad aparecer, digámoslo así, impaciente por la libertad de las almas benditas, abandonando, sin embargo, su rescate á nuestra caridad,—muéstrasenos claramente con la intachable autoridad de Santa Teresa de Jesús:—En el *Libro de sus Fundaciones* refiere que Don Bernardino de Mendoza la cedió una casa con su huerta y viña, que tenia en Valladolid, para

que fundase en ella un convento. Dos meses despues de esta cesion, y ántes de que la fundacion se llevase á cabo, cayó dicho caballero repentinamente enfermo y perdió el uso de la lengua, de suerte que no pudo confesarse muy bien, aunque dió no pocas señales de contricion:— «Murió, dice la Santa, muy en breve, harto léjos de donde yo entónces estaba. Díjome el Señor que habia estado su salvacion en harta aventura, y que habia habido misericordia de él, por aquel servicio que habia hecho á su Madre en aquella casa que habia dado, y que no saldria del purgatorio hasta la primera Misa que allí se dijese. Yo traia tan presentes las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entónces y me di toda la priesa que pude para fundar en Valladolid. Estando un dia en oracion en Medina del Campo, me dijo el Señor que me diese priesa, que padecia mucho aquel alma; y aunque no tenia mucho aparejo, lo puse por obra, y entré en Valladolid dia de San Lorenzo.» Continúa luego la Santa refiriendo cómo así que recibió el Santísimo Sacramento en la primera Misa que se decia en la casa, se la apareció el alma del caballero su bienhechor, toda resplandeciente y gloriosa, y en camino para el cielo. No esperaba esto Santa

Teresa; pues, como ella observa, «aunque se me dijo á la primera Misa, pensé que habia de ser á la que se pusiese el Santísimo Sacramento.» Casi hasta el infinito podria multiplicar las revelaciones de los Santos que prueban la especial predileccion con que mira nuestro Señor dulcísimo la devocion por las almas del purgatorio, con la cual se hallan tan estrecha y amorosamente ligados sus intereses. Pero ya es tiempo de formarnos una idea clara de nuestro asunto.

Existen, segun todos sabemos, dos mundos, es á saber, el mundo visible ó de los sentidos, y el espiritual: nosotros vivimos en el mundo visible, rodeados por el espiritual; y como cristianos que somos, mantenemos con este último verdaderas y continuas comunicaciones. Ahora bien; el mundo visible ó sensible, no es más que un mero fragmento ó porcion de la Iglesia: actualmente, la Iglesia del cielo ó triunfante cuenta entre sus moradores toda la muchedumbre de bienaventurados de todos los siglos, y sin cesar está embelleciéndose con nuevos Santos; necesariamente, en su consecuencia, tiene que exceder los limites de la Iglesia militante, la cual ni siquiera comprende la mayoría de los habitantes de la tierra: tambien es muy probable

que la Iglesia purgante exceda á la Iglesia militante en extension, así como la sobrepuja en hermosura.—Por lo que hace á aquel innumerable ejército de condenados, ningun deber tenemos para con semejantes sugetos: se han alejado y apostatado de nuestra compañía, y difícilmente sepamos el nombre de uno solo de aquellos infelices, pues no pocos han creído que Salomon alcanzó su salvacion eterna; algunos han llegado hasta el punto de no considerar las palabras de los Hechos de los Apóstoles, relativas á Júdas, como una decision infalible; y ni aun es tampoco unánime el consentimiento de los teólogos acerca de la condenacion de Saul. Mas sea lo que quiera, es lo cierto que estamos separados de los condenados, que en el infierno, todo cuanto les rodea es oscuridad y tinieblas, y ninguna relacion tenemos con ellos.

Mas por la doctrina de la comunion de los Santos y unidad del cuerpo místico de Jesucristo tenemos relaciones muy íntimas, así de afecto como de deber, con la Iglesia triunfante y purgante; y la devocion católica provéenos de no pocos medios especiales y probados para cumplir con semejantes obligaciones: de estos pienso hablar más adelante. Por ahora bástenos saber que Dios nos ha otorgado un po-

der tal sobre los difuntos, que no parece sino, como ya llevo indicado, que su suerte depende más bien de la tierra que del cielo; y seguramente, el que el Altísimo se haya servido concedernos semejante poder y dichos medios sobrenaturales para ejercerle, no es, por cierto, la prueba ménos tierna y decisiva de que su divina Majestad ha ordenado todas las cosas por amor. ¿No podemos nosotros por ventura concebir el gozo que experimentan los bienaventurados del cielo contemplando, desde el seno de Dios y en la calma apacible de su eterno reposo, esta escena de oscuridad, de inquietud, de duda y de temor, y regocijándose, en la plenitud de su caridad, sobre el inmenso poderío que tienen cerca del Sagrado Corazon de Jesús, para alcanzar noche y dia toda suerte de gracias y beneficios en favor de los pobres moradores de la tierra? Semejante ocupacion placentera no les distrae de la presencia de Dios; no interrumpe su Vision Beatífica, ni la eclipsa ú oscurece; no altera su gloria ni perturba la paz que están disfrutando; al contrario: sucédeles lo que á nuestros Ángeles de Guarda, cuyos afectuosos ministerios de caridad para con los hombres aumentan su gloria accidental. Pues bien; idéntico regocijo, guardada la debida proporcion,

podemos nosotros experimentar aun acá en la tierra: como nosotros estemos plenamente empapados en semejante devocion católica por las ánimas benditas, siempre abrigaremos una agradable complacencia considerando los poderes inmensos con que Jesús se ha dignado investirnos para favorecer á esas almas infelices: nunca nos asemejamos más á Jesús ni imitamos tan de cerca sus tiernos oficios de Salvador, sino cuando estamos devotamente ejercitando semejantes poderes; y jamas llegamos á humillarnos con tanta profundidad, más que al desempeñar el empleo de bienhechores de aquellas almas llenas de hermosura, las cuales tienen una superioridad inconmensurable sobre nosotros mismos, á semejanza de lo que se decia de San José, que habia aprendido á ser humilde mandando á Jesús: miétras estamos socorriendo á las ánimas benditas, amamos á Jesús con un amor incomparable, con un amor que llega casi á amedrentarnos, mas con delicioso miedo; porque, en semejante devocion, no hacemos otra cosa más que estar moviendo las manos de Jesús, cual si moviéramos las torpes é inexpertas manos de un niño. ¡Y no es increíble, Señor mio dulcísimo, que nos permitas obrar tan señaladas maravillas! ¡que nos concedas el privilegio in-

comparable de disponer de tus satisfacciones como mejor nos agrade, y de derramar tu Sangre Preciosísima cual si derramásemos agua sacada del pozo más cercano! ¡que limitemos la eficacia de tu Sacrificio Incruento! ¡que te designemos las almas que debes rescatar! ¡que esperemos á que nos obedezcas y que llegues á cumplirlo segun te lo exigimos! Incomparable fué, ciertamente, la humillacion de tu infancia; encantador tu anonadamiento en el Santísimo Sacramento del Altar; hechicero el abandono que por amor nuestro estás ordinariamente mostrando hácia tus esposas queridas las almas del purgatorio, cuya entrada en la gloria anhela con tanta impaciencia tu Sagrado Corazon. ¡Oh qué pensamientos, qué afectos y qué amor no llegaremos á atesorar en nuestras almas, si cual coros de Ángeles terrestres bajamos con la consideracion á contemplar el dilatado, silencioso é impecable reino del purgatorio, y agitamos luego con nuestro toque atrevido la real mano de Jesús, levantada sobre aquellas vastas regiones, rociándolas así, ricamente, á todas ellas con el bálsamo de la saludable Sangre que gota á gota está cayendo de aquella mano soberana!

SECCION III.

Dos vistas del purgatorio.

Siempre han prevalecido en la Iglesia dos vistas del purgatorio, las cuales, léjos de contradecirse entre sí, son más bien la expresion del espíritu y devocion de aquellos que llegaron á adoptarlas. La primera vista ó representacion del purgatorio se encuentra en la mayor parte de las Vidas y Revelaciones de los Santos italianos y españoles, en las obras de los alemanes de la edad media y en las pinturas y cuadros populares extendidos por Bélgica, Portugal, el Brasil, Méjico y otros paises. La segunda vista del purgatorio es la que logró popularizar San Francisco de Sales, á pesar de no ser original suya, sino copia sacada por el siervo de Dios de su Tratado favorito sobre el purgatorio, escrito por Santa Catalina de Génova, igualmente que de muchas de las Revelaciones de Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza, publicadas con una larga y sábia introduccion crítica por el dominico Fray Buenaventura Ponce, lector en Zaragoza. Ambas á dos vistas,

aunque, según acabo de indicar, no se oponen entre sí, tienen, no obstante, su propio y peculiar espíritu de devoción.

1.^a La primera vista está representada con los más vivos colores en los sermones terroríficos del Quaresimali italiano, y en aquellas pinturas que se encuentran en diferentes parajes de Italia, las cuales, con tanta frecuencia, provocan el fastidio del viajero inglés. Destácase el purgatorio en semejante vista simplemente como un infierno temporal, donde la violencia, la confusión, los lamentos, el horror, constituyen el principal asunto del cuadro: resalta en ella con vivo colorido, y no sin razón, la terribilidad de la pena de sentido con que el alma es, por permisión divina, misteriosamente atormentada: el fuego es de la misma naturaleza que el del infierno, criado única y exclusivamente para dar tortura al infeliz condenado; el fuego de la tierra, en su comparación, es como fuego pintado: véase representado en la misma el horror singular é indecible que siente el alma abandonada del cuerpo al ser presa de semejante agonía material; la sensación que causa en su ánimo aquella espantosa cárcel, y las densas y palpables tinieblas que reinan en aquel mundo de angustia, son, digámoslo así, episodios que aumentan el

horror de la escena, y nos preparan á aquella vecindad sensible á la region del infierno, que no pocos Santos han creido que está lindando con el purgatorio: los Ángeles están retratados como ejecutores activos de la inexorable justicia divina, y no han faltado quienes llegaron á dar más expresion á tan espantoso cuadro, pintando grupos de demonios que, por permission divina, pueden tocar y atormentar á las esposas de Cristo en aquellos fuegos abrasadores. A la terribilidad de la pena de sentido añádese la horribilidad de la pena de daño. La hermosura de Dios persevera en sí misma siendo lo que era, el objeto inmensamente apetecible; mas el alma está enteramente cambiada, pues todo aquello que en la vida y en el mundo de los sentidos embataba sus deseos de unirse á Dios, ha desaparecido de su presencia; de suerte que le busca ahora con una impetuosidad, que ninguna imaginacion es capaz de concebir: el mismo encendido exceso de su amor es la medida de su pena intolerable. Hasta donde sea capaz de llegar el amor, aun acá en la tierra, podemos inferirlo del ejemplo del P. Juan Bautista Sanchez, quien solia decir que estaba seguro moriria de pena, si alguna mañana, al levantarse, supiese con certeza que no habia de morir aquel dia. A to-

dos los horrores, últimamente, de semejante representación podríamos señalar no pocos otros, que pintan el purgatorio como un puro infierno temporal.

El espíritu de esta primera vista del purgatorio es un temor santo de ofender á Dios, un deseo de penitencias corporales, una grande estimación y confianza en las indulgencias, un excesivo horror al pecado y un temblor habitual de los juicios divinos: aquellos que han llevado una vida empleada en penitencias extraordinarias, y las más rígidas Órdenes religiosas, siempre han pintado el purgatorio con estos coloridos. Parece que semejante vista ha sido tomada, en sus más minuciosos detalles, de las conclusiones de los teólogos escolásticos, segun puede uno convencerse al punto, consultando á Belarmino, quien, en cada sección de su tratado sobre el purgatorio, compara las revelaciones de los Santos con las conclusiones de la teología. Nótese asimismo, que cuando el Beato Enrique Suso, por su grande familiaridad y amor de Dios, comenzó á dar ménos importancia que ántes á la terribilidad de las penas del purgatorio, advirtióle el Señor que semejante proceder era sumamente desagradable á sus divinos ojos. Y en efecto; ¿pues qué entendimiento es

capaz de comprender los castigos que Dios ha preparado á la culpa? ¿no hay acaso muchos teólogos, quienes no solo han dicho que la pena más liviana del purgatorio es mayor que la pena más grande de la tierra, sino aun mayor todavía que todas las penas juntas de la tierra? Hé aquí, pues, una verdadera vista, aunque no acabada, del purgatorio; y téngase en cuenta que no nos es permitido llamarla tosca ni grotesca, puesto que es la vista de muchos Santos y siervos de Dios, y vésela expuesta en las funciones populares de varios países católicos, que se celebran en el Día de Ánimas.

2.^a La segunda vista del purgatorio, si bien no llega á borrar ninguno de los rasgos de la vista precedente, casi los oscurece con las sombras de los varios objetos que en ella se destacan en primer término. En esta vista se ve representada el alma penetrando en el purgatorio con los ojos deslumbrados y el ánimo dulcemente tranquilo por el rostro de Jesús que acaba de contemplar por primera vez en el juicio particular: semejante vision de Jesucristo acompaña el alma al purgatorio, é ilumina y embellece las pavorosas escabrosidades de aquella cárcel, cual si fuese con los torrentes perennes de la argentada luz de la luna que parecen despedir los

ojos amorosos y agraciados de nuestro Salvador; imágen que infunde en el alma bríos bastantes para mantenerse firme en medio de aquel mar de fuego: desde el momento que el alma, en la presencia de su Dios, percibe su indignidad para entrar en el cielo, dirige voluntariamente su vuelo hácia el purgatorio, como la tortolilla á su nido en la espesura del bosque; ninguna necesidad tienen los Ángeles de conducirla allá, que ya es ella llevada en alas de la pureza de Dios, que acaba de reconocer y honrar con rendida adoracion. Veamos con qué maestría se describe semejante escena en una revelacion de Santa Gertrúdis, segun la refiere Blosio:—Vió la Santa en espíritu el alma de una religiosa que habia pasado toda su vida en el ejercicio de las más altas virtudes: estaba en pié delante de nuestro Señor, vestida y adornada con el ropaje de la caridad, pero sin atreverse á levantar sus ojos para mirarle, sino que los tenía bajos, como si estuviese avergonzada de permanecer en su presencia, y dando á entender, con ciertos ademanes, su deseo de alejarse de la vista de Dios. Maravillada Gertrúdis con semejante espectáculo, atreviósse á preguntar al Señor, diciendo:—*Misericordiosísimo Dios y Señor mio, ¿por qué no recibes esa alma en los brazos de*

tu infinita caridad? ¿Qué significan esos gestos extraños de desconfianza que observo en ella?

Entonces nuestro Señor tendió cariñoso su brazo derecho en ademan de querer traer el alma más cerca de sí; pero esta, con profunda humildad y grande modestia, se retiró de su lado.

Gertrúdis, cada vez más confusa con lo que estaba presenciando, preguntó á la religiosa por qué esquivaba las caricias y abrazos de un Esposo tan digno de ser amado; á lo cual contestó:—*Porque aun no estoy enteramente purificada de las manchas que mis culpas han dejado tras sí; y aunque, hallándome con semejantes reliquias, me concediese una entrada libre en el cielo, no la aceptaria; que á pesar de aparecer delante de tus ojos toda resplandeciente, conozco que no soy todavía una esposa digna de mi Señor.*

Desde el momento en que el alma es juzgada, ama á Dios muy tiernamente, y en retorno es por Él también amada con excesiva ternura. En esta segunda vista aparece el alma llena toda de hermosura; porque, ciertamente, no puede ménos de ser hermosa y agraciada, quien es esposa querida de Dios; y si bien es verdad que se encuentra sufriendo un castigo, mas está unida á Dios con lazo indisoluble:—«No conser-

va el más ligero recuerdo, dice terminantemente Santa Catalina de Génova, de sus culpas pasadas ni de cosa alguna de la tierra.» Su dulce prision, su santo sepulcro les tiene en la adorable voluntad de su Padre celestial, donde espera el término de su purificacion con el contentamiento más perfecto y con un amor inefable; y como no es molestada por ninguna imaginacion de sí misma ni del pecado, no se ve importunada por el miedo más liviano ni por la más mínima duda sobre la imperturbable seguridad que está disfrutando: es impecable, y hubo un tiempo, mientras vivió en la tierra, que este solo don la parecia que encerraba todo el cielo junto; no puede cometer la más ligera imperfección, no puede tener el más liviano movimiento de impaciencia, no puede, aunque quiera, desagradar á Dios en lo más mínimo; ama á Dios sobre todas las cosas, y le ama con un amor puro y desinteresado: constantemente la están consolando los Ángeles, y tiene que regocijarse en la seguridad irrevocable de su propia salvacion; hasta las más amargas agonías que allí experimenta, van acompañadas de una paz tan profunda é inalterable, que no hay lengua humana que sea capaz de expresar.

Ciertas revelaciones nos hablan de almas que

se encuentran en el purgatorio libres de la acción del fuego, quienes están allí languideciendo con resignación, por verse privadas de la presencia de Dios, privación que es para ellas suficiente castigo. Otras revelaciones existen también que hablan de multitud de almas que no tienen prisión fija, sino que están purificándose ora en el aire, ora en sus sepulcros, ya cerca del altar donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, en las habitaciones de aquellos que ruegan por ellas, ó bien, en fin, en los mismos lugares de sus pasadas vanidades y frivolidades mundanas. Si el silencio, sereno, dulce y resignadamente sufrido es aun entre nosotros un objeto tan digno de respeto y veneración, ¡cuánto más venerable y sagrado no debe ser el silencio que se guarda en aquella región de la Iglesia! Comparado el purgatorio con la tierra, con sus miserias, disensiones, dudas, inquietudes, riesgos, vaivenes, ¡cuánto más hermosa, cuánto más apetecible no es esa silenciosa, pacífica é inalterable región en que María ha sido coronada Reina, y San Miguel nombrado embajador perpetuo de las misericordias de tan gran Señora!

El espíritu de esta segunda vista es un afecto de amor, un vivo deseo de que Dios no sea ofen-

dido, un celo abrasado por los intereses de Jesús. Lo primero que empieza á hermosear semejante vista es aquel vuelo voluntario que toma el alma para dirigirse, desde la presencia de Jesús, á la mansion del sufrimiento; y así como aceptó con este acto el partido de Dios contra sí misma, igualmente continúa haciéndolo en lo sucesivo. En semejante vista se destaca la adoracion de la pureza y santidad de Dios; y está representada el alma viendo las cosas bajo el punto de vista divino é identificando sus propios intereses con los de su Dios y Señor: no podia esperarse otra vista del purgatorio, de un San Francisco de Sales y de la amorosa Santa Catalina de Génova, quienes se propusieron con semejante representacion mover á compasion y devocion, el ánimo de aquellos que la contemplasen, por el desamparo, más bien que por los padecimientos de las almas detenidas en el purgatorio; y sobre todo, el inducirles á ser celosos por la gloria de Dios y los intereses de Jesús.

¡Oh cuán sublime y encantador es el pensamiento de ese reino santo, de esa region de dolor y de pena! Allí no se oye un solo grito ni el más ligero murmullo: todo está mudo y silencioso como Jesús en presencia de sus enemigos. Jamas sabremos los grados de amor que

profesamos á María, hasta que no levantemos nuestras miradas hácia tan cariñosa Madre, desde el fondo de aquellos espantosos abismos, desde aquellos valles de fuego misterioso. ¡Oh hermosa region de la Iglesia de Dios! ¡oh manada amorosa del rebaño de María! ¡Qué espectáculo, hermanos míos, no se ofrece á nuestra vista, cuando contemplamos aquel sagrado imperio de impecabilidad y á la vez de sufrimientos los más agudos! ¡Allí se admira la belleza de aquellas almas inmaculadas, la hermosura y los encantos de su paciencia, la grandeza de sus dones, la dignidad de sus magestuosos é inmaculados sufrimientos, la elocuencia de su silencio, los resplandores del trono de María, que cual astro de la noche está iluminando aquella mansion de dolor y de inexplicable expectacion; los Ángeles alados, reflejando rayos de argentada luz y cruzando aquellos abismos de semejante region misteriosa; y sobre todo, aquel rostro invisible de Jesús, tan impreso en la mente de aquellas almas queridas, que no parece sino que le están viendo con sus ojos! ¡Qué pureza tan inmaculada no se descubre en este culto, en esta liturgia de sagrado sufrimiento! ¡Oh mundo, mundo enojoso, alborotador y malvado! ¡quién no desearia esca-

par, si pudiese, de tus peligrosos devaneos y arriesgada peregrinacion, como paloma enjaulada, para volar alegre hácia el lugar más bajo de aquella purísima, segurísima, santísima region de sufrimiento y de inmaculado amor divino!

SECCION IV.

Santa Catalina de Génova sobre el purgatorio.

La publicacion del Tratado de Santa Catalina de Génova es un hecho tan notable en la historia de la doctrina y devocion relativas al purgatorio, que no me parece inoportuno el dar de él aquí cuenta, aunque brevemente, á mis lectores. Monseñor Hardouin, Arzobispo de Paris, mandó, en 1666, examinar dicho Tratado á los doctores de la Sorbona, quienes, en su aprobacion, le llaman *una rara efusion del Espiritu de Dios sobre un alma pura y amada, y una prenda maravillosa de su solicitud por la Iglesia, y de su cuidado en iluminarla y asistirle segun sus necesidades*; y la aprobacion continúa diciendo, que los examinadores le consideran como un socorro providencial en favor de los católicos, otorgado justamente cuando estaban para aparecer las herejías de Lutero y Cal-

vino, quienes, entre otras de sus impiedades, una de ellas tendria por blanco el hacer guerra á los difuntos. El jesuita Martin d'Esparza, en 1675, presentó su censura del Tratado al Cardenal Azolini, que era el *ponente* en la causa de la beatificacion de la Santa; en cuya censura dice, que la doctrina del Tratado de Catalina *es irreprehensible, muy saludable y enteramente seráfica; que habia sido impresa en su alma por el Espíritu Santo, por medio de una muy especial y secreta ilustracion*; que semejante doctrina, juntamente con la de sus Diálogos entre el Alma y el Cuerpo, *era una prueba efficacísima de la santidad heroica de la sierva de Dios*. Maineri, en su Vida de la Santa, hace notar, como una coincidencia curiosa, el que por primera vez se diese autoritativamente el nombre de purgatorio, en 1254, al lugar intermedio entre el cielo y el infierno, por Inocencio IV, el cual era de la casa de los Fieschi, familia de nuestra Santa.

Vamos á dar á continuacion un extracto de la doctrina contenida en semejante Tratado: —No bien el alma, limpia de todo pecado mortal, mas debiendo todavia á Dios una deuda de castigo temporal, ha salido de este mundo y recibido la sentencia, cuando al punto conoce

que está confirmada en gracia y caridad; desde el momento en que abandona su cuerpo es ya incapaz de pecar y merecer, y está destinada, por un decreto inmutable y eterno, á entrar un dia, como reina, en la gloria del cielo, para ver, amar y alabar á Dios, fuente inagotable de toda felicidad.

En aquel momento se representan al alma todas las culpas, así mortales como veniales de su vida pasada, aunque perdonadas, mientras viviera en la tierra, por la contricion y el Sacramento de la Penitencia. Mas despues de esta instantánea y transitoria representacion de sus pecados, ya no vuelve nunca á acordarse de ellos en lo sucesivo:—«Al salir las almas, son palabras de la Santa, de esta vida, ven de una vez para siempre las causas del purgatorio, que ellas llevan consigo, para no volver á recordarlas jamas.» El motivo de semejante representacion de los pecados es, segun Santa Catalina, el disponer el alma en aquel instante, por medio de un acto que aunque no ciertamente meritorio, sin embargo es un acto real de la voluntad; el prepararla, repito, á detestar de nuevo todas sus culpas, y en especial, aquellos pecados veniales de los cuales no tuvo dolor ninguno durante su vida en la tierra, ora

por frialdad é imperfeccion del afecto de su voluntad en aborrecerlos, ó bien á causa del accidente de una muerte repentina; así es que puede afirmarse con toda verdad, que no es perdonada culpa alguna, cualquiera que sea, á ménos que el pecador no haga de ella un acto formal de detestacion.

Despues de esta representacion momentánea de las culpas pasadas y formal detestacion de las mismas, ve el alma en sí misma sus fatales consecuencias y *malignos legados*, y es lo que constituye *el impedimento*, como le llama la Santa, *para ver á Dios*:—«El orin de la culpa, dice Catalina, es el impedimento, y el fuego continúa consumiendo el orin; y así como no puede reflejar los rayos del sol un objeto manchado; mas limpio que sea de semejante mancha, llega al fin á verificarse en él la reflexion de los rayos solares; así sucede en el purgatorio, el cual libra el alma de la obligacion (reatus) de la culpa venial, no ménos que de la obligacion del castigo temporal debido por los pecados mortales ya perdonados.» Notará el lector que esta última asercion no se halla en desacuerdo, como algunos han creido, con la doctrina de Suarez y otros escolásticos, quienes sostienen que la culpa no deja en el alma *man-*

cha alguna que exija la accion purificadora de aquellos fuegos abrasadores; porque la Santa se expresa siempre, como si el purgatorio fuese, más bien que una purificacion de manchas, la absolucion ó descargo de una obligacion.

Tan pronto como el alma se apercibe que es acepta á los ojos de Dios y constituida heredera del paraíso, mas inhábil, á causa de semejante impedimento, para tomar inmediatamente posesion de su herencia, concibe un intenso deseo de librarse de este embarazo, de esta doble obligacion del reato y el castigo; pero conociendo que solo el purgatorio puede redimir estas dos obligaciones, y que Dios con ese mismo objeto la condena al fuego, anhela sufrir semejante castigo:—«El alma, son palabras textuales de la Santa, separada del cuerpo, no descubriendo en sí misma toda la pureza necesaria, y viéndose con este impedimento, que solo el purgatorio puede hacer desaparecer, arrojase al punto en sus llamas de muy buena voluntad; y si ella no encontrase este lugar del purgatorio convenientemente dispuesto para la remocion de semejante impedimento, sufriría allí el alma instantáneamente un infierno mucho más cruel que el purgatorio, mientras viese, que con motivo de semejante impedimento, la era imposible el lo-

grar vivir en compañía de Dios, su último fin. En su consecuencia, si el alma pudiese dar con otro purgatorio más terrible que este donde se encuentra, en el cual alcanzase una desaparición más pronta de este impedimento, se lanzaría en seguida en él con toda la impetuosidad del amor que la conduce á Dios.»

Mas no es esto solo. En el capítulo siguiente prosigue la Santa diciendo, que si el alma, batallando con semejante impedimento, estuviese en libertad para escoger, en la situación en que se encuentra, entre subir inmediatamente al paraíso, ó bajar á padecer al purgatorio, preferiría padecer, aunque estos sufrimientos fuesen casi tan espantosos como los del infierno. Oigamos sus palabras:—«Cuanta sea la importancia del purgatorio, no hay lengua que pueda expresar ni entendimiento que sea capaz de concebir. Según lo que me es dado alcanzar, veo que las penas del purgatorio son casi tan terribles como las del infierno; y con todo, veo igualmente que el alma, descubriendo en sí misma la más lijera falta, la motita más liviana de imperfección, preferiría ser arrojada en mil infiernos, ántes que encontrarse con semejante defecto en la presencia de la Majestad divina; y en su consecuencia, viendo que el purgatorio

está ordenado para la purificacion de semejante imperfeccion, zambúllese inmediatamente dentro de sus voraces llamas, y parécela, segun yo lo entiendo, que alli descubre una invencion no pequeña de misericordia, solo con poder alcanzar la remocion de semejante impedimento.»

Cuando el alma justa ha penetrado con estas disposiciones en el purgatorio, perdiendo el conocimiento de toda otra cosa, no ve delante de sus ojos más que dos objetos: el colmo del sufrimiento y el exceso del gozo. Es para ella causa de una pena terribilísima el saber que Dios la ama con amor infinito; que Él es el Bien soberano; que la mira como á hija suya muy querida, y que la ha predestinado para gozarle eternamente en compañía de los bienaventurados de la gloria; de aquí es que le ama con la más pura y perfecta caridad posible; mas al propio tiempo conoce que todavía no puede verle ni gozarle, aunque lo desea con vivas ansias; y esto la aflige tanto más, cuanto que ignora absolutamente la época en que se ha de acabar el término de su penoso destierro, que la tiene separada de la compañía de Dios y de la gloria del paraíso. Hé aquí, pues, aquella pena de daño que se padece en el purgatorio, de la cual dice la Santa que es «una pena tan

espantosa, que no hay lengua que pueda expresar, ni entendimiento que sea capaz de concebir la más ligera idea; y aunque Dios, en su bondad, me ha hecho conocer alguna cosa de la terribilidad de semejante tormento, yo, sin embargo, no encuentro medio con que poder expresarla con palabras.» Y comparando la Santa esta pena de daño con el hambre de pan, dice: —«Si no hubiera en todo el mundo más que un pan, el cual pudiese saciar el hambre de todas las criaturas, quedando enteramente satisfechas solo con mirarle, ¿cuál serían los afectos de un sugeto, quien poseyendo el instinto natural de comer que tiene en sana salud, ¿cuál serían, repito, sus afectos, si no pudiese comer, ni tampoco enfermar ni morir? Su hambre estaría aumentando continuamente; y sabiendo que no había más que un pan con que saciar su apetito, el cual, con todo eso, estaba lejos del alcance de sus miradas, quedaria hecho presa de un tormento insufrible. Semejante comparacion, no es, sin embargo, más que una sombra de lo que el alma está realmente sufriendo: sin cesar es atraída hacia Dios, único objeto que puede perfectamente saciarla; es atraída, digo, con una violencia amorosa é imperceptible, violencia que va siempre en aumento, á medida que el alma

continúa viéndose privada de su divino Objeto, por quien siente un hambre devoradora que excede todo humano encarecimiento. Y en la misma proporcion aumentaria tambien su pena, si no estuviese diariamente mitigada por la esperanza, ó más bien por la certidumbre de que está acercándose más y más á su bienaventuranza eterna: en las palabras del profeta conoce el infortunado que sufre, que *por cuanto trabajó su alma, verá y será hartado.*»

La Santa compara el alma padeciendo la pena de sentido, al oro en el crisol:—«Ved el oro: cuanto más le fundís, tanto más se purifica; y le sometéis á la accion del fuego, hasta que se consume y aniquila toda mezcla impura: tal es el efecto del fuego sobre los objetos materiales. Pero el alma no puede aniquilarse en Dios, mas si en sí misma; y cuánto más se purifica, tanto más se aniquila, hasta que llega á reposar en Dios enteramente limpia de toda impureza. Cuando el oro, segun frase de los plateros, es purificado hasta los veinticuatro quilates, por mucho fuego que le apliqueis, resiste á su accion sin consumirse, puesto caso que, en realidad, solo es consumida la impureza que le mancha. El fuego divino obra el mismo efecto en el alma: mantiénela Dios expuesta á la accion

del fuego, hasta consumir toda imperfeccion que empaña su brillo y reducirla á la pureza de veinticuatro quilates, cada alma, no obstante, conforme á su grado de perfeccion. Una vez así purificada, reposa enteramente en Dios sin retener cosa alguna de sí misma: Dios es su vida; y cuando purificada el alma de esta manera, la ha llevado su divina Majestad hácia sí, llega á ser impasible, porque nada se encuentra ya en ella que pueda consumirse; y si todavía, estando así purificada, continuase expuesta á la accion del fuego, no la causaria dolor alguno; al contrario, el fuego del purgatorio seria entónces el fuego del Amor divino, su misma vida eterna, donde el alma no podria ya experimentar la más leve molestia ni contradiccion. »

Tal es pues el primer objeto que se ofrece en el purgatorio á los ojos del alma: el exceso del sufrimiento. Examinemos ahora el segundo objeto que tiene delante su vista: el exceso del gozo. Como ama á Dios con el más puro amor, y sabe que el que padezca es la voluntad de su Majestad, para conseguir su purificacion, se conforma enteramente con el decreto divino; miéntras se encuentra en el purgatorio, no ve otra cosa más que aquello que agrada á Dios, no concibe otra idea sino la de la voluntad del Altísimo, no

aprende nada con tanta claridad, como la conveniencia de semejante purificacion, á fin de presentarse un dia toda hermosa y agraciada á los ojos de tan soberana y excelsa Majestad. Oigamos á Santa Catalina:—«Si un alma, no estando todavía enteramente purificada, fuese admitida á gozar de la vision de Dios, se consideraria gravemente injuriada, y su tormento excederia al de diez purgatorios, puesto caso que la seria imposible soportar aquella escesiva bondad y exquisita justicia del Rey de los siglos.» Hé aquí, pues, la razon por qué el alma está en el purgatorio enteramente resignada á la voluntad de su Criador: ama las mismas penas que padece, y regocíjase en ellas, por ser una santa ordenacion divina; y así es que, en medio de aquellos fuegos abrasadores, goza de un contentamiento tan inefable y completo, que excede el alcance de la inteligencia humana:—«Yo no creo que sea posible hallar un contentamiento que se acerque á aquel que están disfrutando las almas en el purgatorio, á no ser el que gozan los bienaventurados en la patria del cielo. Semejante alegría recibe un aumento continuo, por la influencia que Dios ejerce en aquellas almas, y cuyo influjo va creciendo á medida que el impedimento se consume y aniquila. Efectivamente, por lo que hace

á la voluntad, difícil es afirmar que las penas sean verdaderas penas, cuando hacen á las almas reposar tan alegremente en la ordenacion de Dios, á cuya voluntad soberana las tiene unidas el puro amor.»

En otro lugar afirma la Santa, que este júbilo inefable del alma miéntras se encuentra sufriendo en el purgatorio, nace de la intensidad y pureza del amor que profesa á su Dios:—«Este amor, son sus palabras, infunde en el alma tal contentamiento, que no hay lengua que pueda expresar; contentamiento que no disminuye un ápice de la pena que está sufriendo, ¿qué digo? precisamente la tardanza que experimenta el amor en la posesion del Objeto amado, es la que produce semejante sufrimiento, el cual es tanto más terrible, cuanto mayor es la perfeccion del amor de que Dios la ha hecho capaz; en su consecuencia, las almas en el purgatorio sienten á la vez el más inefable contentamiento y el dolor más insufrible, sin que lleguen á oponerse entre sí en lo mas mínimo.» Por lo que hace á las oraciones, limosnas y Misas que se aplican en su alivio, la Santa sostiene que reciben las almas en ellas una gran consolacion; pero que así en estos sufragios como en todo lo demas, su principal sollicitud consiste en que todo sea pesado en la

balanza fiel de la voluntad divina, dejando á Dios hacer en todo, aquello que más le plazca, y tomar de cuenta suya el satisfacer á su Persona y justicia, por los medios que su bondad infinita quiera elegir.»

Concluye su Tratado echando una ojeada sobre su prójimo y otra sobre sí misma. Al dirigirse á su prójimo, apostrófale en los siguientes términos:—«Ojalá que yo pudiese levantar tan alto mi voz, que causase espanto á todos los hombres que habitan la tierra, diciéndoles. ¡Miserables criaturas! ¿por qué os habeis dejado cegar por el mundo hasta el extremo de no cuidaros de hacer provision alguna para aquella imperiosa necesidad que os ha de salir al encuentro en el instante de la muerte? Todos vosotros os acogeis bajo la esperanza de la misericordia divina; pero ¿acaso no comprendéis que la bondad misma de Dios se levantará en juicio contra vosotros, por haberos resistido á la voluntad de un Señor tan bueno? No os echeis en brazos de una falsa confianza, diciendo:—*Cuando me llegue la hora de la muerte, haré una buena confesion, ganaré luego una indulgencia plenaria; de esta suerte, en aquellos últimos instantes de mi vida, me encontraré limpia de todas mis culpas, y así es cómo alcanzaré mi*

salvacion eterna. Reflexionad un poco: para ganar una indulgencia plenaria, se requiere la confesion y contricion; y esta es tan dificil de alcanzar, que si vosotros bien lo supiereis, temblariais de espanto, y más bien os inclinariais á creer que semejante gracia jamas llegará á concedérseos, que no á esperarla con esa confianza que al presente abrigais.»

Cuando se miraba á sí misma á la luz de una iluminacion sobrenatural, veia que habia sido colocada por Dios en la Iglesia, para ser una fiel y viva imágen del purgatorio. Oigámosla cómo se expresa:—Esta forma de purificacion que yo contemplo en las almas del purgatorio, ahora la estoy viendo en mi misma alma: veo que mi espíritu se halla en el cuerpo como en un purgatorio enteramente parecido al verdadero, solo con la diferencia de que mi cuerpo puede padecer sin espirar; no obstante, este mi sufrimiento está sin cesar aumentando en él gradualmente, hasta que llegue el instante en que muera.» En efecto, su muerte fué muy maravillosa, y siempre ha sido considerada la sierva de Dios como mártir del amor divino. Tambien es igualmente cierto que desde el principio adquirió tal reputacion de ser la gran doctora del purgatorio, que ya en su antigua Vida—*Vita Antica*,—exami-

nada por varios teólogos y aprobada en el proceso de su canonización, la cual escribieron Marabotto, su confesor, y Vernazza, hijo espiritual de la misma Santa, se leen las siguientes palabras:—« Verdaderamente, parece que Dios ha suscitado á esta su criatura como espejo y dechado de las penas de la otra vida, que las almas padecen en el purgatorio: es lo mismo que si la hubiese colocado sobre un muro elevado, que separase la vida presente de la venidera, á fin de que, viendo los sufrimientos de aquella vida futura, nos manifestase, aun en la presente, lo que nos espera cuando hayamos pasado la frontera.» Tal es, pues, el extracto del maravilloso, bello y exquisito Tratado de Santa Catalina, que la ha merecido el ser contada entre los teólogos de la Iglesia.

Idéntica á la vista de Santa Catalina sobre el purgatorio, es la breve, pero galana y patética descripción del mismo lugar, debida al pincel del Dante, en aquella hermosa escena donde él y Virgilio andan vagando por los arrabales del purgatorio:—Siéntese de repente el poeta todo deslumbrado por los brillantes resplandores de un Ángel que viene atravesando el mar y dando impulso á un bajel lleno de nuevas almas destinadas al purgatorio; y describe el pequeño

barco como acercándose á la orilla tan ligeramente, que no forma estela ni parece que toca la superficie del agua; y mientras tanto, las almas que hace unos momentos abandonaron la vida, la tierra y el juicio, con afecto melancólico mezclado de alegría, cantaban:—*In exitu Israel de Egipto*, etc. Hé aquí, ciertamente, uno de los más bellos pensamientos del Dante; y como teólogo que era á la vez que poeta, párecenos que merece la pena de mencionarle en este lugar como prueba que nos hace ver cuál era la concepcion del purgatorio entre las personas entendidas y de talento en la época del autor de la Divina Comedia.

SECCION V.

Union de las dos vistas.

Mas veamos ahora qué tienen de comun ambas á dos vistas del purgatorio: semejante examen es una consideracion sumamente práctica. Yo supongo que no habrá ninguno de entre nosotros que espere condenarse: conocemos y sentimos, con mayor ó menor alarma, la grandeza del riesgo que estamos corriendo, pero

sin esperar ser condenados, lo cual seria el pecado de desesperacion; así es que el infierno nos interesa solo como motivo que contribuye poderosamente á avivar nuestra diligencia, exactitud, circunspeccion y temor. Mas no nos sucede lo mismo con el purgatorio: supongo que todos nosotros esperamos ó nos creemos seguros de ir allá. Si apenas fijamos la consideracion en semejante asunto, entónces tal vez abriguemos en nuestro ánimo alguna vaga noción de que iremos derechamente al cielo, no bien hayamos sido juzgados; pero si reflexionamos seriamente sobre ello, sobre nuestra vida, sobre la santidad de Dios, sobre lo que leemos en los libros de devoción y las Vidas de los Santos, casi no puedo concebir que haya alguno de entre nosotros que espere evitar el purgatorio, cuando debiera más bien tener la persuasión, de que es casi un esfuerzo de la divina misericordia el que se sirva conducirnos á aquel lugar de expiacion; imaginarnos otra cosa, más que esperanza heroica, seria una vana presuncion. En su consecuencia, si realmente esperamos que nuestro viaje para el cielo le hemos de hacer pasando ántes por los tormentos del purgatorio, porque penal es, en efecto, su purificacion, impórtanos sobremanera el saber qué

tienen de comun ambas á dos vistas del purgatorio, que son las que parecen prevalecer en la Iglesia.

Primeramente, convienen ambas á dos vistas en la terribilidad de la pena, nacida, ora del oficio que segun ordenacion divina tienen que llenar, ora á causa de ser el alma, separada del cuerpo, el objeto de su accion. Convienen igualmente ambas á dos representaciones en la duracion del sufrimiento: hé aquí un punto sobre el cual es preciso que nos detengamos unos momentos, ya que la generalidad de los fieles, dificilmente llega á convencerse de semejante duracion; y no obstante, de este convencimiento resultan grandes ventajas, así á nosotros como á los demas. Dicha duracion puede considerarse bajo dos respectos: primeramente, como una extension real de tiempo; y segundo, como una duracion aparente, nacida del exceso de la pena. Por lo que hace á la duracion del sufrimiento considerado bajo el primer aspecto, si examinamos las Revelaciones de Sor Francisca de Pamplona, hallaremos, que entre millares de casos de almas condenadas al purgatorio, la mayor parte estuvieron sufriendo treinta, cuarenta ó sesenta años. Citemos algunos ejemplos: un santo obispo, ántes de que se apareciese á la sierva de Dios, ya

habia estado penando en el purgatorio cincuenta y nueve años, por algunas negligencias en el desempeño de su elevado cargo; otro obispo, el cual fué tan desprendido de sus rentas, que se le apellidaba el limosnero, estuvo cinco años, por haber deseado la dignidad episcopal; otro obispo pasó cuarenta años; un párroco, cuarenta años, porque, debido á su negligencia, murieron algunos enfermos sin recibir los últimos Sacramentos; otro sacerdote, cuarenta y cinco años, por falta de reverencia en las funciones de su ministerio; un caballero, cincuenta y nueve años, por su apego á las cosas de la tierra; otro, sesenta y cuatro años, por su pasion á jugar dinero á los náipes; otro, treinta y cinco años, por vanidad mundana. Parece que segun las Revelaciones de Sor Francisca, generalmente son los obispos, quienes permanecen más tiempo en el purgatorio, y los que á la vez están en él sufriendo mayores tormentos.

Sin multiplicar ejemplos, que ciertamente nos seria fácil mencionar, los que acabamos de aducir, nos enseñan á tener más vigilancia sobre nosotros mismos, y á ser incansables y perseverantes en rogar por los difuntos: las antiguas fundaciones de Misas perpetuas revelan el mismo sentimiento. Estamos demasiado inclina-

dos á cesar muy luego en los sufragios por nuestros amigos, imaginándonos tontamente que salen del purgatorio más pronto de lo que sucede en la realidad. Si Sor Francisca vió en espíritu penando aun en el purgatorio las almas de muchas fervorosas carmelitas, algunas de las cuales habian obrado milagros durante su vida, diez, veinte, treinta, sesenta años despues de su muerte, sin que todavía se acercase el tiempo de su rescate, conforme muchas de ellas se lo manifestaron, ¿qué no nos pasará á nosotros y á nuestros allegados? En cuanto á la aparente duracion en el exceso del sufrimiento, se citan en las Crónicas de San Francisco, en la Vida de Francisco Gerónimo y en otros escritos por el estilo, no pocos ejemplos de almas que se aparecieron una ó dos horas despues de su muerte, y ya creian que habian estado muchos años padeciendo en el purgatorio: acaso este sea el purgatorio de aquellos que por fin se acogen al Señor en la hora de su muerte.

Ambas vistas convienen tambien en la terribilidad con que son castigadas aquellas faltas que en el mundo llamamos lijerísimas: San Pedro Damiano nos ofrece no pocos ejemplos acerca del particular, y de muchos otros hace mencion Belarmino. En las obras de estos escritores

ocurren con frecuencia ejemplos de almas, que se encuentran padeciendo en el purgatorio por leves afectos de propia complacencia, ligeras distracciones en el rezo del Oficio divino y otras imperfecciones por el estilo. Sor Francisca aduce el caso de una doncellita de catorce años, castigada á sufrir las penas del purgatorio, por no haberse completamente conformado con la voluntad de Dios, que dispuso saliese de esta vida en tan tierna edad; y aun llegó un alma á hablar en estos términos á la sierva de Dios:— «¡ Ay! apenas piensan los hombres en el mundo cuán caro tienen que pagar aquellas faltas que casi no llegaban á notar durante su vida! » La misma religiosa hasta vió almas que eran horriblemente atormentadas, solo por haber sido escrupulosas mientras vivieron en la tierra; ora, así me parece, á causa del amor propio que generalmente reina en los escrúpulos; ó ya por no rendirse dichos sugetos á lo que la obediencia les ordenaba. Las nociones erróneas acerca de las faltas ligeras, pueden inducirnos á olvidar á los fieles difuntos, ó á cesar demasiado temprano en las oraciones que aplicamos en sufragio suyo, no ménos que á privarnos de una leccion provechosa á nuestras almas.

Convienen ademas, ambas á dos vistas del

purgatorio, en el abandono en que se encuentran las almas benditas: yacen postradas en aquel lugar como el paralítico de la piscina; no parece sino que ni la bajada del Angel es para ellas un remedio eficaz, á ménos que alguno de nosotros no vaya á socorrerlas. Escritores ha habido, quienes llegaron á sostener que no pueden rogar; y como quiera que sea, ningun medio tienen para hacerse oir de nosotros, de cuya caridad depende su salvacion. Ni han faltado escritores, los cuales dijeron que nuestro divino Redentor no quiere socorrerlas sin nuestra cooperacion, y que la santísima Virgen no puede favorecerlas sino por medios indirectos, á causa de no estar ya en mano de nuestra Señora el satisfacer. Qué poco me agrada el oir hablar de cosas que nuestra Madre querida no puede obrar; así es que miro semejantes afirmaciones con cierta sospecha ó prevencion. Estas opiniones, sin embargo, al ménos nos representan la viveza con que los teólogos conciben el abandono de las ánimas benditas. Otro de los caractéres de semejante desamparo consiste en el olvido de los vivos y en la cruel lisonja de sus parientes, quienes, adulándose vanamente, siempre quieren que sus allegados mueran la muerte de los Santos. Si supiesen el número no

Misas y oraciones, que les roban con semejantes exageraciones egoístas, relativas á la santidad que llevaron consigo al salir de este mundo, no dejarían ciertamente de abrigar en su ánimo algun escrúpulo; y la llamo exageracion egoísta, pues no es más que una miserable estratagema con que pretenden consolarse en su afliccion. La verdadera situacion, pues, de las almas benditas, consiste en el más deplorable y espantoso abandono: no pueden hacer penitencia, ni merecer, ni satisfacer, ni ganar indulgencias, ni recibir Sacramentos, ni vivir bajo la jurisdiccion del Vicario de Dios, quien, á manos llenas, está derramando gracias y bendiciones sobre nuestras cabezas; las ánimas benditas son una porcion de la Iglesia, sin sacerdocio ni altar á su disposicion.

Tales son, pues, los rasgos en que convienen ambas á dos vistas ó representaciones del purgatorio; y no pocas son las lecciones que podemos aprender, grandemente útiles, así á nuestro propio aprovechamiento, como al de las almas benditas. Por lo que hace á nosotros, ¡cuánta luz no arrojan semejantes rasgos comunes, sobre la flojedad, tibieza y amor al ocio! ¡qué concepciones no inspiran en nuestro ánimo, relativas á las devociones que practicamos por mero espíritu

de ceremonia ó por simple rutina! ¡qué cambio no obrarian en nuestra conducta! ¡qué diligencia en nuestros exámenes de conciencia, confesiones, comuniones y oraciones! No parece sino que la gracia de todas las gracias, por cuya consecucion deberíamos estar siempre importunando á nuestro Señor dulcísimo, consiste en detestar el pecado con aquel aborrecimiento con que Él le detestara en el Huerto de Gethsemaní. ¡Oh! ¿pues no es la pureza de Dios un objeto pavoroso, indecible, adorable? Aquel, que es en sí mismo un simple y puro acto, ha continuado obrando, multiplicando actos, desde la creacion hasta el presente,—¡y no ha empañado, con todo, su pureza con mancha alguna! Constantemente se está mezclando, con incomparable condescendencia, en aquellas cosas que tiene bajo sus piés soberanos—¡y ninguna mancha! Ama á sus criaturas con un amor inmensurablemente más intenso que las más fogosas pasiones de la tierra—¡y ninguna mancha! Es omnipotente; y no obstante, excedé á los límites de su inmenso poderío el recibir mancha alguna. Es tan puro, que su Vision Beatifica causa una pureza y felicidad eternas; la pureza de María no es más que una lijera y clara sombra de la pureza de Dios, ¿qué digo? la Sagrada Humani-

dad de Jesús no puede honrar debidamente la pureza inmaculada del Altísimo; y nosotros ¡hasta nosotros! estamos llamados á reposar eternamente en los brazos del Rey de la majestad, y á descansar en medio de los esplendores sempiternos de aquella Pureza increada! Pues ahora bien; examinemos nuestra vida, sondeemos, siquiera no sea más que durante un solo día, los senos de nuestro corazón, y veremos no pocas intenciones siniestras, respetos humanos, amor propio, tibieza, que mancillan nuestras acciones y aun nuestras devociones; y de esta suerte, un purgatorio siete veces más encendido, y habitado hasta el día del juicio, deberá parecernos un delicioso noviciado para la Vision del Santo de los Santos.

Ciertas personas se revuelven contra el pensamiento del purgatorio: háceselas demasiado duro, el que después de haberse afanado durante toda su vida en servir á Dios, tengan que completar la tremenda hazaña de una buena muerte, pasando de las agonías de la última hora, al fuego penoso, vivo, terrible, devorador del purgatorio. ¡Ay, mis amigos queridos! ¡Vuestro enojo de nada os servirá! ¡no alterará, ciertamente, los hechos! ¿Pero habeis pensado suficientemente en Dios nuestro Señor? ¿habeis

tratado de conocer su santidad y pureza en meditaciones asiduas? ¿existe un verdadero divorcio entre vosotros y el mundo, que, como sabéis, es enemigo de Dios? ¿tomáis el partido del Eterno? ¿os habeis casado con sus intereses? ¿suspiráis y trabajáis por su mayor honra y gloria? ¿habeis colocado la culpa junto á la Pasion de nuestro Salvador dulcísimo, para comparar y medir la una con la otra? Seguramente, si así lo hicieseis, el purgatorio no os parecería sino la invencion suprema, inesperada é incomparablemente tierna de un obstinado amor, que misericordiosamente está determinado á salvaros á pesar vuestro; sería para vosotros un portento perpetuo, un portento delicioso, siempre nuevo y lleno de frescura, un portento que os serviría de manjar y bebida para vuestra alma, el que vosotros, siendo quienes sois, lo que conocéis ser, lo que aprehendeis que Dios sabe que sois,—fueseis eternamente felices en la gloria del cielo. Recordad lo que aquel alma del purgatorio dijo en lenguaje sencillo, pero lleno de energía, á Sor Francisca:—«Quienes viven en la tierra, apenas piensan cuán caro les ha de costar aquí la conducta que observan en el mundo.» ¿Os enojáis porque se os dice que ireis al purgatorio? ¡Necios, necios! Lo

más probable es que semejante enfado sea una falsa lisonja, una zalamería, y que jamás llegareis á ser bastante buenos para ir al purgatorio. Porque, francamente, no conoceis vuestro propio interes, cuando se os habla del purgatorio; y entiéndase bien, que nadie irá allá sino el humilde. Recuerdo que fué revelado á María Crocifissa, que si bien muchos Santos, miéntras vivieron en el mundo, amaron á Dios aun más que le aman algunos bienaventurados en el cielo; con todo eso, el más grande Santo de la tierra no era tan *humilde* como las almas del purgatorio: no creo haber leído nunca en las Vidas de los Santos nada que haya causado en mi ánimo tanta impresion. Veis, pues, que es inoportuno el enojaros, puesto que únicamente les cabe la suerte dichosa de ir al purgatorio, á aquellos que sinceramente se juzgan dignos del infierno.

Mas no solo los susodichos rasgos comunes á las dos vistas encierran enseñanzas provechosas á nosotros mismos, sino tambien, segun llevamos indicado, á las mismas almas benditas: vemos que nuestras atenciones caritativas para con ellas, es ménester que sean mucho más eficaces y continuas que hasta el presente, puesto caso que se va al purgatorio

por faltas sumamente pequeñas, y se permanece en aquel lugar un tiempo incomparablemente más largo de lo que uno se imaginaba. Pero la más patética apelacion que las almas benditas dirigen á nuestra caridad, es el desamparo en que se encuentran en aquella mansion de tormento; y nuestro Señor dulcísimo, en sus amorosos designios, á fin de que las socorramos, nos ha otorgado un poder que excéde en extension á la incapacidad en que se hallan para favorecerse á sí propias. Algunos teólogos han dicho que no es infalible el efecto de las oraciones que se aplican por las ánimas benditas del purgatorio: los argumentos que aducen en defensa de semejante asercion, lo confieso, no me convencen. Mas aunque así fuese, ¡cuán asombrosas no son todavía las facultades que podemos ejercer en favor de los fieles difuntos! Porque, al fin, sostiene Santo Tomas ser más acepta á los ojos de Dios la oracion por los difuntos, que la oracion aplicada por los vivos. Nosotros podemos ofrecer y aplicar por las ánimas benditas todas las satisfacciones de Jesucristo Señor nuestro; nosotros podemos hacer penitencia por ellas; nosotros podemos darlas todas las satisfacciones de nuestras acciones y sufrimientos ordinarios; nosotros podemos cederlas, por via

de sufragio, las indulgencias que ganemos, siempre que la Iglesia haya ordenado que sean aplicables por los fieles difuntos; nosotros podemos circunscribir y encaminar hácia todas ó algunas de ellas, la intencion del Adorable Sacrificio de la Misa. La Iglesia, que no tiene jurisdiccion alguna sobre las almas del purgatorio, puede, sin embargo, por via de sufragio, hacer aplicables ó no aplicables las indulgencias en favor suyo; y con el auxilio de la liturgia, conmemoraciones, incienso, agua bendita, etc., y muy especialmente con la ingeniosa invencion de altares privilegiados, puede ejercer sobre ellas una eficaz influencia. La comunion de los Santos abre las venas y los canales, con que alcanzan su objeto, en Jesucristo, todas estas prácticas y ritos sagrados; el mismo cielo condesciende á ejercer su accion sobre el purgatorio, á través de la tierra; la soberana Reina de las almas benditas las socorre haciéndonos trabajar por ellas; los Ángeles y los Santos, por mediacion nuestra, las favorecen igualmente con sus dones, induciéndonos á ser limosneros suyos; y no raras veces, sin que nosotros mismos lo sepamos, ejercemos para con ellas semejante oficio; nuestro Señor amoroso se digna mirarnos, cual si quisiera decirnos: ¡Aquí están mis

instrumentos; trabajad en auxilio mio!—conduciéndose como un padre, quien deja ejecutar á su hijo parte de su obra, á pesar del riesgo que corre de vérsela echar á perder. Poseer semejantes poderes, y no ejercerlos, seria el colmo de la irreverencia para con Dios, no ménos que la más espantosa falta de caridad hácia los hombres. No hay cosa más irreverente, porque nada hay ménos filial, como el alejarse de los dones de Dios, únicamente á causa de su exuberancia. Cíerto instinto de seguridad induce al hombre á no mezclarse en lo sobrenatural; pero la verdad es, que no podemos mantenernos alejados de semejante orden, y ser salvos: el naturalismo es, pues, peligroso. Si nosotros rehusamos entrar en el sistema mencionado, y no ocupamos en él humildemente el puesto que nos corresponde, nos arrastrará tras sí, solo para despedazarnos, luego que nos tenga bajo sus órdenes. El miedo de lo sobrenatural es el más peligroso de los afectos; y la prevencion con que se le mira, es asimismo un pronóstico de condenacion eterna, que con demasiada frecuencia tiene su cumplimiento.

Todo cuanto llevo dicho hasta aquí, indirectamente al ménos, no ha sido más que un elogio en favor de la devocion por las almas benditas; pero

ahora es preciso que de un modo más directo, hable de las excelencias y prerogativas de semejante práctica devota.

SECCION VI.

Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.

1.^a No es ciertamente ninguna exageracion el llamar á la devocion por las almas benditas, no ménos una especie de centro, donde confluyen y van á encontrarse todas las devociones católicas, como una práctica que satisface más que ninguna otra devocion particular nuestros deberes religiosos, pues que es una devocion toda de amor y amor desinteresado: echemos una ojeada sobre las principales devociones católicas, y nos convenceremos de ello. Sea, por ejemplo, la primera, la devocion de San Ignacio á la gloria de Dios, la cual, si nos es permitido emplear semejante lenguaje, fué la devocion especial y favorita de Jesús. Pues ahora bien; el purgatorio no es sino un campo dilatado, donde puede recogerse una cosecha abundantísima de gloria de Dios: no se puede recitar oracion alguna en sufragio de las almas benditas, sin que al punto no sea Dios

glorificado en la fe y caridad que envuelve esa simple súplica; es imposible que reciba cualquiera de ellas ningun alivio, por pequeño que sea, sin que inmediatamente no se encuentre glorificado en la honra que se tributa á la Preciosa Sangre de su Hijo y en la aproximacion de semejante alma á la patria del cielo; no puede un alma ser redimida de su cautiverio; sin que el Altísimo no sea inmensamente honrado, al premiar sus propios dones, en la salvacion de esa alma querida; la Cruz de Jesucristo alcanza un triunfo glorioso, el decreto de predestinacion consigue una completa victoria y cuéntase ya un nuevo adorador en la Côte celestial. Además, la gloria de Dios, su gloria dulcísima, la gloria de su amor, más ó ménos tarde, es infalible en el purgatorio; pues que en semejante mansion no hay pecado alguno ni aun posibilidad de pecar; solo es cuestion de tiempo: todo cuanto se gana, es una ganancia real; todo la mies que se recoge, es puro trigo, sin escorzuelo, paja ni tamo.

Por otra parte, ¿qué devocion existe que con justicia sea más querida de los cristianos, como la devocion á la Sagrada Humanidad de Jesús, la cual, más bien que simple devocion, es un conjunto de devociones sumamente hermosas y variadas? Pues bueno; ved ahora cómo todas

ellas están comprendidas, y, por decirlo así, em-
papadas en la devocion á las almas benditas:
conforme á la rapidez con que las almas son res-
catadas del purgatorio, aumentase y se acelera
la abundante cosecha de la Pasion Sacrosanta
de nuestro Redentor dulcísimo; y una cosecha
temprana es no ménos rica que copiosa, porque
toda dilacion que experimente el alma en su en-
trada en el émpireo, para cantar las alabanzas del
cielo, es una pérdida irreparable y eterna para la
honra y gloria debidas á la Sagrada Humanidad
de Jesús. Qué cosas se oyen tan extrañas en el len-
guaje del santuario; y sin embargo, semejante
lenguaje no es más que la expresion de la verdad.
¿Puede por ventura recibir la Sagrada Humani-
dad de Jesús una honra mayor que aquella que se
le está tributando en el Adorable Sacrificio de la
Misa? No; y cabalmente en este Inefable Mis-
terio consiste nuestra principal accion sobre el
purgatorio. La fe en los Sacramentos, aplicados
en sufragio de los fieles difuntos, es un homenaje
agradable á Jesus; y lo mismo puede decirse de
la fe en las indulgencias, en los altares privile-
giados, etc.: las facultades todas de que se
halla adornada la Iglesia, para con ellas socor-
rer á las almas benditas del purgatorio, pro-
vienen de la Sagrada Humanidad de nuestro

Salvador, y son una álabanza y perpetua accion de gracias á Jesucristo Señor nuestro. Ultimamente, la devocion por las almas benditas, honra á Jesús imitando su celo en la salvacion de las almas; pues que semejante celo es la divisa de su pueblo y una herencia que Él nos legara.

La devocion á nuestra Madre amorosísima está igualmente comprendida en la devocion por los fieles difuntos, ya consideremos á esta Señora como Madre de Jesús, y participando, en su consecuencia, de los honores de la Sagrada Humanidad de su Hijo benditísimo; ya como Madre de misericordia, y, por lo tanto, especialmente honrada con las obras de misericordia; ó ya, en fin, como Reina del purgatorio, y poseyendo, bajo este concepto, toda suerte de intereses, á cual más inestimables, que promover con la redencion y libertad de las almas benditas.

A las devociones susodichas, podemos agregar la devocion á los Santos Ángeles, la cual va tambien comprendida en la devocion por los fieles difuntos. En efecto, la devocion por las benditas almas, está llenando constantemente los tronos que se hallan vacantes en los coros angélicos, esto es, aquellos vacíos deformes que ocasionó la caida de Lucifer y la tercera parte de la milicia celestial; y multiplicando los compañeros

de los espíritus bienaventurados. Puede asimismo suponerse que los Ángeles mirarán con especial interes á la Iglesia purgante, viéndola ya coronada con su precioso don y esclarecido ornamento de la perseverancia final; y no haber, con todo, entrado inmediatamente á poseer la herencia como ellos pasaron á disfrutarla, luego que terminó su estado de viadores. No pocos espíritus celestiales tienen igualmente un tierno interes personal en el purgatorio: millares, acaso millones de ellos, son los Ángeles de Guarda de aquellas almas, y cuyo oficio aun no ha cesado; miles tienen allí protegidos suyos, quienes, viviendo en la tierra, eran sus especiales devotos: San Rafael, que tan fiel fué para Tobías, ¿dejará de ser lo mismo para aquellas benditas almas que durante su vida mortal le honraron con particular devocion? Todos los coros están mutuamente interesados, ora porque semejantes almas han de ser un dia agregadas á cualquiera de ellos, ó bien por haberles tenido una devocion particular viviendo en el mundo. María Denise, de la Visitacion, todos los dias acostumbraba á congratular á su Ángel de Guarda, por la gracia que habia recibido, y con cuyo auxilio se mantuvo fiel, mientras tantos otros que le rodeaban, estaban ca-

yendo precipitados en los abismos. Era, segun ya llevo dicho arriba, el único hecho cierto que Denise conocia de su vida pasada:—¿podria, pues, este espíritu bienaventurado olvidar á su devota, caso de que por la voluntad de Dios hubiese ido al purgatorio? Ademas, San Miguel, en calidad de príncipe del purgatorio y regente de nuestra Señora; en cumplimiento del cargo honorífico que la Iglesia le atribuye en la Misa de difuntos, recibe como un homenaje tributado á su misma persona, todo acto de caridad á favor de las almas benditas; y si fuese cierto que un corazon celoso es siempre una prueba de agradecido, entónces, á no dudarlo, que aquel intrépido y magnánimo Arcángel nos recompensaria un dia sobreabundantemente y cual corresponde á un príncipe tan ilustre, y acaso dentro de los límites sometidos á su especial jurisdiccion.

Ni está ménos interesada en esta devocion por los fieles difuntos la devocion á los Santos: cólmales con las delicias de la caridad á medida que aumenta su número, embelleciendo á la vez sus órdenes y jerarquías: innumerables Santos patronos están personalmente interesados con una muchedumbre de almas, porque no solo subsisten las afectuosas relaciones que mediaron entre

ellos y sus protegidos; sino que han llegado á estrecharse con una ternura profunda que inspira en su ánimo la terribilidad del tormento que padecen sus devotos, y con un interés más vivo; á causa de la victoria completa que sus clientes han alcanzado con su valimiento; ven en las almas benditas la obra de sus propias manos, el fruto de su ejemplo, la contestacion á sus oraciones, el resultado de su patrocinio y la rica y hermosa corona de su intercesion afectuosa y caritativa. Todo esto puede aplicarse con mayor motivo todavía á los Fundadores de Órdenes y Congregaciones: semejantes Santos, semejantes Fundadores, son los hijos del Sagrado Corazon de Jesús; han sido concebidos en sus recónditos senos, amamantados con la Sangre más pura de ese Corazon inmaculado, la cual es más suave que la leche, y más exquisita que el vino de la rica é incomparable uva de las viñas de Engaddí; su caridad ha llegado á sorprender los secretos de la comprension y dilatacion de semejante Corazon Sacrosanto: ¿quién, pues, puede expresar los afectos de compasion que los Fundadores abrigan hácia aquellos hijos suyos atormentados en los fuegos abrasadores del purgatorio? Semejantes almas les honraron durante su peregrinacion en la tierra; vivieron en la casa

de sus Padres y Fundadores; su voz estaba constantemente resonando en sus oídos; sus fiestas eran días de júbilo, regocijo y canciones espirituales; sus reliquias les servían de escudo; su regla de segundo evangelio; sus dichos y acciones, nunca se les caían de los labios; su traje y librea las tuvieron en tanta estimación, como si fuese el vestido de un rey oriental, regalado á su valido. Él estaba con ellos durante todo el día; le amaban con frenesí; le alababan, hasta el punto de hacer á las gentes sonreír con su orgullo de familia; le temían como á una sombra, cuya triste mirada, cayendo sobre su alma, era para ellos una calamidad más espantosa que el fuego, la espada ó la peste; al acercárseles la hora de la muerte, su nombre, y ninguno otro, excepto los nombres de Jesús y María, era el único que pudo tranquilizar su espíritu atribulado, ahuyentar de su lado los enemigos malignos, y calmar los sobresaltos, y las apreturas, y las congojas, que si no alteran la perfección de nuestra paciencia, á lo ménos quitan á la muerte sus gracias y encantos. ¡Qué maravilla, pues, que las ame su Fundador, al verlas ostentando, inmaculadas y bellas, las presecas de su Orden, la gloria de su regla, en aquellos fuegos purificadores de Dios!

2.^a Pero hay otra particularidad en esta devocion por los fieles difuntos: no consiste en palabras y afectos, ni meramente induce á la accion, de un modo indirecto y á la larga; sino que es en sí misma una accion real, y, en su consecuencia, una devocion sustancial: habla, y una obra es ejecutada; ama, y una pena es disminuida; ofrece sacrificio, y una alma es liberada: nada puede haber más sólido; casi nos atreveríamos á compararla, guardada la debida proporcion, con la voz eficaz de Dios, que obra lo que dice, ejecuta lo que enuncia, y quiere, y aparece una creacion entera. La devocion soberana de la Iglesia consiste en las obras de misericordia; y ved cómo todas ellas se practican con la devocion por los difuntos: con Jesús, Pan de los Ángeles, alimenta á las almas hambrientas; con la exquisita bebida de su Preciosísima Sangre apaga la sed de las sedientas; viste al desnudo con el ropaje de la gloria; visita á los enfermos, llevándoles remedios eficaces con que curarles, ó al ménos, procurándoles, con semejante visita, alguna consolacion; redime á las cautivas, sacándolas de una esclavitud más espantosa que la muerte, otorgándolas una libertad celestial y eterna; acoge á las extrangeras, y el cielo es la mansion donde las recibe; entierra á las muertas

en el seno de Jesús, ofreciéndolas allí un descanso sempiterno. Cuando llegue el día del juicio final, y nuestro Señor amorosísimo haga estas siete preguntas de su proceso judicial, estos interrogatorios de las obras de misericordia, ¡cuán dichoso no será aquel sugeto, y acaso sea el más pobre de entre nosotros, quien jamas dió una limosna por haber él tenido que vivir mendigando; al oir su propia defensa, brillante y elocuentemente hecha por una muchedumbre de almas bienaventuradas, á quienes él ha dispensado semejantes obras de misericordia mientras gemian en la casa-prision de la esperanza, esto es, en el purgatorio! Tres veces al día se ponía San Francisco de Sales en la presencia de Dios, cual si estuviese ya viéndole sentado en su tribunal, examinándose para sentenciarse segun la ley de su Salvador. Hagamos nosotros siquiera esto; y así es cómo llegaremos á ser otros tantos servidores de San Miguel, otros tantos Ángeles de Guarda de aquella hermosa, pero melancólica region del purgatorio.

3.^a Otro punto de vista, desde el cual podemos contemplar esta devocion por los fieles difuntos, consiste en un completo y delicioso ejercicio de la tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que son las fuentes sobrenaturales de toda

nuestra vida espiritual. Primeramente, ejércita la fe; porque la devocion por los fieles difuntos, no solo conduce á los hombres á vivir en el mundo invisible, sino que tambien les excita á trabajar en él con tanta energía y conviccion, como si le tuviesen delante de sus mismos ojos. Espántanse no pocas yeces las personas irreflexivas ó ignorantes, de la minuciosidad, familiaridad y convencimiento con que oyen hablar del mundo invisible, como si fuese de las riberas del Rhin, de los olivares de la Provenza, de la campiña de Roma, ó de las costas de Nápoles; parajes que ellos han visitado en sus viajes, y cuya situacion geográfica conservan en su memoria, con la misma viveza que si los estuviesen viendo con los ojos. Pues bien; todo esto procede de la fe, de la oracion, de la lectura espiritual, del conocimiento de las vidas de los Santos y del estudio de la teología; y seria una cosa bien extraña y lamentable si así no sucediese; porque ¿qué es para nosotros, tanto en interes como en importancia, el mundo que vemos, comparado con el mundo oculto á nuestras miradas corporales? Ejercita igualmente nuestra fe en los efectos del Sacrificio y los Sacramentos, que no vemos; y no obstante, hablamos de ellos, con relacion á los difuntos, como

de hechos reales y consumados. Ejercita tambien nuestra fe en la comunión de los Santos, hasta un grado tal, que á un hereje le pareceria imposible poder él un dia rendir su inteligencia á credo tan extravagante y absurdo; ocúpase de las indulgencias con la misma sangre fria, que si fuesen las más ordinarias transacciones materiales de este mundo; conoce el tesoro invisible del que se sacan semejantes riquezas, las llaves invisibles que abren el tesoro, la ilimitada jurisdicción que pone infaliblemente dichas gracias á su disposición, la aceptación divina, aunque no revelada, de las mismas, y el efecto invisible que producen, con aquella misma certeza y seguridad que conoce el agua y los árboles, las calles y los templos; aunque frecuentemente no sepa presentar á los demas prueba alguna de semejantes cosas, ni aun darse á sí mismo razón de ellas. La difícil doctrina de la satisfacción, ninguna dificultad ofrece á la fe de esta devoción: la maneja con facilidad asombrosa; echa las cuentas que mejor la convienen; traspasa sus satisfacciones de acá para allá; cambia la dirección de una á otra parte, de este punto al otro opuesto, contando siempre, en semejantes operaciones, con el paternal beneplácito de su Dios y Señor: los

pormenores del gobierno doméstico de cada día, no se arreglan con más calma y serenidad, que aquella con que semejante devoción por los difuntos ordena estos objetos ocultos, que á cada paso están ofreciendo cuestiones tremendas, casi las más difíciles con que el entendimiento tiene que luchar. Manifiesta, en fin, la misma fe robusta en todas aquellas devociones católicas que, como dijimos arriba, están confluyendo en semejante devoción por los fieles difuntos; pues dice el Apóstol:—«Mi justo vive por fe; pero si se apartare, no agradará á mi alma;»—¿y qué es la fe, sino «la sustancia de cosas que se esperan, la evidencia de cosas que no aparecen?»

Ni esta devoción por las benditas almas es un ejercicio ménos heroico de la virtud de la esperanza, virtud desgraciadamente tan abandonada en la vida espiritual de los tiempos presentes. Porque ved qué edificio tan grandioso no levanta semejante devoción, edificio de hermosas, variadas y magníficas proporciones, en cuyo recinto, de un modo ó de otro, está encerrada toda la creación, desde el ligero dolor de cabeza que sufrimos, hasta la Sagrada Humanidad de Jesús, y al que tampoco es extraño ni el mismo Dios. Y bien; ¿sobre qué descan-

sa semejante edificio espiritual, más que sobre una sencilla y filial confianza en la fidelidad divina, que es el motivo sobrenatural de la esperanza? Esperamos por las almas á quienes socorremos, y son innumerables las bendiciones que esperamos alcanzar en beneficio suyo: esperamos hallar misericordia para nosotros mismos, por nuestra misericordia; y semejante esperanza alienta nuestros esfuerzos, sin disminuir en lo más mínimo el mérito de nuestra caridad. Si en vez de reservarnos nuestras satisfacciones é indulgencias, las cedemos en favor de las almas del purgatorio, semejante enajenacion no es más que un acto heroico de la virtud de la esperanza: entregámonos, confiados, en las manos de Dios; apenas llega á ocurrírsenos que, obrando de esta manera, quizá estemos sentenciándonos á permanecer años y años en aquel fuego abrasador: cerramos nuestros ojos, desechamos de nuestra mente todo pensamiento levantado, damos todas nuestras limosnas y nos arrojamos en los brazos de la divina Providencia. Y no haya miedo que seamos defraudados en nuestra esperanza; pues ¿quién confió alguna vez en Dios, que se viese chasqueado? ¡No! ¡no! que todo va á las mil maravillas, como uno se abandone en

manos de su divina Majestad. Además, semejante devoción por los fieles difuntos, obra sobre objetos que están más allá del sepulcro, donde se encuentra la morada de la esperanza, oculta bajo un velo. «Porque somos salvos por la esperanza, pues la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? y si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo esperamos.» Y no sin razón; que no es ningún sueño el estado de los difuntos, ni una ilusión nuestro poder para socorrerlos, como no lo son tampoco la pureza de Dios y la Preciosa Sangre de Jesús; y así, aunque existan no pocas consolaciones; mas nosotros somos quienes tenemos «un fortísimo consuelo, los que hemos tomado el refugio de asirnos á la esperanza, puesta delante de nosotros, la cual tenemos cómo una áncora del alma, firme y segura, que penetra hasta dentro del velo en donde es por nosotros introducido Jesús, nuestro Precursor, constituido Pontífice eternamente según el orden de Melquisedec.»

En cuanto á la caridad de esta devoción por las benditas almas, solo tenemos que decir que hasta se atreve á imitar la caridad del mismo Dios. En efecto, ¿qué hay en el cielo y en la tierra, que ella no abraza con tanta facilidad, con

gracia tanta, como si no tuviese apenas que emplear ningun esfuerzo, ó se olvidase de sí misma, y no pudiese mezclarse en distraerla? Es un ejercicio de amor de Dios, pues ama á aquellos á quienes Dios ama; y les ama porque Él les ama; y les profesa semejante amor, para aumentar la gloria de Dios y multiplicar sus divinas alabanzas: en solo este acto de amor están comprendidos cien amores de Dios, como podríamos verlo claramente si reflexionásemos acerca de la situacion de aquellas almas benditas, y contemplásemos todo cuanto envuelve la entrada de un alma en la bienaventuranza eterna de la gloria. Es un acto de amor á la Sagrada Humanidad de Jesús, ya que engrandece la copiosa redencion de nuestro Salvador; honra sus méritos, satisfacciones, designios y misterios; puebla el cielo y glorifica su Sangre; está llena de Jesús, de su espíritu, de sus obras, de su poder, de sus triunfos. Es asimismo, segun llevo demostrado arriba, un ejercicio de amor á nuestra Madre dulcisima, á los Ángeles y Santos del cielo. ¿Y quién es capaz de encarecer la grandeza de su caridad hasta para con las mismas almas del purgatorio, ora las demos la justa medida de todo lo que la Iglesia nos ordena que hagamos, juntamente con algunas limosnas voluntarias; ora

la medida llena de todas las satisfacciones libres de nuestra vida pasada, conforme lo practicaba Santa Gertrúdis; ya la medida enteramente apretada con todos aquellos sufragios que nos sean aplicados despues de nuestra muerte, imitando así el acto de renunciacion heróica del Padre Monroy; ya, en fin, la medida colmada, sobre la que se acumulan todas las restantes obras especiales de amor, tales como el promover semejante devocion por medio de conversaciones, sermones y libros; ó bien logrando de los demas, que apliquen por aquellas esposas queridas de Jesús, Misas, Comuniones, penitencias é indulgencias. Todos los vivos, incluso los pecadores, van comprendidos en semejante devocion por los difuntos; porque, poblando de nuevos ciudadanos á la Iglesia triunfante, multiplica de esta manera el número de abogados que intercedan por nosotros que aun estamos militando sobre la tierra. Es igualmente un ejercicio de caridad hácia nuestras personas, en cuanto que nos grangea amigos en el cielo; implora misericordia en favor nuestro, para cuando nos encontremos en el purgatorio siendo víctimas pacíficas, y, al mismo tiempo, llenas de pena y afliccion; aumenta nuestros méritos en la presencia de Dios; y luego despues, siempre que

perseveremos, nuestra recompensa eterna en la patria celestial. Pues ahora bien; si semejante afecto tierno por los difuntos es un ejercicio excelentísimo de las tres virtudes teologales; si hasta la santidad heroica consiste principalmente en la práctica de las susodichas tres virtudes, ¡qué rico acopio no debemos prometernos de una devocion tan afectuosa y encantadora!

4.^a Otra de las excelencias, que resplandece en la devocion por los fieles difuntos, consiste en sus efectos sobre la vida espiritual: cualquiera diria que era una devocion especialmente destinada á las almas de vida interior y recogida; pero, en realidad, encierra tantas enseñanzas, y es tan sobrenatural, que no debe uno sorprenderse de la influencia que ejerce sobre la vida espiritual. Porque, en primer lugar, dicha devocion es una obra enteramente oculta: no vemos los resultados; así es que ofrece escaso cebo á la vanagloria; ni es tampoco una devocion, cuyo ejercicio aparezca á los ojos de los demas: implica tambien un completo olvido de sí mismo, enagenándonos de nuestras propias indulgencias y satisfacciones, y manteniendo un vivo y tierno interes, por un objeto que directamente no nos concierne: es no solo un ejercicio por la gloria de Dios, sino por su mayor

gloria y sola su gloria: indúcenos á pensar únicamente en las almas, cosa tan difícil de conseguir en este mundo material, y á pensar también en ellas, simplemente en concepto de esposas de Jesús; así es cómo adquirimos una disposición de ánimo, que tan fatal es al espíritu del mundo y á la tiranía del respeto humano, llegando al mismo tiempo hasta á neutralizar la acción del veneno del amor propio: el pensamiento incesante en las almas benditas, conserva constantemente delante de nuestros ojos una viva imagen del sufrimiento; y no meramente de un sufrimiento pasivo, sino de una alegre conformidad con la voluntad de Dios que le envía. ¿Pero todo esto es acaso otra cosa que el espíritu mismo del Evangelio, la verdadera atmósfera de la santidad?

Además, nos comunica semejante devoción, cual si fuese por simpatía, los sentimientos que abrigan las almas benditas, aumentando así nuestra reverencial, pero confiada veneración á la adorable pureza de Dios; y como á escepción del caso de la aplicación de indulgencias por los fieles difuntos, el satisfacer por los pecados de otros, requiere un estado de gracia, es, en su consecuencia, una función especial del sacerdocio lego, que ejercen los miembros de Cristo. El

espíritu de la devocion es la compasion, antidoto contra la frivolidad y dureza de corazon, y prueba maravillosa del carácter tierno y afectuoso que resplandee en la levantada santidad; porque, ¿quién es capaz de expresar con palabras lo que llegaria á acaecer manteniendo ante los ojos, constantemente y con paciencia, durante años enteros, un modelo tan acabado de deseo vehemente, de inefable y resignado deseo de vivir en compañía de nuestro Señor amorosísimo? ¡Qué cosa tan maravillosa es la vida de un católico fervoroso! Es, digámoslo así, omnipotente, inmensa; pues que no es tanto él quien vive, sino Cristo, quien vive en él. ¿Cómo es que no obstante estar todos los dias de nuestra vida tocando y manejando objetos tan llenos de sobrenatural energía, de uncion secreta y de fuerza divina, no pensamos en ello, sino que menospreciamos las intenciones, malgastamos el tiempo en medio de este estupendo sistema sobrenatural de gracia, pareciéndonos á una piedra introducida en la tierra, que acompañándola en la rotacion, no tiene conciencia de semejantes impetuosas revoluciones diurnas?

Paréceme inútil enumerar los diferentes medios de que podemos valernos para practicar esta devocion por los fieles difuntos: son de

masiado conocidos de los católicos; y si fuésemos á ocuparnos extensamente de ellos, se necesitaria un libro entero. Por de contado, que el adorable Sacrificio de la Misa y las indulgencias, serán siempre los principales medios de ejercer nuestra caridad para con las almas benditas; y por lo que hace á las devociones que tienen indulgencias, pienso hablar largamente en cualquiera otra parte. Seria de desear, que la hechicera devocion de consagrar el mes de Noviembre á las benditas almas del purgatorio, á la manera que dedicamos el mes de Mayo á nuestra Madre amorosa, María santísima, se extendiese y arraigase entre nosotros; ya que es difícil haya devociones en la iglesia de Dios, que sean tan acomodadas á nuestro carácter y tan en armonía con los sentimientos de esta nacion, como las devociones por las almas benditas del purgatorio. En todas nuestras prácticas, tengamos presente siquiera estas dos cosas: 1.^a, que las personas piadosas tienen que expiar las faltas ligeras; y 2.^a, cuán largo es el proceso, dónde no puede haber ningún mérito que le abrevie ni aumente el valor del sufrimiento.

SECCION VII.

Ejemplo de los Santos.

Mas al propio tiempo que la eleccion de las prácticas particulares puede dejarse sin ningun peligro á la devocion de cada cual, no será inoportuno decir unas cuantas palabras acerca de los ejemplos de los Santos: sobre este asunto, como podia esperarse, son innumerables; y si bien no voy ahora á abrumaros, trasladando aquí un número considerable de ellos, deseo, sin embargo, ilustrar y confirmar mi doctrina relativa al purgatorio, con los ejemplos de personas santas. Los Diálogos de San Gregorio el Grande, pueden considerarse como la fuente principal de la devocion por las almas benditas, practicada en todos los siglos siguientes; y el P. Pedro Fabre solia decir, que aunque San Gregorio es un Santo que debe ser amado y honrado por muchas razones; mas ninguna otra se nos ofrece tan poderosa, como (me valgo de sus mismas palabras) la de habernos expuesto y legado aquel Santo Doctor, con asombrosa claridad y no menor lucidez y transparencia, la doctrina relativa al fuego del purgatorio. Pues creia este varon piadoso, que si San Gregorio no nos hu-

biese enseñado tantas cosas acerca de las ánimas benditas, la devocion de los siglos siguientes, por semejantes esposas queridas de Jesús, habria sido mucho más fria y desmayada; así es que, cuando predicaba sobre las excelencias y grandezas de esta devocion, tenia la costumbre de extender, juntamente con ella, una devocion especial á San Gregorio.

Aunque la mayor parte de los Santos se han distinguido de un modo singularísimo por su devocion á los fieles difuntos, pues enseña Santo Tomas, que es incompleta la caridad cuando no incluye, así á los muertos como á los vivos; no obstante, han existido ciertas almas santas, cuya vida parece que Dios destinó en sacrificio grandemente sobrenatural por los fieles difuntos: Sor Josefa de Santa Inés, religiosa agustina, fué una de ellas, y otra, Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza. Ambas á dos religiosas parecian no vivir más que para este solo objeto: estaban en comunicaciones continuas con las almas benditas: sus celdas, frecuentemente se encontraban llenas de ellas; la de Sor Inés, casi siempre estuvo consagrada á ser lugar de purificacion para varias: por otra parte, el carácter de santidad de ambas á dos religiosas fué asimismo muy semejante. En

materia de purgatorio, sin el menor escrúpulo, podemos servirnos de las revelaciones relativas á semejante lugar, siguiendo el ejemplo de una autoridad tan respetable como la del Cardenal Belarmino, quien, en su Tratado sobre el Purgatorio, según ya lo he indicado más arriba, aduce siempre algunas revelaciones particulares, como una clase distinta de pruebas en defensa de sus proposiciones. Por muchas razones he preferido tomar mi ejemplo, en corroboración de la doctrina que vengo sosteniendo en el presente capítulo, de la vida de Sor María Denise de Martignat, de la Visitación, quien murió en el convento de Annecy, año 1653; y créome excusado de entrar en explicaciones por la extensión de mi narración, porque un solo ejemplo, presentado extensamente, ilustrará el asunto, mejor que dos docenas de cortas anécdotas, relativas al mismo objeto.

En la época en que Mlle. de Martignat abandonó la corte de Francia por la de Carlos Manuel, en Turin, vivía en esta capital una doncella, conocida con el nombre de Madre Antée, quien había recibido del Espíritu Santo un don especial para consagrarse al servicio de las almas del purgatorio. Habíase ya empleado muchos años en semejante ejercicio devoto; y en-

trando en relaciones con Mlle. de Martignat, obtuvo de Dios, en sus oraciones, que la sucediese Martignat en el honroso oficio de socorrer á los fieles difuntos. Y, en efecto, su alma, fué la primera que vió Maria Denise saliendo del purgatorio despues de una detencion de cinco horas en aquel lugar de sufrimiento, por no haber seguido las inspiraciones que Dios la comunicara acerca de ciertas buenas obras. La Madre Antée habia declarado á Denise de Martignat, que con el tiempo llegaria á ser religiosa, como años ántes se lo habia ya San Francisco insinuado en Paris; y que estaba ordenado, que á su debido tiempo se agregaria al convento de la Visitacion, en Annecy. En su viaje fué acompañada Denise por una multitud de almas, cuya presencia embargaba de tal suerte sus sentidos, que no se apercibió del paso del Mont-Cénis: tan embebida estaba en su conversacion con las benditas almas. Por las oraciones de la Madre Antée, habia recibido miéntras estaba orando delante de la Sabana Santa, en Turin, una gracia eficaz y misteriosa, por medio de la cual gozaba de un inmenso poder sobre las almas del purgatorio; y los primeros años que permaneció en Annecy, los consagró enteramente al ejercicio de prácticas piadosas en alivio

de las penas que padecen las almas benditas. No pocos secretos llegaron á revelarla; y entre otras cosas, la dijeron, cuando estaba ejerciendo el oficio de enfermera, que no habia ningun lugar dónde hubiese tantos espíritus malignos ni tan activos, como en la enfermería, por ser este el campo en que el alma riñe la última batalla por la eternidad.

Continuamente estaba acompañada de almas benditas, viéndolas con sus propios ojos: declaró á la Superiora, que lejos de tenerlas miedo, se hallaba tan á gusto en medio de un ejército de almas, como con sus hermanas de Comunidad; encontrando mayor aprovechamiento para su alma en la conversacion con los fieles difuntos, que con los vivos: hacíase con cuantas medallas podia, que tuviesen concedidas indulgencias; y en la recreacion, constantemente estaba predicando con elocuencia acerca de las excelencias de esta su devocion favorita. En cierta ocasion la manifestó su Superiora el deseo que tenia de ser visitada por un alma del purgatorio, siempre que semejante visita contribuyese á hacerla más humilde y agradable á los ojos de Dios; á lo cual replicó María Denise:—«Muy bien, Madre mia querida, si tal es vuestro deseo y determinacion, roguemos al Señor, que os lo

conceda. » Habiendo consentido en ello la Superiora, quedó enteramente asombrada, al ver que aquella misma noche recibió una misteriosa señal de un alma en penas, quien, desde aquel momento, continuó visitándola con bastante frecuencia; varias religiosas de la Comunidad, que dormían en la misma habitacion de la Superiora, fueron testigos de vista y auriculares de semejantes visitas; y esto duró por espacio de algunos meses. Al terminar el tiempo de dichas comunicaciones, dijo María Denise á la Superiora, que la continuacion de un alma en las penas del purgatorio, como aquella que la habia visitado, debia convencerla de que permanecen las almas sufriendo en aquel lugar de expiacion mucho más tiempo de lo que ántes ella se habia imaginado; y esto por cuatro razones: primera, por la inconcebible pureza que era preciso tuviese el alma ántes de poder presentarse delante de Aquel que es la misma santidad y pureza por esencia, quien no recibe á nadie en la Jerusalem celestial, que no sea tan puro como la patria misma de la gloria: segunda, por la innumerable muchedumbre de faltas veniales que cometemos en la vida presente, y la *poca penitencia que hacemos por los pecados mortales que hemos confesado*: tercera, por la incapaci-

dad de semejantes almas parâ socorrerse á sí propias; y cuarta, á causa de la tibieza y negligencia de la mayor parte de los cristianos en rogar y practicar buenas obras por estas almas; pues los fieles difuntos son olvidados de la memoria de los vivos, apenas han desaparecido de su vista; cuando la verdadera caridad acompaña á aquellos á quienes ama, á traves de las llamas del purgatorio, á los goces celestiales de la gloria.

La festividad de nuestra Señora de los Ángeles era un dia en que María Denise obtenia generalmente la redencion de muchas almas del purgatorio. Una vez, despues de la Comunión en honra de aquella fiesta, sintió un fuerte movimiento interior, como si nuestro Señor la estuviese arrancando el alma del cuerpo, trasladándola despues al borde del purgatorio, donde la señaló el alma de un poderoso príncipe que habia muerto en un duelo, mas á quien Dios otorgó la gracia de hacer un acto de contrición, ántes que exhalase su postrer suspiro; y la fué ordenado que rogase por él de un modo particular, lo que practicó Denise durante nueve años y tres meses, llegando hasta ofrecer en sacrificio su vida por el alma de semejante personaje; y á pesar de eso, no fué libertada del cautiverio del purgatorio. En-

contrábase la sierva de Dios tan agoviada con la vision de semejante alma, que la Superiora llegó á conocer que debia haberla sucedido alguna cosa extraordinaria, y preguntóla el motivo de su turbacion. Refirióla Martignat la vision, y añadió:—«¡Sí, Madre mia querida! he visto esa alma en el purgatorio; pero ¡ay! ¿quién la sacará? acaso no salga hasta el dia del juicio. ¡Oh, Madre mia! continuó, sollozando, ¡cuán bueno es Dios en su justicia! ¡Cuánto ha seguido ese príncipe el espíritu del mundo y los placeres de la carne! ¡cuán poco cuidado tuvo de su alma, y qué poca devocion en el uso de los Sacramentos!» El efecto de semejante vision, juntamente con las penitencias que practicaba en sufragio de esa alma, causaban en su salud corporal una alteracion tal, que la Superiora se lo hizo presente, llamándola la atencion acerca del particular; mas ella replicó, que ahora debia estar constantemente sufriendo, pues habíase ofrecido á Dios con el fin de procurar á esa alma infeliz algun alivio en sus penas. «Y, no obstante, Madre mia querida, añadió, no me impresiona tanto el lamentable estado de tormento en que he visto su alma, como el asombro que produce en mi ánimo aquel momento glorioso de gracia, que coronó la obra de su salvacion eterna: se-

méjante instante venturoso me parece el exceso de la bondad, dulzura y amor infinito de Dios. La accion en que murió, merecia el infierno: por su parte, ningun miramiento tuvo para con Dios, con objeto de que le enviase del cielo aquel momento precioso de la gracia; fué un efecto de la comunion de los Santos, por la participacion que tuvo en las oraciones hechas por su salvacion: la divina Omnipotencia tuvo la dignacion de apiadarse benignamente de alguna buena alma; y en aquella ocasion obró fuera del curso ordinario de la gracia. ¡Ah! ¡Madre mia querida! preciso es que en lo sucesivo enseñemos á todo el mundo á pedir á Dios, á nuestra Señora y á los Santos, ese instante final de gracia y misericordia para la hora de la muerte, y á preparar tambien el camino que conduce á ella, por medio de buenas obras; porque si bien puede dero- gar alguna vez nuestro Señor el curso ordinario de su providencia, no debemos jamas presumir alcanzar semejante privilegio en nuestra propia causa. Muchas batallas se riñeron en Israel; y nunca se detuvo el sol sino por Josué, ni retrocedió más que en favor de Ezequías. Un millon de almas se han condenado ejecutando la misma accion en que el príncipe fué salvado: no estuvo más que un solo instante en el uso de su

razon, para cooperar al momento precioso de la gracia; aquel instante le inspiró una verdadera conversion, que le habilitó para hacer un acto de verdadero arrepentimiento final.»

Poniéndola algunos reparos la Superiora acerca del particular, respondió Denise:—«Madre mia querida, como el príncipe no habia perdido la fe, era una especie de pajuela, pronta á inflamarse; así es que cuando la chispa de la gracia tocó el centro cristiano de su alma, fué encendido el fuego de la caridad, é hizo brotar un acto de salvacion. Dios puso en accion el instinto natural que tenemos, el cual nos mueve á invocar á la Causa primera, cuando estamos en peligro inminente de perder la vida que recibiéramos de sus liberales manos; y así es cómo tocó al príncipe, sollicitándole á recurrir á la gracia eficaz. La divina gracia es mucho más activa de lo que podemos imaginarnos: imposible es que cerremos nuestros ojos con tanta velocidad, como la que Dios emplea en la justificacion del alma donde Él busca la cooperacion; y el momento en que el alma ejecuta el acto de cooperacion á la gracia, es tan rápido como aquel en que la recibe; y entónçes el alma comprende cuán admirablemente ha sido criada á imágen y semejanza de Dios.» Viendo la Su-

periora que iba engolfándose en misteriosas profundidades, la interrumpió haciéndola observar como se había Dios ocupado durante cuarenta años con los hijos de Israel, y ni aun así consiguió que se convirtiesen de sus malos caminos.—«Es verdad, Madre mia, la contestó Denise; pero entonces juró Dios en su cólera, que aquel pueblo suyo endurecido no entraria en su descanso. La gracia victoriosa, solamente necesitó un momento para derribar á San Pablo, y triunfar de su corazon. La conducta y los juicios de Dios son abismos que no nos incumbe sondear; pero puedo aseguraros una cosa, y es, que si no hubiese sido por aquel solo instante dichoso de gracia, el alma del príncipe hubiera descendido á lo más profundo de los infiernos; y desde que el demonio es demonio, acaso nunca se haya visto más defraudado en sus esperanzas, como en la pérdida de aquella presa; porque él no sabia nada acerca de la ocupacion interior de su víctima durante aquellos pocos segundos que le otorgara la Bondad divina despues de haber sido herido mortalmente.»

Apénas se encuentran palabras con que describir los sufrimientos de alma y cuerpo que padeció María Denise en alivio de esa alma: la

Madre de Chaugi consagró á ellos un capítulo entero; cuyos sufrimientos son enteramente iguales á aquellos que leemos de algunos Santos. Despues de un prolongado martirio de semejante especie, plugo á Dios que viese Denise en espíritu el alma del príncipe lijeramente levantada sobre el fondo de aquel abismo encendido del purgatorio, en disposicion de ser libertada algo ántes del dia del juicio y con una abreviacion de *unas cuantas horas* de purgatorio. Suplicó entonces Denise á la Madre de Châtel, que rogase por él con vivas instancias; y consintiendo esta buena Madre en la demanda, no pudo dejar de expresar su sorpresa, de que la hubiese solamente hablado de una abreviacion de unas cuantas horas; pero María Denise la replicó:—«¡Ah, Madre mia! es ya una gran cosa el que la divina Misericordia haya comenzado por acceder á los ruegos: el tiempo no tiene en la otra vida la misma medida que en la vida presente: años enteros de afliccion, de trabajos, de pobreza y enfermedades agudas en este mundo, no pueden compararse con una sola hora de aquellos sufrimientos que padecen las infelices almas del purgatorio.»

Me extenderia demasiado si fuese á referir todas las comunicaciones que el Señor tuvo la

dignacion de mantener con María Denise, relativas á la situacion de aquella alma. En fin, vino semejante vision á concluir con el desenlace de ofrecer Denise su vida en alivio solamente, no en rescate, de los sufrimientos que padecia el alma de aquel príncipe; cuyo sacrificio la fué aceptado. No mucho tiempo ántes de su muerte, manifestándola la Superiora, que ya por entonces estaria seguramente aquella alma liberada del cautiverio del purgatorio, María Denise la dijo con gran entusiasmo:—«¡Oh, Madre mia! muchos años y muchos sufrimientos son necesarios todavía;» y, últimamente, murió. No obstante, no se supo una sola palabra de que fuese libertado el príncipe, ni aun por aquel sacrificio heróico que coronó más de nueve años de sufrimientos, Misas, Comuniones é indulgencias, no solamente de su parte, sino, por mediacion suya, de parte tambien de muchas otras personas. ¡Qué comentario tan largo no podria escribirse acerca de todo esto! pero los corazones que aman á Dios, ya lo comentarán por sí mismos. Loor, pues, á la Majestad gloriosa del Altísimo por la insaciabilidad de su pureza inmaculada.

Otra palabra no más. Entre las angustias que desgarran á los corazones generosos, existe una,

que parece va haciéndose mayor, á medida que se sucede en el mundo una generacion á otra en la serie de los siglos, y es el espantoso vuelo del pauperismo y la miseria, y nuestra incapacidad para remediar semejante calamidad: difícilmente exista alguno de entre nosotros que no haya experimentado semejante angustia, á vista de las proporciones inmensas que va tomando la pobreza. Es tan asombrosa la miseria que está afligiendo á la sociedad, que aquellos que cuentan con escasos recursos para remediarla, indudablemente, sentirán tanta afliccion como los que carecen de ellos; y aquellos que disponen de mucho que ofrecer, acaso se vean aun más afligidos todavía; porque la accion de dar, abre el corazon humano y le aficiona á emplearse en tan santa ocupacion cada dia con nuevo desinteres; y consiguientemente, quienes tienen mucho que dar, conocen mejor que otros, cuán escasos son sus recursos comparados con la necesidad. Mas semejante inclinacion á dar limosna, nace del Sagrado Corazon de Jesús, y preciso es satisfacerla. Y bien; ¿podemos discurrir un medio de satisfacerla, que llegue á igualarse al de dar limosna á las almas benditas del purgatorio, que son quienes más la necesitan? Todos nosotros disponemos de recursos con que

poder remediar á las esposas amadas de Jesús. ¿Y cuánto no podríamos tambien hacer en favor de nuestros pobres queridos de la tierra, si encomendásemos su causa á las almas á quienes Dios nos permite libertar de las penas del purgatorio; haciendo con ellas un pacto amistoso, para que cuando respiren el aire puro del cielo, é inmediatamente despues de presentar al Rey de la majestad sus homenajes y primeras saluciones, rueguen al Señor tenga la dignacion de enviar copiosos raudales de gracia sobre los ricos á fin de que sus corazones, á semejanza de los corazones de los primeros cristianos, queden abiertos, para negarse generosamente á sí propios y festejar á los pobres de Cristo?

Esta doctrina del purgatorio, y los inmensos poderes que pone en las manos de aquellos que practican la devocion por las almas benditas, prueban más que ninguna otra cosa cómo Dios lo ha ordenado todo por amor, todo para mostrarnos el amor que nos profesa, todo, en fin, para granjear el amor de sus criaturas; así como el olvido y menosprecio de semejante devocion nos hace ver con no menor evidencia, la ingratitud y ruindad con que correspondemos al amor divino, desagradecimiento que

es tan asombroso como el amor mismo de Dios nuestro Señor. ¡Cuán patética y encantadora es la descripción que Dios se sirvió dar á Santa Gertrúdis, de sí mismo y de su solicitud por las almas:—«A la manera que un pobre baldado, la dijo, quien no pudiendo andar por su pié, y habiendo alcanzado á duras penas el ser llevado á la solana, para reanimarse con el calor, ve avanzar rápidamente una tempestad, y tiene que esperar resignado, pero burlado en su propósito, á que pase y vuelva el cielo á despejarse,—así soy Yo: mi amor por vosotros me domina y compele á elegir habitar en vuestra compañía durante la recia tempestad de vuestras culpas, esperando que venga al fin la calma de vuestra enmienda y el reposado abrigo de vuestra humildad.» No sin razón podemos, pues, exclamar con Santa Catalina de Génova:—«¡Oh Señor mio! ojalá me fuese siquiera dado conocer la causa de vuestro excesivo y puro amor á las criaturas racionales!» Pero nuestro Señor la contestó:—«Mi amor es infinito, y no puedo ménos de amar lo que he criado. La causa de mi amor no es otra más que el amor mismo; y viendo que no puedes comprenderle; descansa en paz y no pretendas averiguar lo que jamás te es posible descubrir.» Entonces la Santa prorrumpió

en estas expresiones: —«¡Oh Amor! aquel que os siente, no os comprende; y quien desea comprenderos, no puede conoceros!»

No haria más que repetir cuanto llevo ya dicho en otra parte, si fuese aquí á exponer minuciosamente los diversos medios con que la devocion por los fieles difuntos promueve nuestros tres fines: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvacion de las almas. En efecto, el carácter peculiar de semejante devocion es la plenitud: toda ella está animada de una vida y virtud sobrenaturales; rebosando doctrina, obrando en todas partes é interviniendo en todas las cosas. Siempre estamos tocando en ella con algun resorte oculto, que va más allá de lo que pensábamos, y cuya accion sobrepaja á nuestra esperanza: no parece sino que todas las cuerdas de la gloria divina están reunidas y sujetas á ella; y cuando una es tocada, vibran todas y forman una melodía á la mayor honra de Dios, melodía que no es más que una parte de la suave cancion que el Sagrado Corazon de Jesús está constantemente cantando en el seno de la muy compasiva Trinidad.

FIN DEL TOMO II.

ÍNDICE GENERAL.

Páginas.

CAPÍTULO I.

ACCION DE GRACIAS.

Olvido de la accion de gracias.—Espíritu de la Eucaristía.—Faltas de las personas piadosas.—Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos.—Paternal providencia de Dios.—El Espíritu de accion de gracias, característico de los Santos.—Devocion al Verbo eterno.—Prácticas.—Tradicion judía de Filon.—Varios objetos de accion de gracias.—1.º Beneficios comunes.—2.º Beneficios personales.—3.º Aflicciones.—4.º Beneficios insignificantes.—5.º Beneficios varios.—6.º Criaturas irracionales.—7.º Beneficios de nuestros enemigos.—Apostolado de la Oracion.—8.º Ángeles y Santos.—9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe.—Santa Juana Francisca de Chantal.—10. La Santa Misa.—Materiales para la accion de gracias despues de la Misa y Comunión.—Nuestra correspondencia hasta el presente á los beneficios divinos.—Fruitos espirituales de la accion de gracias.—Aplicacion de la accion de gracias á los tres instintos de los Santos. 3

CAPÍTULO II.

ALABANZA Y DESEO.

La ciencia y la gracia.—*Viajero Doméstico Uni-*

versal.—Qué es la alabanza y el Deseo.—Amor de complacencia y benevolencia.—Valor de los actos internos.—Descripcion de Dios.—Consideracion sobre los atributos divinos.—Aplicacion de la Alabanza y el Deseo á los tres instintos de los Santos.—Cómo alcanzaremos el amor de complacencia.—Seis cualidades que constituyen un Santo.—DEVOTA CLASE MEDIA de la Iglesia.—Ejemplos.—1.º De la *Raccolta*.—2.º Devociones de Lancisio á Jesucristo resucitado.—3.º Preparacion de Santa María Magdalena de Pazzis para la festividad de Pentecostes.—4.º Renovacion de votos y deseos heróicos.—Santidad metódica.—Libertad de espíritu.—Santa Gertrúdis y la antigua escuela ascética benedictina.—Maravilloso portento, que Dios tenga la dignacion de amar á los hombres.—Prodigio más maravilloso todavía, el permitirnos que le amemos.—El colmo del pasmo y del asombro, que nos atrevamos á negarle semejante servicio.—Espíritu de reparacion.—María es el Benedicite de los cristianos.—Alabanza del Sagrado Corazon de Jesús.—Alabanza del mismo Dios. . 136

CAPÍTULO III.

PURGATORIO.

Consideraciones sobre el infierno.—Rosignoli.—El mundo visible y el mundo espiritual.—Comunion de los Santos.—Dos vistas del purgatorio.—Sinópsis del Tratado de Santa Catalina de Génova.—Union de las dos vistas.—Lecciones instructivas sobre nuestro propio aprovechamiento espiritual y bien de las ánimas del pur-

gatorio.—Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.—1.^a Es el centro de todas las devociones.—2.^a Implica todas las obras de misericordia.—3.^a Es un ejercicio de las tres virtudes teologales.—4.^a Obra efectos maravillosos sobre la vida espiritual.—Medios de practicarla.—Historia de María Denise de Martignat.—Angustias de los corazones generosos y compasivos.—Descripcion que Dios hace de sí mismo como de un pobre inválido.—Carácter doctrinal y grandezas de semejante devocion.—Cancion melodiosa del Sagrado Corazon de Jesús. 268

ÍNDICE DE LAS SECCIONES.

Secciones.

Páginas.

CAPÍTULO I.

ACCION DE GRACIAS.

I.—Olvido de la accion de gracias.	1
II.—El espíritu de los Santos es un espíritu de accion de gracias.	27
III.—Varios objetos de accion de gracias	36
IV.—Accion de gracias por el don inestimable de la fe.	60
V.—Accion de gracias despues de la Misa y Comunión.	73
VI.—Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto.	111

CAPÍTULO II.

ALABANZA Y DESEO.

I.—La ciencia y la gracia.	136
II.—Qué es la Alabanza y el Deseo.	145
III.—Actos interiores.	154
IV.—Conocimiento y amor de las perfecciones divinas.	161
V.—Amor de complacencia.	178
VI.—Santos y <i>devota clase media</i> de fieles cristianos.	193
VII.—Prácticas de Alabanza y Deseo.	205
VIII.—Espíritu benedictino.	228
IX.—María, Jesús, Dios.	254

CAPÍTULO III.

PURGATORIO.

I.—Consideraciones sobre el infierno.	268
II.—Devocion por los pecadores y almas benditas del purgatorio.	276
III.—Dos vistas del purgatorio.	288
IV.—Santa Catalina de Génova sobre el purgatorio.	299
V.—Union de las dos vistas.	314
VI.—Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.	329
VII.—Ejemplo de los Santos.	350

FE DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
20	27	paternal que	paternal con que
31	4	te alcance	te alcancen
61	11	Consolimi	Consolini
73	16	<i>por qué</i>	<i>porque</i>
79	24	molestia	la molestia
80	27	van, sucediéndose	van sucediéndose
107	23	espiritual bien	espiritual, bien
120	7	, y desvanecer	, para desvanecer
151	27	es que	es
153	12	cielo	celo
153	24	corazones compla-	corazones; compla-
		ciéndose	ciéndose
190	15	alguna, de	alguna de
196	26	indiscretos, á	indiscretos y
198	1	y que	y
230	2	Los métodos de vida	Las exterioridades,
		espiritual crean el	«posturas» espiri-
			tuales, crean el
250	14	necesitaba?	se necesita?
252	7	tenemos, pues, que	hemos, pues, de
252	8	Tal es la pregunta:	¡Ah! hé aquí la difi-
		bien	cultad! Bien
320	27	no	de